NUEVA SOCIEDAD | 265

Geografías feministas

COYUNTURA
Hans-Jürgen Burchardt
Martín Abeles / Sebastián Valdecantos

TRIBUNA GLOBAL
Mark Fisher

TEMA CENTRAL
Verónica Schild
Nicole Bidegain Ponte
Silvia Chejter
Philipp Kauppert / Ina Kerner
Mabel Alicia Campagnoli
Valeria Esquivel
Carolina Justo von Lurzer /
Carolina Spataro
Florence Beaugé
Claudia Korol
Ana María Vásquez Duplat

ENSAYO
Paul Pasquali

NUEVA SOCIEDAD
es una revista latinoamericana abierta a las corrientes
de pensamiento progresista, que aboga por el desarrollo de
la democracia política, económica y social.
Se publica cada dos meses en Buenos Aires, Argentina,
y circula en toda América Latina.

Directora: Claudia Detsch
Jefe de redacción: Pablo Stefanoni
Equipo editorial: Silvina Cucchi, Mariano Schuster
Administración: María Eugenia Corriés, Vanesa Knoop, Karin Ohmann

Nueva Sociedad Nº 265
Diseño original de portada: Horacio Wainhaus
Arte y diagramación (portada e interior): Fabiana Di Matteo
Ilustraciones: Juan Lima
Fotografía de portada: Jag_cz / Shutterstock
Corrección: Germán Conde, Vera Giaconi
Traducción al inglés de los sumarios: Kristie Robinson

Impreso en Talleres Gráficos Nuevo Offset,
Viel 1444, Buenos Aires, Argentina

Los artículos que integran Nueva Sociedad son de exclusiva
responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente
el pensamiento de la Revista. Se permite, previa autorización,
la reproducción de los ensayos y de las ilustraciones, a condición
de que se mencione la fuente y se haga llegar una copia a la redacción.

Nueva Sociedad – ISSN 0251-3552
Oficinas: Defensa 1111, 1º A, C1065AAU Buenos Aires, Argentina.
Tel/Fax: (54-11) 4361-4108/4871
Correo electrónico: <info@nuso.org>
<distribucion@nuso.org> (distribución y ventas)

<www.nuso.org>
El portal Nueva Sociedad es una plataforma de reflexión sobre América Latina.
Articula un debate pluralista y democrático sobre política y políticas latinoamericanas.

NUEVA SOCIEDAD es un proyecto de la FRIEDRICH EBERT STIFTUNG

NUEVA SOCIEDAD
www.nuso.org

265
Septiembre-Octubre 2016

ÍNDICE

COYUNTURA

4240 **Hans-Jürgen Burchardt.** Fidel Castro: ¿una leyenda a los 90 años? 4

4241 **Martín Abeles / Sebastián Valdecantos.** América del Sur, recesión y después… 14

TRIBUNA GLOBAL

4242 **Mark Fisher.** «Realismo capitalista» y nuevas subjetividades 22

TEMA CENTRAL

4243 **Verónica Schild.** Feminismo y neoliberalismo en América Latina 32

4244 **Nicole Bidegain Ponte.** Desigualdades de género y brechas estructurales en América Latina 50

4245 **Silvia Chejter.** La prostitución: debates políticos y éticos 58

4246 **Philipp Kauppert / Ina Kerner.** Un feminismo político para un futuro mejor 77

4247 **Mabel Alicia Campagnoli.** Feminismos descentrados. Paul B. Preciado leído desde América Latina 89

4248 **Valeria Esquivel.** La economía feminista en América Latina 103

4249 **Carolina Justo von Lurzer / Carolina Spataro.** Cincuenta sombras de la cultura masiva. Desafíos para la crítica cultural feminista 117

4250 **Florence Beaugé.** La revolución silenciosa de las mujeres iraníes 132

4251 **Claudia Korol.** Feminismos populares. Las brujas necesarias en los tiempos de cólera 142

4252 **Ana María Vásquez Duplat.** Feminismo y «extractivismo urbano»: notas exploratorias 153

ENSAYO

4253 **Paul Pasquali.** La política de la «historia desde abajo». Edward P. Thompson historiador, activista y polemista 164

SUMMARIES

Segunda página

El feminismo ha protagonizado una de las revoluciones más profundas del siglo XX. Aunque asociadas a menudo a diversos estereotipos, las corrientes feministas han ido horadando el orden patriarcal mediante nuevas agendas, ampliaron los márgenes de lo pensable y contribuyeron a organizar a las mujeres en pos de sus reivindicaciones igualitarias y libertarias. Detrás de las «tres olas» en las que suele clasificarse el feminismo, existe una multiplicidad de enfoques, movimientos, apuestas estéticas e ideológicas, y en la actualidad el feminismo está atravesado por miradas renovadas, que se han articulado a perspectivas poscoloniales, ecologistas o posgénero. El Tema Central de este número de Nueva Sociedad recoge varios de estos «debates y combates», en un esfuerzo por presentar algunas líneas de las actuales geografías feministas desde una perspectiva latinoamericana.

Verónica Schild se pregunta si la hipótesis planteada por Nancy Fraser sobre una afinidad electiva entre el feminismo contemporáneo y el neoliberalismo se verifica también en realidades materiales y culturales de América Latina. Las «relaciones peligrosas» entre el feminismo liberal y el neoliberalismo fueron ampliamente discutidas. Fraser, por ejemplo, ha sugerido que la segunda ola del feminismo aportó «inadvertidamente» un ingrediente clave al nuevo espíritu del capitalismo neoliberal, al dejar a un lado las cuestiones de igualdad material y redistribución política y económica para favorecer las luchas por el reconocimiento de la identidad y la diferencia. En un diálogo crítico con Fraser, Schild analiza los cambiantes significados de las estrategias de liberación y la lucha por la autonomía de las mujeres en una época de economía de libre mercado y *oenegización* y, al mismo tiempo, busca captar las especificidades de los feminismos latinoamericanos, así como ponderar su afinidad con los proyectos neoliberales. Philipp Kauppert e Ina Kerner bregan –desde una mirada que incluye parte de la realidad asiática– por una «repolitización» del feminismo en torno de una visión de la justicia que se inserte en una utopía práctica. Desde este punto de vista, la teoría feminista contemporánea puede hacer contribuciones importantes para reformular los necesarios debates sobre los fracasos del capitalismo y los malentendidos de la democracia y el desarrollo. Al mismo tiempo, las herramientas analíticas de la interseccionalidad pueden servir para comprender los procesos de transformación en cada contexto político y cultural.

América Latina es una región en la que, como apunta Nicole Bidegain Ponte, los índices de feminidad de la pobreza, los sesgos de género de las políticas fiscales, las brechas salariales por género y raza/etnia y la división sexual e internacional del trabajo dejan en evidencia que las políticas públicas implementadas siguen siendo limitadas. Frente a esta realidad, Valeria Esquivel escribe que las conceptualizaciones de la economía feminista han contribuido al avance de la agenda del cuidado y de las políticas sociales en la región, aunque han sido menos influyentes en la política macroeconómica.

La autora destaca también los cruces con otras corrientes críticas en la construcción de una lectura feminista de la economía social y solidaria, del «altercapitalismo» y del ecofeminismo. América Latina es, además, una región atravesada por «feminismos populares», que abarcan un abanico diverso de movimientos de base territorial que interactúan con movimientos de mujeres que no necesariamente se definen como feministas y que participan de organizaciones populares mixtas. En el feminismo indígena, negro, campesino o de los barrios latinoamericanos emergen –nos recuerda Claudia Korol– crecientes demandas de despatriarcalización, se desarrolla una renovada pedagogía feminista y se ponen en cuestión las propias jerarquías de las organizaciones de izquierda.

Todos estos feminismos están atravesados por numerosos debates. Uno de ellos refiere a la posición a adoptar frente a la prostitución, en un contexto en el que la trata y la violencia machista ocupan amplios espacios en los medios y generan masivas movilizaciones sociales. En efecto, como podemos ver en el artículo de Silvia Chejter –que sintetiza décadas de discusiones–, el tema es hoy objeto de ásperas confrontaciones centradas en los regímenes político-jurídicos (abolicionismo frente a reglamentarismo/legalización). Tanto académicas como activistas han desarrollado diferentes enfoques que conllevan posicionamientos éticos y políticos sobre una problemática en la que están en juego el estatus del cuerpo y los límites entre lo digno y lo indigno.

Otros debates refieren a nuevas figuras que, como Paul B. Preciado, han ampliado las fronteras del feminismo desde la reflexión teórica pero también desde la experimentación sobre el propio cuerpo y el activismo. El objetivo es deconstruir las identidades de género y replantear las metas del feminismo. Mabel Campagnoli se enfoca en la influencia de este filósofo español (antes llamado Beatriz Preciado) en América Latina, así como en los cuestionamientos de quienes lo acusan de hablar desde una situación de privilegio y de reproducir las relaciones asimétricas entre el Norte y el Sur.

Dos temáticas más permiten recortes novedosos a la «cuestión de género». Carolina Justo von Lurzer y Carolina Spataro se introducen en una arena polémica: la cultura de masas, y sostienen que es posible construir otras miradas sobre los productos culturales y asumir los desafíos que proyectan sobre los modos de construir conocimiento y teoría crítica, cuestionando el sentido común que a menudo habita los propios análisis académicos. Por su parte, Ana María Vázquez Duplat ensaya algunas notas exploratorias sobre el vínculo entre feminismo y «extractivismo urbano», poniendo el acento en el impacto del modelo neoliberal de ciudad sobre las mujeres y el protagonismo de estas en las resistencias urbanas.

Finalmente, Florence Beaugé pinta un retrato lleno de matices respecto a la situación de las mujeres iraníes y destaca su creciente presencia en todas las esferas de la vida social. Aunque el régimen teocrático persigue a las jóvenes en virtud de su «vestimenta inadecuada», muchas de ellas establecen una suerte de juego entre el gato y el ratón con las policías de costumbres, al tiempo que logran derribar algunas de las barreras que aún les impiden avanzar. La ampliación de sus espacios en las universidades y la reducción de la natalidad permiten avizorar una situación dinámica atravesada por diferentes luchas en medio de la batalla mayor entre liberales y conservadores.

Fidel Castro: ¿una leyenda a los 90 años?

Hans-Jürgen Burchardt

La vida de Fidel Castro se confunde en gran medida con la propia historia cubana. De hecho, fue uno de quienes la escribieron, al transformar una pequeña isla caribeña en un país con incidencia global. Hoy, su cumpleaños número 90 lo encuentra fuera del poder y con una nación en pleno cambio, en la que el modelo construido a su sombra comienza a ser reemplazado por otro, en una transformación aún incierta. Mientras, el líder histórico espera su propia inmortalidad, la que sella la historia.

«Estados Unidos vendrá a dialogar con nosotros cuando tenga un presidente negro y haya en el mundo un papa latinoamericano». La frase, supuestamente pronunciada por Fidel Castro en 1973, se viralizó recientemente en las redes sociales y se rebeló finalmente como una broma, pero aun así el episodio sirve para mostrar que el líder cubano no solo es visto como un hábil político, sino también como un «visionario». El 13 de agosto de 2016, el líder máximo cumple 90 años: se trata de una ocasión propicia para el reconocimiento y para una nueva reflexión acerca del futuro.

Esta primavera, Barack Obama visitó Cuba. Luego, los Rolling Stones ofrecieron un recital en el que más de medio millón de personas celebró al antes criticado «decadente» grupo de rock. Estos sucesos señalan el fin de una era que se encuentra estrechamente ligada a Fidel Castro. Fue él quien convirtió una pequeña isla del Caribe, que en la segunda mitad del siglo xx no era más que un «peso liviano» desde el punto de vista económico y militar, en una plataforma que ha ejercido más influencia en la política internacional que algunos países industrializados.

Hans-Jürgen Burchardt: es titular de la cátedra de Relaciones Internacionales en la Universidad de Kassel. Estudió sociología y economía en las universidades de Friburgo, La Habana y Bremen. Ha publicado numerosos libros y artículos sobre temas vinculados a las relaciones Norte-Sur, con foco en América Latina, particularmente en Cuba. Página web: <www.burchardt.uni-kassel.de>.
Palabras claves: democracia, imperialismo, socialismo, Fidel Castro, Cuba.
Nota: traducción del inglés de Elena Odriozola.

En 1959, una muy admirada revolución derrocó al gobierno de Fulgencio Batista y asumió el poder bajo la consigna de la humanidad y la democracia; solo dos años más tarde, la invasión a Bahía de Cochinos la puso a prueba, pero el gobierno revolucionario logró repeler la amenaza del coloso del Norte. Poco después, en 1962, la crisis de los misiles catapultó a la humanidad al borde de una tercera guerra mundial. A lo largo de las tres décadas que siguieron, la revolución se exportó, a veces con osadía, para consternación tanto de la Casa Blanca como del Kremlin, y sembró la agitación en el denominado Tercer Mundo. Si bien nunca llegó a gestarse un amplio movimiento de liberación en la totalidad del continente latinoamericano, tal como el gobierno de la isla esperaba, gracias al apoyo cubano, movimientos que en el pasado lucharon por la emancipación en países como Nicaragua y El Salvador no fueron derribados. En Angola, Cuba consiguió detener la avanzada expansionista del *apartheid* sudáfricano. La misión militar cubana de 1975, más digna de una potencia regional que de un pequeño Estado insular, definió el curso político de la totalidad del continente africano en una nueva dirección de independencia y autodeterminación.

En la década de 1990, Cuba continuó escribiendo su propia historia en lugar de avenirse a seguir el curso fijado por la globalización neoliberal. A medida que sus aliados socialistas empezaban a apartarse o a desaparecer uno tras otro, quedó claro que los días del socialismo tropical subsidiado por la Unión Soviética estaban contados. No obstante, el primer Estado socialista establecido en suelo americano se negó a seguir la tendencia que prevalecía en el mundo hacia la economía de mercado y la democracia, y continuó reafirmándose en su senda a pesar de las adversidades. Lo que fuera objeto de burlas y menosprecio, calificado como necedad y atraso, parece haber resistido a fin de cuentas el paso del tiempo. Las promesas incumplidas del neoliberalismo de generar prosperidad para todos volvieron a poner en primer plano las cuestiones sociales, con un consiguiente «giro a la izquierda». El alto perfil de Cuba como Estado social nuevamente se convertía en una guía para algunos países.

Esta singularidad política guiada por ideales elevados y una convicción inquebrantable, que ha llevado a la participación activa en muchos países del mundo y a una perseverancia valerosa frente a la resistencia evidente, no es un rasgo exclusivo de Cuba. Es, al mismo tiempo, el rasgo de carácter fundamental de la persona que se encuentra inseparablemente vinculada al destino de la isla. Quien *dice* Cuba, *piensa en* Fidel Castro.

El cubano más destacado del siglo ha configurado su propio país y la

región en mayor medida que cualquier otra persona en los últimos 50 años. Es tema de acaloradas discusiones y suscita opiniones profundamente encontradas; nadie es más amado u odiado que Fidel Castro. Para algunos, es el mesías del Tercer Mundo, el profeta de la emancipación de la dependencia y la tiranía y el heraldo de un futuro mejor; para otros, es un dictador despiadado, el caudillo brutal o el eterno dinosaurio político. No obstante, un aspecto une a sus amigos y sus enemigos: el respeto por la determinación y el valor de Castro. Fidel Castro aceptó con audacia el desafío del Goliat estadounidense en los inicios mismos de su liderazgo y jamás se echó atrás frente a las amenazas y los ataques que siguieron. No solo sobrevivió a sus propios fracasos, sino también a los gobiernos de diez presidentes estadounidenses que, en su totalidad, aspiraron en mayor o menor medida a deshacerse de él. Castro señala que se llevaron a cabo 600 intentos de asesinato en su contra, 30 de los cuales fueron confirmados por EEUU. Esta última cifra es suficiente para poner en evidencia la hostilidad política que encierran esos atentados.

La vida privada que está tras la figura pública de este guerrillero perpetuo es uno de los secretos mejor guardados de la isla. La mayoría de las semblanzas de Castro, por ende, se basan en rumores, impresiones personales, información insuficiente o incorrecta, verdades a medias o falsificaciones totales, fábulas y anécdotas. Todos los intentos de llegar al núcleo del mito de Fidel Castro nacen de la certidumbre de que se está frente a la personalidad de alguien que escribe la historia. No obstante, suele no tenerse tanto en cuenta el hecho de que, si bien Castro ha determinado su época, él mismo es también hijo de su tiempo. Para comprender al Comandante en Jefe, no basta con observar sus actitudes y acciones, sino que es más adecuado verlo como punto focal y expresión de su era. Tal perspectiva nos acerca a Fidel como persona y a Castro como máximo líder.

Nacido en 1926, hijo de un terrateniente adinerado, Castro estudió derecho, tal como correspondía a sus condiciones sociales, para prepararse para un futuro de holgura económica. En cambio, siendo un joven de 26 años, arriesgó su vida abocándose a la lucha contra el sangriento y corrupto dictador Batista. En el verano de 1953, dirigió un asalto contra el cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, la segunda ciudad de la isla. El resultado fue un rotundo fracaso militar que llevó a la tortura y la muerte de muchos de sus compatriotas. Los hermanos Castro fueron encarcelados y posteriormente exiliados. En el famoso alegato en su defensa, *La historia me absolverá*, Fidel Castro logró convertir su derrota en victoria política y su aventura armada, en una señal de resistencia frente al terror y la represión. El 26 de julio

de 1953 se transformó en la fecha simbólica de inicio de la Revolución Cubana. El abogado educado, apuesto, de tez blanca que enfrentó al dictador falto de educación, grosero y de tez oscura le demostró a la opinión pública cubana, desde muy temprano, que era un líder carismático y un brillante orador.

Los acontecimientos que luego sucedieron se han convertido en culto para generaciones de revolucionarios románticos: la vuelta clandestina de Fidel desde el exilio, seguida por su inicialmente fútil, aunque decidida, guerra de guerrillas contra el ejército y los secuaces del dictador; su base de operaciones en la Sierra Maestra, la creciente popularidad y el éxito militar de su barbudo movimiento guerrillero, la expulsión del dictador y el ingreso triunfal en La Habana el 8 de enero de 1959. Esta historia de base ha oficiado como sostén excepcional para la correspondiente construcción mítica a lo largo de los años. También dio origen a numerosas leyendas acerca de la Revolución Cubana, de su carismático líder, Castro, y de su posterior mártir, Ernesto «Che» Guevara, quien en tanto mezcla de noble salvaje y noble revolucionario ha adquirido la condición de ícono político. El hecho de que el triunfo de los guerrilleros pueda atribuirse no solo a su táctica militar sino además a las condiciones deplorables del ejército de Batista y a una campaña eficaz en los medios fue rápidamente olvidado.

Después de la victoria de su movimiento, Castro manifestó que podía ejercer el poder no solo en las montañas. En primer lugar, mostró que contaba con una aguda comprensión de las necesidades sociales de la población de la isla. En sus legendarios discursos maratónicos, evocaba reiteradamente visiones compartidas de liberación e independencia, con las cuales procuró unificar a una sociedad profundamente dividida y logró movilizar a la casi totalidad de la población.

Fidel Castro recibió un apoyo involuntario a su inicialmente precaria revolución desde un rincón inesperado: EEUU. La invasión de Bahía de Cochinos, en 1961, ya había unificado y radicalizado a la población cubana. Las masas estuvieron a favor de abandonar la revolución socialdemócrata sobre la base de la convicción de Castro de que la única garantía de independencia era el socialismo. Con su concepción de que tenía derecho a intervenir en la determinación de la política cubana y sus numerosos intentos de destruir tanto la revolución como a su máximo líder, EEUU transformó Cuba en una zona de guerra. El aislamiento político y las sanciones económicas, que aún hoy persisten, han alimentado la impresión de que Cuba se encuentra en un estado perpetuo de guerra de baja intensidad cuya finalidad es desposeer a la isla de su derecho a la autodeterminación.

Sin embargo, EEUU subestimó un aspecto fundamental de la sociedad

cubana. Cuba atravesó dos periodos de colonización virtual, el primero a partir del siglo XVI, bajo el dominio español, y el segundo a partir de 1898, bajo el dominio estadounidense. El trauma compartido de esta experiencia dio origen a la voluntad colectiva de los cubanos de preservar su independencia nacional, voluntad que EEUU ha pasado por alto. Para Castro, la revolución de 1959 fue la primera expresión real de autodeterminación después de 500 años de dominación extranjera. Las políticas implementadas por EEUU en relación con Cuba en las últimas décadas, que para muchos parecen ser el último vestigio de la Guerra Fría, son percibidas por los cubanos como una amenaza, no solo a su país, sino a sus intereses personales. Así, en lugar de debilitar a Castro, las medidas dispuestas por EEUU han contribuido a atenuar las diferencias internas dentro de Cuba y a unir a la población.

Castro supo cómo usar con eficacia el sentir del pueblo cubano respecto de la preservación de su independencia. Gracias a la interferencia perpetua de EEUU, no fue difícil identificar a ese país como el enemigo y convertirlo en chivo expiatorio de todas las dificultades internas, lo que a su vez contribuyó a dotar a la política nacional de legitimidad, puesto que todas las acciones eran actos nacionalistas para los cuales se requería la solidaridad interna. En numerosas ocasiones, EEUU intentó establecer grupos disidentes en la isla con el fin de desestabilizar el régimen; sobre tales intentos, que se encuentran documentados, recayó la sospecha inmediata de traición, lo que legitimó cualquier persecución represiva consiguiente; después de todo, el país estaba en guerra. Los disidentes cubanos se han visto entrampados entre ser usados por los norteamericanos, por un lado, y ser reprimidos por el régimen cubano, por el otro. Así, al día de hoy, todavía no han podido lograr ningún tipo de credibilidad política.

La razón fundamental de la ausencia de cualquier tipo de oposición de prestigio en la isla no es la represión, sino más bien la inexistencia de alternativas políticas en condiciones de garantizar la independencia de Cuba respecto a EEUU. Si no hubiera existido la invasión de Bahía de Cochinos combinada con el bloqueo y el sabotaje estadounidenses, Cuba sería hoy una sociedad mucho más abierta. Castro promovió con vehemencia el nacionalismo y se presentó a sí mismo como el símbolo y el protector de la autodeterminación nacional. Asimismo, ha creado un consenso político y una cohesión social que aún hoy son pilares fundamentales de apoyo para la revolución.

En lo personal, Castro siempre se mostró como el defensor del hombre común y jamás le rehuyó a ningún tipo de conflicto. Ofreció públicamente su renuncia en ocasión de la crisis económica

vernácula de 1970 y, en 1994, apareció en persona ante las masas alzadas durante los violentos disturbios de La Habana.

Con semejante presencia, Fidel demostró su credibilidad e integridad frente a la población y se hizo acreedor a un valor mayor que cualquier necesidad de pluralismo político. De este modo, su liderazgo se volvió invulnerable frente a los ataques, aun en tiempos de crisis; los cubanos se hicieron fidelistas. Estrechamente vinculado a este populismo intuitivo y táctico se encontraba un sólido instinto de poder.

Mediante dos reformas agrarias y una generosa ayuda estructural, Castro garantizó a jornaleros, campesinos y cubanos sin tierra una base sólida de subsistencia y los convirtió en sus aliados leales. Franqueó el acceso a la sociedad de la población negra, antes excluida, y le dio vivienda, educación y trabajo. Como efecto colateral, esta política le procuró la lealtad de un quinto de la población. Se ejerció presión sobre la población blanca de clase alta de La Habana, que todavía estaba en condiciones de presentar batalla, para que abandonara el país. El líder de la revolución nombró a integrantes frustrados de la clase media de la provincia de Oriente, una zona largamente desfavorecida de donde Castro mismo provenía, para ocupar cargos dirigenciales de importancia estratégica en el gobierno revolucionario. Desde entonces, Castro se aseguró de que la administración de su aparato de Estado recayera en manos de partidarios leales.

La institucionalización de su reivindicación del poder tuvo lugar cuando Castro se convirtió en primer secretario del Partido Comunista de Cuba (PCC), el único partido político de la isla, fundado en 1965. A partir de entonces, gobernó básicamente conforme a su propia conciencia y en línea con el compromiso con los ideales de igualdad, justicia, independencia y solidaridad internacional; no así con las ideas liberales de división de poderes y autoridad, o pluralidad de opinión y participación política, que no le merecían igual consideración. La movilización masiva fue la forma más importante de diálogo entre el gobierno y el pueblo y sirvió de sustituto a la participación. La primera Constitución de la Revolución Cubana no existió hasta 1975. La estructura del Estado siguió el modelo del sistema soviético; Fidel gozó de un poder singular no solo como primer secretario del PCC, presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, sino también como presidente del gobierno y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas cubanas. Su poder se extendió a todas las áreas de la vida pública.

Si bien su liderazgo jamás fue impugnado, Fidel siempre se aseguró de que ninguna de las diversas corrientes

que prevalecían en la elite que lo rodeaba o cualquier otro posible poder alcanzara un nivel de influencia significativo, ni lograra independizarse de él. Siempre que la tensión en la isla crecía, se abrían las fronteras por un periodo breve, como válvula de seguridad, para liberar la presión. Con el fin de mantener el *statu quo* de Cuba en la década de 1990, Castro insistió en aplicar medidas estrictas de austeridad para toda la población. Más de una vez esta política superó los límites de lo tolerable.

Las experiencias militares de Fidel Castro siempre dieron forma a sus pensamientos y acciones políticas. Su socialización política tuvo lugar en el marco de la violenta resistencia al dictador Batista y su ascenso al poder coincidió con su actuación como líder guerrillero. Estuvo en permanente confrontación con EEUU, lo cual lo obligó a proteger militarmente no solo su seguridad personal, sino también la de la isla. Para Castro, la política y la diplomacia pasaron a ser medios alternativos para continuar este conflicto. Fidel piensa en términos de un esquema amigos-enemigos y prefiere tener que resolver conflictos de intereses antes que hacer concesiones. El diálogo es, en el mejor de los casos, un medio táctico y las concesiones se efectúan en términos de treguas. Las órdenes se dictan y no están abiertas al debate.

En consecuencia, el clima político de Cuba se encuentra fuertemente configurado por la omnipotencia del gobierno. No obstante, este último tiene profundo arraigo en la historia cubana. En la primera mitad del siglo xx, Cuba fue uno de los países más desarrollados de América Latina. Sin embargo, la prosperidad de la isla beneficiaba solo a unos pocos y la mayoría de la población vivía en la pobreza. Gran parte de los políticos que propiciaron una mayor igualdad social durante las fases democráticas de la isla se dejaron corromper y, como resultado, sumieron a un gobierno tras otro en la crisis. Dos veces dictaduras militares sangrientas sucedieron a los gobiernos democráticos, lo que provocó el surgimiento de una desconfianza generalizada en la democracia entre la población.

Sobre la base de la experiencia de que en Cuba las crisis de las democracias siempre tendieron a derivar en soluciones antidemocráticas, Fidel Castro y sus compañeros revolucionarios no se inclinaron por la idea de una democracia a la hora de trabajar en la reorientación de la política cubana. Antes bien, llegaron a la conclusión de que la revolución podría demostrar su credibilidad produciendo resultados concretos. De conformidad con su lógica militar, la mejor y más eficaz manera de alcanzar ese objetivo en vista de la profunda división social que existía en el seno de la sociedad consistía en imponer políticas sociales y económicas por medios autoritarios. Así, la igualdad social

no se alcanzó en Cuba a través de un proceso de cooperación participativa o de negociación entre las diferentes fuerzas sociales. La igualdad social, en cambio, se logró mediante un gobierno central fuerte y cerrado que implementó, en tanto Estado desarrollista, objetivos determinados de modo rígido. El precio de la integración social y económica de las masas fue su exclusión política.

Este enfoque fue bastante exitoso, al menos en lo atinente a las cuestiones sociales. La sociedad de la isla, que fue siempre heterogénea y a menudo estuvo dividida, se ha vuelto más homogénea. Los servicios sociales, a los que todos tienen acceso, son sin duda uno de los aspectos positivos de este socialismo caribeño. Su excelencia, calidad e innovación son reconocidas mundialmente; el sistema se preservó a pesar de las crisis acaecidas en las últimas décadas. Fidel Castro logró crear uno de los mejores Estados de Bienestar en América Latina y, como resultado, cumplió las promesas de igualdad y justicia. Grupos que tradicionalmente habían sido objeto de olvido pasaron a ocupar un lugar central en la sociedad y gozan, hasta el presente, de numerosos derechos sociales. Las mujeres cubanas tienen más posibilidades de participar en la sociedad que las de algunos países industrializados. En Cuba, hay más propietarios de vivienda afrocubanos que en cualquier país del África. En el resto de América Latina, es difícil hallar logros comparables: la marginación y la exclusión siguen siendo parte de la realidad cotidiana y, a pesar del desarrollo económico y de más de tres décadas de democracia, la desigualdad social es todavía extremadamente evidente.

Como en todos los países socialistas, el socialismo cubano debió enfrentar dificultades económicas. El hambre, sin duda, fue eliminada sin demoras de la isla. No obstante, el racionamiento de alimentos básicos comenzó ya en el tercer año de la revolución y, desde entonces, fueron cada vez más las mercaderías racionadas. Las tarjetas de racionamiento de alimentos restringieron el consumo y más de una generación de cubanos ha debido experimentar escasez crónica en la vida cotidiana. Después de la caída del socialismo soviético, la pobreza y el hambre volvieron a entrar en escena. Se puso suma atención a asegurar que estas nuevas cargas sociales no recayeran con exclusividad en los miembros marginales de la sociedad. El gobierno evitó los despidos masivos, garantizó la provisión de alimentos subsidiados a todos los habitantes y se negó a desmantelar los servicios sociales a pesar de tener las arcas vacías. La pesada carga recayó sobre todos y se asistió a los más débiles de la sociedad. A cambio, Fidel transformó la economía de la isla en lo que él y su aparato habían preparado durante años: una economía de guerra con comando central y racionamiento total.

Se siguió evitando, todavía, la introducción de reformas estructurales en la ineficiente economía dirigida por el Estado; en el mejor de los casos, se realizaron ciertos ajustes. El gobierno seleccionó los mejores sectores de la economía, como el turismo y la biotecnología, y los separó del resto de la sociedad. Con el fin de que procuraran las muy necesitadas divisas extranjeras, estos segmentos contaron con condiciones exclusivas para la inversión y salarios bajos para dotarlos de competitividad en el mercado mundial.

Una vez más, fue Fidel Castro quien mantuvo las reformas en un nivel mínimo contra el consejo de varios expertos y compatriotas. Se aseguró de que la obra de toda su vida se conservara con los menores cambios posibles. No obstante, esta estrategia de integración selectiva al mercado mundial no tardó en suscitar las primeras tensiones sociales entre quienes seguían empleados en la economía de guerra socialista y quienes lograban echar mano a los muy codiciados dólares estadounidenses, con los cuales se puede adquirir prácticamente cualquier cosa en Cuba. Tomando en cuenta que es más fácil ganar dólares en puestos de trabajo no calificado, a lo largo de los últimos 20 años la pirámide social se ha ido invirtiendo gradualmente en la isla. Un botones en un hotel turístico con acceso a moneda extranjera puede pasar a ser miembro de los nuevos ricos, mientras que un profesor universitario sin ese recurso sigue sujeto al racionamiento y vive en peores condiciones que algunos de sus alumnos. Esta «nueva» pobreza se va extendiendo, no desde los márgenes de la sociedad sino, por el contrario, desde el centro, y puede provocar una erosión lenta de la legitimidad del sistema político.

Es evidente que el gobierno actual así lo entendió: en 2011, en una declaración oficial, señaló que la nación se hundiría si no adoptaba reformas. Este cambio, sin embargo, se anuncia desde hace mucho tiempo. Bajo el lema oficial «Sin prisa, pero sin pausa», se han venido implementando tan solo cambios menores, no estructurales hasta el momento. Otras reformas anunciadas públicamente en los medios internacionales, como el acceso a internet y las empresas privadas, llegaron a la isla, pero solo en forma parcial o con alcance limitado. Sin embargo, ahora que Cuba ha perdido a su último mecenas, Venezuela, el débil desarrollo de la región combinado con la ayuda cada vez menor de otros aliados crea una presión económica creciente de cambio. Tal vez esta sea la explicación del nuevo acercamiento al antiguo enemigo, EEUU. Los últimos 20 años fueron una suerte de *impasse*; Cuba ya ha malgastado muchas posibilidades de enfrentarse a EEUU en igualdad de condiciones. Junto con un ajuste de cuentas muy tardío por la inaceptable insubordinación, queda por ver qué intereses puede todavía albergar EEUU.

Castro mismo se interesa por el futuro de la revolución solo en la medida en que su declinación no esté conectada con él personalmente. Ha trabajado en su proyecto final por largo tiempo: su propia inmortalidad. Desea ser recordado como el héroe que luchó por una causa justa y se compara en esta empresa con Napoleón Bonaparte. Como el carismático francés, se ve a sí mismo como un revolucionario culto y un apasionado defensor de la Ilustración, que lucha por la causa de la liberación y la unificación. La misión de Fidel fue, también, cambiar el mundo. Impuso una ola inusitada de modernización a la sociedad de su propio país. Fidel Castro conoce el lugar que ocupa Napoleón en la historia y se siente su igual. Esta es la clase de inmortalidad que busca; permanecerá con nosotros por mucho tiempo. Sus memorias de varios volúmenes ya están en publicación y el autor tiene mucho para decirnos. Para algunos, la muerte no es el punto final donde todo termina: es solo otro comienzo. ¡Feliz cumpleaños, Fidel!

El Cotidiano

REVISTA DE LA REALIDAD MEXICANA

Septiembre-Octubre de 2016 Ciudad de México Nº 199

ANÁLISIS DEL PROCESO ELECTORAL 2016

ARTÍCULOS. ¿Quién ganó en las elecciones mexicanas de 2016? ¿Fuenteovejuna?, **Luis Castro Obregón**. Chihuahua 2016: las elecciones de todas las divisiones, **Víctor M. Quintana S**. Elecciones 2016 en Oaxaca: ¿por qué ganó Alejandro Murat?, **Saulo Chávez Alvarado**. Espejismos electorales, democracia, partidos políticos y ciudadanía en Oaxaca, **Víctor Leonel Juan Martínez**. Elecciones locales de Quintana Roo en 2016: se consuma la alternancia política, **Carlos Barrachina Lisón**. La alternancia en el poder: ¿una posibilidad o una necesidad? El caso de Zacatecas en 2016, **Pedro de León Mojarro**. Las elecciones en Hidalgo. ¿Negociación de cúpulas o negligencia partidista?, **Ruth Olmedo**. Lo que cambia es la creencia de que Marco Mena podrá ganar las elecciones, **Raúl Jiménez Guillén**. Tamaulipas, «la alternancia pacífica», **Magaly M. Balderas**. Elecciones 2016: construcción de una nueva hegemonía política en Puebla, **Romeo Valentín Maldonado**. Sinaloa, elecciones locales 2016: representación política, centralismo y bipartidismo, **Rigoberto Ocampo Alcántar**. Las elecciones en Durando 2016. Nada fue cierto, **José Luis Carrillo Ramos**. Disputa por la Ciudad de México. Elecciones 2016 para la Asamblea Constituyente, **Alfonso Revilla**.

El Cotidiano *es una publicación de la Universidad Autónoma Metropolitana. Av. San Pablo 180, Edif. K-011, Col. Reynosa Tamaulipas, C.P. 02200, México,* DF. *Tel. 53 18 93 36. Apartado Postal 32-031, México, 06031,* DF. *Correo electrónico: <cotid@correo.azc.uam.mx>.*

América del Sur, recesión y después…

Martín Abeles / Sebastián Valdecantos

Luego de la crisis internacional de 2008, América Latina enfrenta un aumento de la vulnerabilidad externa, real y financiera. Sin una discusión más profunda acerca de las distintas fuentes de esa vulnerabilidad externa –que incluya el replanteo del grado de apertura financiera–, los países de la región seguirán excesivamente expuestos a los ciclos de liquidez global, lo que dificultará alcanzar y, sobre todo sostener, un ritmo de crecimiento consistente con una agenda de cambio estructural progresivo.

En un contexto de fuerte incertidumbre en la economía mundial, se proyecta una nueva contracción económica de América Latina para 2016, explicada fundamentalmente por los países de América del Sur, que luego de contraerse 1,7% en 2015 caerán de nuevo 2,1% en 2016. Como se observa en la tabla de la página siguiente, ello no solo se debe a la fuerte contracción de Argentina, Brasil y Venezuela –que al representar cerca de 75% del PIB de América del Sur ejercen una influencia decisiva en el desempeño agregado–, sino también a la desaceleración de los demás países de esta región, con la excepción de Perú.

Esa desaceleración comenzó a manifestarse en 2012 –con diferencias importantes entre países– y tendió a generalizarse en la segunda mitad de 2014, como consecuencia de la caída de los precios internacionales

Martín Abeles: es licenciado en Economía por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y doctor en Economía por la New School University (Nueva York). Es director de la Oficina de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) en Buenos Aires.
Sebastián Valdecantos: es licenciado en Economía por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y doctor en Economía por la Université Sorbonne Paris Cité. Se desempeña como economista de la Cepal.
Palabras claves: diversificación, materias primas, vulnerabilidad, América Latina.
Nota: este artículo se basa en el documento elaborado por los mismos autores: «Vulnerabilidad externa en América Latina y el Caribe. Un análisis estructural», Serie Estudios y Perspectivas Nº 47, Oficina de la Cepal en Buenos Aires, 2016. Las opiniones vertidas en el artículo son de exclusiva responsabilidad de los autores y pueden no coincidir con las de la Cepal.

Tabla

América del Sur: tasas de variación del PIB (en %)

País	2011	2012	2013	2014	2015	Proyección 2016
Argentina	6,1	-1,1	2,3	-2,6	2,4	-1,5
Bolivia	5,2	5,1	6,8	5,5	4,8	4,5
Brasil	3,9	1,9	3,0	0,1	-3,8	-3,5
Chile	5,8	5,5	4,0	1,8	2,1	1,6
Colombia	6,6	4,0	4,9	4,4	3,1	2,7
Ecuador	7,9	5,6	4,6	3,7	0,3	-2,5
Paraguay	4,3	-1,2	14,0	4,7	3,0	2,8
Perú	6,3	6,1	5,9	2,4	3,3	3,9
Uruguay	5,2	3,5	4,6	3,2	1,0	0,5
Venezuela	4,2	5,6	1,3	-3,9	-5,7	-8,0
Promedio	4,8	2,6	3,4	0,3	-1,7	-2,1

Fuente: Cepal: *Estudio económico de América Latina y el Caribe 2016. La Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible y los desafíos del financiamiento para el desarrollo*, Cepal, julio 2016.

de los productos básicos. La reducción en el ritmo de crecimiento del comercio mundial en el mismo periodo y la incertidumbre financiera relacionada con el anunciado fin de la política monetaria expansiva de la Reserva Federal de Estados Unidos (materializado en diciembre de 2015[1]) indujeron un efecto contractivo adicional.

¿En qué medida puede revertirse esta situación? ¿Cuál es el margen de maniobra que tienen los gobiernos de la región para reactivar sus economías? Este artículo intenta responder estos interrogantes a partir del análisis del sector externo de los países de América del Sur, que desde nuestro punto de vista constituye el principal determinante del margen de maniobra contracíclico de los gobiernos en los países en desarrollo.

El «movimiento cíclico universal»

El peso de los factores externos en la dinámica del ciclo económico en las economías periféricas es un tema conocido en la región. Raúl Prebisch sostenía que existe un «movimiento cíclico universal» que se manifiesta de manera diferente en cada país en función de sus características estructurales e institucionales específicas[2]. Según Prebisch, ese movimiento cíclico tiene su epicentro en los países desarrollados y se propaga hacia la

1. Desde diciembre de 2008, la Reserva Federal mantenía la tasa de interés de corto plazo virtualmente en 0%. En diciembre de 2015 decidió aumentarla a 0,25%.
2. R. Prebisch: «Memoria: Primera reunión de técnicos sobre problemas de banca central del continente americano», Banco de México, México, DF, 1946, pp. 25-26.

periferia a través del canal real, determinado por el tipo de especialización productiva, y por el canal financiero, cuya dinámica depende de los ciclos de liquidez internacional y del grado de apertura financiera de cada economía.

Frente a un contexto internacional menos favorable desde el punto de vista de la economía real y más incierto desde el punto de vista financiero, la perspectiva de reanudar un sendero de crecimiento en los países de la región depende en gran medida de su capacidad de impulsar las fuentes internas de expansión; es decir, de su capacidad para instrumentar políticas macroeconómicas contracíclicas (monetarias, fiscales) con efectividad. En un contexto periférico, esa capacidad depende de la situación –tanto real como financiera– del sector externo de cada economía, que es la que condiciona, en última instancia, el margen de maniobra contracíclico de los gobiernos.

La vulnerabilidad externa real depende de la especialización comercial de cada país. Un menor grado de diversificación productiva (como ocurre en los países de América del Sur debido a la concentración de sus exportaciones en pocos productos primarios) o un mayor grado de concentración exportadora en unos pocos socios comerciales (como ocurre en México, América Central y el Caribe en relación con el nivel de actividad en Estados Unidos) implica un mayor grado de vulnerabilidad externa real. Una mayor diversificación productiva se corresponde, desde esta perspectiva, con una mayor diversificación de los riesgos.

La vulnerabilidad externa financiera depende, por su parte, del grado de endeudamiento externo de cada economía, que involucra no solo la emisión de deuda tradicional (un pasivo «financiero») sino también el *stock* de inversión extranjera directa (IED) radicado en cada país[3]. Ello se relaciona, en el primer caso, con el grado de apertura de la cuenta de capital y financiera de cada país, y en el segundo, con la política (marco regulatorio) referida a la radicación de capitales externos en la economía real (existencia o no de tratados bilaterales de inversión, etc.). Este análisis resulta, en realidad, bastante más complejo, pues existen nuevas formas de vulnerabilidad externa[4], asociadas al acceso cada vez más frecuente de inversores extranjeros a instrumentos financieros de corto plazo y denominados en moneda local, que no llegan

3. Este tipo de inversión también implica un rendimiento determinado que compromete la disponibilidad de divisas en el tiempo, por lo que supone un efecto patrimonial semejante al de un instrumento de endeudamiento externo tradicional.
4. Ver Annina Kaltenbrunner y Juan Pablo Painceira: «Developing Countries Changing Nature of Financial Integration and New Forms of External Vulnerability: The Brazilian Experience» en *Cambridge Journal of Economics* vol. 39 Nº 6, 2015, pp. 1281-1306.

a apreciarse en los indicadores tradicionales de apalancamiento externo utilizados a continuación.

Una aproximación gráfica

Para evaluar el grado de vulnerabilidad externa de los países de América del Sur, elaboramos dos indicadores, uno real y otro financiero. El primero procura identificar el grado de especialización productiva o comercial de cada economía en un número reducido de actividades/productos. Se construye como el ratio entre las exportaciones de bienes primarios y los ingresos de divisas totales registrados en la cuenta corriente de la balanza de pagos[5]. Cuanto más elevado ese cociente, mayor la vulnerabilidad externa real.

El segundo apunta a identificar el grado de apalancamiento externo (neto de reservas internacionales) de cada economía. Se construye como el ratio entre la suma del endeudamiento de corto y largo plazo[6] –neto de las reservas internacionales– y el PIB. A igualdad de otras condiciones, este indicador crece con el incremento del endeudamiento externo, sea de corto plazo (aumento de las inversiones financieras provenientes del exterior) o de largo plazo (aumento de la IED), y disminuye con el aumento del *stock* de reservas internacionales. Cuanto más elevado este indicador, mayor la vulnerabilidad externa financiera, pues implica una mayor exposición a reversiones repentinas en el ciclo financiero internacional.

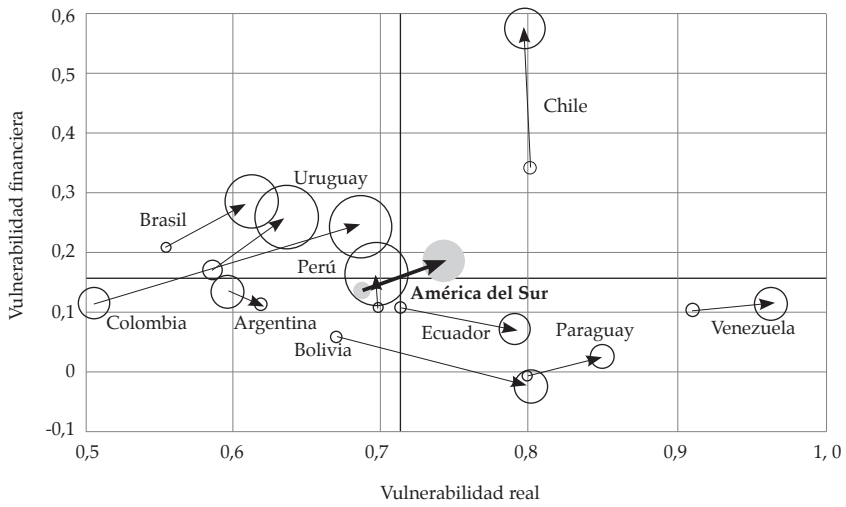
El gráfico de la página siguiente muestra la evolución de estos dos indicadores entre el periodo 2005-2007 (referencia al movimiento cíclico alcista anterior a la crisis financiera internacional de 2008-2009) y el periodo 2013-2015 (referencia a la situación posterior). En el eje horizontal se representa el indicador de vulnerabilidad externa real y en el eje vertical, el de vulnerabilidad externa financiera. Mientras más alejado del origen esté cada país en cada uno de los ejes, mayor será su vulnerabilidad externa. En términos dinámicos, un país será más vulnerable entre un periodo y el otro cuanto más se haya desplazado hacia arriba y hacia a la derecha en el gráfico, y viceversa.

El análisis de la evolución de los indicadores de vulnerabilidad externa real y financiera en el tiempo puede combinarse con el de una variable adicional de índole más coyuntural: el resultado de la cuenta corriente, una medida de las necesidades de

5. Estos incluyen, además de los ingresos por exportaciones de bienes, los derivados de las exportaciones de servicios y, cuando corresponde, los ingresos por envíos de remesas desde el exterior.
6. El endeudamiento de corto plazo, típicamente asociado a inversiones de carácter especulativo, está compuesto fundamentalmente por acciones y bonos emitidos por el sector público o privado. El endeudamiento de largo plazo consiste mayormente en IED.

Gráfico

América del Sur: vulnerabilidad externa, promedio 2005-2007 contra 2013-2015



Fuente: M. Abeles y S. Valdecantos: «Vulnerabilidad externa en América Latina y el Caribe. Un análisis estructural», Serie Estudios y Perspectivas Nº 47, Oficina de la Cepal en Buenos Aires, 2016.

financiamiento externo de corto plazo de una economía. En el gráfico, el resultado de la cuenta corriente está representado por el tamaño de cada círculo: mientras mayor sea la circunferencia, mayor el déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos, y viceversa.

El gráfico permite apreciar a simple vista las características estructurales de las economías de América del Sur. Se observa, por ejemplo, que todos los países exhiben un grado elevado de vulnerabilidad externa real, en tanto que en todos ellos las exportaciones de materias primas representan más de la mitad de los créditos de la cuenta corriente. Dentro de este panorama general, Argentina, Brasil, Uruguay y Colombia muestran un mayor grado de diversificación relativa que, por ejemplo, Chile o Venezuela, fuertemente especializados en la exportación de cobre y petróleo, respectivamente. Con respecto a la vulnerabilidad externa financiera, el gráfico revela con bastante nitidez la separación convencional entre los países integrados a los mercados financieros internacionales (Brasil, Chile, Colombia, Perú

y Uruguay se ubican en la mitad superior del gráfico) y los no integrados (Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela en la mitad inferior).

La vulnerabilidad externa de los países de América del Sur, tomados en conjunto, aumentó entre los periodos 2005-2007 y 2013-2015. En el gráfico se advierte cómo la posición promedio, representada por la línea más gruesa, se mueve hacia arriba y a la derecha, al mismo tiempo que aumenta de modo significativo el déficit de cuenta corriente.

Este comportamiento general resulta bastante ilustrativo del desempeño en cada país. Al comparar las distintas situaciones individuales, se observa que:

- en siete de los diez casos se registró un aumento de la vulnerabilidad externa real;
- en nueve se incrementó la vulnerabilidad externa financiera;
- en cinco aumentaron las dos fuentes (real y financiera) de vulnerabilidad externa;
- en ningún caso se observó una mejora conjunta de los dos indicadores;
- en todos aumentó el déficit en cuenta corriente.

El único atenuante de esta situación de deterioro sistemático –y que en gran medida explica por qué esta creciente vulnerabilidad no se tradujo, por el momento, en una situación de mayor tensión externa– se relaciona con el grado de acceso a los mercados financieros internacionales. Para el periodo considerado, casi todos los países de la región mantuvieron un acceso al crédito externo relativamente fluido (Argentina y Venezuela constituyeron, hasta 2015, la excepción), incluidos los países con mayores déficits en cuenta corriente.

Así, en distinto grado, puede afirmarse que en los últimos años los países de América del Sur han tendido a exhibir una mayor vulnerabilidad externa que en el periodo inmediatamente anterior a la crisis *subprime* (2008-2009). Esta mayor vulnerabilidad se manifiesta tanto en el frente real como en el financiero, a pesar del aumento en el *stock* de reservas internacionales evidenciado en muchos casos. El hecho de que la mayoría de los países de la región haya mantenido su acceso al crédito internacional (en un contexto externo signado por la política monetaria expansiva, primero de la Reserva Federal y luego del Banco Central Europeo), y que la IED haya continuado fluyendo hacia varios de los países de la región explica por qué esta situación de creciente vulnerabilidad no se tradujo en mayores tensiones en los balances de pagos, más allá de episodios puntuales y esporádicos, que se manifestaron en una mayor volatilidad cambiaria y en la caída de las reservas internacionales en varios de los países considerados.

La situación no parece revestir, sin embargo, la fragilidad que caracterizó a la región en, por ejemplo, las décadas de 1980 o 1990. En comparación con ese periodo, el aumento del *stock* de reservas internacionales en varios países de la región y el predominio de regímenes cambiarios más flexibles han conferido un mayor margen de maniobra macroeconómico. Aun así, el contexto de creciente vulnerabilidad externa dificultará la posibilidad de aumentar las fuentes internas del crecimiento, que pueden resultar vitales ante la retracción de la demanda agregada global. Como consecuencia de ello, a corto plazo difícilmente se revierta el bajo ritmo de crecimiento de los países de la región.

Desde una perspectiva histórica, la información presentada sugiere que en el periodo reciente los países de América del Sur no lograron avanzar en un proceso de cambio estructural que les permitiera diversificar sus exportaciones a fin de reducir su exposición a las fluctuaciones de los precios internacionales. Los datos reflejan, a su vez, la persistencia de un importante grado de apertura financiera –herencia de las reformas de mercado introducidas en periodos anteriores– que impone serias limitaciones al ejercicio autónomo de la política macroeconómica.

Más allá de algunos avances en el campo de la política macroprudencial y de la adopción cada vez más generalizada de regímenes cambiarios flexibles, la región sigue exhibiendo una apertura prácticamente irrestricta a los flujos de capital transfronterizos. Ello se manifiesta en los niveles relativamente altos de endeudamiento de corto plazo, en particular del sector privado, a lo que se añade el peso creciente, desde una perspectiva macrofinanciera, del *stock* de IED, que conlleva una carga estructural negativa sobre el balance de pagos, derivada de la remisión de utilidades al exterior.

Esta dependencia persistente, y en algunos casos creciente, del financiamiento externo y el elevado grado de apertura financiera internacional exponen cada vez más a los países de América del Sur a los vaivenes de los ciclos de liquidez internacional. Ello no solo dificulta la implementación de políticas contracíclicas. Supone, además, como ha sugerido Ha-Joon Chang[7], una mayor injerencia de la visión imperante entre los agentes financieros en las decisiones de política interna; una visión que tiende a contraponerse a la agenda de desarrollo inclusivo, asociada al enfoque de derechos, la sostenibilidad ambiental y la diversificación y complejización de la estructura productiva en los países en desarrollo.

7. Ha-Joon Chang: «Institutions and Economic Development: Theory, Policy and History» en *Journal of Institutional Economics* vol. 7 Nº 4, 2011.

En suma, la región requiere una discusión más profunda acerca de su especialización productiva e inserción comercial. Esto resulta decisivo para reducir el grado de vulnerabilidad externa real de los países de América del Sur. Pero para ello, además, debe discutir su apertura financiera y el grado de financierización prevalecientes. Existe una relación entre ambas dimensiones, que intentamos reflejar en la información aquí presentada, y que esperamos contribuya a esa discusión.

ÍCONOS
REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES
Mayo de 2016 Quito Nº 55

DOSSIER: Una paz insegura: de la reproducción de la violencia colectiva en América Latina y el Caribe. Presentación del dossier, **Fernando A. Chinchilla**. Órdenes crimilegales: repensando el poder político del crimen organizado, **Markus Schultze-Kraft**. Instituciones, violencia criminal e interdependencia: el camino acotado del desarrollo en América Latina y el Caribe, **Rogelio Madrueño**. Midiendo la impunidad en América Latina: retos conceptuales y metodológicos, **Juan Antonio Le Clercq, Azucena Cháidez y Gerardo Rodríguez**. Genealogía e historia no resuelta de la desaparición forzada en México, **Carolina Robledo Silvestre**. Política militar del Gobierno de Rousseff: reflexiones sobre la actuación de las Fuerzas Armadas en las UPP y la MINUSTAH, **Suzeley Kalil Mathias, Bruce Scheidl Campos y Leandro Fernandes Sampaio Santos**. Armas pequeñas y países pequeños: armas de fuego en la agenda de seguridad internacional, **Carla Álvarez Velasco**. DIÁLOGO: El populismo: ¿una amenaza a la democracia en América Latina? Un diálogo con Kurt Weyland, **Jenny Pontón Cevallos**. ENSAYO VISUAL: Antropología y arte contemporáneo: parodia y estereotipos en la obra de Sandow Birk, **X. Andrade**. TEMAS: Silencios y acentos en la construcción de la violencia de género como un problema social en Quito, **Paz Guarderas Albuja**. Comercio justo, seguridad alimentaria y globalización: construyendo sistemas alimentarios alternativos, **Martin Calisto Friant**. RESEÑAS.

Íconos *es una publicación cuatrimestral de Flacso-Ecuador, La Pradera E7-174 y Av. Almagro, Quito, Ecuador. Tel.: (593 2) 3238888. Correo electrónico: <revistaiconos@flacso.org.ec>. Página web: <www.flacso.org.ec/html/iconos.html>. Pedidos y suscripciones: <lalibreria@flacso.org.ec>.*

«Realismo capitalista» y nuevas subjetividades

Mark Fisher

En su libro *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, Mark Fisher se enfoca en la famosa frase de Margaret Thatcher («There is no alternative») e indaga las nuevas subjetividades del capitalismo tardío. A continuación, reproducimos el capítulo «Impotencia reflexiva, 'inmovilización' y comunismo liberal», escrito a partir de su experiencia como educador en el Reino Unido.

Si uno los compara con sus antecesores de las décadas de 1960 y 1970, los estudiantes británicos de la actualidad parecen políticamente descomprometidos. Mientras que todavía puede verse a los estudiantes franceses protestando en las calles contra el neoliberalismo, los estudiantes británicos, cuya situación es incomparablemente peor, parecen resignados a su destino. Este resultado evidente según mi hipótesis no es una cuestión de apatía o cinismo, sino de *impotencia reflexiva*. Los estudiantes del Reino Unido son conscientes de que las cosas andan mal, pero más aún son conscientes de que ellos no pueden hacer nada al respecto. Sin embargo, este «conocimiento», esta reflexividad, no es resultado de la observación pasiva de un estado de cosas previamente existente. Es más bien una suerte de profecía autocumplida.

Mark Fisher: es un escritor y teórico especializado en cultura musical que se ha expandido a otros campos. Es el impulsor de *k-punk*, uno de los blogs más populares sobre teoría cultural. Colabora regularmente con las publicaciones *The Wire*, *Sight & Sound*, *Frieze* y *New Statesman*. Es profesor de filosofía en el City Literary Institute de Londres y profesor visitante en el Centro de Estudios Culturales de Goldsmith, Universidad de Londres. Entre sus libros se cuentan *Jacksonismo. Michael Jackson como síntoma* (Caja Negra, Buenos Aires, 2014) y *Ghosts of My Life: Writings on Depression, Hauntology and Lost Futures* (Zero Books, Winchester, 2014).
Palabras claves: alternativas, capitalismo, posmodernidad, radicalidad, realismo.
Nota: este texto es parte de *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* (Caja Negra, Buenos Aires, 2016). Traducción de Claudio Iglesias. Agradecemos a la editorial Caja Negra la autorización para reproducir este capítulo.

La impotencia reflexiva conlleva una visión de las cosas tácita, muy común entre los jóvenes británicos y a la vez correlacionada con las patologías más difundidas. Muchos de los alumnos con los que me tocó trabajar en el terciario presentaban problemas de salud mental o de aprendizaje. La depresión entre ellos es endémica. Y es la enfermedad más recurrente en el sistema público de salud, que castiga, además, a franjas de la población cada vez más jóvenes. El número de los estudiantes que padecen alguna variante de dislexia también es sorprendente. No es una exageración afirmar que ser «adolescente británico» en la actual etapa del capitalismo tardío casi podría ser sinónimo de enfermedad. Esta patologización en sí misma ya ocluye toda posibilidad de politización. Al privatizar los problemas de la salud mental y tratarlos solo como si los causaran los desbarajustes químicos en la neurología del individuo o los conflictos de su contexto familiar, queda fuera de discusión cualquier esbozo sistémico de fundamentación social.

Muchos de los jóvenes a los que he enseñado se encontraban en lo que llamaría un estado de *hedonia depresiva*. Usualmente, la depresión se caracteriza por la anhedonia, mientras que el cuadro al que me refiero no se constituye tanto por la incapacidad para sentir placer como por la incapacidad para hacer cualquier cosa *que no sea* buscar placer. Queda la sensación de que efectivamente «algo más hace falta», pero no se piensa que este disfrute misterioso y faltante solo podría encontrarse *más allá* del principio del placer. En buena medida, este fenómeno es consecuencia de la ambigua posición estructural de los estudiantes, que se divide entre su antiguo rol como sujetos de las instituciones disciplinarias y su nuevo estatus como consumidores de servicios. En uno de sus ensayos más cruciales, «Postscriptum sobre las sociedades de control», Deleuze distingue entre las sociedades disciplinarias organizadas alrededor de espacios estancos que había descripto Foucault, como la fábrica, la escuela y la prisión, y las nuevas sociedades de control en las que todas las instituciones se incrustan en una especie de corporación dispersa. Deleuze está en lo cierto al afirmar que Kafka es el profeta del poder cibernético distribuido, típico de las sociedades de control. En *El juicio*, Kafka distingue de forma clarificadora entre los dos tipos de absolución que podría alcanzar el acusado. La absolución definitiva ya no es posible, si es que alguna vez lo fue. («Solo existen relatos legendarios sobre antiguos casos que resultaron en una absolución»).

Las dos opciones que quedan son, en primer lugar, la «absolución ostensible», en la que el acusado es absuelto para todo fin práctico, pero puede en el futuro, y aparentemente sin causa, afrontar los cargos que se le han levantado; segundo, la «postergación

indefinida», en la que el acusado se consagra a un proceso legal con la esperanza de estirarlo lo más posible para que la elevación del caso a juicio se vuelva cada vez más improbable. Deleuze observa que las sociedades de control delineadas por el mismo Kafka, pero también por Foucault y por Burroughs, operan sobre la base de la postergación indefinida. Por ejemplo: la educación es un proceso de toda la vida; la capacitación para el trabajo abarca toda la vida laboral; el trabajo sigue en casa, se trabaja desde la casa o se está como en casa en el lugar de trabajo, etc. Una consecuencia de este ejercicio «indefinido» del poder es que la vigilancia externa ya no es tan necesaria: en gran medida la sustituye la vigilancia interna. El Control solo funciona si uno es cómplice con él. De ahí viene esa figura de Burroughs, el «adicto al control»: aquel que necesita fanáticamente controlar, pero que también es víctima él mismo del Control que lo domina y lo posee. Al entrar a cualquiera de las aulas del terciario en el que daba clases, resulta evidente que se trata de un contexto posdisciplinario. En enumeraciones muy urticantes, Foucault se refería a la forma en que la disciplina se encarnaba a través de posiciones corporales muy duras. En nuestro terciario, en cambio, podrías encontrarte con que los alumnos se duermen sobre el escritorio, hablan casi sin parar, comen incesantemente *snacks* o, a veces, incluso comidas enteras. La vieja segmentación disciplinaria del tiempo se está rompiendo. El régimen semicarcelario de la disciplina se erosiona gracias a las tecnologías del control, con sus sistemas de consumo perpetuo y despliegue continuo.

El sistema de financiamiento del instituto hace imposible rechazar a alumnos o expulsarlos, inclusive si la dirección lo deseara. Los recursos llegan o no llegan de acuerdo con factores como el éxito en alcanzar los objetivos de desempeño (es decir, los resultados en los exámenes), la asistencia y la retención de los estudiantes. Esta combinación de imperativos de mercado y «objetivos» definidos en términos muy burocráticos es una típica iniciativa del *estalinismo de mercado* que hoy regula nuestros servicios públicos. Pero la falta de un sistema disciplinario no se compensa, para decirlo suavemente, con un aumento en la automotivación de los estudiantes. Los chicos son conscientes de que si dejan de ir a la escuela, o si no presentan ningún trabajo, no recibirán ninguna sanción seria. Y no reaccionan a esta libertad comprometiéndose con un proyecto propio, sino recayendo en la lasitud hedónica (o anhedónica): la narcosis suave, la dieta probada del olvido: Playstation, TV y marihuana. Si uno les pide que lean más de un par de oraciones, muchos (aunque se trata de estudiantes con buenas notas) protestarán alegando que *no pueden hacerlo*. La queja más frecuente es que *es aburrido*. Pero el juicio no atañe al contenido del material escrito:

es el acto de leer en sí mismo lo que resulta «aburrido». No se trata ya del torpor juvenil de siempre, sino de la falta de complementariedad entre una «Nueva Carne» posliteraria «demasiado conectada para concentrarse» y la antigua lógica confinatoria y concentracionaria de los sistemas disciplinarios en decadencia. Estar aburrido significa simplemente quedar privado por un rato de la matrix comunicacional de sensaciones y estímulos que forman los mensajes instantáneos, YouTube y la comida rápida. Aburrirse es carecer, por un momento, de la gratificación azucarada a pedido. A algunos alumnos les gustaría que Nietzsche fuera como una hamburguesa; no logran darse cuenta (y el sistema de consumo en la actualidad alienta este malentendido) de que la indigestibilidad, la dificultad, *eso es* precisamente Nietzsche.

Un ejemplo: un día tuve que llamar la atención de un alumno porque siempre llevaba los auriculares puestos durante la clase. Me respondió que no había problema porque no estaba escuchando nada. En otra clase apareció otra vez con los auriculares, esta vez sin ponérselos y con la música a un volumen muy bajo. Cuando le pedí que la apagara me respondió que ni él podía escucharla. ¿Por qué alguien desearía llevar los auriculares puestos sin escuchar música o escuchar música sin ponerse los auriculares? Porque la presencia de los auriculares en los oídos o la certidumbre de que la música sonaba incluso si no podía escucharla resultan una ratificación de que la matrix *está ahí todavía*, al alcance. Por otro lado, la anécdota parece un ejercicio clásico de interpasividad: si la música estaba sonando, aunque el estudiante no la estuviera escuchando, el reproductor mismo podía disfrutarla por él. El uso de auriculares es significativo: una experiencia del pop no como algo que tendrá efectos sobre el espacio público, sino como una retracción al «Edipod» privado; un consumo narcótico que pone un muro entre el sujeto y la esfera social. La consecuencia de esta adicción a la matrix del entretenimiento es una interpasividad agitada y espasmódica, acompañada de una incapacidad general para concentrarse o hacer foco. Los estudiantes no pueden conectar su falta de foco en el presente con su fracaso en el futuro; no pueden sintetizar el tiempo en alguna especie de narrativa coherente. Estos son síntomas de algo más que desmotivación y nos recuerdan pavorosamente el análisis que hace Fredric Jameson en «El posmodernismo y la sociedad de consumo». Jameson observa que la teoría de la esquizofrenia de Lacan ofrece un «modelo estético interesante» para intentar entender la fragmentación de la subjetividad con vistas a la emergencia del complejo industrial del entretenimiento. «Con la destrucción de la cadena significante», dice Jameson sumariamente, «el esquizofrénico lacaniano queda reducido a la experiencia del puro significante material, en otras

palabras, a una serie de presentes puros en el tiempo, desconectados entre sí». Jameson escribía a mediados de la década de 1980, en la que nacieron muchos de los estudiantes de mis clases. Nos enfrentamos, en las aulas, con una generación que se acunó en esa cultura rápida, ahistórica y antimnemónica, una generación para la cual el tiempo siempre vino cortado en microrrodajas digitales predigeridas.

Si el trabajador-preso es el protagonista de la disciplina, el deudor-adicto es el personaje del control. El capital ciberespacial funciona en el momento en que sus usuarios se vuelven adictos. William Gibson lo reconoce en *Neuromante*, cuando Case y el resto de los cowboys del ciberespacio se desconectan de la matrix y sienten insectos bajo la piel. (La afición de Case a las anfetaminas no es más que el sustituto de su adicción a una velocidad mucho más abstracta). Si algo como el desorden de déficit de atención e hiperactividad es una patología, entonces es una patología del capitalismo tardío: una consecuencia de estar conectado a circuitos de entretenimiento y control hipermediados por la cultura de consumo. Del mismo modo, lo que se conoce como dislexia puede no ser otra cosa que una suerte de *poslexia*. Los adolescentes tienen la capacidad de procesar los datos cargados de imágenes del capital sin ninguna necesidad de leer: el simple reconocimiento de eslóganes es suficiente para navegar el plano informativo de la red, el celular y la TV. «La escritura nunca fue algo propio del capitalismo. El capitalismo, de hecho, es intrínsecamente iletrado», afirmaron Deleuze y Guattari en *El anti-Edipo*. «El lenguaje electrónico no funciona a través de la voz o la escritura; los datos se procesan perfectamente en ausencia de ambas». De ahí que tantos empresarios exitosos sean en efecto disléxicos, aunque no sepamos si su eficacia posléxica es la consecuencia, o la causa, de su triunfo.

Hoy en día los profesores soportan una presión intolerable: la de mediar entre la subjetividad posliteraria del capitalismo tardío y las demandas propias del régimen disciplinario (como los exámenes). En este sentido, y lejos de ser una torre de marfil que se mantiene a salvo del mundo real, la educación es más bien el motor de la reproducción de la realidad social, el espacio donde las incoherencias del campo social capitalista se confrontan en directo. Los profesores debemos ser facilitadores del entretenimiento y, al mismo tiempo, disciplinadores autoritarios. Deseamos ayudar a los alumnos a pasar los exámenes, y ellos desean tenernos como figuras de autoridad, capaces de decirles qué hacer. Pero esta interpelación del profesor como figura de autoridad es justamente lo que exacerba el problema del «aburrimiento»: ¿o existe algo cuya raíz esté en la autoridad que no sea, de entrada, aburrido? Irónicamente, a los educadores se les exige el

rol del disciplinador justo cuando las estructuras disciplinarias colapsan.

Con las familias agotadas por la presión del capitalismo que les exige a ambos padres trabajar todo lo que puedan, los profesores debemos actuar ahora como padres sustitutos capaces de instalar los protocolos de conducta más básicos, y proveer apoyo pastoral y emocional a los adolescentes que, en algunos casos, están mínimamente socializados. Insisto en el hecho de que ninguno de mis estudiantes tenía la menor obligación de presentarse a clase. De hecho, disponían de toda la libertad de irse si lo deseaban. Pero la falta de oportunidades de empleo junto con el incentivo cínico procedente del gobierno hace que seguir en la escuela parezca la opción más segura, y también la más fácil. Deleuze dice que las sociedades de control se basan en la deuda más que en el encierro. Sin embargo, el sistema educativo de la actualidad hace que el estudiante se endeude y, en simultáneo, lo encierra. Según esta melodía, uno debe pagar por su propia explotación, endeudarse y estudiar para poder conseguir el mismo «McEmpleo» que habría conseguido si hubiera dejado la escuela a los 16.

De acuerdo con Jameson, «de repente el colapso de la temporalidad libera al presente de todo el tendido de actividades e intencionalidades que podrían ponerlo en foco y convertirlo en un espacio de trabajo». Al mismo tiempo, hay que decir que la nostalgia por el contexto en el que operaban las prácticas de viejo tipo es completamente inútil. Esa es la razón por la cual los estudiantes franceses y sus protestas no constituyen, en el fondo, una alternativa a la impotencia reflexiva de sus pares británicos. Que una publicación liberal como *The Economist* desprecie toda forma de oposición al capitalismo no sorprende; pero su postura burlona frente a la llamada «inmovilización» francesa contenía algo de verdad. «En realidad los estudiantes que protagonizaron las últimas protestas parecían convencidos de estar actualizando los reclamos que sus padres le hicieron a Charles de Gaulle en mayo de 1968», decía su artículo de tapa del 30 de marzo de 2006:

> Les habían robado hasta los eslóganes («debajo del asfalto, la arena de playa») y los símbolos (como la Sorbona). En este sentido, la revuelta parece no ser más que la secuela natural de los desmanes que ocurrieron en los suburbios [de París, en 2005] y que llevaron al gobierno a declarar el estado de emergencia. En ese momento eran los jóvenes desempleados, extranjeros de las clases bajas, los que se rebelaban contra un sistema efectivamente capaz de excluirlos. En cambio lo más llamativo de las últimas protestas es que esta vez las fuerzas rebeldes están del lado del conservadurismo. A diferencia de sus coetáneos de la *banlieue*, los estudiantes y los sindicatos que los acompañan solamente quieren evitar el cambio y mantener el estado de cosas presente en Francia.[1]

1. «France Faces the Future» en *The Economist*, 30/3/2006.

La práctica de muchos de estos «inmovilizadores» es justamente contraria a la de otro grupo de los que se cuentan herederos de Mayo del 68: aquellos llamados «comunistas liberales» como George Soros y Bill Gates, rapaces predadores del beneficio económico que, al mismo tiempo, pueden levantar las banderas de la ecología y la responsabilidad social. Junto con estas preocupaciones sociales, los comunistas liberales creen que la estructura del trabajo debe (pos)modernizarse, en línea con el concepto de «ser astuto» [*being smart*]. Así lo explica Slavoj Žižek:

> «Ser astuto» significa ser dinámico y nómada, estar en contra de la burocracia centralizada. Significa creer en el diálogo y en la colaboración y no en la autoridad central; en la flexibilidad y no en la rutina; en la cultura y el conocimiento y no en la producción industrial; en la interacción espontánea, en la autopoiesis y no en las jerarquías fijas.[2]

Los inmovilizadores partían de una concesión implícita: que solo es posible resistir al capitalismo, no superarlo. Los comunistas liberales, por otra parte, creen que los excesos morales del capitalismo deben ser combatidos con la caridad. Ambos grupos muestran el modo que encuentra el realismo capitalista para circunscribir las posibilidades políticas actuales. Mientras que los inmovilizadores retienen la forma y el estilo de las protestas de 1968 pero en nombre de la resistencia al cambio, los comunistas liberales abrazan enérgicamente lo nuevo. Žižek está en lo cierto al afirmar que el comunismo liberal no es otra cosa que la forma dominante de la ideología capitalista hoy en día, más que constituir una especie de correctivo progresista a la ideología capitalista oficial. La «flexibilidad», el «nomadismo» y la «espontaneidad» son los rasgos salientes de la gerencia posfordista típica de la sociedad de control. Y el problema es que toda oposición a la flexibilidad y la descentralización corre el riesgo de autoboicotearse, puesto que un llamado a la rigidez y la centralización no sería muy contagioso que digamos. En cualquier caso, la resistencia a lo nuevo no es una causa en la que la izquierda debería inmiscuirse actualmente.

El capital fue muy astuto en su empeño por destruir el sindicalismo; sin embargo, no ha habido en la izquierda reflexión suficiente respecto de las tácticas que podrían funcionar contra el capital en las condiciones propias del posfordismo, ni sabemos qué *lenguaje nuevo* podría improvisarse para lidiar con unas tales condiciones.

Por un lado, es importante debatir la apropiación de lo nuevo efectuada por el capitalismo; por otro lado, el llamado a lo nuevo no puede confundirse con la mera adaptación a las condiciones existentes: ya nos hemos

2. S. Žižek: «Nobody Has to Be Vile» en *London Review of Books* vol. 28 Nº 7, 4/2006.

adaptado demasiado. De hecho, la búsqueda de la «adaptación exitosa» es la principal estrategia del gerencialismo.

La asociación persistente entre el neoliberalismo y la idea de «restauración», una vinculación conceptual que promovieron Alain Badiou y David Harvey, es un correctivo necesario para la asociación falsa del capital y la novedad. Para Badiou y Harvey, la política neoliberal no tiene que ver con lo nuevo, sino con un *retorno* al poder y los privilegios de clase. «En Francia», según Badiou, «la idea de restauración hace referencia al periodo en que volvieron los reyes, después de la revolución y de Napoleón, desde 1815. Actualmente atravesamos un momento semejante. El capitalismo liberal y su sistema político, el parlamentarismo, nos parecen las únicas soluciones naturales y aceptables». A la vez, Harvey define la neoliberalización como «un proyecto *político* para restablecer las condiciones de la acumulación de capital y restaurar el poder a las elites económicas». Harvey demuestra que, en una era popularmente sindicada «pospolítica», la lucha de clases se sigue peleando aunque de un lado solo: del lado de los ricos. «Tras la implementación de las políticas neoliberales a finales de la década de 1970», escribe:

> el porcentaje de la renta nacional en manos del 1% más rico de la sociedad ascendió hasta alcanzar, a fines del siglo pasado, el 15%. El 0,1% de los perceptores de las rentas más altas de este país vio crecer su participación en la renta nacional de 2% a cerca de 6% en 1999, mientras que la proporción entre la retribución media de los trabajadores y los sueldos percibidos por los altos directivos pasó de mantener una proporción aproximada de 30 a 1 en 1970 a alcanzar una proporción de 500 a 1 en 2000. (...) Y Estados Unidos no está solo en este proceso, ya que el 1% superior de los perceptores de renta en el Reino Unido ha doblado su porcentaje de la renta nacional de 6,5% a 13% desde 1982.[3]

Como muestra Harvey, los neoliberales fueron más leninistas que los leninistas: supieron crear y diseminar *think-tanks* que formaran la vanguardia intelectual capaz de crear el clima ideológico en el que el realismo capitalista pudiera florecer. El modelo de la inmovilización, en cambio, con sus demandas para que el viejo modelo fordista-disciplinario se mantenga tal cual, jamás podría ser útil en aquellos países donde las reformas neoliberales *ya han sido* efectuadas. En el Reino Unido, el fordismo colapsó definitivamente, y en su colapso se llevó los espacios y las prácticas que organizaban la vieja manera de hacer política. Sobre el final de su ensayo sobre el control, Deleuze se pregunta cuáles podrían ser las nuevas formas que adquiriría una eventual política del anticontrol:

3. D. Harvey: *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2007.

Uno de los temas más importantes será sin duda la ineficacia de los sindicatos: intrínsecamente unidos por su historia de lucha contra la disciplina que se ejercía en espacios de encierro, ¿serán capaces de adaptarse o solamente dejarán lugar a nuevas formas de resistencia contra la sociedad del control? ¿Podemos ya hoy en día percibir los trazos gruesos de las formas futuras de resistencia, aquellas capaces de amenazar la algarabía del marketing? Muchos jóvenes extrañamente se ufanan de estar «motivados»; de esta forma vuelven a requerir continuamente del aprendizaje y el entrenamiento perpetuos. Les tocará descubrir a su turno a aquellos a los que deberán servir, así como sus padres descubrieron, no sin dificultad, el *telos* de la disciplina.

Lo que hay que descubrir es una salida del par de opuestos motivación-desmotivación, de manera que la no identificación con el programa del control pueda ser algo más que una apatía descorazonada. Una estrategia sería mover la agenda de la política de izquierda del foco tradicional del sindicalismo, el salario, a reclamos más propiamente específicos del posfordismo.

AMÉRICA LATINA HOY
Revista de Ciencias Sociales

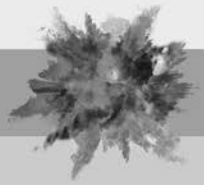
Abril de 2016 Salamanca Vol. 72

BRASIL: Aportes neoschumpeterianos al debate sobre los patrones de crecimiento de la economía brasileña en el siglo xxi, **Pedro Cezar Dutra Fonseca y Marcelo Arend**. Petrobras 60 años: avances y retrocesos en el desarrollismo brasileño, C**ássio Garcia Ribeiro y Henrique Tahan Novaes**. Judicialización de la política y grupos de presión en Brasil: intereses, estrategias y resultados, **Ernani Carvalho, Manoel Leonardo Santos, José Mário Wanderley Gomes Neto y Leon de Queiroz Barbosa**. El *smart power* y la no indiferencia como nuevos principios directores de la política exterior brasileña, **Bruno Muxagato**. El rol de los territorios populares en el presupuesto participativo de las ciudades de Porto Alegre y Rosario, **Gisela Vanina Signorelli**. Un análisis empírico de las prácticas intersectoriales en intervenciones de saneamiento básico en el Brasil, **Uende Aparecida Figuereido Gomes y Léo Heller**. VARIA: «Batir bandera»: las emociones en los debates sobre género y clientelismo en Argentina, **Constanza Tabbusch**. NOTICIAS DE LIBROS.

Disponibles a texto completo todos los artículos de *América Latina Hoy* en
<http://www.usal.es/~iberoame/americalatinahoy/index.htm>.

América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales *es una publicación cuatrimestral del Instituto Interuniversitario de Iberoamérica con Ediciones Universidad de Salamanca. Correo electrónico:* <latinhoy@usal.es>.

TEMA CENTRAL



Geografías feministas

Feminismo y neoliberalismo en América Latina

¿Es aplicable a las realidades materiales y culturales de América Latina la hipótesis planteada por Nancy Fraser sobre una afinidad electiva entre el feminismo contemporáneo y el neoliberalismo? En diálogo crítico con esta hipótesis, este artículo analiza los cambiantes significados de las estrategias de liberación y la lucha por la autonomía de las mujeres en una época de economía de libre mercado y *oenegización*. Al mismo tiempo, busca captar las especificidades culturales de los feminismos latinoamericanos, así como ponderar su afinidad con los proyectos neoliberales.

Verónica Schild

Los legados feministas están siendo sometidos hoy a un examen creciente en muchas partes del mundo[1]. En Reino Unido, un informe reciente plantea si la justicia de género no habrá sido hasta ahora un mero «relato de progreso de las clases medias», en el que los avances en los estratos superiores han estado unidos a una indiferencia hacia las dificultades experimentadas por la mayoría de las mujeres[2]. En América Latina, África y buena parte del

Verónica Schild: es profesora emérita de Ciencias Políticas en la Universidad de Western Ontario, Canadá. Ha publicado numerosos artículos sobre feminismos, ciudadanía y neoliberalismo en Chile y América Latina.

Palabras claves: emancipación, feminismo, neoliberalismo, pedagogía crítica, Nancy Fraser, América Latina.

Nota: este artículo fue publicado originalmente en *New Left Review* Nº 96, 1-2/2016.

1. Una versión anterior de este artículo se publicó con el título «Die Spezifik lateinamerikanischer Feminismen im Kontext neoliberaler Regulierung» en *Das Argument* vol. 308 Nº 3, 2014; en diciembre de 2013 se presentó un borrador en la Freie Universität de Berlín. Agradezco a Kathya Araujo, Debra Bergoffen, Tony Calcagno, Julia Roth, Ina Kerner, Pradeep Bandyopadhyay y Malcolm Blincow sus útiles comentarios a borradores previos.
2. Tess Lanning: «Great Expectations: Exploring the Promises of Gender Equality», Institute for Public Policy Research, 31 de marzo de 2013.

sur y el sureste de Asia, los ambiguos avances en los objetivos de las mujeres parecen inadecuados ante la devastación provocada por los programas de ajuste estructural. Hay, más en concreto, una creciente preocupación por la convergencia entre ciertas formas de feminismo y los objetivos del capitalismo neoliberal. Hester Eisenstein fue una de las primeras en analizar lo que describió como la «relación peligrosa» existente entre el capitalismo contemporáneo y un feminismo liberal ahora dominante. Nancy Fraser ha sugerido que la segunda ola del feminismo ha aportado «inadvertidamente» un ingrediente clave al nuevo espíritu del capitalismo neoliberal, al dejar a un lado las cuestiones de igualdad material y redistribución política y económica para favorecer las luchas por el reconocimiento de la identidad y la diferencia. En una respuesta a Fraser, Meg Luxton y Joan Sangster señalan también al feminismo liberal, no al feminismo de segunda ola en general, sosteniendo que su compatibilidad con el neoliberalismo no se basa en una «afinidad subterránea» entre los dos, como ha sugerido Fraser, sino que es explícita y estructural[3].

Este trabajo explora la problemática del feminismo y del neoliberalismo en el contexto de las formas de capitalismo realmente existentes –historizadas y culturalmente específicas– y toma como objeto de investigación las experiencias propias del feminismo latinoamericano. El despliegue del desarrollo capitalista y la difusión de las ideas feministas no son procesos evidentes en sí mismos, cuyos resultados puedan darse por sentados, como implícitamente asumía el debate hasta ahora. Si bien ciertas tendencias generales pueden basarse en la lógica del capitalismo contemporáneo, esto no justifica un enfoque idéntico para todos. Las dinámicas distintivas del capitalismo neoliberal se desarrollan en contextos sociales históricamente determinados y generan una multiplicidad de formas localizadas que, a su vez, han experimentado su propia evolución contradictoria, pasando de articulaciones experimentales a otras consolidadas o maduras y afrontando por el camino diferentes procesos de protesta. De modo similar, adoptar una explicación

3. H. Eisenstein: «A Dangerous Liaison? Feminism and Corporate Globalization» en *Science and Society* vol. 69 Nº 3, 7/2005, y *Feminism Seduced: How Global Elites Use Women's Labour and Ideas to Exploit the World*, Paradigm, Boulder, 2009; N. Fraser: «Feminism, Capitalism and the Cunning of History» en *New Left Review* Nº 56, 3-4/2009, incluido también en *Fortunes of Feminism: From State-Managed Capitalism to Neoliberal Crisis,* Verso, Londres, 2013 [hay edición en español: «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia» en *New Left Review* Nº 56, 5-6/2009; en la presente traducción se cita la edición de *New Left Review* en castellano]; M. Luxton y J. Sangster: «Feminism, Cooptation and the Problems of Amnesia: A Response to Nancy Fraser» en *Socialist Register* vol. 49, 2013, p. 289. En el mismo número de *Socialist Register,* Johanna Brenner y Nancy Holstrom ofrecen un estudio de algunas prácticas socialistas-feministas contemporáneas en el artículo «Socialist-Feminist Strategy Today».

simple y difusionista del avance feminista oculta la pluralidad de las experiencias de las mujeres y sirve para entorpecer una potencial teoría feminista crítica para nuestro tiempo. En estas páginas exploraré, por lo tanto, si la explicación de Fraser, en particular, se adecúa a este marco, tomando mi investigación en Chile como *point d'appui* empírico.

¿Un modelo universal?

El argumento planteado por Fraser en «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia» se basa en una triple periodización: la época de posguerra, la de la «sociedad capitalista organizada por el Estado»; una época neoliberal, desde la década de 1980 hasta 2008 y, esperemos, una nueva era poscrisis, que conocerá una renovada radicalización. Este esquema, subraya Fraser, no solo es aplicable a los Estados de Bienestar fordistas de los países pertenecientes a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), sino también a los Estados desarrollistas ex-coloniales de lo que entonces se denominaba el «Tercer Mundo», cuyo objetivo era «propulsar el crecimiento económico nacional mediante políticas de sustitución de importaciones, inversión en infraestructuras, nacionalización de sectores industriales clave y gasto público en educación»[4]. El feminismo de segunda ola, sostiene Fraser, emergió de la nueva izquierda antiimperialista y del fermento mundial contra la Guerra de Vietnam a finales de la década de 1960 como un reto a la naturaleza de este capitalismo «organizado por el Estado», dominado por hombres. Durante este periodo, el movimiento feminista apuntó a cuatro dimensiones interrelacionadas del orden social dominante: su «economicismo», o la ceguera ante las formas de injusticia no distributivas (familiares, sexuales, racializadas); su androcentrismo, estructurado por la división del trabajo por sexos, el salario familiar y la desvalorización del trabajo de cuidados; su *étatisme* burocrático, cuestionado en nombre de la democratización y el control popular; y, por último, su *westfalianismo*, que remite al orden interestatal existente. En todas estas dimensiones –sostiene Fraser–, el feminismo de segunda ola luchó por una transformación sistémica que fuese a un tiempo económica, cultural y política; no pretendía simplemente sustituir el salario familiar por una familia con dos proveedores, sino revaluar los cuidados en función de un criterio igualitario; no quería liberar los mercados del control estatal, sino democratizar el Estado y el poder económico.

4. N. Fraser: «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia», cit., p. 90.

© Nueva Sociedad / Juan Lima 2016

La principal razón por la que el feminismo de segunda ola, no obstante, acabó prosperando en la era del capitalismo neoliberal, a partir de la década de 1980 –sugiere Fraser–, es que estos objetivos fueron «resignificados». La crítica feminista al economicismo evolucionó hacia un hincapié sesgado en la cultura y la identidad, desligadas del anticapitalismo; el ataque al concepto androcéntrico de varón proveedor fue asumido por la «nueva economía», que recibió de buen grado el trabajo remunerado de las mujeres, que permitía ampliar la tendencia hacia una mano de obra flexibilizada y de bajos salarios y normalizaba la familia con dos proveedores. La crítica del feminismo a la burocracia podía alinearse con el ataque neoliberal contra el Estado y la promoción de las organizaciones no gubernamentales (ONG); su internacionalismo encajaba bien en la maquinaria de la «gobernanza planetaria», por dedicada que esta estuviese a la reestructuración neoliberal. Fraser no abordaba corrientes o prácticas feministas específicas, sino, por el contrario, el «giro sutil» en la valencia de las ideas feministas: en otro tiempo francamente emancipadoras, bajo el neoliberalismo se habían «sobresaturado de ambigüedad» y hecho susceptibles de servir a las necesidades de legitimación del capitalismo.

La crítica feminista al economicismo evolucionó hacia un hincapié sesgado en la cultura y la identidad

¿En qué medida es este modelo aplicable a América Latina? En esta región, el Estado capitalista de la década de 1970 no fue la burocracia despolitizada que Fraser describe sino más a menudo una brutal dictadura militar, con una fuerte connotación de género y dirigida a erradicar físicamente a la oposición de izquierdas y a defender relaciones de propiedad rigurosamente desiguales. Los movimientos feministas de la década de 1970 emergieron en el transcurso de luchas revolucionarias contra regímenes fuertemente represivos: juntas militares detentaron el poder en Brasil desde 1964, en Bolivia desde 1971, en Uruguay y Chile desde 1973 y en Argentina desde 1976 e instituyeron dictaduras tecnocráticas que usaron la tortura, las desapariciones y el asesinato para eliminar a la izquierda, destruir los sindicatos y desmovilizar a la sociedad civil. Y el desarrollismo latinoamericano de sustitución de importaciones tampoco fue nunca plenamente fordista; el salario familiar –varón proveedor, mujer encargada de la casa– siguió siendo privilegio de una diminuta minoría de trabajadores calificados, incluso en Argentina, México y Venezuela. En contraste con el «ama de casa» de posguerra típica de los países de la OCDE, las latinoamericanas trabajaban en su mayoría –ya fuese en la tierra o como empleadas domésticas–, mientras las mujeres de la elite eran

liberadas del trabajo doméstico por sus criadas. El desarrollismo fue incapaz –en buena medida, por la ausencia de una reforma agraria redistributiva– de mitigar la pobreza y la desigualdad que sustentaron la militancia de la década de 1960 en la región. Y esa militancia fue la que las dictaduras militares intentaron aplastar.

Una crítica obvia que se puede hacer a la explicación de Fraser es que el homogéneo «feminismo de segunda ola» al que ella alude nunca existió; los movimientos de mujeres en la década de 1970 fueron siempre múltiples y a menudo estuvieron de hecho profundamente divididos[5]. La experiencia de América Latina nos sugiere una imagen mucho más compleja. Los movimientos feministas que emergieron en la región no eran meramente imitativos de las experiencias estadounidenses; a menudo suponían reconfiguraciones de corrientes preexistentes –socialista, anarquista, católica, liberal– con tradiciones de activismo, investigación e intervenciones culturales que se retrotraían al siglo XIX[6].

América Latina es en sí, por supuesto, una abstracción, una abreviatura de una enorme variedad de experiencias y tendencias subregionales. Pero si bien los nuevos movimientos estuvieron modelados por la heterogénea composición social y cultural de los diferentes países, también desarrollaron características y dinámicas compartidas. Una importante capa de feministas procedía de los movimientos revolucionarios que habían surgido en la década de 1960 como respuesta a la desigualdad económica y a las intervenciones imperialistas de Estados Unidos, con la Revolución Cubana, sin duda, como inspiración fundamental. Estos grupos atrajeron a una nueva generación de mujeres muy preparadas, que no se contentaban con ser colaboradoras de los revolucionarios varones. Si bien las mujeres siguieron siendo una minoría como miembros formales de los partidos comunistas y otras organizaciones militantes, participaron activamente en una amplia gama de actividades. Estas jóvenes militantes de la izquierda revolucionaria se convirtieron en «las fervientes feministas de la década de 1970»[7], que a menudo asumieron una «doble militancia», activa tanto en partidos de izquierda como en grupos de mujeres.

---

5. Ver M. Luxton y J. Sangster: ob. cit., pp. 293-294.
6. Los primeros feminismos latinoamericanos variaban con la misma amplitud: el anarquismo era la principal influencia en México y Argentina, y los movimientos sufragistas, en Brasil y Chile. El primer congreso feminista regional se organizó en Buenos Aires en 1910. Ver Alejandra Restrepo y Ximena Bustamante: *Diez encuentros feministas latinoamericanos y del Caribe. Apuntes para una historia en movimiento,* El Grito de las Brujas, Ciudad de México, 2009, pp. 9-10.
7. Francesca Miller: *Latin American Women and the Search for Social Justice*, University Press of New England, Hanover, 1991, pp. 145-148.

Pero quizá igualmente importante en el largo plazo fue el significativo aumento del activismo católico. Las narrativas feministas latinoamericanistas insisten en gran medida en hacer una interpretación laica del activismo de las mujeres, pero la historia de movilización social del continente deja claro que el pensamiento y la práctica católicos fueron significativos desde finales de la década de 1950. Ello asumió su forma más radical en la Teología de la Liberación, que influyó en una nueva generación de católicos laicos, así como en monjas y sacerdotes jóvenes. Los llamamientos a la acción en nombre de los pobres efectuados en la Conferencia Episcopal de 1968 en Medellín hablaban de la educación popular como herramienta para el cambio y de la «concientización» como medio de liberación, y pedían «el despertar y la organización de los sectores populares de la sociedad» para exigir proyectos sociales[8]. A pesar de todas sus contradicciones, esta demostraría ser una dimensión importante para la solidaridad entre clases, en especial en las movilizaciones sociales de los movimientos indígenas. Mucho más que en Europa y Norteamérica, la agitación feminista en América Latina durante este periodo se caracterizó por la integración de activistas intelectuales y de clase media en las luchas por los derechos básicos y la igualdad, bajo regímenes represivos. A las feministas socialistas y radicales se les unieron las «feministas populares», mujeres pertenecientes a la clase obrera presentes en asociaciones eclesiásticas o vecinales, que se organizaban contra las dictaduras.

La enseñanza alfabetizadora y la pedagogía autoemancipadora popularizadas por el educador brasileño Paulo Freire influyeron enormemente en el trabajo solidario de las feministas latinoamericanas de esta época, al igual que en la izquierda militante más en general y, de hecho, en la Teología de la Liberación. Los movimientos activistas adaptaron las metodologías de educación popular crítica y las combinaron con un programa feminista básico –entre cuyas cuestiones podrían incluirse la sexualidad de las mujeres, el derecho, las relaciones padres-hijos, el desarrollo personal– para usarlas en el trabajo educativo con las mujeres de las áreas urbanas y rurales pobres. Las técnicas pedagógicas de Freire se convertirían de hecho en la *lingua franca* para los proyectos de desarrollo de género emprendidos por las ONG feministas en la década de 1980; y siguen siendo utilizadas en toda la región para llegar a las mujeres de zonas rurales, incluidas las de comunidades indígenas. En 1981 las feministas latinoamericanas establecieron una red continental de

8. Renato Poblete: «From Medellín to Puebla: Notes for Reflection» en Daniel Levine (ed.): *Churches and Politics in Latin America*, Sage Publications, Beverly Hills, 1979.

educación popular, la Red de Educación Popular entre Mujeres de América Latina y el Caribe (Repem), dedicada al progreso social, político y económico de las mujeres mediante la pedagogía crítica.

Fraser sostiene que la división del trabajo por sexos, en el lugar de trabajo remunerado y en el hogar, era el principal blanco de las feministas en la década de 1970, tanto en el Norte como en el Sur. Quizá la idea más importante para el feminismo latinoamericano, sin embargo, fuese la de la autonomía personal, tanto material como psicológica. El escritor Carlos Monsiváis aludía a este concepto clave del léxico feminista latinoamericano cuando declaró que «la tesis del feminismo está presente en la conducta de las mujeres» de México[9].

La autonomía era una noción crucial, tanto en los talleres destinados a promover la conciencia feminista y el desarrollo personal entre las mujeres pobres y de clase trabajadora que surgieron en todo el continente en las décadas de 1970 y 1980, como en los debates planteados en las reuniones nacionales y regionales, los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, organizados con regularidad desde 1981[10]. El discurso allí elaborado se centraba en el llamamiento a que las mujeres se convirtiesen en actores autónomos por derecho propio, que lograran «ser para sí mismas», liberadas de las formas de feminidad centradas en la maternidad que las reducían a «ser para otros» y las encerraban en una función subordinada. Estas posiciones iban asociadas a una nueva militancia feminista comprometida, que emergió del activismo feminista de las mujeres de izquierdas. Pero la crítica a la maternidad como principal impedimento para la autonomía de las mujeres –el hincapié en crear un espacio propio, no solo física sino también emocional y psicológicamente, rompiendo con la feminidad tradicional–, presentado en general por feministas jóvenes con formación universitaria, iba en contra de las posiciones maternalistas adoptadas por los grupos eclesiásticos, que a menudo movilizaban a las mujeres *en cuanto* madres. Para muchas mujeres negras e indígenas, asimismo, la maternidad seguiría constituyendo un importante espacio para efectuar reivindicaciones. «Las mujeres de Chiapas no queremos seguir dando hijos ni para alimentar ejércitos, ni para justificar la violencia y las guerras (…). Tampoco queremos seguir

Para muchas mujeres negras e indígenas la maternidad seguiría constituyendo un importante espacio para efectuar reivindicaciones

9. Marta Lamas: *Feminismo: transmisiones y retransmisiones*, Taurus, Ciudad de México, 2006, p. 45.
10. A. Restrepo y X. Bustamante: ob. cit., p. 15.

proporcionando fuerza de trabajo barata para las empresas neoliberales», declaraba un encuentro de 500 mujeres en San Cristóbal de las Casas[11].

Las prácticas feministas latinoamericanas siguieron así entrelazadas con las relaciones sociales jerárquicas, y la solidaridad adoptó a menudo la forma de una relación pedagógica en la que las activistas con educación formal buscaban ayudar a *otras* mujeres a alcanzar su propia autonomía. Inevitablemente, esto corría el riesgo de reproducir desigualdades estructurales de raza y clase, y los conflictos entre las diversas tendencias feministas estuvieron presentes desde el comienzo, al igual que los intentos de visibilizar las exclusiones racistas y clasistas del movimiento. En el Encuentro Feminista organizado en Lima en 1983, mujeres indígenas y afrodescendientes organizaron un taller sobre racismo que exigió introducir esta cuestión en todos los encuentros posteriores. Cuando la cuestión racial se dejó a un lado, en el encuentro organizado en El Salvador en 1993, las mujeres indígenas y negras lucharon por volver a situarla en la agenda del Encuentro de Cartagena, Chile, de 1996, con un taller sobre «El lado oscuro y discriminado del feminismo en el ser y hacer feminista» que introdujo con fuerza su voz en el debate[12]. En otras palabras, los feminismos latinoamericanos estuvieron siempre marcados por las dinámicas sociales, políticas y económicas de la región en general. Estos fueron los contextos en los que tomaron forma las relaciones, a menudo contradictorias, con las ideas feministas del Norte.

El neoliberalismo del Sur

¿Y qué se puede decir respecto a la segunda fase del argumento de Fraser, las metamorfosis del feminismo bajo el neoliberalismo? Fraser distingue entre las aplicaciones del neoliberalismo en el Primer Mundo y en el Tercer Mundo, con estas últimas «impuestas a punta de deuda» a medida que las instituciones financieras internacionales obligaban a cumplir los planes de ajuste estructural, instando a los Estados a vender activos y reducir el gasto público. Chile, por supuesto, siguió una senda diferente, por tratarse del laboratorio de los primeros experimentos neoliberales durante la dictadura militar de Augusto Pinochet; a partir de entonces el modelo se extendió de la extrema derecha a los gobiernos nacionalistas –en Bolivia, el programa del

11. Mercedes Olivera: «El movimiento independiente de mujeres de Chiapas y su lucha contra el neoliberalismo» en *Nouvelles Questions Féministes: Revue Internationale Francophone* vol. 24 Nº 2, edición especial en castellano: «Feminismos disidentes en América Latina y el Caribe», 2005, p. 106.
12. A. Restrepo y X. Bustamante: ob. cit., pp. 19-20, 33 y 38. El taller de Cartagena analizó también las experiencias de las feministas lesbianas, un tema constante desde los primeros encuentros.

Fondo Monetario Internacional (FMI) fue aplicado en la década de 1980 por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), líder en 1952 de la revolución popular que nacionalizó las minas– y a los de centroizquierda[13]. Crucialmente, en países como Brasil y Argentina las políticas neoliberales fueron aplicadas por los regímenes posdictatoriales. Esta simultánea transición al neoliberalismo y a la democracia liberal en la mayor parte de América Latina tuvo un claro significado político: la victoria de la democratización, por la que la izquierda había luchado, señaló también la derrota de las alternativas de izquierda a las relaciones sociales capitalistas. En esto influyeron tanto la geopolítica de la región –en particular, las intervenciones directas e indirectas de EEUU– como el triunfo global de Occidente en la Guerra Fría y el hundimiento del socialismo real, que condujo más en general a una pérdida de legitimidad o factibilidad para el imaginario poscapitalista. Fue este el contexto en el que la emancipación de las mujeres pasó a considerarse en función de su participación en el mercado. Porque, como señala Fraser, el feminismo ha prosperado en la era del neoliberalismo; ha pasado de ser «un movimiento contracultural radical» a convertirse en «un fenómeno social de masas», que transforma opiniones sociales y remodela las percepciones predominantes sobre la familia, el trabajo y la dignidad[14]. El neoliberalismo ha sido, de hecho, un fenómeno con profundas connotaciones de género. La participación de las mujeres en la economía remunerada en cifras históricamente insólitas ha sido fundamental en las estrategias de flexibilización laboral. Las mujeres han sido también el objetivo de los renovados esfuerzos reguladores de las normas de género por parte del Estado, dirigidos a «preparar» para la empleabilidad a aquellas que no están aún en el mercado laboral y convertirlas en una reserva de potenciales trabajadoras. Los legados feministas han destacado en estas políticas. Ambos extremos del espectro, como indica Fraser, están inscritos en la «aventura feminista»:

Como señala Fraser, el feminismo ha pasado de ser «un movimiento contracultural radical» a convertirse en «un fenómeno social de masas» ■

13. Como observa Emir Sader, en países como Brasil, Uruguay y Argentina, partidos con raíces en movimientos sociales antineoliberales «han empezado a expresar resistencia al neoliberalismo en el campo político», pero «no han puesto en práctica políticas posneoliberales. Han permanecido dentro del modelo, atemperándolo con políticas sociales compensatorias» (E. Sader: «Post-Neoliberalism in Latin America» en *Development Dialogue* vol. 51, 1/2009, p. 177). La entrevista de Michael Fox a Yanahir Reyes («Women and Chavismo: An Interview with Yanahir Reyes» en NACLA *Report on the Americas*, verano de 2013), aporta una meditada reflexión sobre las mujeres y el proceso bolivariano en Venezuela, sobre los continuos problemas de violencia y sexismo, a pesar de algunos avances jurídicos y sociales, y sobre el aumento de la autoestima de las mujeres.
14. N. Fraser: «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia», cit., p. 96.

En un extremo, los cuadros femeninos de las clases medias profesionales, decididos a romper el techo de cristal; en el otro, las temporeras, las trabajadoras a tiempo parcial, las empleadas de servicios con bajos salarios, las empleadas domésticas, las trabajadoras del sexo, las migrantes, las maquiladoras y las solicitantes de microcréditos, que no solo buscan rentas y seguridad material, sino también dignidad, avance y liberación frente a la autoridad tradicional. En ambos extremos, el sueño de la emancipación de las mujeres va atado al motor de la acumulación capitalista.[15]

¿Cómo y por qué se enredaron las feministas en el proyecto del neoliberalismo? De acuerdo con Fraser, el ascenso del neoliberalismo cambió drásticamente el terreno en el que operaba el feminismo; el efecto fue el de «resignificar» los ideales feministas, un término tomado de Judith Butler[16]. Aspiraciones que habían tenido una clara carga emancipadora asumieron en la era neoliberal un significado más ambiguo; adoptaron una nueva valencia. Esto coincide mucho con la experiencia latinoamericana. En especial, el concepto feminista clave de autonomía material y psicológica de las mujeres, realizado mediante prácticas pedagógicas de empoderamiento, desempeña ahora en América Latina una función crucial en el proyecto cultural del neoliberalismo. Se ha integrado en los programas sociales para pobres dirigidos por las burocracias estatales y sus ONG subcontratadas[17]. El desarrollo personal es, de hecho, un requisito de formación explícito en los programas chilenos y colombianos contra la pobreza, cuyo objetivo es promover una nueva identidad femenina cuestionando una subjetividad en apariencia pasiva, equiparada a una permanente orientación hacia los demás, por ejemplo, como madres o amas de casa. Esta institucionalización de la búsqueda de autonomía –o «empoderamiento»– feminista ha creado sin duda un nuevo espacio para las mujeres, aunque también las ha atrapado en nuevas relaciones de opresión y a menudo de explotación. La autonomía proporcionada por el modelo neoliberal de familia con dos salarios y trabajo «flexible» tiene sus costos: la emancipación sirve para alimentar el motor de la acumulación capitalista, como señala Fraser, mientras que el trabajo de cuidados sigue recayendo en gran medida en las mujeres[18].

15. Ibíd., p. 99.
16. Ibíd., p. 96; v. tb. J. Butler: «Contingent Foundations» en Seyla Benhabib, J. Butler, Drucilla Cornell y N. Fraser: *Feminist Contentions: A Philosophical Exchange*, Routledge, Londres, 1994.
17. Las técnicas pedagógicas de Freire siempre han sido una herramienta políticamente ambivalente, no solo usada en el trabajo solidario, sino asumida también por los gobiernos como parte de sus propios proyectos de integración social. Así, Freire fue contratado por el gobierno cristianodemócrata de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) en Chile para proporcionar apoyo técnico a su programa de reforma agraria.
18. V. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): *Informe sobre desarrollo humano. El ascenso del Sur: Progreso humano en un mundo diverso*, Naciones Unidas, Nueva York, 2013.

Esa expectativa se integra en los programas de «transferencias monetarias condicionadas» de la región, mecanismos contra la pobreza supuestamente dirigidos a las «familias», pero que realmente se centran en las mujeres. Bajo los auspicios de Bolsa Família en Brasil, Oportunidades en México o Programa Puente y Chile Solidario en Chile, las mujeres reciben ayudas en efectivo con la condición de que garanticen que sus familias cumplen con los requisitos establecidos por el programa en áreas como la escolarización, la atención sanitaria y la empleabilidad[19]. Como los planes de microcrédito que los acompañan, estos programas de transferencias monetarias condicionadas apelan al sentido de la «responsabilidad» de las mujeres –tanto a su sobriedad presupuestaria como, respaldándola, a la preocupación general por el bienestar emocional y material de sus familias y hogares–, a pesar de que la carga de trabajo de las mujeres se ha intensificado[20]. En cuanto técnicas para «conducir la conducta», asocian los deseos de autonomía y autotransformación de las mujeres a lo que Jacques Donzelot ha denominado la «responsabilización» de la sociedad, bajo el nuevo imperativo del empoderamiento femenino. Lo novedoso es que el riesgo social se transfiere directamente a las mujeres que viven en condiciones precarias, girando en torno del llamamiento a la emancipación femenina.

«Autonomía» e «igualdad» se redefinen ahora mediante un discurso liberal de derechos individuales

El lenguaje de reivindicación se ha transformado así en herramienta de regulación: «autonomía» e «igualdad» se redefinen ahora mediante un discurso liberal de derechos individuales que se centra en el empoderamiento a través del mercado y en el que las mujeres son impulsadas a implicarse más como productoras, prestatarias y consumidoras. Esta exigencia de responsabilidad es, al mismo tiempo, contradictoria: el llamamiento a las mujeres en cuanto individuos autónomos en la ciudadanía liberal va unido a las suposiciones tradicionales sobre su función de madres: la expectativa de que no solo sigan responsabilizándose del bienestar de sus familias, sino también de que asuman la carga añadida de supervisar la buena integración social de los marginados económicos y lleven a la familia a un viaje de automejoramiento. Dadas las verdaderas condiciones de intensificación

19. En «La asistencia social en el siglo xxi» (en *New Left Review* Nº 84, 1-2/2014), Lena Lavinas ofrece un estudio crítico y comparativo de los tan celebrados programas de transferencias monetarias condicionadas en América Latina. Un reciente estudio de la ocde sobre Chile siembra dudas sobre la eficacia de las transferencias monetarias condicionadas, en comparación con las directas, para reducir los niveles de pobreza extrema: *Estudios económicos de la ocde Chile, 2012*, cap. 1.
20. Sylvia Chant: «Re-thinking the 'Feminization of Poverty' in Relation to Aggregate Gender Indices» en *Journal of Human Development* vol. 7 Nº 2, 7/2006.

de la precariedad económica y social, estos programas contra la pobreza sensibles al género, que se justifican en términos de autoempoderamiento e inclusión, operan también en la práctica como mecanismos de exclusión. La «responsabilización» de las mujeres, en particular en América Latina, ha ido de la mano de un drástico aumento de la criminalización de la pobreza –y de la pobreza masculina en especial– a través de la policía y los tribunales y de los sistemas carcelarios crecientemente privatizados. Los hombres expulsados por la reestructuración del capitalismo son blanco desproporcionado de estrategias de contención coercitivas[21]. De nuevo Chile es ejemplar porque tiene uno de los niveles de encarcelamiento más elevados de la región en relación con la población total, con un nuevo sistema de cárceles privadas construidas durante los gobiernos de la Concertación de los socialistas Ricardo Lagos y Michelle Bachelet.

¿Agentes?

Lo que falta en la interpretación que Fraser hace de la resignificación de los ideales feministas en el neoliberalismo, sin embargo, es un concepto de agencia política. Su estudio se basa primordialmente en el modo pasivo: el feminismo (singular) ha «sido recuperado» por el neoliberalismo, o «atraído a» un vínculo con él, o «es instrumentalizado» para legitimar la mercantilización y la reducción del Estado[22]. Pero el ascenso de un feminismo institucionalizado supuso no solo la transformación de ideas, sino también el movimiento activo de cuerpos, prácticas y discursos, desde los espacios de la oposición política a los organismos de gobierno, incluidos los centros de investigación y los grupos de análisis con tendencia política. Estos procesos no se restringieron, ni mucho menos, a América Latina, aunque el fenómeno fue allí muy visible. La década de 1990 contempló en la región la consolidación de un «feminismo de lo posible», que enlazó una política de mujeres liberal y pragmática con la agenda más en general de la democratización cautelosa, que operaba dentro de los límites establecidos por las relaciones capitalistas locales e internacionales. Este giro, potenciado por programas de

La década de 1990 contempló en la región la consolidación de un «feminismo de lo posible»

21. V., por ejemplo, Markus-Michael Müller: «The Rise of the Penal State in Latin America» en *Contemporary Justice Review* vol. 15 Nº 1, 3/2012; Lucía Dammert y Mary Fran T. Malone: «Does It Take a Village? Policing Strategies and Fear of Crime in Latin America» en *Latin American Policies and Society* vol. 48 Nº 4, invierno de 2006; Paul Chevigny: «The Populism of Fear: Politics of Crime in the Americas» en *Punishment and Society* vol. 5 Nº 1, 2003.
22. N. Fraser: «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia», pp. 100-102.

modernización institucional neoliberal generosamente financiados, permitió a algunas mujeres convertirse en voces dominantes del feminismo y en interlocutoras legítimas de los organismos gubernamentales y transnacionales, mientras otras quedaban marginadas o silenciadas. Determinó quiénes se convertirían en intermediarias en los esfuerzos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) para promover una agenda transnacional de igualdad de las mujeres, basada en el despliegue del *género* como un concepto técnico y enmarcada en el lenguaje de los derechos humanos liberales. Ayudó a definir quiénes serían las *ganadoras* y quiénes las *perdedoras* en la transformación, que Sonia Alvarez ha descrito como la *oenegización* de los feminismos latinoamericanos[23], un proceso en el que activistas convertidas en burócratas aplicaron sus conocimientos feministas a la experiencia política, mientras sus hasta entonces hermanas más pobres eran alistadas como clientes de programas sociales que las clasifican como sujetos empoderados de derechos a los que deben acceder en el mercado.

Así, en Chile, por ejemplo, la Oficina Municipal para las Mujeres denegó una subvención a una propuesta de talleres para mujeres organizados por grupos vecinales de La Granja (un suburbio obrero en la periferia sur de Santiago) porque las participantes carecían de calificación profesional. Desde la década de 1990 ha habido puertas giratorias entre las oficinas del Servicio Nacional de la Mujer (Sernam), ONG bien establecidas y departamentos de estudios de género en las universidades, todos los cuales compiten a menudo por las subvenciones de ayuda exterior fuertemente condicionadas que el gobierno asigna a proyectos sociales relacionados con el género, diseñados para aliviar la miseria creada por sus propias políticas neoliberales[24]. En la

23. S. Alvarez: «Advocating Feminism: The Latin American NGO boom» en *International Feminist Journal of Politics* vol. 1 Nº 2, 9/1999.

24. El Sernam fue establecido en 1991 como organismo ministerial con delegaciones regionales y municipales. Los siguientes párrafos se basan en la investigación que he efectuado a lo largo de las pasadas tres décadas en organizaciones populares de mujeres en Santiago de Chile, donde he contemplado desde abajo, por así decirlo, la institucionalización del feminismo y la transformación de discursos y prácticas de emancipación en recursos para la reestructuración neoliberal. Esta ubicación ofrece una perspectiva muy distinta del relato oficial sobre la necesaria evolución del feminismo hacia una búsqueda pragmática de la justicia de género; por el contrario, se hace visible un relato de inclusiones y exclusiones, de pérdida de voz y, sobre todo, de transformación de hermanas en clientes. Refleja también los cambios culturales y políticos del país más en general: un distanciamiento del pensamiento crítico y de los valores de solidaridad y colectividad, como ha señalado la escritora chilena Raquel Olea. Analizo con más detalle la trayectoria de la práctica feminista en Chile en «Empowering 'Consumer Citizens' or Governing Poor Female Subjects? The Institutionalization of 'Self- Development' in the Chilean Policy Field» en *Journal of Consumer Culture* vol. 7 Nº 2, 2007; y en «New Subjects of Rights? Women's Movements and the Construction of Citizenship in the 'New Democracies'» en S. Alvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (eds.): *Cultures of Politics/Politics of Cultures. Re-Visioning Latin American Social Movements*, Westview Press, Boulder, 1998.

nueva democracia, estos proyectos han hecho hincapié en los «resultados» medibles, no en la concientización general. Las ganadoras han sido aquellas que pudieron demostrar un conocimiento especializado, en beneficio de los donantes extranjeros (agencias de ayuda escandinavas, fundaciones estadounidenses, institutos de partidos alemanes, ONG internacionales con sede en Reino Unido, etc.). Las perdedoras han sido las activistas obreras carentes de habilidades o credenciales para redactar proyectos; es posible que las mujeres de los barrios más pobres, las denominadas «poblaciones», desconociesen incluso su existencia.

En línea con las exigencias de los donantes, los proyectos del Sernam estaban estrictamente dirigidos a grupos de mujeres específicos; daban prioridad a las familias encabezadas por la madre o empleadas por cuenta propia, por ejemplo, y causaban en consecuencia tensiones e indignación entre las excluidas. En lugar de crear espacios colectivos en los que las mujeres pudiesen articular sus propias exigencias –como intentó hacer el movimiento feminista autónomo durante la dictadura–, estos proyectos de desarrollo de género institucionalizados tendían a tratar a las mujeres como individuos aislados, con problemas que pueden resolverse mediante formas de clientelización diferencial. En los pasados 25 años de política social sensible al género, este patrón de exclusión y clientelización se ha afianzado. No se trata solo de ideales feministas que están siendo «resignificados», sino también de feministas profesionales, que buscan activamente el patrocinio de los poderes neoliberales.

Disputa

Mientras que Fraser sugiere que el movimiento de las mujeres cambió en bloque hacia posiciones neoliberales, el ascenso de este «feminismo de lo posible» en América Latina fue duramente criticado en los sucesivos encuentros regionales, como lo señalan Alejandra Restrepo y Ximena Bustamante. En el Encuentro Feminista organizado en 1993 en El Salvador se produjeron fuertes divisiones en relación con de las propuestas de la OCDE para financiar la asistencia de los países en vías de desarrollo a la Conferencia Mundial sobre la Mujer que la ONU organizaría en Pekín en 1995. Muchas se opusieron drásticamente a la propuesta de que los burócratas de Usaid determinasen y financiasen cinco grupos de ONG para que actuasen como entidades locales

El ascenso de este «feminismo de lo posible» en América Latina fue duramente criticado en los sucesivos encuentros regionales

de México, Centroamérica, los países andinos, Brasil y el Cono Sur, con el foco centrado en el tema denominado «violencia y participación política». La coordinadora de las regionales nombrada por la ONU para la conferencia de Pekín –donde recibiría un premio Unifem– sostenía que las feministas deberían celebrar la oportunidad de modular los documentos gubernamentales y ser oídas en un influyente foro internacional. Otras alegaban que las latinoamericanas deberían reunirse democráticamente para seleccionar sus propios temas y representantes[25]. Las discusiones entre feministas «autónomas» e «institucionalizadas» se intensificaron en el Encuentro Feminista de 1996 en Cartagena. En la reunión de 1999 en República Dominicana se produjeron acalorados debates sobre la *oenegización* y la financiación del Encuentro Feminista en sí (por Oxfam, Unifem, la Fundación Heinrich Böll y la Global Foundation, entre otros). Las feministas autónomas sostenían que el movimiento debería volver a sus raíces críticas y subversivas: «con la política de lo posible quizá tengamos un poder compartido, pero ese poder puede ser un espejismo». En Costa Rica, tres años después, la defensa de las maquilas por parte de la feminista dominicana Magaly Pineda, con el argumento de que ofrecían independencia económica a las mujeres, fue atacada de pleno por la trabajadora hondureña Daisy Flores: «Las maquilas son lugares de tortura y no significan una alternativa de trabajo digno para las mujeres». La declaración final del encuentro atacaba a los gobiernos «donantes» que simultáneamente libraban guerras e imponían políticas neoliberales que reforzaban un mundo de violencia y miseria. Claramente, algunos valores de las feministas no habían sido resignificados[26].

La crítica latinoamericana al «vínculo» del feminismo con el neoliberalismo ciertamente es comparable con la de la anglosfera. Desde Brasil, Mary Garcia Castro señalaba hace más de una década que «el género y el feminismo han dejado de ser adversarios de las autoridades y se han vuelto temas preferidos, objeto de discursos, políticas y estadísticas oficiales, cosas que huelen a autoritarismo y perversidad social en lo que a las condiciones de vida de los pobres y de la clase trabajadora se refiere»:

Cuando movimientos sociales que han sido conocidos por su espontaneidad, flexibilidad y democracia y por la oportunidad que han proporcionado a la participación de base y a la acción directa se institucionalizan, no se convierten en un nuevo

25. A. Restrepo y X. Bustamante: ob. cit., pp. 33-34. La coordinadora de la ONU de las ONG para América Latina y el Caribe, Virginia Vargas, adoptaría más tarde una posición más crítica. Esas evoluciones se sitúan fuera del alcance de la obra de Restrepo y Bustamante.
26. Ibíd., pp. 37, 43, 45 y 49-50.

«Tercer Estado», un elemento de representación popular dentro de la estructura de poder existente. Pueden convertirse en tipos de poder, dependientes de la financiación aportada por organismos internacionales, que tienden a la rigidez burocrática y competidores entre sí. Como otras instituciones, son vulnerables a todos los vicios de las burocracias, incluido el uso de su poder para fines privados.[27]

Sonia Alvarez, antigua encargada de uno de los programas de la Fundación Ford en Río de Janeiro, ha analizado las presiones locales e internacionales que impiden a las ONG feministas superar «los rígidos parámetros de las democracias realmente existentes en América Latina» y sostiene que el «género» se ha convertido en parte del léxico de la planificación técnica, en un indicador de «modernidad» y «desarrollo» neutral en lo que al poder se refiere, en lugar de ser un campo de relaciones desiguales entre mujeres y hombres cargado de poder. Maruja Barrig ha abordado un terreno similar en sus investigaciones sobre los «descontentos» del feminismo en América Latina. El traslado a los pasillos del poder –escribe acerca del feminismo pragmático en Perú– significó inevitablemente eliminar las críticas al capitalismo y a las desigualdades de clase[28].

De manera más importante, quizá, las políticas meliorativas de la agenda feminista liberal en América Latina se han mostrado incapaces de cuestionar las crecientes diferencias por razones de clase y de raza entre las mujeres de la región. Los recientes avances capitalistas, en especial la creciente presencia de industrias extractivas y agroempresas, con sus devastadores efectos sobre las comunidades rurales y el medio ambiente, han exacerbado las divisiones entre los diferentes grupos de mujeres en la región y ampliado el abismo entre ganadoras y perdedoras. A medida que los efectos del capitalismo desposeedor se hacen sentir por igual en áreas rurales y urbanas, algunas voces han articulado desde los márgenes sociales sus propias visiones y planteado sus propias exigencias. Para las feministas «populares», así como para muchas mujeres indígenas y de ascendencia africana, las exigencias de justicia de género derivan de la propia situación material. Sus luchas nunca han perdido de vista la crítica de la economía política. «No ignoramos que la pobreza y la violencia, que tanto han afectado nuestras condiciones de vida y nuestra dignidad de mujeres y de nuestras familias,

27. M. Garcia Castro: «Engendering Powers in Neoliberal Times in Latin America: Reflections from the Left on Feminisms and Feminisms» en *Latin American Perspectives* vol. 28 Nº 6, 11/2001.
28. S. Alvarez: ob. cit.; M. Barrig: «Los malestares del feminismo latinoamericano: una nueva lectura» en *Mujeres en Red*, 2013, disponible en <www.mujeresenred.net>, y «La persistencia de la memoria: feminismo y Estado en el Perú de los 90» en Aldo Panfichi (ed.): *Sociedad civil, esfera pública y democratización en América Latina: Andes y Cono Sur*, FCE, Ciudad de México, 2002.

se relacionan estrechamente con la desestructuración de la economía campesina», escriben las feministas del Movimiento Independiente de Mujeres de Chiapas:

> El creciente apoyo del gobierno a las inversiones extranjeras en la agroindustria, en la bioprospección, el turismo «ecológico», la industria petrolera y de la producción de energía eléctrica ha dañado a las mujeres aumentando la precariedad y el temor a ver afectada su existencia y la vida de sus familias por desalojos, expropiaciones, ventas forzadas (...).[29]

Esta política no puede incluirse en la noción planteada por Fraser de que el centro de las luchas feministas se trasladó de la redistribución al reconocimiento; y tampoco se corresponde, por cierto, con las categorías, en otro tiempo influyentes, de intereses feministas «prácticos» frente a los «estratégicos» planteadas por Maxine Molyneux[30]. El destino de los feminismos latinoamericanos en el siglo xxi no puede separarse de la dinámica más amplia que estructura las desigualdades sociales, económicas y raciales de la región. Un feminismo crítico renovado, capaz de contribuir a un proyecto emancipador más amplio, deberá emprender un examen que investigue la historia del feminismo liberal dominante en los pasados 25 años. Este es el contexto en el que necesitamos situar la inquietante convergencia entre los proyectos para la emancipación de las mujeres y el capitalismo neoliberal.

29. M. Olivera: ob. cit., pp. 111-112.
30. N. Fraser: «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia», cit., p. 97; M. Molyneux: «Mothers at the Service of the New Poverty Agenda: Progresa/Oportunidades, Mexico's Conditional Transfer Programme» en *Social Policy & Administration* vol. 40 Nº 4, 8/1986.

Desigualdades de género y brechas estructurales en América Latina

En América Latina, los índices de feminidad de la pobreza, los sesgos de género de las políticas fiscales, las brechas salariales por género y raza/etnia y la división sexual e internacional del trabajo dan cuenta de que las políticas públicas implementadas en la región siguen siendo limitadas. Por lo tanto, se requiere actuar sobre los determinantes estructurales de las brechas de desigualdad de género y evitar que, en el actual contexto de desaceleración económica y de aplicación de políticas de ajuste, se profundicen los niveles de desigualdad y se reviertan los avances obtenidos.

Nicole Bidegain Ponte

El carácter estructural de la desigualdad de género y su intersección con otras brechas de desigualdad basadas en la clase, raza/etnia, edad, orientación sexual y territorio no han sido cabalmente abordados por el enfoque actual de las políticas públicas en América Latina. Los datos en la región demuestran que las políticas de desarrollo, fiscales, de empleo y sociales, sin un enfoque sistémico basado en derechos humanos de las mujeres, tienden a perpetuar y reproducir la desigualdad de género en vez de

Nicole Bidegain Ponte: feminista uruguaya, es socióloga por la Universidad de la República, Uruguay, y máster en Estudios Contemporáneos de América Latina por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es consultora de la División de Asuntos de Género de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). Es autora y colaboradora en varias publicaciones en las temáticas de género y desarrollo, cuidados y transversalización de género en las políticas públicas.
Palabras claves: cuidados, desigualdad, feminismo, pobreza, América Latina.

revertirla. A continuación se presentan algunos ejemplos regionales que resultan ilustrativos.

Concentración del ingreso, pobreza de tiempo y monetaria

Durante la última década, en algunos países de la región, la reducción de la desigualdad de ingresos y de los índices de pobreza se produjo simultáneamente con el aumento de la feminidad de la pobreza. El índice de feminidad muestra las disparidades en la incidencia de la pobreza en mujeres y varones (de 20 a 59 años), medida en términos de ingreso. Es posible afirmar que las políticas tendientes a reducirla no han impactado de la misma forma en hombres y en mujeres. Desde 2012, la tendencia a la reducción de la pobreza se ha estancado en América Latina, mientras que el índice de feminidad sigue aumentando. Es decir que tanto en periodos de reducción de la pobreza como en periodos de estancamiento, la pobreza sigue afectando en mayor grado a las mujeres que a los hombres, en edades críticas en términos productivos y reproductivos. En 2014, por cada 100 hombres que vivían en hogares pobres en la región, había 118 mujeres en la misma situación[1].

Cabe señalar que la reducción de la desigualdad de ingresos registrada en la década pasada no se vio acompañada por un reparto más equitativo en la apropiación del capital y el trabajo[2]. La distribución funcional del ingreso muestra la participación de la masa salarial en el PIB total, por lo cual este indicador permite capturar bien las desigualdades en la región, pero debe ser complementado con indicadores que visibilicen no solo la contradicción capital-trabajo remunerado, sino también la contradicción «capital-vida». La sobrecarga del trabajo no remunerado y de cuidados sobre las mujeres es consecuencia de relaciones de poder desiguales de género. Las encuestas de uso del tiempo y los indicadores como la pobreza de tiempo han intentado poner en evidencia este rasgo estructural de la desigualdad. La pobreza de tiempo considera los hogares pobres no solamente por su carencia de ingresos, sino también por la carencia de tiempo para llevar adelante el conjunto de las tareas del trabajo no remunerado y de cuidados, que realizan principalmente las mujeres. Se estima que si se tuviesen en cuenta conjuntamente la carencia de ingresos y la de tiempo (en lugar de

1. «Índice de feminidad en hogares pobres» en Observatorio de Igualdad de Género de la Cepal, <http://oig.cepal.org/es/indicadores/indice-feminidad-hogares-pobres>.
2. Cepal: *Horizontes 2030. La igualdad en el centro del desarrollo sostenible*, LC/G.2660/Rev.1, Naciones Unidas, Santiago de Chile, mayo de 2016.

únicamente la de ingresos), la pobreza se incrementaría de 6,2% a 11,1% de los hogares en Argentina, de 10,9% a 17,8% en Chile y de 41% a 50% en el caso de México[3].

Brecha fiscal y sesgos de género

El impacto redistributivo del gasto social en la región es considerable, pero sigue siendo limitado y esto se debe en parte a las estructuras tributarias regresivas con sesgos de género que prevalecen en varios países de la región. Para tener una visión integral del impacto de las políticas fiscales en la reducción de la desigualdad, es preciso analizar no solo cómo se gasta, sino también cómo se recauda.

Es preciso analizar no solo cómo se gasta, sino también cómo se recauda

Más allá de la heterogeneidad latinoamericana y de las reformas tributarias implementadas en diferentes casos, la carga tributaria es insuficiente para los niveles de desarrollo de los países. Además, las estructuras tributarias de la región son regresivas y existen dificultades para controlar los altos niveles de evasión. En promedio regional, menos de un tercio de la recaudación corresponde a impuestos directos, mientras que el grueso de la carga recae en los impuestos sobre el consumo y otros impuestos indirectos[4]. La recaudación a partir de impuestos indirectos, como el impuesto al valor agregado (IVA), es regresiva porque implica una carga desproporcionada sobre las personas en situación de pobreza y afecta especialmente a las mujeres, que están sobrerrepresentadas en los estratos de menores ingresos de la población. Como señala el informe de la relatora especial de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sobre extrema pobreza y derechos humanos, las mujeres tienden a utilizar grandes porciones de sus ingresos en productos de primera necesidad debido a que las normas de género les asignan la responsabilidad del cuidado de las personas dependientes, por lo que cargan con el peso regresivo de los impuestos al consumo[5].

3. Rania Antonopoulos, Tomas Masterson y Ajit Zacharias: «La interrelación entre los déficits de tiempo y de ingreso. Revisando la medición de la pobreza para la generación de respuestas de política», PNUD, Panamá, 2012.
4. Cepal: *Panorama fiscal de América Latina y el Caribe 2016*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, marzo de 2016.
5. «Report of the Special Rapporteur on Extreme Poverty and Human Rights, Ms. Maria Magdalena Sepúlveda Carmona, on Taxation and Human Rights», sesión 26 del Consejo de Derechos Humanos, A/HRC/26/28, Ginebra, mayo de 2014.

Por otro lado, los altos niveles de evasión[6], y especialmente la salida de flujos financieros ilícitos de la región[7], limitan la posibilidad de cerrar la brecha de financiamiento para la igualdad de género y se implementar las políticas públicas necesarias para garantizar los derechos de las mujeres[8]. A su vez, de acuerdo con un estudio reciente[9], cuando la capacidad de los Estados de controlar los flujos financieros ilícitos es limitada, las estructuras tributarias tienden a compensar la falta de recursos mediante mayores impuestos a pequeños y medianos contribuyentes y a las personas. Las mujeres resultan afectadas de manera desproporcionada, ya que están sobrerrepresentadas entre cuentapropistas, pequeñas y medianas empresas y trabajadoras informales.

Dada la desigualdad primaria de los países de la región, el carácter regresivo de los sistemas tributarios y el acceso segmentado a la protección social y empleo, no sorprende que la desigualdad de ingreso no se reduzca considerablemente después de la intervención del Estado a través de impuestos y transferencias. En América Latina, el coeficiente de Gini cae, en promedio, nueve puntos porcentuales después de los impuestos directos y las transferencias en efectivo y en especie. Esta cifra no es tan significativa si se compara con la reducción de los niveles de desigualdad en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), que alcanza los 23 puntos porcentuales[10].

---

6. Según la Cepal, la evasión del IVA representa dos puntos del PIB, y la del impuesto sobre la renta, 4,1 puntos. Esto implicaba alrededor de 320.000 millones de dólares en 2014. Para más información, v. Cepal: *Estudio económico de América Latina y el Caribe 2016*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, julio de 2016.

7. Las estimaciones varían considerablemente según la fuente. Según Global Financial Integrity, entre 2004 y 2013 América Latina y el Caribe perdieron 1,4 billones de dólares en flujos financieros ilícitos. Sobre ese total, 88% corresponde a falsa facturación en el comercio entre empresas (abusos con precios de transferencia y sub- o sobrefacturación) y 12% proviene de hechos criminales y corrupción. Según la Cepal, para el mismo periodo los flujos financieros ilícitos representaron 1,8% del PIB regional en el promedio de los diez años considerados, lo que implica 765.000 millones de dólares en el acumulado 2004-2013 (dos tercios se deben a la sobrefacturación de las importaciones y un tercio a la subfacturación de las exportaciones). Dev Kar y Joseph Spanjers: *Illicit Financial Flows from Developing Countries: 2004-2013*, Global Financial Integrity, Washington, DC, diciembre de 2015.

8. Es necesario destacar que en la región, de acuerdo con la Cepal, las tasas efectivas que paga el decil superior son muy bajas como consecuencia no solo de la evasión y la elusión, sino también de las exenciones, las deducciones y el tratamiento preferencial de las rentas del capital, que en algunos países no están gravadas y en otros tributan a una tasa más baja que las rentas del trabajo. Esto también tiene un impacto significativo en la desigualdad y en la brecha de financiamiento.

9. Verónica Grondona, N. Bidegain Ponte y Corina Rodríguez Enríquez: *The Role of Secret Financial Jurisdictions in Undermining Gender Justice and Women's Human Rights*, Friedrich-Ebert-Stiftung, Berlín, en prensa.

10. Cepal: *Panorama fiscal de América Latina y el Caribe 2016*, cit.

Educación, empleo y desigualdades intersectadas

Otro ejemplo que, además, pone en cuestión los límites de la teoría del capital humano, refiere a la falta de correlación entre los niveles educativos de las mujeres y la reducción de algunas de las brechas de género en los mercados laborales. Cabe destacar que las brechas salariales entre hombres y mujeres se han ido reduciendo en los últimos años. Sin embargo, los datos demuestran que a mayor cantidad de años de escolaridad, mayor es la brecha salarial entre hombres y mujeres. Las mujeres de 13 y más años de estudios en América Latina perciben 25,6% menos salario que los varones con las mismas características[11].

A mayor cantidad de años de escolaridad, mayor es la brecha salarial entre hombres y mujeres

Las brechas salariales se multiplican si se analizan por niveles educativos según sexo y origen étnico-racial[12]. De acuerdo con un estudio realizado en ocho países de la región, en los niveles educativos bajo y medio, las mujeres indígenas, afrodescendientes y blancas perciben menor remuneración que sus pares hombres. Entre los niveles educativos más altos, la brecha de ingresos es considerable; en el extremo superior de la escala se ubica el ingreso percibido por los hombres blancos, mientras que en el extremo inferior se sitúa el de las mujeres indígenas. Entre estos dos extremos, los ingresos laborales se distribuyen en el siguiente orden ascendente: mujeres indígenas, hombres indígenas, mujeres afrodescendientes, mujeres blancas, hombres afrodescendientes y hombres blancos[13]. Estas desigualdades intersectadas ponen en evidencia cómo el sexismo, el racismo y el etnocentrismo están en la base de la desigualdad socioeconómica y generan sistemas de discriminación y privilegios que obligan a ampliar la mirada de clase.

División sexual e internacional del trabajo

Es considerable el avance en los diferentes países de la región respecto de la importancia de valorar y visibilizar el trabajo no remunerado y de cuidados que realizan principalmente las mujeres en el interior de los hogares. Durante

11. «Nota para la igualdad Nº 18: persiste la brecha salarial entre hombres y mujeres» en *Observatorio de Igualdad de Género de la Cepal*, 8/3/2016, <http://oig.cepal.org/es/notas/nota-la-igualdad-ndeg-18-persiste-la-brecha-salarial-hombres-mujeres>.
12. V. Cepal: *Desarrollo social inclusivo: una nueva generación de políticas para superar la pobreza y reducir la desigualdad*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2015.
13. Cepal: *Horizontes 2030*, cit.

estos últimos años, varios países realizan encuestas de uso del tiempo, implementan políticas de corresponsabilidad y, en algunos casos –como Costa Rica y Uruguay–, avanzan hacia la creación de sistemas nacionales de cuidados.

Sin embargo, la creciente participación de las mujeres en el mercado laboral (aunque con fuertes sesgos según la edad, el nivel educativo, la raza/etnia, la ubicación urbana o rural y la situación socioeconómica) no se ha visto acompañada por una mayor participación de los varones en las tareas del trabajo no remunerado y de cuidados. Según el Observatorio de Igualdad de Género de la Cepal, en todos los países de la región para los cuales hay datos disponibles el tiempo de trabajo no remunerado de las mujeres es mucho mayor que el tiempo que dedican los hombres a estas mismas actividades. Si se suman el tiempo de trabajo remunerado y el no remunerado para hombres y para mujeres, se constata que para estas últimas persiste una sobrecarga de horas de trabajo total[14].

Las relaciones desiguales de género llevan a la naturalización del trabajo no remunerado como responsabilidad de las mujeres. A pesar de su centralidad tanto para la reproducción de la fuerza de trabajo como para la sostenibilidad de la vida, persiste una organización social injusta de los cuidados con fuertes implicancias en términos de brechas de desigualdad entre mujeres y entre territorios y países. En este contexto, se constituyen cadenas globales de cuidados a lo largo de las cuales las mujeres se transfieren los trabajos de cuidados de unas a otras, sobre la base de ejes de jerarquización social según el género, la clase y el lugar de procedencia[15]. A través del trabajo empírico se visibiliza este fenómeno cuando mujeres de América Latina emigran a otros países de la región o a países desarrollados y dejan a sus hijos e hijas bajo el cuidado de una mujer integrante de su hogar o núcleo cercano en el país de origen. Estas mujeres son contratadas (formal o informalmente) por familias en el país de destino para realizar tareas de cuidado en hogares donde hombres y mujeres trabajan de forma remunerada[16]. Tanto en los países de origen como en los de destino, los mercados laborales siguen operando principalmente bajo

14. «Tiempo total de trabajo» en Observatorio de Igualdad de Género de la Cepal, <http://oig.cepal.org/es/indicadores/tiempo-total-trabajo>.
15. Amaia Pérez Orozco: *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2014.
16. Para más información, v. A. Pérez Orozco: *Cadenas globales de cuidado. ¿Qué derechos para un régimen global de cuidados justo?*, Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer (UN-INSTRAW), Santo Domingo, 2012; Adriana Molano Mijangos, Elisabeth Robert y Mar García Domínguez: *Cadenas globales de cuidados: síntesis de resultados de nueve estudios en América Latina y España*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2012.

la idea de «trabajador ideal». La norma del «trabajador ideal» se basa en el supuesto de hombres sin responsabilidades domésticas y de cuidados y que deciden, por lo tanto, entre trabajo remunerado u ocio, no se reproducen, no envejecen, no se enferman, no cuidan.

Reflexiones a modo de conclusión

Hemos presentado algunos datos ilustrativos de la persistencia de la desigualdad de género y su intersección con otras desigualdades para el debate del desarrollo en América Latina. Los índices de feminidad de la pobreza, los sesgos de género de las políticas fiscales, las brechas salariales por género y raza/etnia y la división sexual e internacional del trabajo dan cuenta de que las políticas de igualdad de género y derechos de las mujeres implementadas siguen siendo limitadas.

Más allá de la contribución académica y política de los movimientos feministas y de mujeres en América Latina y de los esfuerzos por parte de los Estados para generar institucionalidad de género y permear toda la estructura estatal, es posible afirmar que no se percibe aún el carácter transnacional de la desigualdad de género y su relevancia para comprender la dinámica económica de la desigualdad y la pobreza y para desmontar algunos de los supuestos básicos de la teoría económica ortodoxa y heterodoxa, así como de la teoría social, que están en la base del diseño de las políticas públicas.

Ante esta realidad, el desafío es doble. Por un lado, se requiere actuar sobre los determinantes estructurales de las brechas de desigualdad de género; y por otro, evitar que, en el actual contexto de desaceleración económica y de aplicación de políticas de ajuste, se profundicen los niveles de desigualdad de género y se reviertan los avances obtenidos. Para ello, es fundamental superar el enfoque reduccionista y fragmentado de la política pública, tomando en cuenta los *trade-offs* de las políticas, así como sinergias positivas para avanzar hacia patrones de producción y consumo sostenibles, basados en una redistribución del poder, de la riqueza y del tiempo.

Finalmente, la transición hacia estrategias de desarrollo justas y sostenibles en la región requiere de transformaciones profundas en la gobernanza económica global y en los patrones de financiamiento. Actualmente, los países de América Latina realizan una transferencia neta de recursos a los países desarrollados debido a la ausencia de controles sobre los flujos financieros ilícitos, a las exenciones fiscales y al tratamiento preferencial de las rentas del

capital, así como a la repatriación de las utilidades de los flujos de inversión extranjera directa. Al mismo tiempo, las mujeres financian y sostienen las economías nacionales e internacionales a través del trabajo no remunerado y de cuidados y de su rol en las cadenas globales de cuidados. Por lo tanto, en un contexto de pérdida del espacio político, es fundamental recuperar la capacidad de los Estados para regular a favor del interés público y así avanzar hacia la igualdad, la sostenibilidad y la garantía de los derechos de las mujeres de América Latina.

Perfiles
Latinoamericanos

Julio-Diciembre de 2016 Ciudad de México Nº 48

ARTÍCULOS: El giro a la izquierda y la confianza en el Estado. El proceso ecuatoriano, **Diana Plaza Martín**. Desfase estructural y la emergencia de los intelectuales indígenas bolivianos, **Carmen Rosa Rea Campos**. Movimientismos en perspectiva comparada: peronismo y radicalismo yrigoyenista, **César Tcach**. Asilos en dictadura: chilenos en la embajada argentina, **Soledad Lastra y Carla Peñaloza Palma**. El proceso legislativo en México: la eficiencia de las comisiones permanentes en un Congreso sin mayoría, **Luisa Béjar Algazi y Sergio Bárcena Juárez**. La radio latina en España. Medio de integración, **María Teresa Santos Diez y Jesús Ángel Pérez Dasilva**. Las organizaciones intermedias en los proceso de innovación en México, **María del Pilar Monserrat Pérez Hernández**. Inclusión financiera en el ámbito rural mediante cajas de ahorro. Estudio de una experiencia en México, **Federico Martínez-Carrasco Pleite, Ana M. Muñoz Soriano, Maged Eid y José Colino Sueiras**. Fronteras simbólicas y clases medias. Movilidad social en Chile, **Mayarí Castillo**. Las fronteras de la pobreza en Bogotá, **Consuelo Uribe Mallarino y Jefferson Jaramillo Marín**. La desigualdad de ingreso y salud en Colombia, **Sandra Rodríguez Acosta**. Homicidios e investigación criminal en México, **Rodrigo Meneses Reyes y Miguel Quintana Navarrete**.

Perfiles Latinoamericanos *es una publicación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede México. Coordinación de Fomento Editorial, Carretera al Ajusco 377, Colonia Héroes de Padierna, C.P. 14200, Ciudad de México, DF. Tel.: (5255) 3000 0200 / 3000 0208. Fax: 3000 0284. Correo electrónico: <publicaciones@flacso.edu.mx>. Página web: <www.flacso.edu.mx>.*

La prostitución: debates políticos y éticos

La prostitución es hoy objeto de ásperas confrontaciones centradas en los regímenes político-jurídicos (abolicionismo frente a reglamentarismo/ legalización). En este artículo se presentan algunas de las principales argumentaciones teóricas de autoras y militantes de ambas corrientes, que conllevan posicionamientos éticos y políticos, en un tema en el que están en juego el estatus del cuerpo y los límites entre lo digno y lo indigno.

Silvia Chejter

La prostitución es hoy objeto de ásperas confrontaciones entre distintos sectores, y también en el seno de los movimientos feministas. Los debates no son nuevos. Persisten las controversias acerca de los regímenes jurídicos, que se mantienen similares a los de hace casi 150 años, como si los cambios sociales y culturales no hubieran alterado las relaciones prostibularias ni los modos de pensar la prostitución. Actualmente se sigue discutiendo si establecer un sistema que legalice la prostitución –es decir, que la legitime como trabajo– o mantener el abolicionismo que rige en muchos países[1], sea en la modalidad definida hace un siglo o en la versión introducida por el modelo sueco[2], mientras aún coexisten regímenes prohibicionistas y reglamentaristas

---

Silvia Chejter: es socióloga y docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Dirige el Centro de Encuentros Cultura y Mujer y se ha especializado en temas de género: políticas públicas de género, abordajes de la violencia hacia las mujeres, violencia sexual.

Palabras claves: abolicionismo, feminismo, género, prostitución, trabajo sexual.

1. Bajo este régimen, se penaliza a todos aquellos que participan de la explotación de la prostitución ajena, pero no a las personas prostituidas.

2. Este nuevo abolicionismo considera que la prostitución es una forma de explotación y violencia contra las mujeres y, por lo tanto, la política del Estado es desalentarla para lograr su erradicación. Incluye diversas estrategias, desde la penalización de quienes pagan por sexo, grupos de apoyo para los varones que pagan, reinserción laboral para las mujeres prostituidas, estrategias educativas y culturales, etc.

en diversos países del mundo. Son todas discusiones acerca de lo legal y lo ilegal de la prostitución, sostenidas en argumentos –sociológicos, políticos, filosóficos y éticos– que solo serán abordados aquí parcialmente por razones de espacio.

Nociones de partida

Tanto en la literatura como en el habla cotidiana encontramos frecuentemente ambigüedades para definir la prostitución: lenguajes muy connotados –racistas, sexistas, clasistas– o miradas focalizadas solo en algunos actores o aspectos del mundo prostibulario. Además, el modo de nombrar las prácticas y a los actores reproduce ideologías y posicionamientos políticos.

Por mi parte, no puedo evitar usar las palabras que condicen con mi pensamiento, aunque respeto los modos de nombrar de las autoras y los autores cuando los cito. Otra aclaración de partida es que en muchísimos textos se habla en femenino, aun cuando también, en diferentes pasajes, se hace referencia a la prostitución masculina. Sin desconocer que hay varones, travestis y transexuales en los circuitos prostibularios, mantendré el uso del femenino por varias razones: a) la prostitución es históricamente y aún hoy una institución patriarcal, sostenida sobre el deseo y el poder sexual de los varones; b) se basa en la asimetría entre varones y mujeres, y aun en los circuitos homosexuales o transexuales los que pagan por sexo son varones y c) los circuitos de mujeres son mayoría y, en general, son diferentes de los circuitos homosexuales o transexuales. Además, la mayoría de las personas prostituidas son feminizadas, excepto los llamados *taxi boys* (prostitución viril), a los que recurren también algunas mujeres pero que constituyen un tipo de prostitución minoritario.

Existen dos visiones polares de la prostitución: una de ellas la caracteriza como una relación entre dos personas en la que se ponen en juego conceptos contractualistas –decisiones basadas en la libertad personal, libertad sexual, elección, mercado, servicio– admitiendo que el propio cuerpo, o el sexo, es un bien mercantilizable; otra la concibe como un sistema organizado, una «industria del sexo» que incluye a una diversidad de actores sociales –«clientes», proxenetas, Estados, varones, mujeres y sectores económicos complementarios, como empresas publicitarias y turísticas, hoteles, lavaderos, industria pornográfica, etc.–. Pero entre ambas visiones hay muchas otras demarcaciones del fenómeno prostibulario. A veces se lo limita a un hecho delictivo o de comportamiento «desviado»; en otros casos se pone la mirada en las motivaciones de

las personas prostituidas o en alguno de los actores que participan del mundo prostibulario, entre ellos las organizaciones proxenetas y su dimensión globalizada. Las perspectivas, énfasis o aspectos no tenidos en cuenta tienen consecuencias en las propuestas y políticas, que a veces pueden ser complementarias y otras, opuestas y contradictorias.

Como consecuencia, existe inevitablemente una polarización en los debates en cuanto a las políticas que deben adoptarse. Sin embargo, sería simplificar mucho reducir la cuestión a la oposición abolicionismo-legalización, aunque en el debate político-jurídico este clivaje parece ocupar el centro de la escena. Y la polarización aleja la posibilidad de diálogo y de consensos sobre las políticas adecuadas, lo que ha llevado a que muchas activistas, investigadoras o personas comprometidas con la problemática expresen su pesimismo frente a la irreductibilidad, el maniqueísmo y la rigidez que se manifiestan con frecuencia en distintos espacios en los que se plantea el tema. Se ha llegado a un punto en que el diálogo resulta difícil[3].

¿De qué se habla cuando se habla de prostitución?

En la bibliografía académica, encontramos enunciaciones tales como las que sostienen que el hecho de que «ciertas conductas sexuales (...) sean caracterizadas como actos de prostitución no depende de esas conductas en sí mismas, sino del modo de percepción y definición social de las mismas»[4]. El mismo autor señala que hay quienes consideran prostitutas a las mujeres promiscuas, a las secretarias que se acuestan con sus superiores para ascender en su carrera o a la mujeres casadas que mantienen relaciones sexuales a cambio de dinero o beneficios. Probablemente, la asociación más reiterada es la de matrimonio y prostitución. Paola Tabet, antropóloga italiana, remarca la existencia de un continuo entre matrimonio y prostitución, ya que en ambas instituciones existirían «intercam-

Paola Tabet remarca la existencia de un continuo entre matrimonio y prostitución, ya que en ambas instituciones existirían «intercambios económicos y sexuales entre mujeres y varones»

3. V. por ejemplo, Beatriz Gimeno: «La prostitución ¿abolir o regular? Un giro en el debate» en *Femicidio.net*, 25/2/2013.
4. Francisco Vázquez: *Mal menor. Políticas y representaciones de la prostitución. Siglos* XVI-XIX, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1998, p. 13.

bios económicos y sexuales entre mujeres y varones»[5]. La diferencia es que en el matrimonio las mujeres proporcionan también otros servicios, mientras que en la relación prostitucional se limitan a los servicios sexuales. Tabet reconoce además otras diferencias, tales como las modalidades de relación, las formas de contrato, la duración, etc.[6]

El texto de Tabet apareció en *Les Temps Moderns* en 1987 y, según ella misma explicó, la idea generó rechazo en muchos auditorios occidentales. Basada en sus estudios en sociedades no occidentales y también, en el pasado, en las occidentales, dice de manera clara que «el sexo es el capital de las mujeres, su tierra, y que ellas deben utilizarlo de manera adecuada»[7]. Lo que está claro es que en sus argumentaciones reconoce la asimetría entre varones y mujeres, ya que solo las mujeres brindan «servicios sexuales» y quienes pagan son varones, lo que implica una sexualidad subordinada –aunque Tabet no usa esta expresión–. En cambio, sostiene que quienes pagan «no reconocen la misma urgencia, la misma necesidad y la misma autonomía sexual de la otra persona, quien pone su sexualidad al servicio del otro», lo que tiene como resultado «la renuncia de las mujeres a sus propios deseos sexuales»[8].

Se suele citar a Simone de Beauvoir, quien en su célebre libro *El segundo sexo* de 1949 afirma que, desde el punto de vista económico, la prostituta y la mujer casada ocupan posiciones simétricas. «Para ambas, el acto sexual es un servicio; la segunda está comprometida para toda la vida a un solo hombre; la primera tiene varios clientes que le pagan por unidades». Aunque pocas líneas más abajo establece que «[l]a gran diferencia entre ellas consiste en que la mujer legítima, oprimida en tanto que mujer casada, es respetada como persona humana [no siempre ni necesariamente, agregamos nosotros]; y este respeto empieza a dar jaque seriamente a la opresión. Mientras que la prostituta no tiene los derechos de una persona y en ella se resumen, a la vez, todas las figuras de la esclavitud femenina»[9].

La idea de un continuo entre la casa familiar y el burdel está presente en numerosas autoras, entre ellas la socióloga estadounidense Kathleen Barry[10], quien, no obstante, es una de las autoras y militantes más conocidas de la

5. P. Tabet: «Du don au tarif: les relations sexuelles impliquant une compensation» en *Les Temps Modernes* Nº 490, 5/1987.
6. Mathieu Trachman «La banalité de l'échange. Entretien avec Paola Tabet» en *Genre, Ssexualité & Sociéte*, Nº 2, otoño de 2009.
7. Ibíd.
8. Ibíd., pp. 34-35.
9. S. de Beauvoir: *El segundo sexo*, Siglo xx, Buenos Aires, 1962, p. 357.
10. Fundadora y directora inicial de la ong abolicionista Coalición contra el Tráfico de Mujeres.

corriente abolicionista y en su trabajo se ocupa de puntualizar las diferencias. En su libro de 1979 *Esclavitud sexual de la mujer*, asimila la prostitución a una forma de esclavitud y la define de este modo: «La prostitución es a la vez un síntoma de un orden social injusto y una institución que explota económicamente a las mujeres». Pero rechaza que el poder económico sea la variable causal, ya que quedan sin identificar ni impugnar las dimensiones sexuales del poder[11]. En un segundo libro, publicado en 1995, renombra la prostitución como «industria del sexo» para dar cuenta del proceso por el cual el sexo se constituye «en lo que no era: una mercancía. (…) La prostitución es la forma más extrema y cristalizada de la explotación sexual, condición política y base de la subordinación de las mujeres»[12]. Asimismo, incluye la participación de diversas industrias relacionadas: cadenas hoteleras internacionales, aerolíneas, bares, *sex clubs*, locales de masajes, burdeles, etc.[13]

Confrontar definiciones distintas permite percibir que los modos de acercamiento a esta temática pueden focalizar directamente las prácticas, así como los múltiples y complejos contextos que constituyen el mundo prostibulario. En los últimos años, nuevas miradas, como las perspectivas queer, muestran también que, en medio de diversas confrontaciones, parecieran predominar las posturas a favor de la conceptualizar la prostitución como trabajo sexual, aunque con diferencias, y también existen, por supuesto, posturas abolicionistas.

Las prostitutas «son la carne productiva subalterna del capitalismo global», dice Paul B. Preciado sin que esto colisione con su defensa del derecho al trabajo sexual:

> El trabajo sexual consiste en crear un dispositivo masturbatorio –a través del tacto, el lenguaje y la puesta en escena– susceptible de poner en marcha los mecanismos musculares, neurológicos y bioquímicos que rigen la producción de placer del cliente. El trabajador sexual no pone en venta su cuerpo sino que transforma (…) sus recursos somáticos y cognitivos en fuerza de producción viva. (…) Su práctica depende de su capacidad de teatralizar una escena de deseo. Como el publicista, su trabajo consiste en crear formas específicas de placer a través de la comunicación y la relación social. Como todo trabajo, el trabajo sexual es el resultado de símbolos, de lenguaje y de afectos.[14]

Frente a esta definición eufemística, Andrea Dworkin –escritora y militante feminista estadounidense– se enfoca en lo concreto:

---

11. K. Barry: *Esclavitud sexual de la mujer*, LaSal, Barcelona, 1987, p. 23.
12. K. Barry: *The Prostitution of Sexuality*, New York University Press, Nueva York, 1995, p. 11.
13. Ibíd., p. 9.
14. Paul B. Preciado: «Droits des femmes au travail… sexuel» en *Libération*, 20/12/2013.

© Nueva Sociedad / Juan Lima 2016

Quiero volver a los conceptos básicos. Prostitución. ¿Qué es? Es el uso del cuerpo de una mujer por parte de un hombre para tener sexo, él paga dinero, él hace lo que él quiere. El minuto en el que te alejas de qué es realmente, te alejas de la prostitución y te adentras en el mundo de las ideas. Te sentirás mejor; pasarás un mejor momento; es más divertido; hay muchísimo para discutir, pero estarás discutiendo ideas, no prostitución. La prostitución no es una idea. Es la boca, la vagina, el recto, penetrados usualmente por un pene, a veces por manos, a veces por objetos, por un hombre y luego por otro, y luego por otro, y luego por otro, y luego otro. Eso es lo que es.[15]

Prostitución y trata

La relación entre prostitución y trata es uno de los ejes presente no solo en los debates actuales sino también a lo largo de los últimos 150 años, tanto a escala nacional como internacional. Desde fines del siglo XIX y hasta mediados del XX, el tema dio lugar a intervenciones de organismos internacionales como la Sociedad de las Naciones, Estados y organizaciones de la sociedad civil[16] que confluyeron en la aprobación por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) del Convenio para la Represión de la Trata de Personas y de la Explotación de la Prostitución Ajena, de 1949.

La separación entre trata y prostitución es destacada por los sectores a favor de la legalización del trabajo sexual, que consideran que la legislación basada en la Convención de 1949 confunde ambos fenómenos[17]. Esta separación es cuestionada por los sectores abolicionistas, que consideran que trata y prostitución no deben separarse. La diferencia entre ambas corrientes se sustenta en cómo es pensada la trata. Para la corriente pro-trabajo sexual, habría una trata mala y otra que no lo es. Esta corriente rechaza solo aquella trata en la que hay engaños o se utilizan formas coactivas y violentas, pero sostiene que a muchas mujeres que quieren emigrar, tanto a escala nacional como internacional, no les queda otra opción que recurrir a organizaciones clandestinas de tráfico y trata de personas, y lo hacen por decisión propia, sin engaños. Las corrientes abolicionistas, por su parte, arguyen que la trata es la forma de reclutamiento que demuestra el carácter organizado de la prostitución y que esto va más allá de las modalidades –abiertas, engañosas,

15. A. Dworkin: «Prostitution and Male Supremacy», trabajo presentado en el simposio «Prostitution: From Academia to Activism», University of Michigan Law School, Michigan, 31 de octubre de 1992, cit. en Marcela V. Rodríguez: «Tramas de la prostitución y la trata con fines de explotación sexual» en *Investigaciones* Nº 1, 2012, p. 37.
16. El primer congreso contra la trata se realizó en 1899, aunque el reconocimiento internacional se había concretado en Ginebra en 1877.
17. Dolores Juliano: «El trabajo sexual en la mira. Polémicas y estereotipos» en *Cadernos Pagu* Nº 25, 7-12/2005.

seductoras o coactivas– que utilizan las organizaciones proxenetas; sostienen que en la práctica no es posible diferenciar a las mujeres víctimas de trata de las que no lo son, ambas son igualmente explotadas sexualmente, los lugares de explotación son los mismos y las redes de trata y de proxenetas también son las mismas. Otro argumento es que la distinción contradice la Convención de 1949 aún vigente.

Las corrientes abolicionistas sostienen que en la práctica no es posible diferenciar a las mujeres víctimas de trata de las que no lo son

Este tema es sin duda un nudo problemático de carácter conceptual e ideológico. Y si bien ambas corrientes consideran que la trata es intolerable y admiten la necesidad de políticas de persecución penal, los criterios que establecen en la práctica cuándo es trata y cuándo no son tan diferentes que la propia definición común de trata queda en cuestión.

Prostitución, trata y migraciones

Muchas autoras, desde una mirada economicista, superponen trata con migraciones por razones económicas, sin desconocer que también hay factores vinculados a la discriminación contra las mujeres. Dolores Juliano considera que prostitución y trata deben diferenciarse porque «las trabajadoras sexuales tienen problemas comunes con el resto de las trabajadoras» y cita a Joe Bindam, quien admite la trata como una estrategia migratoria:

> es insensato clasificar como «esclavitud» una industria entera, mundial, que incluye enormes variaciones en las condiciones de trabajo en el interior de cada país y entre diferentes países. Ello nos distrae de la tarea muy necesaria de hacer cesar la explotación en todos los sectores de actividad (…). La lógica subyacente de una restricción de la industria del sexo para impedir prácticas abusivas referentes a los inmigrantes clandestinos exigiría eliminar o restringir la industria textil y agrícola de los países más ricos de cualquier región, pues es en esas industrias donde la explotación abusiva del trabajo inmigrante clandestino está más extendida.[18]

Es cuantiosa la bibliografía que relaciona la prostitución con la feminización de las migraciones, sin que se establezca una clara diferenciación entre migración y trata. Son numerosas las autoras que remarcan que han resurgido los mercados de personas como un gran negocio emergente. Irene López

18. J. Bindman: «Les travailleurs du sexe ne vendent pas leur corps: ils vendent des services. Aperçu Sur de la prostitution en Europe», 2003, cit. por D. Juliano: ob. cit.

Méndez alega que «no todas las redes de tráfico ilegal de personas son redes esclavistas»[19] y coincide en que el problema principal es la vulnerabilidad que genera la condición de migrante ilegal y las dificultades para conseguir trabajos legales, lo que obliga a las mujeres a insertarse en mercados laborales no regulados, como el servicio doméstico o la prostitución.

El problema principal es la vulnerabilidad que genera la condición de migrante ilegal ■

En esta línea de pensamiento se combinan argumentos economicistas con otros de género para explicar el alto porcentaje de inmigrantes en los circuitos prostibularios europeos. Para Juliano, las mujeres migran tanto por razones económicas como de género[20]. Considera que la prostitución «es una consecuencia de la desigual distribución de los recursos económicos por género»[21], dado que los trabajos de las mujeres reciben peor paga y que la prostitución es una estrategia para salvar la brecha económica existente entre varones y mujeres. «Las prostitutas explotan esa brecha, haciéndose pagar por servicios que otras mujeres ofrecen gratuitamente». La prostitución sería, así, un camino a la igualdad económica, ya que permitiría que «importantes cantidades de dinero cambien de mano, en una corriente de transferencia de recursos que permite a mujeres que tienen pocas posibilidades de competir con éxito en las vías consideradas legítimas, participar en las riquezas generadas socialmente»[22].

La socióloga alemana Christa Wichterich descalifica la crítica centrada en la trata de mujeres porque esta «fue usada, durante décadas, para desanimar la migración autónoma femenina» y considera que lo que «no se puede aceptar es que las mujeres intervengan en el mercado mundial, buscando satisfacer sus propios intereses económicos, y su deseo de amor y felicidad», ya que ello afecta «el orgullo patriótico herido por la vergüenza de tener que reconocer que no todas las europeas se adecuaban a los modelos de conducta sexual considerados válidos»[23].

---

19. I. López Méndez: «El derecho a tener derechos y el marco jurídico de la inmigración y el tráfico de mujeres» en Elena Bonelli Jáudenes y Marcela Ulloa Jiménez (coords.): *Tráfico e inmigración de mujeres en España. Colombianas y ecuatorianas en los servicios domésticos y sexuales*, ACSUR Las Segovias, Madrid, 2001, p. 27.
20. Cit. en María Luisa Maqueda Abreu: «La trata sexual de mujeres: entre mitos y realidades» en *Discriminación y género. Las formas de la violencia*, Ministerio Público de la Defensa de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2010, p. 227.
21. D. Juliano: *La prostitución: el espejo oscuro*, Icaria, Barcelona, 2002, p. 143.
22. Ibíd., pp. 145-146.
23. Cit. ibíd., p. 126.

La estadounidense Donna Guy, al historiar la prostitución argentina entre 1875 y 1955, comparte con Juliano que esta es más una típica respuesta consciente a la pobreza y no «el resultado de la trampa de un proxeneta perverso»[24]. Rechaza los análisis centrados en el poder de las organizaciones proxenetas; sostiene que en esa época (fines del siglo XIX y principios del XX) se confundía migración con trata y que el fondo de la cuestión era que se desaprobaba la inmigración femenina, porque eran mujeres solas que escapaban del control de sus familias[25]: «La trata de blancas, más que reflejar una realidad verificable, era el resultado de un conjunto de discursos sobre la reforma de la familia, el papel laboral de las mujeres en las sociedades modernizantes y la construcción de la política desde el punto de vista del género»[26].

Saskia Sassen describe la presencia creciente de mujeres en lo que llama «circuitos alternativos para la sobrevivencia», que incluyen no solo el tráfico ilegal de personas destinado a la industria del sexo, sino también el que se dirige a varios trabajos en el mercado formal e informal, circuitos que están ligados a algunas de las principales dinámicas de la globalización[27]. Esas dinámicas no son otras que las condiciones sistémicas de «alto desempleo, pobreza, quiebras de gran número de empresas y achicamiento de recursos del Estado para las necesidades sociales»[28]. Sassen muestra cómo las remesas provenientes del tráfico de mujeres para la industria del sexo y para el mercado laboral tienen una enorme rentabilidad para esos Estados. Demuestra que esta rentabilidad no queda en manos de las trabajadoras o mujeres prostituidas sino de quienes manejan el comercio, organizaciones y funcionarios locales. Incluso señala que «[s]i bien los caudales de remesas pueden ser menores comparados con los movimientos masivos diarios del capital en los mercados financieros, con frecuencia son muy significativos para las economías en desarrollo o en dificultades»[29]. Su visión contraría las de Juliano y Wichterich, quienes ven las migraciones como una estrategia que favorece económicamente a las mujeres de manera individual.

Para las abolicionistas, la trata y las migraciones son dos problemáticas que tienen entidad y envergadura propias. Sostienen que desde el punto de vista de

24. D. Guy: *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1955,* Sudamericana, Buenos Aires, 1991, p. 19.
25. Ibíd.
26. Ibíd., p. 49.
27. S. Sassen: «Contrageografías de la globalización: la feminización de la supervivencia» en *Travesías* Nª 10, 2002, p. 11.
28. Ibíd., p. 21.
29. Ibíd., p. 22.

la investigación se necesitan acercamientos diferentes, ya que si bien las empleadas domésticas y las mujeres prostituidas pueden tener perfiles sociales similares, las lógicas del empleo doméstico y del mundo prostibulario deben diferenciarse. Adicionalmente, desde el punto de vista de la intervención, las estrategias no son las mismas, ya que las organizaciones que trafican para el servicio doméstico y la prostitución tampoco son las mismas. También difieren las formas de explotación, estigmatización y discriminación que sufren unas y otras.

¿Sexo comercial o identidad sexual?

Para las teóricas que han pensado la prostitución desde la perspectiva de la sexualidad, el tema en tensión es si la prostitución es una forma de sexualidad, una identidad sexual y/o un trabajo. En su muy difundido texto de 1985 sobre la sexualidad femenina, la antropóloga estadounidense Gayle Rubin considera que la prostitución –que nombra como «sexo comercial»– es una de las formas de la sexualidad y, al mismo tiempo, la incluye junto con otras sexualidades devaluadas, «perversas» –homosexualidad, sadomasoquismo, sexo intergeneracional, etc.– frente a la relación heterosexual monogámica, considerada normal. Sin embargo, y en contradicción o al menos con cierta ambigüedad frente a esta afirmación, establece que «las prostitutas y otros trabajadores sexuales difieren de los homosexuales y demás minorías de este tipo. El trabajo sexual es una ocupación, mientras que la desviación sexual es una preferencia erótica»[30].

Plantear que la prostitución es una identidad ¿no llevaría a admitir que ciertas personas nacen para ser prostituidas?

Si la prostitución es una forma de identidad o una identidad sexual, ¿sería igual a otras identidades sexuales? Plantear que la prostitución es una identidad ¿no llevaría a admitir que ciertas personas nacen para ser prostituidas? Pensarla como identidad es plantearla solo en el terreno de la libertad sexual, dejando fuera la dimensión económica.

En una línea que subraya la asimetría entre prostituta y prostituyente (o quien paga por sexo), la politóloga australiana Carol Pateman considera que «el sexo implica atracción sexual mutua, satisfacción sexual mutua, mientras que la prostitución es la utilización del cuerpo de la mujer por un varón para

30. G. Rubyn: «Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad» en Carole Vance (comp.): *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Revolución, Madrid, 1989.

su propia satisfacción; es la utilización unilateral por un varón del cuerpo de la mujer a cambio de dinero»[31]. La existencia de subordinación sexual de las mujeres es aceptada por muchas autoras que admiten que la prostitución es un trabajo. Juliano y Tabet reconocen que la sexualidad de las mujeres prostituidas es un sexualidad dominada, al servicio de quien paga. Así, por ejemplo, Juliano afirma que la prostitución «puede llegar a ser un campo de experimentación y libertad sexual, [pero] esa ventaja es principalmente para el cliente»[32]. Incluso Gail Pheterson, autora del conocido libro *Nosotras las putas* y militante por el reconocimiento del trabajo sexual, sostiene que tanto en la prostitución de mujeres como en la de homosexuales o trans no cambia la relación sexo-género, porque estos últimos, al igual que las mujeres, «sirven a los varones»[33].

Las luchas de gays y lesbianas, y más recientemente de algunos sectores de la diversidad sexual, son consideradas luchas por afirmar una identidad sexual. Sin posibilidad de profundizar, es necesario decir que hay una tensión entre pensar la prostitución como identidad o como trabajo, lo que conduce a la necesidad de reflexionar acerca del rol que la sexualidad tiene en la construcción de las subjetividades para no caer en reduccionismos y desconocimientos de la complejidad, así como de la importancia que tienen en la autodefinición e identidad personal y política la identidad de género, de clase, etc. La construcción de las identidades no solo se basa en la esfera sexual, como tampoco se puede reducir la subjetividad de las mujeres prostituidas a sus conductas sexuales. El mismo texto de Rubin, como hemos visto, es ambiguo en ese punto.

¿Trabajo? ¿Trabajo sexual?

No siempre resulta evidente cuál es el concepto de trabajo que subyace a las posturas que consideran la prostitución como trabajo sexual. Hay quienes acuden a Karl Marx para justificar el trabajo sexual y también se acude a él para lo contrario. Entre quienes tienen una mirada economicista de la prostitución hay marxistas, sectores del feminismo, liberales y neoliberales. Cuando la izquierda u otras corrientes afirman que la prostitución es un trabajo, lo único que consideran es la explotación económica. No contemplan la explotación sexual.

---

31. C. Pateman: *El contrato sexual*, Anthropos, Barcelona, 1995, p. 273.
32. D. Juliano: «El trabajo sexual en la mira», cit.
33. G. Pheterson: «Prostitution» en Helena Hirata et al.: *Dictionnaire critique du féminisme*, PUF, París, 2000, p. 167.

Ya el socialista argentino Alfredo Palacios utilizaba *El capital* de Marx para afirmar que la prostitución es una institución inherente al régimen económico actual[34]. Para Marx, «la prostitución es solo una forma específica de expresión de la prostitución general de los trabajadores»[35], es decir que no le concede una entidad propia. Sin embargo, hace dos referencias específicas: la primera, al establecer una distinción entre otras mercancías y las prostitutas, a quienes considera «mercancías delicadas» –aunque las pone en el mismo plano que aperos de labranza o pieles–; la segunda, cuando sostiene que la mercantilización generalizada convierte en objetos de cambio aquellos que antes «se donaban pero nunca se vendían; se adquirían pero nunca se compraban: virtud, amor, opinión, conciencia»[36]. Para Marx –como para muchos autores de las corrientes más diversas–, el trabajo es pensado como una actividad socialmente necesaria para la supervivencia (sin relación con el ocio o el placer).

Las corrientes críticas a la legalización plantean que si bien Marx puso al descubierto la lógica del capital, no hizo lo mismo con la lógica patriarcal estructurada; así lo demostró Claude Lévi-Strauss a partir del intercambio de mujeres por parte de los varones, que no es lo mismo que la prostitución, dado que la prostitución es una forma de acceso sexual a las mujeres a través de un pago. Y solo es posible «cuando existen simultáneamente Estados, el comercio, distintas formas de artesanos e industrias, colectivos más amplios, un principio de vida urbana»[37].

Frente a lo que dice Marx, es pertinente la pregunta que se formula Pateman sobre el carácter del contrato sexual. En el capítulo «¿Qué hay de malo en la prostitución?» de su conocido libro *El contrato sexual*, desarrolla varios argumentos que refutan que el contrato sexual sea un contrato comercial. «La historia del contrato sexual dice que la prostitución es parte del ejercicio de la ley del derecho sexual masculino, uno de los modos en que los varones se aseguran el acceso al cuerpo de las mujeres. (…) La historia del contrato sexual revela también que hay buenas razones para que 'la prostituta' sea una figura femenina»[38]. Frente a la crítica de que las prostitutas muchas veces

34. Actas de la Cámara de Diputados, 17 de septiembre de 1913, pp. 330-331. Palacios mostró su sexismo al afirmar que «la prostitución es necesaria», ya que sin ella «las pasiones desenfrenadas trastornarían al mundo».
35. K. Marx: *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, cit. por C. Pateman: ob. cit., p. 278.
36. K. Marx: *Miseria de la filosofía*, Cartago, Buenos Aires, 1972, p. 72.
37. Françoise Héritier en F. Héritier et al.: *La plus belle historie de femmes*, Seuil, París, 2011.
38. C. Pateman: ob. cit., pp. 265-267.

engañan o aun explotan a sus clientes[39], sostiene que esas situaciones «deben distinguirse de la prostitución como institución social. Dentro de la estructura de la institución de la prostitución, las 'prostitutas' están sometidas a los 'clientes' así como las 'esposas' están subordinadas a los 'esposos' en la estructura del matrimonio»[40].

Pateman rechaza comparar la prostitución con un trabajo como cualquiera, entre otras razones porque el uso de los servicios de una prostituta no es igual a contratar a un obrero. Si bien ambos, el «prostituyente» y el capitalista, disponen del uso de la persona y del cuerpo de quienes contratan, el capitalista no tiene interés intrínseco en el cuerpo y la persona del trabajador sino que solo le interesan los bienes que produce, mientras que los varones que contratan a una prostituta tienen un único interés: la prostituta y su cuerpo[41]. Frente a las críticas que pueden hacerse acerca de que se pone demasiado énfasis en el cuerpo, Pateman hace referencia a Immanuel Kant, para quien la prostitución es convertirse uno mismo en propiedad. En palabras de Kant, «[nadie] es propiedad de sí mismo (…) de ser propiedad de sí mismo, sería entonces una cosa. Al ser una persona no es una cosa sobre la que se pueda tener propiedad alguna. No es posible ser al mismo tiempo cosa y persona, propiedad y propietario»[42].

Pateman rechaza comparar la prostitución con un trabajo como cualquiera

Contrariamente, y justificando el contrato comercial, Juliano considera que las mujeres prostituidas viven «en situación de especial desventaja y suelen padecer de un déficit de medidas de protección legal e institucional», lo que aumenta su vulnerabilidad y las deja indefensas frente a la arbitrariedad institucional. A ello se suma «la estigmatización por el hecho de que se apartan

39. Solo como ilustración del discurso de quienes pagan por sexo, v. los siguientes fragmentos extraídos de S. Chejter: *Lugar común: la prostitución*, Eudeba, Buenos Aires, 2011: «Vos sos una billetera (…). No viene a otra cosa, no importa si tenés sentimientos, qué pensás de… no les importa nada, es terrible, es terrible». «Para ellas sos un gil, quieren la guita y nada más». «Yo veo mucho los informes sobre el tema de prostitución y eso, y veo que están muy lejos de la realidad. En realidad las mujeres, acá, lo que vos ves es que lo usan al hombre». «Y los dos tienen un poder distinto. Ella tiene el poder de… de… fingir, digamos… Tiene ese ancho en su manga. O de disfrutar cuando le quepa. Y uno tiene el poder de la plata. Lo que pasa es que a vos te despojan del poder (…). Todas las putas cobran antes, entonces vos perdés tu poder automáticamente, antes de tocarla».
40. C. Pateman: ob. cit., p. 267.
41. Ibíd., p. 280.
42. Cit. en C. Pateman: ob. cit., p. 281.

de la norma de brindar gratuitamente su tiempo y su trabajo a los hombres»[43]. Un tercer argumento es que en las sociedades actuales la participación en el mercado laboral es el medio principal para acceder a la ciudadanía plena. Y el reconocimiento permitiría mejorar la autoestima, demandar servicios sociales, organizarse en cooperativas, etc.

Otro argumento reiterado es que la prostitución está criminalizada y que es necesario descriminalizarla. Muchas veces los términos «descriminalización» y «legalización» son usados de forma indiscriminada, y no se aclara qué es lo que está criminalizado. No es posible descriminalizar lo que no está criminalizado. En los países abolicionistas las mujeres prostituidas no son criminalizadas y la legalización es el reclamo por el reconocimiento de la prostitución como trabajo[44].

Otro argumento reiterado es que la prostitución está criminalizada y que es necesario descriminalizarla

Beatriz Gimeno afirma que las posturas favorables a la legalización son mayoritarias en los ambientes más radicales, de izquierdas, alternativos o queer, y expresa su asombro frente al hecho que «uno de los ejemplos más claros de mercantilización del ser humano es defendido por personas que se dicen profundamente anticapitalistas». Agrega que resulta difícil de entender

> cómo es posible que uno de los negocios más lucrativos del mundo y más explotadores, uno de los que generan más dinero a las mafias, no sea ardorosamente atacado por personas que se dicen de izquierdas. También me cuesta entender cómo una institución creada por el patriarcado como uno de sus pilares, una institución que juega un papel fundamental en determinada construcción sexual y de los géneros, ha terminado siendo defendida por feministas.[45]

El feminismo abolicionista remarca los cambios en las relaciones entre varones y mujeres tanto en la esfera privada como en la pública –en parte, como

43. D. Juliano: ob. cit.
44. En los discursos de los sectores pro-trabajo sexual, no siempre está claro hasta dónde llega el «trabajo sexual autónomo». En algunos casos, por ejemplo, se considera que dada la existencia de peligros de todo tipo –desde las mafias, sus cómplices, hasta desbordes de quienes pagan– se necesita una «red de cuidado». Cecilia Varela, antropóloga e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina, plantea que «los proxenetas son una red de cuidado, porque son quienes van a lidiar con la policía, quienes van a suministrar seguridad (…) hay muchas chicas que prefieren trabajar con dueños porque trabajar solas supone un montón de riesgos que no quieren afrontar». Luciana Peker: «Proxenetismo de emprendedor», entrevista en suplemento «Las 12», *Página/12*, 19/4/2014, p. 3.
45. B. Gimeno: «Una lectura queer de la prostitución», 12/12/2012, disponible en <www.feminicidio.net/sites/default/files/Una%20lectura%20queer%20de%20la%20prostituci%C3%B3n.pdf>.

consecuencia del feminismo como movimiento político y como teoría crítica, y también, por supuesto, como resultado de transformaciones estructurales–, que habían generado una expectativa de cambios en dos instituciones fundamentales de las sociedades capitalistas/patriarcales: matrimonio y prostitución. Sin embargo, y a pesar de los avances en el reconocimiento y la legitimación de sexualidades que contradicen el modelo heterosexual y reproductivo, ambas persisten con pocos cambios. El matrimonio parece incluso fortalecerse con aperturas a matrimonios que reconocen la diversidad sexual, y la prostitución sigue siendo considerada imprescindible, sea por su presencia histórica, sea porque no se pone en discusión seriamente el significado de la sexualidad prostituyente, considerada aun por quienes admiten y defienden el trabajo sexual como una sexualidad genéricamente subordinada.

Sexo ¿de quién?

Una aproximación al fenómeno de la prostitución en términos políticos muestra que si algo tienen en común el matrimonio y la prostitución es una esencial disimetría –que contradice los avances igualitarios–, que asegura a los varones el acceso al cuerpo de las mujeres con fines reproductivos o de placer[46]. «Decir que las mujeres tienen el derecho de venderse es enmascarar que los varones tienen el derecho de comprarlas. Al pagar, el varón queda liberado de toda obligación o culpabilidad y la mujer queda avasallada», escribe Françoise Héritier[47].

Sin embargo, los varones son pocas veces nombrados. El lenguaje, que suele ser un testigo implacable, presenta muchas maneras de nombrar a las mujeres prostituidas y muy pocas para los que se suele nombrar como «clientes». Recientemente comienzan a multiplicarse estudios orientados a este actor fundamental de la prostitución[48] que empieza a tener nombre propio: «prostituyente» o «prostituidor». Aunque no es posible darle aquí el lugar que necesita, hablar de los varones que pagan es un tema insoslayable y que comienza a tener lugar en los debates actuales. Como ya lo expresara Albert Londres,

46. Las investigaciones empíricas sobre quienes pagan por sexo muestra que la mayoría son varones casados o que están en pareja.
47. F. Héritier: ob. cit.
48. Ver Sven-Axel Mänsson: «Prácticas masculinas en la prostitución y sus implicaciones para el trabajo social», 2005, mimeo; Martin Monto: «Female Prostitution, Customers and Violence» en *Violence Against Women* vol. 10 Nº 2, 2/2004; Said Bouamama: *L'homme en question. Le processus du devenir-client de la prostitution*, Mouvement du Nid, Clichy, 2004; Albert Londres: *Le chemin de Buenos Aires*, Le Serpent à Plumes, París, 1994 [hay edición en español: *El camino de Buenos Aires*, Prensa Ibérica, Barcelona, 1998]; S. Chejter: *Lugar común: la prostitución*, cit.; Juan Carlos Volnovich: *Ir de putas. Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución*, Topía, Buenos Aires, 2006.

periodista francés enviado por la Sociedad de las Naciones a investigar la trata de mujeres europeas en su más que ilustrativo libro *El camino de Buenos Aires*: «En el origen de la prostitución está el hambre, pero si no hubiera hambre igual habría mujeres en venta siempre que existan hombres para comprarlas, pero habría un 80% menos»[49].

En el campo de las ciencias sociales, el tema comienza a ser objeto de investigaciones. Algunas sobre masculinidad, otras sobre violencia y sexualidad masculina, y otras más específicamente sobre sexualidad y prostitución. Algunas de estas últimas buscan caracterizar el tipo de varones que recurren a la prostitución, sus motivaciones, etc. Hay también estudios estadísticos para países europeos. En síntesis, todos trabajos que se inscriben en una línea que considera la prostitución como una cuestión masculina.

La prostitución es la forma de organización social más *imparitaria* que existe

Otros trabajos conceptualizan la prostitución como un tema de desigualdad. La prostitución es la forma de organización social más *imparitaria* que existe. Esta disimetría es generalmente justificada por la representación del carácter imperioso de la sexualidad masculina. «El deseo masculino es así camuflado en necesidad y la necesidad se traduce en derecho. ¿Es que la sexualidad es un 'derecho del hombre? ¿Alguien ha visto a algún hombre morir por no poder eyacular?», se pregunta la filósofa francesa Françoise Collin[50].

Reflexiones finales

Las verdaderas conclusiones son las que cada cual sacará por su cuenta. Por tanto, preferimos hablar de reflexiones finales, en las que incluiremos palabras ajenas y también afirmaciones que inevitablemente serán personales.

Muchos son los dilemas jurídicos que plantea el actual debate, que son a la vez dilemas éticos y políticos. En una primera aproximación, pareciera que lo jurídico predomina y que todo se resolvería con cambios en la legislación. Sería pecar de ingenuidad reducir una problemática tan compleja como la prostitución al ámbito jurídico y, más aún, reducirla a las alternativas legalización/despenalización o abolición (con sus variantes). Este último es un concepto ambiguo. Tiene una marca de origen, ya que la palabra «abolicionismo» proviene

49. A. Londres: ob. cit., pp. 256-257.
50. F. Collin: «Approche politique de la prostitution», 2004, inédito.

de la abolición de la esclavitud. Y si bien hoy se ha vuelto a hablar de la prostitución como esclavitud, cabe preguntarse si este uso no es anacrónico, ya que cuando las abolicionistas inglesas del siglo xix –que introdujeron el concepto– hablaban de abolicionismo, se referían a la abolición de las regulaciones sanitarias y policiales y no a erradicar la prostitución. Y hoy el abolicionismo tiene nuevos significados, que se plasmaron en el «modelo sueco», que puede ser visto como emblemático.

Dice Zigmunt Bauman: «es más peligroso no plantear ciertas preguntas que dejar sin respuesta algunas de las preguntas que se consideran políticamente relevantes. Plantear malas preguntas conduce a menudo a cerrar los ojos sobre los verdaderos problemas».

En este sentido, entre las preguntas que deberían responder las corrientes que proponen legalizar la prostitución como trabajo, se encuentran las siguientes: ¿cómo podría subsistir una prostitución autónoma?, ¿cómo podría enfrentar a las organizaciones proxenetas? Si la prostitución es una forma de la sexualidad, una elección ligada a la libertad sexual o una identidad sexual, ¿por qué regular comportamientos sexuales? ¿Acaso la sexualidad no debería seguir perteneciendo al ámbito de la privacidad? ¿Por qué admitir que una práctica sexual consensuada tiene que ser regulada? Convertir la sexualidad en trabajo ¿no implica un viraje que ubica la sexualidad en el campo de lo obligado, ya que lo vincula a necesidades económicas? ¿No implica subordinar la sexualidad de quien la convierte en un trabajo o servicio en una sexualidad subordinada, es decir, que se subordina al placer de otra persona? ¿Por qué hablar de consentimiento cuando se argumenta sobre el «derecho a prostituirse»? ¿Acaso se habla de consentimiento con relación a otros trabajos? El tema del consentimiento es típico de las discusiones acerca de la sexualidad para establecer los límites entre una sexualidad libre y una sexualidad coactiva.

Otras son las preguntas que deberían responderse desde las corrientes abolicionistas. En este caso, los desafíos son: ¿cómo desbaratar las organizaciones proxenetas, que no solo son poderosas y tienen vínculos transnacionales, sino que también están articuladas con negocios legales? De hecho, en las políticas de persecución penal contra estos delitos no se pueden contabilizar muchos éxitos ni antes de la Convención de 1949 ni a partir del Protocolo de Palermo de 2000. ¿Cómo cambiar la cultura de la prostitución que se asienta sobre mitos naturalizados y aceptados como verdades absolutas? ¿Cómo esperar que las mujeres prostituidas se sientan víctimas? Sentirse víctima no

solo depende de haber sufrido una situación de victimización (o violencia), sino de cómo esa situación es valorada socialmente. Y, de hecho, vivimos en sociedades que no solo toleran, sino que ven la prostitución como una estrategia válida, como una forma de resistencia y que permite a las mujeres «ganar más que en otros trabajos» (generalmente se compara con lo que ganarían limpiando baños o lavando pisos).

Ambas corrientes tienen respuestas y sin duda no hay una única respuesta a cada una de las preguntas. Probablemente no sea casual que la lucha pase por propuestas legales, dado el peso simbólico que tiene lo jurídico. Por lo tanto, un cambio legal tiene efectos que no pueden subestimarse. Pero, como hemos señalado, hay también cuestiones éticas y políticas. No se trata de valores abstractos. La prostitución no es una abstracción ni tan solo un conjunto de discursos. Están en juego el estatus del cuerpo, el valor que tiene para las personas y para el derecho, y los límites entre lo digno y lo indigno. Como sostiene Tamar Pitch, la «eficacia de las normas se mide en el plano del imaginario colectivo y también por la eficacia de los modelos de relación que propone, de los principios y los bienes que legitima y protege»[51]. Pitch reconoce cambios en los modelos de sexualidad, señala su preocupación acerca de posibles intentos de establecer límites entre lo lícito e ilícito –no solo en el sentido de lo que es justo o injusto, sino también acerca de lo que es normal, «natural»–. Siguiendo a Foucault, alerta sobre los discursos de la sexualidad que en el momento en que la producen, la reglamentan[52].

Regresando a las preguntas fundamentales, estas pasan por cómo se entiende la instrumentalización –mercantilización– del cuerpo para un fin que no es propio, si acordamos con la máxima kantiana según la cual ningún ser humano puede ser tratado como cosa. Coincido con Françoise Collin cuando afirma:

> La cuestión no es saber si el contrato comercial que canjea un servicio sexual a cambio de dinero está consentido libremente o no. La cuestión es saber si nosotros queremos la generalización de la forma prostitucional de las relaciones humanas. La cuestión es saber si nosotros queremos un mundo donde todo se pague –unilateralmente– o bien un mundo en que el término de intercambio guarde un sentido fuera de su equivalente general. Afirmo que la mercantilización generalizada de las relaciones humanas y de los cuerpos parecería coincidir con el fracaso de lo mejor de la ambición democrática. El contrato social no es un contrato comercial.[53]

51. T. Pitch: *Un derecho para dos. La construcción jurídica de género, sexo y sexualidad*, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 2003.
52. Ibíd.
53. F. Collin: ob. cit.

Un feminismo político para un futuro mejor

Es necesario identificar caminos e ideas para repolitizar el feminismo y los movimientos sociales en torno de una visión de la justicia que se inserte en una utopía práctica. La teoría feminista contemporánea puede hacer contribuciones importantes para reformular los necesarios debates sobre los fracasos del capitalismo y las promesas y los malentendidos de la democracia y el desarrollo. Las herramientas analíticas de la interseccionalidad sirven para comprender los procesos de transformación en cada contexto político y cultural.

Philipp Kauppert / Ina Kerner

El tema de las crisis dominó el debate público de los últimos años, tanto dentro como fuera de Alemania: desde la crisis financiera de Estados Unidos y la crisis económica de Europa, hasta los incesantes conflictos de Oriente Medio y sus múltiples consecuencias, como el fenómeno a menudo conocido como «crisis de los refugiados». Este discurso que gira continuamente en torno de las crisis surte efectos de vasto alcance. En primer lugar, tiende a restringir el margen disponible para las decisiones sobre políticas públicas, cuya elaboración queda reducida a la gestión de crisis, que por definición es una dinámica meramente reactiva. En segundo lugar, y al filo de la paradoja, el actual discurso

---

Philipp Kauppert: se desempeñó como director residente de la Fundación Friedrich Ebert (FES) en Pakistán de 2012 a 2016 y ahora dirige la oficina de la FES en Bolivia. Ha trabajado y escrito sobre temas de economía política y desafíos de la transformación desde una perspectiva que promueve la democracia y la justicia social.
Ina Kerner: es profesora adjunta de Política de la Diversidad en la Universidad Humboldt de Berlín; durante el otoño de 2015 dictó clases en el Centro de Excelencia en Estudios de Género en la Universidad Quaid-i-Azam de Islamabad. Su obra escrita comprende temas de teoría política, teorías feministas y poscoloniales, interseccionalidad y cuestiones relativas a la política del desarrollo.
Palabras claves: capitalismo, feminismo, interseccionalidad, utopía práctica.
Nota: traducción del inglés de Lilia Mosconi.

de crisis también parece restringir el espacio disponible para el debate sobre las causas de los graves problemas con los que se relaciona, al menos en el ámbito de la política. Por eso nosotros necesitamos un pensamiento que trascienda la noción de crisis, en particular si la crisis se percibe como si fuera una disfunción social momentánea cuya solución no requiere cambios estructurales de mayor magnitud. De ahí que iniciemos estas reflexiones con una exhortación a profundizar el análisis, ya que de lo contrario será imposible construir un futuro mejor. Con este objetivo en la mira, vamos a examinar la teoría feminista contemporánea. La idea puede sonar desatinada –porque el feminismo es para muchos un programa político sectorial, *ipso facto* inadecuado como soporte de consideraciones políticas generales–, pero aquí precisamente intentaremos demostrar lo contrario. A fin de cuentas, lo que nosotros solemos concebir como un estado de crisis es, para la teoría feminista, una condición permanente que jamás se confundiría con una molestia pasajera. La teoría feminista ha reaccionado a situaciones de persistente desigualdad desde que nació. Y el hecho de que siempre encuentra nuevas maneras de hacerlo quedará en claro a lo largo de estas páginas.

La teoría feminista ha reaccionado a situaciones de persistente desigualdad desde que nació

En el primer apartado, explicamos por qué la interseccionalidad nos parece un abordaje apto para comprender el panorama de innumerables desafíos y perspectivas que presenta nuestro mundo contemporáneo. En el segundo, trazamos una relación entre la crítica al neoliberalismo y las teorías feministas, que a su vez puede hacer importantes contribuciones a la reformulación de los necesarios debates sobre los fracasos del capitalismo, así como a las deliberaciones sobre las promesas y los malentendidos en torno de la democracia y el desarrollo. En el tercer apartado, examinamos diferentes enfoques del feminismo, así como movimientos sociales y actores que suscriben a ideas feministas, con hincapié en los ejemplos y las experiencias del Sur global. En la conclusión, tratamos de identificar ideas y estrategias para repolitizar el feminismo y los movimientos sociales con miras a forjar una concepción de la justicia inserta en una utopía práctica; y dado que nos enfrentamos a un capitalismo transnacional, solo podremos llegar a buen puerto si emprendemos la tarea con una mirada que abarque todo el mundo globalizado.

Interseccionalidad

Una de las cuestiones centrales que exploran las teorías feministas contemporáneas deriva de una problemática antes relegada a los márgenes

del movimiento: el reclamo de las feministas menos favorecidas contra la miopía del feminismo tradicional, cuya agenda se acotaba en gran medida a los problemas de las mujeres que vivían en situaciones de relativo privilegio; en otras palabras, las occidentales, mayoritariamente blancas, heterosexuales y de clase media. La incorporación de este reclamo a la elaboración teórica del feminismo actual se entiende ante todo bajo la categoría de «interseccionalidad»: el abordaje que percibe la diversidad y la estratificación dentro de todo grupo social (incluidos los de género) y comprende que los ejes en torno de los cuales se articulan la diferencia, la estratificación social y la discriminación/opresión –como «raza»/etnia, clase, género o sexualidad– están entrelazados e interrelacionados[1].

La decisión de tomar en serio este reclamo –que nosotros auspiciamos– implica en potencia una apertura radical de los horizontes del feminismo político, porque entonces su agenda tiene que integrar las complejas imbricaciones del sexismo con el racismo, con el nacionalismo y con las desigualdades ligadas a la religión o la casta; tiene que abordar los efectos de la heteronormatividad, la asociación de la femineidad a la maternidad y las tareas hogareñas, no solo como un problema de las mujeres heterosexuales, sino también de las lesbianas, gay y queer; y además necesita incorporar en su enfoque la clase social, así como, posiblemente, todas las otras formas de la desigualdad. Tomar en serio la interseccionalidad también implica concebir el feminismo político como una disciplina cuyo objeto es sumamente heterogéneo y que contiene potenciales divisiones internas, y por ende como una disciplina cuyas prioridades políticas, lejos de establecerse *a priori*, deben dilucidarse en el transcurso de un debate político abierto, basado en el conocimiento de las diferencias internas y los potenciales conflictos. El abordaje interseccional también entraña la necesidad de revisar algunos de los supuestos básicos que sustentan la cooperación internacional para el desarrollo. Por ejemplo, la promoción de la democracia se ha centrado ante todo en la representación política femenina y en los aspectos legales de los derechos humanos para las mujeres de sociedades patriarcales. En consecuencia, ni el feminismo ni los movimientos prodemocráticos han prestado suficiente atención al contexto socioeconómico de sus luchas; peor aún, tanto los movimientos sociales como las organizaciones de la sociedad civil –un buen ejemplo son los sindicatos– permanecen en general bajo dominio masculino. En muchos países del

1. Patricia Hill Collins y Valerie Chepp: «Intersectionality» en Georgina Waylen, Karen Celis, Johanna Kantola y S. Laurel Weldon (eds.): *The Oxford Handbook of Gender and Politics*, Oxford University Press, Oxford, 2013, p. 57 y ss.

Sur global, las experiencias de opresión son multidimensionales e incluyen mecanismos discriminatorios basados en la economía, la pertenencia étnica, el género, la clase y la casta. Por eso es importante aplicar herramientas analíticas interseccionales en cada contexto cultural y político específico para desentrañar los procesos transicionales de las sociedades en vías de democratización. De esta manera es posible trascender los enfoques de actores y reclamos particulares –cuyo horizonte suele ser muy estrecho– para obtener un panorama exhaustivo de los desafíos, las perspectivas y los puntos de incursión en toda su diversidad.

Feminismo y neoliberalismo

Varios teóricos sociales han analizado en tiempos recientes las amplias repercusiones que tuvieron en nuestro mundo actual los movimientos emancipadores surgidos después de los años sesenta. Hace ya más de una década que Manuel Castells[2] acuñó la expresión «sociedad de redes» para definir nuestra sociedad global de hoy, que ha sustituido las estructuras verticalistas del pasado por una configuración flexible con múltiples vínculos horizontales; entre los diversos factores que auspiciaron el surgimiento de esta sociedad, Castells incluye los movimientos sociales de la segunda mitad del siglo xx, con sus característicos reclamos contra el autoritarismo y las jerarquías. En una concepción similar, aunque con una nota más pesimista en el tono y el análisis, Luc Boltanski y Éve Chiapello[3] ponen de relieve la naturaleza flexible y la capacidad de renovación del capitalismo actual y sostienen que las sociedades capitalistas contemporáneas, debido a que se rigen por ideales de autonomía, creatividad, movilidad y trabajo en equipo, abrevan precisamente en la crítica (artística) al autoritarismo, la burocracia y las estructuras rígidas que heredaron de esos movimientos sociales, pero no en aras de liberar verdaderamente a las personas, sino a fin de integrarlas en el nuevo régimen de dominación que ejerce el capitalismo bajo su forma flexibilizada y su organización en redes.

La intelectual feminista Nancy Fraser dice algo similar en relación con el feminismo: «los cambios culturales fomentados por la segunda ola, saludables en sí mismos, han servido para legitimar una transformación de la sociedad capitalista que se opone directamente a las esperanzas feministas de alcanzar

2. M. Castells: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, 3 vols., Siglo xxi, Ciudad de México, 1990-1999.
3. L. Boltanski y É. Chiapello: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid, 2002.

una sociedad justa»[4]. Esta nueva forma de capitalismo –sintetiza Fraser– es «posfordista, transnacional, neoliberal»[5]. Abrevando en los argumentos de Boltanski y Chiapello que mencionamos más arriba, Fraser sostiene que la oposición de la segunda ola feminista a los cuatro aspectos cardinales del capitalismo estatal –el economicismo, el androcentrismo, el estatismo y la organización westfaliana– en parte preparó el terreno para la renovación que condujo a la forma actual del sistema capitalista, en cuyo transcurso los ideales del feminismo adquirieron nuevos significados, más cercanos a la legitimación que al cuestionamiento del sistema. En primer lugar, el creciente énfasis de la segunda ola en la política de la identidad como impugnación del sesgo economicista evolucionó con el tiempo en un culturalismo igualmente sesgado, distante del paradigma inicial que combinaba la redistribución con el reconocimiento. En segundo lugar, la crítica feminista al salario familiar terminó por allanar el camino hacia la precarización universal. En tercer lugar, el antiestatismo feminista legitimó el desmantelamiento neoliberal del Estado benefactor mediante la transferencia de responsabilidades a organizaciones no gubernamentales (ONG) y el fomento de la iniciativa económica individual (financiada con microcréditos), un resultado que nada tiene que ver con el sueño feminista original de conquistar derechos sociales universales para todos los ciudadanos, independientemente de su situación laboral. Por último, el cuestionamiento feminista al Estado-nación ha redundado en meras formas profesionalizadas de un transnacionalismo más ligado a la actuación en los foros de la política internacional y el sector del desarrollo (neoliberal) que al intento de consensuar una senda de cambio hacia la justicia de género a escala mundial. Fraser sugiere que el feminismo solo puede salir de esta constelación problemática si adopta una posición inequívoca en favor de la justicia de género y en contra del neoliberalismo, orientada a reconectar la crítica feminista con la crítica a la dominación capitalista[6]. Este nuevo enfoque crítico debe integrar las dimensiones de la redistribución, el reconocimiento y la representación (es decir, las cuestiones socioeconómicas, culturales y políticas), a la vez que actualiza sus demandas a contrapelo del orden neoliberal.

El antiestatismo feminista legitimó el desmantelamiento neoliberal del Estado benefactor

4. N. Fraser: *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*, Traficantes de Sueños / Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador, Madrid-Quito, 2015, p. 245.
5. Ibíd.
6. Ibíd., p. 260 y ss.

A lo largo de las últimas décadas, los feminismos del Sur global dejaron de ser movimientos políticos amplios en pos del empoderamiento femenino para convertirse en grupos dedicados a la realización de proyectos específicos cuyos fondos suelen provenir de donantes internacionales. Este proceso transicional –también conocido como *oenegización*[7]– modificó la agenda de muchas agrupaciones feministas, que adaptaron su trabajo con el género para integrarlo funcionalmente al sector del desarrollo y se enfocaron en la adquisición de capacidades no gubernamentales con el fin de brindar asistencia social. Este viraje se debió en parte a la primacía del «ajuste» neoliberal, que restringió las capacidades y los presupuestos gubernamentales destinados a las políticas públicas, en un tiro de gracia que marcó el final de los «Estados desarrollistas» tal como existieron hasta los años 80. También en los contextos del Sur global, entonces, es interesante evaluar la contribución del feminismo al desmantelamiento del Estado desarrollista (patriarcal), o bien, en palabras de Fraser, reflexionar acerca «de cómo cierto feminismo se convirtió en criada del capitalismo»[8].

En Pakistán, un país cuya sociedad se rige por las normas de la familia patriarcal, la matrícula femenina de la escuela secundaria y la educación superior se ha incrementado de manera contundente en los últimos años[9]. Pero esta mejora no se refleja en el mercado de trabajo, ya que las mujeres están subrepresentadas en los cargos oficiales y gerenciales, continúan trabajando en condiciones precarias y padecen diversas formas de explotación en el sector manufacturero (por ejemplo, el trabajo a domicilio de la industria textil). La lenta pero creciente participación femenina en el mercado laboral ha suscitado un interesante debate, ya que aún no está claro si el resultado ha repercutido positivamente en el empoderamiento de las mujeres o si, por el contrario, ha generado nuevas formas de dominación. En algunos casos es posible incluso que haya favorecido la violencia doméstica, como reacción a los conflictos financieros en el seno de la familia. La feroz competencia entre diversos países asiáticos que abaratan la mano de obra y reducen al mínimo la regulación estatal de las industrias exportadoras para atraer inversiones

7. Ver Sonia E. Alvarez: «The Latin American Feminist NGO 'Boom'» en *International Feminist Journal of Politics* vol. 1 Nº 2, 1999; Islah Jad: «The NGO-isation of Arab Women's Movements» en *IDS Bulletin* vol. 35 Nº 4; Verónica Schild: «Empowering 'Consumer-Citizens' or Governing Poor Female Subjects? The Institutionalization of 'Self-Development' in the Chilean Social Policy Field» en *Journal of Consumer Culture* vol. 7 Nº 2, 2007.
8. N. Fraser: «How Feminism Became Capitalism's Handmaiden – And How to Reclaim It» en *The Guardian*, 14/10/2013.
9. Jaffar Ahmed y Zaffar Junejo: *Social Contract in Pakistan*, FES, Islamabad, 2015.

extranjeras también contribuyó a la «feminización del trabajo asalariado»[10]. Hay numerosos estudios de casos específicos relacionados con las cadenas de valor (y los cuidados domiciliarios), como las industrias textiles en Bangladesh o Vietnam, o las industrias de asistentes domiciliarios en Tailandia y Filipinas, por mencionar unos pocos ejemplos.

La feroz competencia entre diversos países asiáticos que abaratan la mano de obra también contribuyó a la «feminización del trabajo asalariado»

Desde una perspectiva más auspiciosa, y pese a los derroteros problemáticos que siguió la política de los movimientos feministas descriptos más arriba, también es cierto que la teoría feminista ofrece varios puntos de incursión aptos para poner en tela de juicio el neoliberalismo dominante que ha colonizado nuestras percepciones y nuestros relatos durante los últimos años. Los relatos contrahegemónicos que necesitamos con tanta urgencia para presentar batalla contra el gran proyecto capitalista pueden construirse sobre las percepciones y los ejemplos feministas del Sur global, así como del Norte global. A pesar de los innumerables debates que suscitó la crisis económica y financiera de los viejos centros capitalistas (EEUU y Europa), los representantes del progresismo local siguen prestando escasa atención a las luchas de lo que algunos perciben como «las periferias». La reducción de la esfera pública y la privatización de los servicios estatales –incluidos los de seguridad, educación, salud y agua– ya han recorrido una historia más larga en el Sur global que en el mundo euroatlántico. Las experiencias acumuladas por los movimientos sociales de América Latina, África, Oriente Medio y Asia pueden ser las piedras angulares para construir una visión alternativa, la «utopía práctica» que necesitamos para orientarnos en la confrontación de los múltiples desafíos que nos reserva el siglo XXI en todo el mundo[11].

Hacia un nuevo feminismo transnacional

¿Cómo imaginamos una crítica feminista al capitalismo posfordista, transnacional y neoliberal? ¿Cómo podríamos traducirla a la práctica política? Ninguna de las dos preguntas es fácil de responder; en su proyecto actual, Fraser

10. Rubina Saigol: *Feminism and the Women's Movement in Pakistan: Actors, Debates and Strategies*, FES, Islamabad, 2016.
11. Boaventura de Sousa Santos (ed.): *Democratizing Democracy: Beyond the Liberal Democratic Canon*, Verso, Londres-Nueva York, 2005; Jean Comaroff y John L. Comaroff: *Theory From The South: Or, How Euro-America Is Evolving Toward Africa*, Paradigm, Boulder-Londres, 2012.

ha emprendido una relectura crítica de Karl Marx, Max Weber y Jürgen Habermas en busca de respuestas adecuadas. Y no es casual que en su alegato resuenen argumentos de feministas que escriben desde una perspectiva poscolonial y/o del Sur global. Entre ellas se destaca Chandra Talpade Mohanty, quien en 2003 retornó a su célebre artículo de los años 80, «Bajo los ojos de Occidente», para exhortar a la construcción de «una teoría, una crítica y una praxis en torno de la globalización» como nuevo «eje temático cardinal de las feministas» que aspiren a lidiar con los problemas más acuciantes de nuestros tiempos, es decir, con los problemas causados por el capitalismo global[12]. Mohanty considera que estos problemas deben abordarse con una «crítica feminista anticapitalista trasnacional» que tome como eje y punto de partida las condiciones de vida, las percepciones, los intereses y las luchas de «las comunidades de mujeres más marginadas»[13]. Alegando que esas mujeres gozan de «privilegio epistémico» –en otras palabras, «el panorama más abarcador del poder sistemático»–, Mohanty propone estudiar la estructura de poder «desde abajo hacia arriba» en lugar de hacerlo «desde arriba hacia abajo», con miras a captar analíticamente «la macropolítica de la restructuración global» y comenzando por observar «la micropolítica de [las] luchas anticapitalistas más urgentes [que son las de las mujeres marginadas]»[14].

La atribución de privilegio epistémico a un determinado grupo social es debatible, claro está, pero el aporte interesante que hace Mohanty al planteo de Fraser es la clara decisión de iniciar el análisis crítico del capitalismo transnacional en el Sur global, presuponiendo que es allí donde más se padecen y más se combaten algunos de sus peores efectos. El mismo planteo aparece en otro texto seminal: *Desarrollo, crisis y enfoques alternativos. Perspectivas de la mujer en el Tercer Mundo* (1988), de Gita Sen y Caren Grown[15], también conocido como el manifiesto DAWN (Desarrollos Alternativos para las Mujeres de una Nueva Era, por sus siglas en inglés). Este texto, muy debatido en los años 80, conserva actualidad e interés al menos por dos razones. En primer lugar, Sen y Grown subrayaron con claridad los efectos del neoliberalismo en el género, mucho antes de que los percibieran y priorizaran las teóricas feministas del mundo euroatlántico. En segundo lugar, las autoras advierten sobre las interrelaciones entre el desarrollo, los fenómenos de las crisis socioeconómicas,

12. C.T. Mohanty: *Feminism Without Borders: Decolonizing Theory, Practicing Solidarity*, Duke University Press, Durham-Londres, 2003, p. 230.
13. Ibíd., p. 231.
14. Ibíd., p. 231 y ss.
15. G. Sen y C. Grown: *Desarrollo, crisis y enfoques alternativos. Perspectivas de la mujer en el Tercer Mundo*, PIEM, Ciudad de México, 1989.

la subordinación femenina y el género. En materia de objetivos políticos, Sen y Grown reivindican el derecho universal a satisfacer las necesidades básicas y demandan la planificación de procesos orientados hacia esa meta. Dado que el capitalismo global tal como lo conocemos no es para ellas una solución sino más bien un problema, las autoras desconfían de las medidas que constituyan meros intentos de integrar a las mujeres en los procesos de crecimiento económico: la única solución viable para ellas es un cambio socioeconómico en gran escala. Y es aquí donde su planteo vuelve a confluir con el análisis de Fraser.

Desde la perspectiva de la praxis, estos argumentos indican que es preciso poner entre paréntesis el bagaje propio de definiciones y herramientas predeterminadas para abrirse más a las diferentes formas y culturas del feminismo. En lo que concierne a lidiar con las configuraciones neoliberales y globales del capitalismo organizado en redes flexibles, las respuestas también tienen que ser multidimensionales y transnacionales: hay que desarrollar una suerte de «feminismo fluido». Las plataformas inclusivas que admitan una amplia variedad de movimientos y actores sociales pueden favorecer el desarrollo de alianzas y relatos más potentes. La diversidad de los actores siempre debe ser evaluada como un punto fuerte y un factor positivo en la creación de estos grupos posidentitarios, en acatamiento a la noción de solidaridad por encima de las barreras étnicas, religiosas, de casta y de clase (precisamente las que refuerza el capitalismo).

Las respuestas también tienen que ser multidimensionales y transnacionales: hay que desarrollar una suerte de «feminismo fluido»

A modo de ilustración, vale la pena mencionar a los diferentes movimientos y militantes feministas de los países asiáticos abocados a generar incursiones comunes en el terreno político[16]. Este es un buen ejemplo, porque a pesar de las obvias diferencias entre los respectivos sistemas políticos y normas culturales dominantes, es posible identificar un amplio espectro de semejanzas: desde problemas estructurales y complicaciones sociales hasta cuestiones específicamente ligadas a las luchas feministas. Una característica que comparten las sociedades asiáticas es la existencia de cierta imbricación problemática entre la esfera pública y una esfera privada que se rige por normas

16. En octubre de 2015, FES Pakistán organizó un taller regional sobre feminismo político con expertas y activistas de Bangladesh, China, Alemania, la India, Indonesia, Tailandia y Pakistán. Cuando finalice con los estudios sobre actores, discursos y estrategias feministas locales, FES planea establecer un proyecto regional de feminismo político.

familiares patriarcales. Los sistemas gubernamentales vigentes oscilan entre el autoritarismo y la falta de capacidad institucional, pero tanto unos como los otros carecen de espacios democráticos para los movimientos de mujeres u otras formas del activismo feminista. La mayoría de los Estados benefactores provee insuficiente acceso universal a los servicios públicos, porque en última instancia todos se basan en el supuesto de los modelos familiares (conservadores) para planificar, financiar y proveer cierto grado de seguridad social. Otra coincidencia entre las sociedades asiáticas es la dificultad para mantener una voz progresista frente a los relatos arraigados y conservadores, a veces incluso misóginos y fascistas, impuestos por actores que temen perder influencia porque perciben el empoderamiento femenino como un «juego de suma cero». Esto también implica que las luchas por la «repolitización» del feminismo consisten esencialmente en (re)conquistar las esferas públicas, contrarrestar los relatos dominantes y proponer una visión que produzca más ganadores en general.

Otra coincidencia entre las sociedades asiáticas es la dificultad para mantener una voz progresista frente a los relatos arraigados y conservadores

Las ideas y las pensadoras feministas pueden resultar de gran utilidad para el desarrollo de propuestas y estrategias transformadoras en el marco de una cultura política dominada por cálculos tácticos y partidos tradicionales que en su gran mayoría se rigen por una lógica transaccional («cómo movilizar a los votantes para ganar las próximas elecciones»). Hasta una lucha local contra la violencia doméstica en un pueblito perdido de Pakistán puede pensarse en relación con la necesidad de producir un relato contrahegemónico global para impugnar la creencia de que «no hay alternativa». Alternativas siempre hay, a pesar de los arduos esfuerzos –e incluso posibles peligros– que aguardan a quienes emprenden la lucha por conquistarlas.

A modo de cierre

En las últimas décadas se ha observado una tendencia interesante –que muchos denominan «tercera ola del feminismo»– de militantes jóvenes que retoman ciertas reivindicaciones básicas de la segunda ola: la lucha contra el acoso sexual y la violencia de género, las libertades sexuales en general, la distribución y la organización social de los cuidados familiares o la crítica a normas persistentes sobre las relaciones de género. Las activistas de la tercera ola abordan los viejos temas con nuevas formas de praxis, desde el uso de

redes sociales hasta prácticas más o menos festivas de resignificación, como la *SlutWalk* o «Marcha de las Putas»[17]. Lo más interesante de estas nuevas formas de praxis es la determinación de establecer lazos con una amplia red de actores y grupos de acción que luchan por la justicia social. En esta renovada praxis feminista, los reclamos clásicos del movimiento (que en sí mismos podrían alejar a algunas jóvenes por los éxitos del feminismo o por la mala reputación que lo pinta como un rejunte de mujeres que se victimizan y odian a los hombres) se plantean en el marco de nuevas alianzas, que incluyen movimientos estudiantiles o activistas contra el consumismo y la precarización. Estas alianzas no implican necesariamente la búsqueda de otros grupos feministas –o siquiera de otros grupos de mujeres– para forjar o promover un movimiento feminista mundial, sino que responden a la intención de ponerse en contacto con el conjunto general de movimientos nacionales, regionales y mundiales centrados en diversos reclamos en el marco de la justicia social. De esta manera, las reivindicaciones feministas se dispersan (por expresarlo positivamente) o se descentran (por expresarlo negativamente). Hacer hincapié en el primer término, que implica aplaudir y fomentar la dispersión, o subrayar el segundo, problematizando el descentramiento, es una cuestión de preferencias y prioridades políticas. Lo que sí parece haber quedado en claro es que si el feminismo quiere atraer a las nuevas generaciones no debe quedarse atrincherado en sus prácticas anteriores, sino sumarse a la tercera ola.

Si a la luz de estas consideraciones optamos por tomar en serio lo que nos enseñan las teóricas feministas poscoloniales, interseccionales, socialistas y de la tercera ola, hay al menos cuatro cosas que debemos tener presentes.

En primer lugar, un feminismo político que lucha por mejorar el futuro del mundo no puede encerrarse en una estrategia única, sino que debe conceptualizarse como un movimiento amplio que articule las batallas contra las diferentes facetas que puede adquirir la injusticia de género: políticas, culturales y socioeconómicas. Esto requiere emprender un esfuerzo colectivo para comprender cuestiones ligadas a la interseccionalidad, que debería traducirse en la disposición a aceptar la diversidad de actores, intereses y objetivos.

---

17. Rebecca Walker: «Becoming the Third Wave» en *Ms.*, 1-2/1992, p. 39 y ss.; R. Walker (ed.): *To Be Real: Telling the Truth and Changing the Face of Feminism*, Anchor, Nueva York, 1995; Barbara Findlen (ed.): *Listen Up: Voices from the Next Feminist Generation*, Seal Press, Seattle, 1995; Leslie Heywood y Jennifer Drake (eds.): *Third Wave Agenda: Being Feminist, Doing Feminism*, University of Minnesota Press, Minneapolis-Londres, 1997; Laurie Penny: *Unspeakable Things: Sex, Lies, and Revolution*, Bloomsbury, Londres, 2014.

En segundo lugar, las coaliciones y los enlaces entre estos feminismos políticos y otros grupos que integran el colectivo de movimientos por la justicia social deben considerarse un avance. Este principio incluye esferas y ámbitos que eran ajenos a los clásicos movimientos de mujeres: por ejemplo, los sindicatos y algunos partidos progresistas del Sur global que suelen tener un perfil androcéntrico. Aún queda por ver cuál es la mejor manera de fomentar los enlaces. Esta cuestión reviste particular importancia cuando se trata de actores externos a los movimientos feministas, cuyas agendas hasta ahora han sido no solo ajenas al feminismo, sino además impugnables desde una perspectiva feminista. Un buen ejemplo son los sindicatos que priorizan las luchas en favor del salario familiar, ya que el salario familiar estabiliza la noción de familia tradicional sostenida por un proveedor masculino heterosexual. Mejores perspectivas se vislumbran para los enlaces con sindicatos que ponen de relieve las luchas por los empleos universales de medio tiempo, en aras de posibilitar una combinación mucho más eficaz del trabajo asalariado con los cuidados familiares, la militancia política u otras actividades para todas las personas.

En tercer lugar, el feminismo político debe trabajar en la formulación de alternativas al neoliberalismo y mantenerse alerta para evitar todo riesgo de entrar en el juego del razonamiento neoliberal o de servir a sus procesos de reestructuración. Además, en una era de redes que amoldan su cosmovisión a las circunstancias cambiantes, se necesita un «feminismo fluido», es decir, un feminismo que sea adaptable a los cambios de la sociedad sin renunciar a su propia esencia, e interpretable en diferentes normas culturales y contextos políticos, si es que no proviene ya de diversos contextos locales. El feminismo político también debe ser capaz de atraer un amplio apoyo popular y de cambiar las culturas políticas que subordinan la democracia a la lógica del capitalismo y los mercados desregulados, o bien que la ponen en peligro debido a otros factores de la dominación autocrática.

Por último, dado el espíritu netamente transnacional del nuevo sistema capitalista, el feminismo siempre debe buscar conexiones globales al determinar las causas de las injusticias pasadas y presentes en materia de género, así como las posibilidades de cuestionar –o bien combatir– esas causas y sus efectos. Una senda posible es la (re)politización del movimiento feminista transnacional y la creación de una visión de justicia que esté inserta en una nueva utopía práctica. Los riesgos no son menores, sin duda. Pero tampoco existe una alternativa mejor.

Feminismos descentrados

Paul B. Preciado leído desde América Latina

El filósofo Paul B. Preciado (antes Beatriz Preciado) contribuyó al campo de los nuevos feminismos con una mezcla de reflexión teórica, experimentación sobre su propio cuerpo –que incluye la «intoxicación voluntaria»– y activismo. Su objetivo es deconstruir las identidades de género y replantear las metas del feminismo. En América Latina ha ejercido una influencia no despreciable, tanto entre quienes se reconocen seguidoras y seguidores como entre quienes lo acusan de reproducir las relaciones asimétricas entre el Norte y el Sur.

Mabel Alicia Campagnoli

En el marco de la apreciación de los feminismos contemporáneos, nos proponemos reflexionar sobre algunas claves de la propuesta de Paul B. Preciado y la recepción que ha tenido en América Latina. Los feminismos resultan valiosos como movimientos políticos pues concientizan sobre los entramados del poder en los cuerpos y, de esa manera, permiten visibilizar las jerarquías que se producen socialmente en las relaciones entre sexos, así como en otras dimensiones de subordinación. Los apreciamos además en plural por la complejidad de su historia, que podríamos datar como continua desde el siglo XVIII, pero también por la multiplicidad de perspectivas desde la que visualizan las cuestiones señaladas. Así, actualmente no es posible considerar una única perspectiva desde la cual plantear la producción de jerarquías y exclusiones, ni una única dimensión que concentre la base de esas producciones.

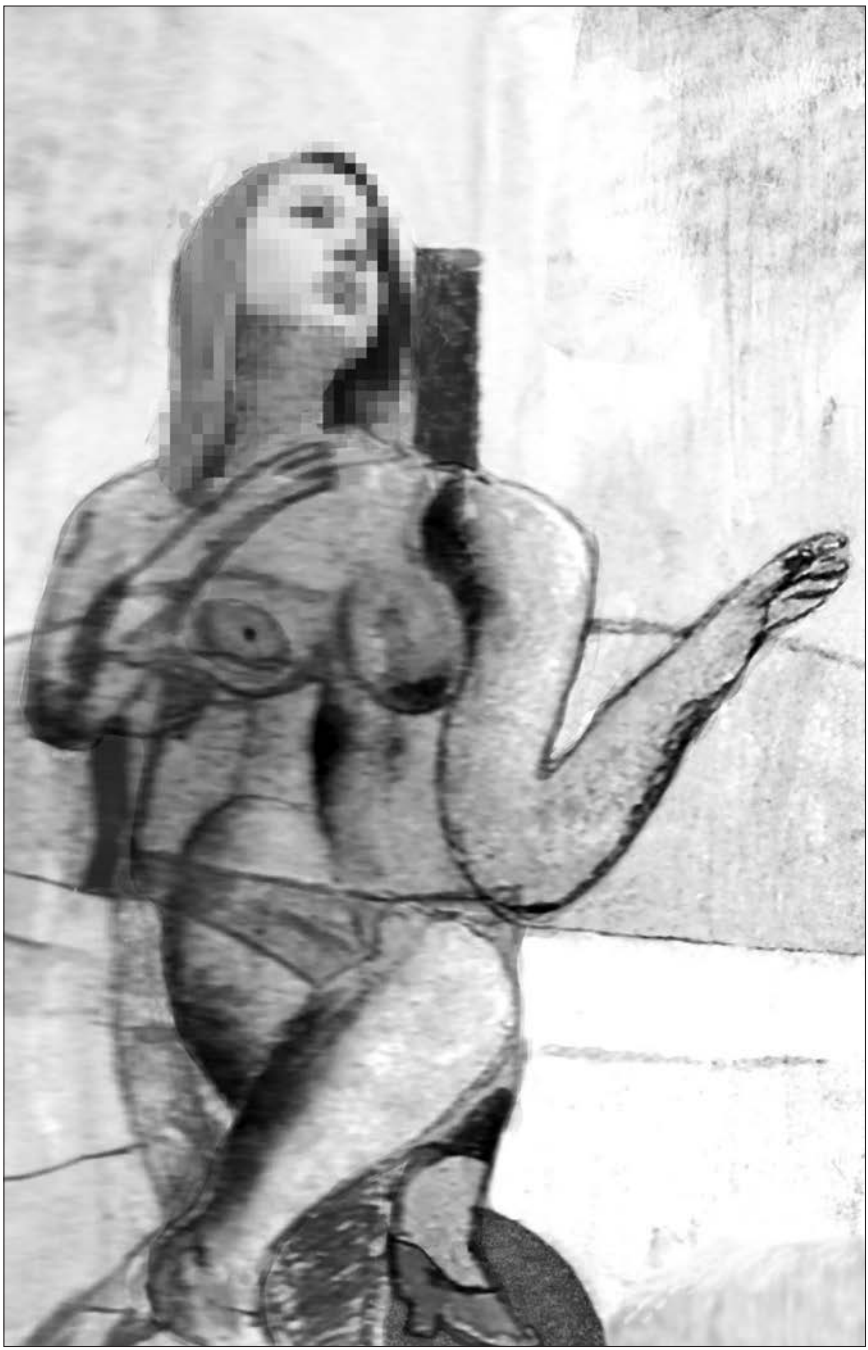
Mabel Alicia Campagnoli: es feminista, docente e investigadora. Es doctora en Filosofía por la Universidad Pablo de Olavide (UPO, Sevilla). Se desempeña como subdirectora del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CIMIG) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FAHCE), Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina.
Palabras claves: cuir, feminismo, género, régimen fármaco-porno-gráfico, queer, Paul B. Preciado.

Desde mediados del siglo xx, el impacto de los feminismos en las instituciones universitarias hace posible la sistematización de una producción teórica específica y de una reflexividad sobre las diferentes disciplinas. Actualmente, el desafío de esa conjunción entre activismo político y producción conceptual se inscribe en la llamada «tercera ola» de los feminismos; es decir, en una instancia histórica y política en la que los planteos feministas no pueden condensarse en la categoría «mujer», sino que, más bien, se dislocan conflictivamente en múltiples diferencias que se articulan contingente y provisoriamente según las coyunturas políticas. De este modo, el objetivo ya no es el de los grandes gestos revolucionarios, sino el de la producción de sitios específicos de resistencia.

Entre los posibles nombres para esta perspectiva, están los de «feminismo queer»[1] o «transfeminismo»[2], pero en versión latinoamericana la preferencia es por «feminismo cuir». El desafío que aborda es el de la articulación de múltiples y simultáneas subordinaciones: de clase, de género, de sexualidad, de raza, etc. Aquí es posible situar a Preciado, quien en el ámbito iberoamericano propició el giro de «queer» a «cuir» como un modo de hacer hincapié en el desplazamiento geopolítico hacia el Sur, en un contrapunto con el discurso angloamericano. El fonema «cuir» registra una inflexión geopolítica hacia el Sur desde las periferias y busca dar visibilidad a diferentes prácticas en disidencia con perspectivas hegemónicas y con la historiografía angloamericana que suele imponerse en Iberoamérica y Latinoamérica. Recorramos, en consecuencia, algunos elementos formativos que justifican esta ubicación del autor.

Paul B. Preciado es un filósofo nacido en 1970 en la ciudad de Burgos. En su documento de identidad figura el nombre de Beatriz, en correspondencia con el sexo femenino que se le asignó al nacer. Pero sus posicionamientos, a partir de prácticas militantes de las disidencias sexuales y genéricas, son especialmente cuestionadoras del binarismo que establece que un ser humano deba necesariamente «ser varón» o «ser mujer» de manera excluyente. También se pone en cuestión que «ser varón», por ejemplo, conlleve

1. «Queer» es un vocablo angloestadounidense que significa «raro» o «desviado» respecto de la «normalidad» sexual y genérica. Se utilizaba habitualmente como insulto, pero desde la década de 1990 las comunidades de disidencias sexuales y/o de género se apropiaron del término como categoría identitaria o como gesto político de resistencia a las clasificaciones estigmatizantes. En consecuencia, esa misma práctica de apropiación terminológica que resignifica el sentido pasará a llamarse «queer» o «queerización».
2. «Transfeminismo» conserva el sentido de feminismo «queer» pero es propuesto desde España como resistencia a la terminología anglosajona. Desde allí va a ser importado a Ecuador y a México por vías militantes.



© Nueva Sociedad / Juan Lima 2016

una coherencia unívoca entre un cuerpo con determinada anatomía «masculina», una expresión de género en consonancia con dicha «masculinidad» y una manifestación de deseo heterosexual. En consecuencia, Preciado ha puesto en juego sus cuestionamientos de diferentes maneras a lo largo de su producción teórico-política. Una de ellas es la asunción de una expresión de género masculina desde el año 2014, acompañada de la autonominación como Paul B. Preciado; es decir, da estabilidad, al menos temporalmente, a su *estar siendo* varón. Lo hace sin solicitar institucionalmente una reasignación de sexo ni un cambio de documento. Avancemos en una síntesis de su recorrido formativo.

Preciado se graduó en Filosofía en la Universidad Jesuítica de Comillas (Madrid), para luego trasladar sus militancias (feminista, lésbica y de variadas disidencias), los malestares de género y las inquietudes académicas a Estados Unidos mediante una beca Fullbright. Allí se especializó primero en Filosofía Contemporánea y Teoría de Género y posteriormente obtuvo el doctorado en Teoría de la Arquitectura.

Su estadía en EEUU transcurrió en la década de 1990; allí, además de desarrollar su formación de posgrado, participó de las movilizaciones queer de la época y de diferentes prácticas que impactaron en sus vivencias, entre otras la realización de talleres *drag king*[3]. En 1999 se radicó en París, luego de aceptar la propuesta de Jacques Derrida para dictar un seminario en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Allí contribuyó a la formación local de un ámbito queer y editó su primer libro, *Manifeste contre-sexuelle*, que se tradujo a varios idiomas, con lo que alcanzó muy amplia repercusión en diferentes contextos de disidencia[4].

La primera década del siglo XXI acompaña su producción filosófica expuesta en formato de libros, en la que brinda elementos teóricos para pensar la producción de subjetividades en una dimensión socioeconómica (en consonancia genealógica con las izquierdas), así como en una corporal (en consonancia genealógica con los feminismos). Estas teorizaciones se producen además en sintonía política con una apuesta colectiva por los feminismos y con un desafío personal de autoexperimentación que deja documentado en la escritura.

3. Se denomina *drag king* a la persona asignada mujer que practica una forma visible de masculinidad. Los talleres *drag king* exploran la identidad de género masculina jugando con sus manifestaciones corporales y poniendo en evidencia, entonces, su carácter de artificio.
4. B. Preciado: *Manifiesto contra-sexual*, Ópera Prima, Madrid, 2002.

Nuevas tecnologías de la corporalidad articulan activismo político con exploraciones artísticas

Desde 2011, su foco de exploración pasa por los modos de sexualidad a través de prácticas individuales y colectivas en el ámbito de museos: el espacio ya no es la calle ni tampoco los enclaves universitarios[5]. Más bien se trata de la gestión de nuevas tecnologías de la corporalidad que articulan activismo político con exploraciones artísticas. Si bien desde 2010 no ha editado más libros, su escritura ensayística se plasma periódicamente en una columna en el periódico *Libération*. La tarea de «performar» diferentes identidades genéricas forma parte de sus inquietudes militantes y teóricas, con el borramiento identitario como un desafío queer que atraviesa su escritura y sus experimentaciones.

Conceptos preciados

Resulta difícil sintetizar la conceptualización de Paul B. Preciado pues no ha sido expuesta sistemáticamente y además combina elementos muy heterogéneos. Su propuesta teórica surge de dos dimensiones: una política, basada en los feminismos y las izquierdas, y otra filosófica, en continuidad crítica con las posturas de Michel Foucault y de Judith Butler, principalmente. En cuanto a los feminismos, Preciado resulta un exponente de posturas contemporáneas deconstructivas que tienen en cuenta tanto las movilizaciones de los movimientos de mujeres como las protagonizadas por los colectivos sociosexuales de las disidencias y, en este sentido, se ubica en la «tercera ola» del feminismo. En el caso de las izquierdas, el antecedente son las caracterizaciones del capitalismo posfordista que toman en cuenta, como núcleos del análisis, el modo inmaterial del trabajo y la plusvalía basada en la producción de información.

La dimensión filosófica, por un lado, sigue la conceptualización foucaultiana del poder, que lo considera relacional, horizontal, microfísico, productivo y

5. Preciado comenzó a desarrollar este ámbito de acción y reflexión en 2003, en la organización de la muestra *Maratón posporno* del Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (Macba), pero desde 2011 la realización de talleres en el entorno de museos es una de sus actividades privilegiadas. Posteriormente, dirigió el programa *Somateca. Producción biopolítica, feminismos, prácticas queer y trans* en el área de Estudios Avanzados en Prácticas Críticas del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid. En el Macba se desempeñó con continuidad hasta marzo de 2015, cuando la curaduría de la muestra *La bestia y el soberano* le costó el puesto. En esa muestra –de la que Preciado era uno de los comisarios por el Macba– se incluyó la obra «Haute couture 04 Transport» (Alta costura 04 Transporte), de la austríaca Ines Doujak y el británico John Barker, donde se ve al rey Juan Carlos I sodomizado por la histórica líder obrera boliviana Domitila Barrios de Chungara, quien a su vez aparecía sodomizada por un perro, con varios cascos nazis como entorno.

«biopolítico»; es decir, que toma la vida como objeto. Una consecuencia de ello, explorada en particular por Preciado, es la desnaturalización del sexo. Por otro lado, Preciado toma en cuenta el modo en que Butler conceptualiza el género, basándose también en Foucault para mostrar que tanto el género como el sexo son culturales, pero a su vez el segundo es efecto del primero. De este modo, la sociabilidad que lleva a producir un género lo hace bajo el supuesto de que este reposa en una base sexual natural, pero tal consideración es una producción del mismo proceso social. Así, la producción de género se sostiene en todas las prácticas sociales, inclusive las discursivas, lo que conlleva que ser humano implique ser codificable según los cánones binarios y coherentes de ser varón o ser mujer. Esta manera de pensar el género, como constructo cultural que, de un modo u otro, se relaciona con el sexo, viene de las conceptualizaciones feministas anglosajonas de la década de 1970.

A partir de estos antecedentes, Preciado caracteriza modalidades contemporáneas de un micropoder que es *bío*, tiene un régimen propio («fármaco-porno-gráfico») y se visualiza en el dispositivo de género. Los modos en que Preciado desarrolla su caracterización permiten dar cuenta de articulaciones que posibilitan explicaciones globales; es decir, ayudan a comprender las características que vinculan las dimensiones económicas y subjetivas del poder contemporáneo sin conformar un modelo cerrado.

El régimen fármaco-porno-gráfico de poder orientaría las producciones del capitalismo contemporáneo hacia un estado de excitación permanente, fuertemente simbolizado por el pene erecto. De allí que su lógica siga la trama de las representaciones sexuales pornográficas *mainstream* (heterosexuales, producidas por varones y dirigidas a ellos); es decir, que tienen por protagonista principal al pene eyaculante. Así, el pornopoder se relaciona tanto con la metaforización de la liberación energética que implica eyacular como con la ubicuidad material de las representaciones porno y sus nuevas vehiculizaciones tecnológicas. Del mismo modo, el poder «farmacológico» alude a la circulación de flujos estimulantes, sean estos drogas (legales o ilegales), medicamentos, alimentos u hormonas (naturales o sintéticas), que alientan la excitación.

La hipótesis de Preciado es que, desde mediados del siglo xx, este régimen de poder, tan farmacológico como pornográfico, modeliza los modos de subjetivación y de corporalidad contemporáneos, a partir de la invención médico-psiquiátrica de la categoría de género por parte de John Money. El concepto

fue creado en el marco del abordaje médico de la intersexualidad. Se desarrolla entre las décadas de 1940 y de 1960, conjuntamente con las taxonomías que permiten diagnosticar y tratar no solo la intersexualidad, sino también la transexualidad, ambas patológicas desde la mirada médica.

Preciado considera que esa mirada resulta normativa no solo para los cuerpos en tratamiento sino también para la producción de todo cuerpo y de todo sujeto. Para caracterizar sus efectos, analiza la producción de género del orden médico-psiquiátrico y los supuestos con que los profesionales, en el contexto del surgimiento de esta mirada, leyeron los cuerpos a la hora de tomar decisiones (quirúrgicas, hormonales, de socialización o crianza, etc.). Así, encuentra que la prescripción de cirugías y de hormonaciones se realiza desde la consideración de que un pene es difícil de producir quirúrgicamente y de que la testosterona, en tanto hormona «masculina», no resulta adecuada en las mujeres. Dado que el pene es el órgano que representa, para esta perspectiva, la excitación sexual, este ocupa el centro de las significaciones[6], lo que contribuye a su vez al efecto de naturalidad; es decir, a la imposibilidad de su fabricación. Todos estos matices decantan en que, para el orden médico-psiquiátrico, lo masculino quedaría del lado de lo «natural», mientras que lo femenino resulta más fácil de ver como un artificio.

Lo masculino quedaría del lado de lo «natural», mientras que lo femenino resulta más fácil de ver como un artificio

Sin embargo, los efectos paradójicos de esta producción –que Preciado articularía con el nombre de «dispositivo de género»– hacen que los artificios se exhiban en función de producir la naturalidad o, dicho de otro modo, bajo la exigencia de «ser naturales». Como hito inaugural del dispositivo de género enmarcado en el régimen fármaco-porno-gráfico, Preciado reseña la producción de la primera píldora anticonceptiva para mujeres que, si bien resultaba eficaz como contraceptivo, eliminaba la menstruación. La industria farmacológica, junto con el orden médico, consideró que tal efecto era indeseable pues alteraba el «ser mujer», por lo que no comercializaron la píldora hasta que no pudieron obtener una que, además de generar la contracepción, produjera una menstruación. Ahora bien, estos «placebos», en tanto manipulación de artificios para que todo *parezca* natural, se generalizan a lo largo del régimen fármaco-pornográfico y están principalmente al servicio de producir el «sexo» y el «género».

6. Desde el paradigma médico, la excitación sigue la lógica de una sexualidad reproductiva basada en la penetración coital.

De esta manera, Preciado continúa las teorizaciones de Foucault, quien postuló el sexo como efecto del biopoder, y de Butler, quien basándose en esa consideración caracterizó el género como el proceso dinámico que produce la coherencia identitaria de una persona, al generar la ilusión de un núcleo fundante de carácter sexual (niña o niño en su origen). En consecuencia, la normatividad del género sería una producción fármaco-porno-gráfica del capitalismo contemporáneo y procede mediante in-corporaciones tecnológicas. Además, en su configuración teórica, Preciado cruza dos sentidos del término «género». Por un lado, el que mencionamos en la base del orden médico-psiquiátrico, cronológicamente primero; por el otro, el que conceptualizaron los feminismos a partir de la década de 1970, con el objetivo de desnaturalizar el «ser mujer», en cuya genealogía se inscribe Butler. De esta manera, Preciado les otorga corporeidad a los actuales análisis del capitalismo posfordista y permite visualizar modos contemporáneos en que el poder toma por objeto la vida.

Igualmente, su interés está puesto no solo en comprender las producciones contemporáneas de la microfísica del poder, sino también en desmontar sus efectos, en detectar acciones militantes que funcionen como *acontecimientos* al introducir una cuña que interrumpe la institución de los sentidos. Con esta inquietud se relaciona la autoexperimentación corporal del propio Preciado durante el periodo en que se administró testosterona por fuera de todo protocolo médico y jurídico para testimoniar su devenir corporal, sin encauzarlo en un proceso de reasignación de sexo. La documentación de sus vivencias forma parte de su segundo libro, *Testo yonqui*, publicado en español en 2008[7]. De igual manera, la participación en prácticas *drag king* apunta a desnaturalizar la masculinidad, así como su propuesta de resexualizar el ano invita a erogenizar los cuerpos de otras maneras. En este sentido, la conjunción de militancias feministas y disidencia sexual se manifiesta en la provocación de desobediencias a la normatividad sexual y genérica, así como en la disputa de sentidos a las instituciones médica y jurídica, principalmente.

Con esta inquietud se relaciona la autoexperimentación corporal del propio Preciado durante el periodo en que se administró testosterona

Apreciaciones latinoamericanas

Dado el perfil del autor, que es imposible encasillar como «académico» o como «activista» de modo excluyente, las condiciones de recepción de sus textos se

7. B. Preciado: *Testo yonqui*, Espasa Calpe, Madrid, 2008.

juegan también, principalmente, en el ámbito de una «praxis» en la que se imbrican academia y militancia, producción teórica y posicionamiento personal vivencial. De todos modos, el panorama de la recepción de Preciado está principalmente habitado por lecturas desde el activismo y, en menor medida, por lecturas académicas en sentido tradicional[8]. En el orden de las valoraciones, el poeta y doctor en Filosofía Camilo Retana Alvarado[9] ha destacado la revitalización de la perspectiva foucaultiana que realiza Preciado al leerlo a través de la profanación; es decir, al utilizarlo como caja conceptual de herramientas que le permite relevar nuevas tecnologías de la corporalidad. También desde la filosofía, Anabella Di Pego[10] valora la perspectiva comprensiva de Preciado, que permitiría construir un megarrelato al ubicar la producción de las tecnologías corporales en la macroeconomía del capitalismo posfordista y hacerlo de un modo relativizado, con la ventaja de eludir los mandatos progresistas de la modernidad y con la desventaja, por ese motivo, de no resultar un análisis propositivo.

La misma cuestión es destacada por la historiadora Juliana López Pascual[11], aunque en su trabajo cuestiona la manera en que Preciado impone una visión centralista que universalizaría implícitamente como válida para toda geopolítica; de este modo, borra su propia pretensión de ejercer una reflexión situada. Por su parte, la filósofa María Giannoni[12] valora la autoexperimentación de Preciado como un ejercicio crítico que constituye un acto de resistencia en sentido foucaultiano, al intentar un borramiento, un gesto de no asumir posición o, en todo caso, de asumir un no-posicionamiento identitario.

Asimismo, el filósofo y activista gay Eduardo Mattio ve en la micropolítica contrasexual de Preciado «la radicalidad ontológica, ética y política del culo para una teoría y una praxis de la diversidad sexo-genérica»[13]. Rescata

8. En esta distinción, el activismo no excluye la pertenencia académica, mientras que el sentido «tradicional» de academia sí excluye un compromiso activista militante.
9. C. Retana Alvarado: «Olvidar a Baudrillard: Sawicki, Butler y Preciado como lectoras de Foucault» en *Revista Clepsydra* Nº 11, 11/2012.
10. A. Di Pego: «Tecnologías de género, subjetivación y resistencia», ponencia presentada en las x Jornadas Internacionales Género, Subjetividad y Política, Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.
11. J. López Pascual: «Entre el planteo filosófico y la praxis política: la obra de Beatriz Preciado y las micropolíticas de género» en *Revista de Claseshistoria*, 15 de abril de 2012, <www.claseshistoria.com/revista/2012/articulos/lopez-beatrizpreciado.html>.
12. M. Giannoni: «*Testo yonqui* y la potencia del cuerpo. Una lectura política del experimento T.», ponencia presentada en el I Congreso Latinoamericano de Historia de las Mujeres, Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), San Juan, 2012.
13. E. Mattio: «Pensar con el culo», ponencia presentada en el XVI Congreso Nacional de Filosofía, Asociación Filosófica Argentina (AFRA), Buenos Aires, 2013.

así la invitación a resexualizar el ano como una práctica que permitiría desandar las normativizaciones del dispositivo de género. Otro elemento que Preciado acciona como desestabilizador es el de las prácticas *drag king* que incorporó en EEUU y luego llevó a París y a Santiago de Chile. Allí, Cristián Cabello, especialista en comunicación política, reconoce la influencia de Preciado, pero le cuestiona que el modo de impartir sus talleres incurre en el binarismo del que pretende alejarse, pues propone prácticas basadas en la imitación que dejan como única alternativa la identificación con lo otro.

Otro elemento que Preciado acciona como desestabilizador es el de las prácticas *drag king*

Una recepción de particular interés es la de la colectiva feminista Ají de Pollo[14], que en 2009 editó de modo independiente el volumen *Biopolítica*, donde incluyó la traducción al castellano rioplatense del artículo «Biopolitique du genre» de Preciado, seguida de lecturas analíticas por parte de diferentes militantes de Latinoamérica: Fugitivas del desierto, colectiva de lesbianas feministas de la ciudad de Neuquén; Felipe Rivas San Martín, activista marica[15] y artista visual de Santiago de Chile; Amalia Fisher, feminista e investigadora en ciencias políticas y sociales, oriunda de México y radicada en Brasil; Mauro Cabral, militante intersexual e investigador en historia y filosofía de la ciudad argentina de Córdoba.

En «Biopolítica del género», Preciado interpreta el relato de una paciente que en 1959, en EEUU, consiguió acceder a una cirugía de reasignación sexual gracias a un diagnóstico de intersexualidad. En entrevistas posteriores, surge que Agnès –como llama a la paciente– manipuló su discurso ante los médicos para «hacerse pasar» por intersexual y así obtener la cirugía evitando los protocolos que condicionaban el acceso en los casos de personas transexuales. Preciado lee en el gesto de Agnès una actitud de resistencia precursora de las militancias queer. Las recepciones de su artículo, asimismo, pivotan sobre esta interpretación. Si bien todas las lecturas mencionadas rescatan el ejercicio de desnaturalización que propicia Preciado, algunas son especialmente críticas de la utilización que el autor realiza de la paciente.

14. El equipo editor, Ají de Pollo, estuvo integrado por Mónica D'Uva, Josefina Fernández y Paula Viturro, feministas e investigadoras de las áreas de filosofía, antropología y derecho, respectivamente.
15. Como «marica» se adjetiva el propio artista, cuestión que se comprende desde las perspectivas queer que oponen a la normalización una reapropiación de las identidades abyectas.

Así, el grupo Fugitivas del Desierto[16] toma la lectura de Preciado como ejemplo de una desnaturalización inspiradora para sus intereses políticos específicos, como la politización del lesbianismo. A pesar de estos matices positivos, las críticas giran en torno de la colectivización en tanto proceso colectivo de apropiación de un gesto personal. Amalia Fisher[17], si bien comparte la perspectiva teórica de Preciado, busca leer el relato de Agnès de un modo más complejo, al introducir matices contradictorios que impiden reducirlo a un caso que ejemplarice la disidencia.

Este gesto será acentuado en las lecturas de Felipe Rivas San Martín y Mauro Cabral, que ven problemático el lugar de las perspectivas de identidades trans o intersex, pues a través del ejemplo analizado por Preciado estas quedan capturadas por una palabra autorizada académicamente, que habla sobre y por ellas y así opaca las propias voces emergentes de esas identidades. A esto Rivas San Martín agrega el señalamiento de que Preciado no explora formas actuales del poder farmacológico y pornográfico, como los portales *amateurs* o las nuevas tecnologías virtuales, en cuanto plataformas de acción para las disidencias y, en todo caso, solo proyecta su justificación política en el caso Agnès[18]. Por su parte, Cabral se detiene en marcar la objetivación de identidades que aparecerían entonces como las portadoras de la disidencia y propone la cautela de tomar el relato desde una interrogación tanto ética como política: «¿Quién *colectiviza* la historia de quién, mediante qué condiciones de posibilidad, bajo qué supuestos, con qué consecuencias?»[19]. Del mismo modo, señala que la manera en que Preciado construye el relato reproduce la dominación geopolítica del Norte hacia el Sur, siendo el Norte el que genera categorías en las que «atrapa» la situación del Sur; en otras palabras, la apuesta de Preciado sería doblemente colonizadora: sobre las identidades disidentes y, al mismo tiempo, sobre las situaciones latinoamericanas.

Por fuera de este libro, Alejandro Modarelli[20], militante gay, escritor y periodista argentino, rescata la lectura que Preciado realiza del caso Agnès,

16. Fugitivas del Desierto: «Prácticas ficcionales para una política bastarda. La tecno-lesbiana» en *Biopolítica*, Ají de Pollo, Buenos Aires, 2009.
17. A. Fisher: «De dudas, diálogo y preguntas sobre Agnès biodrag y una insurrección de saberes» en *Biopolítica*, cit.
18. F. Rivas San Martín: «Biopolítica, tecnología en red y subversión» en *Biopolítica*, cit.
19. M. Cabral: «Salvar las distancias. Apuntes acerca de 'Biopolítica del género'» en *Biopolítica*, cit.
20. A. Modarelli: «El gozo de los raros eventos, la potencia del lenguaje. 'Diagnóstico' de intersexualidad en la cultura» en Jorge Raíces Montero (ed.): *Un cuerpo, mil sexos: intersexualidades*, Topía, Buenos Aires, 2010.

pues coincide en que Agnès logra autonomía activista gracias a la mediación histórica de los medios masivos de comunicación y de los movimientos de derechos civiles. De este modo, muestra que las biotecnologías no solo están al servicio de la opresión, sino que pueden ser reapropiadas por esos «otros» que produce, en un arte de autogestión.

Pero es la línea colonizadora de la teorización la dimensión de mayor coincidencia en la crítica latinoamericana. A ella se suma la lectura de Diego Falconí Trávez[21], activista homosexual, abogado y doctor en literatura comparada, quien desde Ecuador devela el colonialismo que percibe en Preciado. El autor considera que, particularmente en *Testo yonqui*, al enunciar que es consciente de su situación de privilegio, Preciado contribuye a invisibilizar las complejas subordinaciones de las personas migrantes; es decir, que Preciado pudo someterse a la autoadministración de testosterona y experimentar la inestabilidad identitaria porque es europeo y porque la ilegalidad de su identidad de género no se mixtura con otras ilegalidades que hagan de su subordinación una situación de marginalidad.

En el mismo sentido va la lectura de la activista cuir y filósofa biopolítica Sayak Valencia Triana, que se reconoce discípula de Preciado, a quien incluye en las dedicatorias de su libro *Capitalismo gore*[22]. Valencia se propone dar cuenta de una perspectiva económica global que permita explicar las sociedades contemporáneas, pero sin eludir los circuitos de clandestinidad indispensables para una comprensión realista que no relegue cuestiones conflictivas, como los tráficos de armas, de drogas y de personas. Para ello, la autora mexicana se inspira en la conceptualización del régimen fármaco-porno-gráfico para explicar la violencia contemporánea, pero a la vez cuestiona que Preciado omita estas dimensiones en su análisis. Para Valencia, el posfordismo es capitalismo *gore* debido al ejercicio sistemático y repetido de la violencia más explícita para producir capital. Por lo tanto, resulta chocante el énfasis de Preciado en la excitación pensada solo como dimensión del placer, especialmente cuando se escribe desde el estado de Tijuana, donde se concentran empresas multinacionales

Para Valencia, el posfordismo es capitalismo *gore* debido al ejercicio sistemático y repetido de la violencia

21. D. Falconí Trávez: «La leyenda negra marica: una crítica comparatista desde el *Sur* a la teoría queer hispana» en D. Falconí Trávez, Santiago Castellanos y María Amelia Viteri (eds.): *Resentir lo queer en América Latina: diálogos desde/con el Sur*, Egales, Madrid, 2014.
22. Sayak Valencia: *Capitalismo gore*, Melusina, Barcelona, 2010.

que aprovechan la cuantiosa mano de obra barata disponible por ser zona de frontera, área en la que los índices de muertes por armas de fuego a manos de traficantes son altísimos.

También valeria flores[23], maestra lesbofeminista cuir, lee a Preciado desde una perspectiva geopolítica que interroga el eje Norte/Sur. Sus lecturas constituyen una apropiación de los conceptos contextualizados en la geopolítica del Sur y sus militancias vernáculas. En lugar de reprocharle a Preciado su falta de perspectiva hacia la otredad «sudaca», la incorpora fagocitando sus conceptos. Con este procedimiento cuir interviene las prácticas educativas, innova en modalidades de escritura a través de talleres y analiza algunas prácticas alternativas de acceso al aborto en el marco de la clandestinidad.

En 2013, la colección argentina «Incidencias» editó una compilación de textos de Preciado marcada por un tono militante. La edición constituye una singular recepción porteña bajo el título *Terror anal y manifiestos recientes*[24]. La compilación fue presentada por el artista, activista de la disidencia sexual y teórico Fernando Davis, quien señaló que al desmarcarse críticamente tanto de las tradiciones de izquierdas como de las reivindicaciones identitarias trazadas por el feminismo y el movimiento homosexual, Preciado provoca un sismo en el pensamiento y la acción políticos. La presentación la completaron la escritora lesbofeminista María Moreno y la activista trans Cecilia Palmeiro. Ambas realizaron una intervención cuir de los textos proponiéndolos, por un lado, como una vía para buscar huellas «anales» en la literatura argentina; por otro, para contextualizar las militancias disidentes locales.

En junio de 2015, Preciado visitó Buenos Aires en el marco de la 1 Bienal de Performance de Argentina (BP-15). Acompañó el diálogo público de las activistas catalanas «Post-Op» en el Centro Cultural de España en Buenos Aires y después pronunció una conferencia en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (Malba), en el marco de una performance del artista Osías Yanov. Aceptó solo dos entrevistas, en los suplementos *Soy* (del diario *Página/12*) y la revista *Ñ* (de *Clarín*) y rehusó el diálogo con la academia. Sobre esta visita, las miradas fueron controversiales: fueron desde la satisfacción

23. Las minúsculas en este nombre constituyen una decisión política de autoasignación por parte de esta teórica y activista feminista cuir. Puede consultarse su producción en el blog <http://escritoshereticos.blogspot.com.ar/>.
24. La colección es de la editorial independiente La Isla de la Luna, que reunió un texto editado en 2009 por Melusina («Terror anal») y dos artículos periodísticos de 2013 publicados en el periódico francés *Libération* y traducidos para la ocasión.

de tener en el país al intelectual que admiran hasta el cuestionamiento que considera su actitud colonial, pues cual filósofo ilustrado, Preciado vendría a iluminar a una masa desinformada que lo secunda.

El peso de las críticas, entonces, se concentra en que, a pesar de haber declamado un compromiso con las geopolíticas del Sur, las acciones de Preciado resultarían operaciones colonizadoras que cosifican identidades apropiándose de su voz y que sitúan así estas identidades en la condición de «portadoras de disidencia», del mismo modo que subalternizan las perspectivas de contextos diferentes de los europeos o estadounidenses. Como sea, resulta innegable que sus pronunciamientos, escritos y acciones, lejos de provocar indiferencia, son un estímulo para los feminismos actuales.

REVISTA MEXICANA DE POLITICA EXTERIOR

Enero-Abril 2016 Ciudad de México Nº 106

LA ALIANZA DEL PACÍFICO. UN NUEVO PARADIGMA DE INTEGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Coordinador: Juan Pablo Prado Lallande

ARTÍCULOS: **Ildefonso Guajardo Villarreal**, La dimensión económica de la Alianza del Pacífico: una perspectiva mexicana. **Jorge Heine**, Sigla nueva en sopa de letras: raíces y ramificaciones de la Alianza del Pacífico. **Andelfo García**, La Alianza del Pacífico: plataforma de proyección global. **Andrés Rebolledo Smitmans**, El Acuerdo Marco y el Protocolo Adicional de la Alianza del Pacífico. Visión desde Chile. **Socorro Flores Liera**, La Alianza del Pacífico: una apuesta para la libre movilidad y la integración. **Eduardo Martinetti Macedo**, Perú y la evolución de la Alianza del Pacífico como proceso de integración económica regional. **Rodrigo Morales Castillo, Gerardo Maldonado y Jorge Schiavon**, Las bases sociales de la Alianza del Pacífico. **José Ángel Sotillo Lorenzo**, La Alianza del Pacífico vista desde España. **Michel Leví Coral y Giulliana Reggiardo**, La Alianza del Pacífico en el regionalismo sudamericano actual. **Juan Pablo Prado Lallande y Rafael Velázquez Flores**, La Alianza del Pacífico: comercio y cooperación al servicio de la integración. **Luis Ochoa Bilbao y Pedro Manuel Rodríguez Suárez**, Cronología de la Alianza del Pacífico. DIPLOMACIA PRESIDENCIAL Y LA ENTRADA DE MÉXICO EN LA ALALC.

Revista Mexicana de Política Exterior *es una publicación cuatrimestral del Instituto Matías Romero, Secretaría de Relaciones Exteriores. República de El Salvador Núms. 43 y 47, Col. Centro, Del. Cuauhtémoc. Ciudad de México, CP 06080. Tel.: (55) 36 86 50 00 Exts. 8268 y 8247, (55) 36 86 51 63 y (55) 36 86 51 48. Correo electrónico: <imrinfo@sre.gob.mx>. Página web: <www.sre.gob.mx/imr/>.*

La economía feminista en América Latina

La economía feminista en América Latina se inscribe en una perspectiva estructuralista del funcionamiento de las economías de la región y de la ubicación diferencial de mujeres y varones en ellas, y contribuye a expandir los análisis tradicionales. Las conceptualizaciones de la economía feminista han contribuido al avance de la agenda del cuidado y de las políticas sociales en la región, aunque han sido menos influyentes en la política macroeconómica. En el último tiempo, ha habido cruces con otras corrientes críticas en la construcción de una lectura feminista de la economía social y solidaria, del «altercapitalismo» y del ecofeminismo.

Valeria Esquivel

La economía feminista en América Latina es tributaria de conceptos desarrollados en países centrales, tanto en economía como en economía feminista. Sin embargo, la agenda de la economía feminista latinoamericana ha extendido y algunas veces ha cuestionado esos mismos conceptos para producir conocimiento *situado*, relevante para nuestras realidades y *transformador*, es decir, capaz de contribuir al cambio de los factores estructurales que sostienen las desigualdades de género, clase, etnia y generación[1]. En

Valeria Esquivel: coordinadora de investigación en Género y Desarrollo en el Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD, por sus siglas en inglés). Las opiniones vertidas en este artículo son a título personal y no reflejan necesariamente la opinión de UNRISD, de las Naciones Unidas o de sus organizaciones afiliadas.
Palabras claves: cuidados, economía feminista, economía neoclásica, feminismo, género, América Latina.
1. V. Esquivel: «Introducción» en V. Esquivel (ed.): *La economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*, GEM-LAC / ONU Mujeres, Santo Domingo, 2012.

los últimos años, las contribuciones en economía feminista en la región se han cruzado con otras corrientes críticas en la construcción de una lectura feminista de la economía social y solidaria, del «altercapitalismo» y del ecofeminismo.

El avance de la agenda del cuidado en la región les debe mucho a las conceptualizaciones de la economía feminista, entre ellas la llamada «economía del cuidado», y a la politización del concepto, que ha dado paso a la generación de alianzas políticas con otros movimientos sociales. Por el contrario, la influencia de la economía feminista en la agenda macroeconómica de la región ha sido mucho menor y se ha circunscripto a los presupuestos sensibles al género, aun cuando su inspiración heterodoxa en algunos países y las reformas fiscales asociadas hicieron posible el financiamiento de políticas sociales redistributivas.

El avance de la agenda neoliberal vuelve a cuestionar la economía feminista. Más allá de los análisis que muestren los impactos de género de esta nueva ola de crisis y ajuste estructural –cuyas herramientas analíticas se desarrollaron a finales de los años 80–, el desafío estará en proponer políticas macroeconómicas y de desarrollo concretas, que contribuyan a reducir las múltiples dimensiones de la desigualdad y a generar alianzas políticas para sostenerlas.

La economía feminista

La economía feminista[2] se encuentra en el cruce fértil y a la vez complejo entre feminismo y economía, con un objetivo bastante más radical que simplemente «diferenciar» la situación de mujeres y varones o proponer para ellas políticas que «corrijan» los impactos de género del funcionamiento económico. El feminismo como movimiento de mujeres y como una de las políticas de la «identidad» pretende desarmar las construcciones sociales de *género* que asocian a las mujeres únicamente con la sensibilidad, la intuición, la conexión con la naturaleza (y con los demás), el hogar y la sumisión, y a los varones, con el rigor lógico, la objetividad, el mercado, la esfera pública y el poder. Estas asociaciones no son inocentes: la construcción social de género es profundamente desigual e inequitativa y tiene, por tanto, consecuencias en la vida de las mujeres (y de los varones). Enfocado en eliminar las desigualdades

2. Parte de las conceptualizaciones que siguen se basan y actualizan en V. Esquivel: «Introducción» en V. Esquivel (ed.): *La economía feminista desde América Latina*, cit.

de género, el feminismo comparte con otros movimientos políticos un ideal *emancipador*: enfatiza la *libertad* y la agencia individual y colectiva (que las mujeres podamos ser y hacer en todos los órdenes, por fuera de relaciones de dominación). El feminismo académico como posición teórica (y ética) es una extensión de esta agenda política en la filosofía, en el análisis del discurso, en las ciencias sociales y también en la economía.

De la economía, la economía feminista hereda el prestigio y el objeto de estudio, así como las metodologías y la pretensión de objetividad[3]. Como el feminismo –que no es uno solo y ha cambiado a lo largo del tiempo–, la economía tampoco es una sola. La corriente principal u ortodoxa (el *mainstream*) –definida como el paradigma neoclásico en términos conceptuales y el paradigma neoliberal en términos de política económica– domina la academia, la producción de conocimiento, las publicaciones y el acceso a puestos y promociones en las universidades (a pesar de sus flagrantes errores y de las consecuencias funestas de su aplicación). La heterodoxia –el amplio conjunto de abordajes críticos, que abarca desde el estructuralismo latinoamericano hasta el poskeynesianismo y desde allí al marxismo– sigue siendo marginal en la academia de los países centrales, mientras que en la región presenciamos durante más de una década un resurgimiento heterodoxo al compás de las políticas macroeconómicas de varios países[4].

De la economía, la economía feminista hereda el prestigio y el objeto de estudio, así como las metodologías y la pretensión de objetividad

Las economistas feministas que se consideran a sí mismas ortodoxas entienden el análisis feminista como una corrección y expansión del análisis ortodoxo, que modifica ciertos supuestos restrictivos por otros más realistas. Hacen foco en los hogares, por ejemplo, y critican los análisis que incorporan la división sexual del trabajo como un «dato» y así la justifican (como es el caso de la Nueva Economía del Hogar, cuyo exponente principal es Gary Becker). Como resultado de esta crítica, proponen modelos que superan el modelo beckeriano del «patriarca benevolente», suponiendo, por ejemplo, que los cónyuges negocian e intercambian entre sí sobre la base de intereses dispares.

3. Drucilla Barker y Edith Kuiper: *Toward a Feminist Philosophy of Economics*, Routledge, Londres, 2003.
4. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal): *La hora de la igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir*, Cepal, Santiago de Chile, 2010.

Los análisis ortodoxos se ubican sobre todo en un nivel microeconómico, con aplicaciones en economía agraria (propiedad de la tierra), en economía laboral (segregación ocupacional y discriminación por género en el mercado de trabajo y en el sistema educativo) y en teoría impositiva (diseño de incentivos impositivos). Son, por supuesto, los análisis más reconocidos por el *mainstream* y los más influyentes, ya que fueron incorporados en el discurso de instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Las medidas de política que se desprenden de ellos (eliminar la discriminación legal, laboral o impositiva, por ejemplo) se justifican en términos de las ganancias de eficiencia que pueden generar. Para la economía, la eficiencia en la utilización de los recursos es siempre «buena» (la ineficiencia es una mala asignación de los recursos que trae aparejada pérdidas sociales de bienestar). En este tipo de razonamiento instrumental, la equidad de género sería «buena» para el crecimiento (también en sí mismo siempre «bueno»)[5].

El foco en la eficiencia tiende a poner en segundo plano consideraciones de equidad que podrían cuestionar el funcionamiento del sistema económico: la *injusticia* en la distribución de los recursos, los trabajos y los tiempos entre mujeres y varones y en otras dimensiones de la desigualdad, como clase, etnia y generación. Para la ortodoxia, es posible la equidad de género por fuera de un marco de equidad social, porque la primera se entiende como igualdad de oportunidades[6] y no como igualdad de derechos o igualdad sustantiva[7].

Para la ortodoxia, es posible la equidad de género por fuera de un marco de equidad social

La economía feminista contribuye a una crítica de la economía ortodoxa en varios aspectos: epistemológicos, cuestionando la existencia de un observador objetivo y carente de identidad (en tanto el feminismo *politiza* la identidad)[8]; metodológicos, cuestionando la primacía de las matemáticas y

5. Si el crecimiento es bueno o malo para las mujeres depende del *tipo* de crecimiento del que se trate. V. Esquivel: «Power and the Sustainable Development Goals: A Feminist Analysis» en *Gender & Development* vol. 24 Nº 1, 2016.
6. La «igualdad de oportunidades», a su vez, se interpreta de manera limitada como «igualdad de oportunidades para participar en el mercado». Günseli Berik, Yana van der Meulen Rodgers y Stephanie Seguino: «Feminist Economics of Inequality, Development, and Growth» en *Feminist Economics* vol. 15 Nº 3, 7/2009.
7. Para una definición de igualdad sustantiva, v. ONU Mujeres: *El progreso de las mujeres en el mundo 2015-2016. Transformar las economías para realizar los derechos*, ONU Mujeres, Nueva York, 2015.
8. Amaia Pérez Orozco: «Economía del género y economía feminista, ¿conciliación o ruptura?» en *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer* vol. 10 Nº 24, 2005.

de la lógica hipotético-deductiva en la práctica económica por sobre su contenido de realidad[9]. Pone en cuestión incluso el objeto de estudio, es decir, la definición misma de lo que entendemos por economía (en su versión tradicional, exclusivamente aquello que se intercambia en el mercado). Las primeras definiciones de economía feminista –presentes, por ejemplo, en los ensayos compilados en *Beyond Economic Man* editados por Marianne Ferber y Julie Nelson en 1993[10]– se dieron «en oposición» a la economía ortodoxa y a sus sesgos de género[11]. Luego les siguieron reflexiones epistemológicas y filosóficas sobre la práctica en economía feminista que intentaron demarcar este campo de conocimiento por lo que *es*[12].

Esto que la economía feminista *es* se abordó en primer término a partir de la identificación de sus *temáticas* propias, que contienen –aunque exceden– los «temas de mujeres»: la ya mencionada crítica a la economía del hogar beckeriana y el debate sobre los significados del trabajo no remunerado, los análisis sobre discriminación en el mercado de trabajo y la recuperación de una lectura de género sobre la historia del pensamiento económico y sobre las instituciones económicas fueron algunos de los temas más abordados[13].

Más adelante, y a la par del florecimiento de las temáticas sobre las que la economía feminista avanzaba, realizando aportes sustanciales en macroeconomía, comercio internacional, desarrollo y subdesarrollo y economía del cuidado[14], se profundizó la reflexión metodológica y epistemológica sobre la *práctica en economía feminista* que trasciende la mera dimensión temática. De esta reflexión surge el establecimiento de los contornos de la disciplina a

9. July Nelson: «Feminism and Economics» en *Journal of Economic Perspectives* vol. 9 Nº 2, primavera de 1995; D.K. Barker: «What is Feminist Economics?» en Jill Steans y Daniela Tepe-Belfrage (eds.): *Handbook on Gender in World Politics*, Edward Elgar, Cheltenham, 2016.
10. M.A. Ferber y J.A. Nelson (eds.): *Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics*, University of Chicago Press, Chicago, 1993.
11. En particular, la metáfora del *homo economicus*, que lejos de ser «universal» en realidad remite a un varón blanco, joven y sano (no es mujer, no es negro/a, latino/a o migrante, ni niño/a, ni anciano/a, ni sufre de ninguna enfermedad). Un individuo así es «racional», maximiza su utilidad (está solo), participa en el mercado, trabaja y genera ingresos monetarios, se endeuda, etc. La aplicación de esta «estilización» al análisis de la realidad económica no es neutral en términos de género (ni de clase, ni de etnia, ni de generación). Diana Strassman: «Not a Free Market: The Rhetoric of Disciplinary Authority in Economics» en M.A. Ferber y J.A. Nelson (eds.): *Beyond Economic Man*, cit.
12. M.A. Ferber y J.A. Nelson (eds.): *Feminist Economics Today: Beyond Economic Man*, University of Chicago Press, Chicago, 2003; D.K. Barker: ob. cit.
13. Gabrielle Meagher y J.A. Nelson: «Survey Article: Feminism in the Dismal Science» en *The Journal of Political Philosophy* vol. 12 Nº 1, 2004; Janice Peterson y Margaret Lewis (eds.): *The Elgar Companion to Feminist Economics*, Edward Elgar, Cheltenham, 1999.
14. Diane Elson: «Feminist Economics Challenges Mainstream Economics» en *IAFFE Newsletter* vol. 14 Nº 3, edición especial, 10/2004.

partir del reconocimiento de ciertos *puntos de partida* comunes, a los que Marilyn Power[15] llamó el abordaje de «provisión social»:

- la incorporación del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado al análisis económico como pieza fundamental de tal análisis;
- la identificación del bienestar como la vara mediante la cual medir el éxito del funcionamiento económico (por oposición a los indicadores de desempeño económico tradicionales, como el crecimiento del PIB);
- la incorporación del análisis de las relaciones de poder como parte ineludible del análisis económico, entendiendo que las instituciones, regulaciones y políticas nunca son neutrales en términos de género;
- la constatación de que los juicios éticos son válidos, inevitables e incluso deseables en el análisis económico; y
- la identificación de las múltiples dimensiones de desigualdad social –clase, etnia, generación– que interactúan con el género, reconociendo con ello que mujeres y varones no son grupos homogéneos y que las distintas dimensiones de la desigualdad se sobreimprimen y refuerzan entre sí (lo que en la literatura se llama también la interseccionalidad de la desigualdad de género).

No todos estos puntos de partida están presentes en la misma medida en las producciones en economía feminista, pero en la mayoría de ellas aparecen de manera explícita o implícita. En la bibliografía española, los dos primeros puntos de partida se resumen en la centralidad de la «sostenibilidad de la vida»[16].

Lo interesante de estos puntos de partida es que, tal vez a excepción del primero –la incorporación del trabajo doméstico y de cuidados como pieza fundamental del funcionamiento del sistema económico–, los demás están presentes también en la mayoría de los abordajes heterodoxos, lo que permite tender puentes con ellos. Por esto mismo, lo que diferencia la economía feminista de otros programas de investigación heterodoxos es el énfasis en las cuestiones de género –la preocupación por «las persistentes y ubicuas desigualdades entre varones y mujeres que surgen de sus roles sociales diferenciales, y de relaciones de poder desiguales»[17]– más que diferencias epistemológicas (concepciones sobre la práctica científica) u ontológicas (concepciones sobre la realidad).

15. M. Power: «Social Provisioning as a Starting Point for Feminist Economics» en *Feminist Economics* vol. 10 Nº 3, 2004.
16. Cristina Carrasco: «La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?» en *Mientras Tanto* Nº 82, otoño-invierno de 2001.
17. D. Barker y E. Kuiper: ob. cit., p. 2.

Estos puntos de partida constituyen una suerte de piso común de la producción en economía feminista. Más allá de ese piso, sin embargo, existen diferentes marcos analíticos de acuerdo con las escuelas de pensamiento económico en las que las autoras abrevan (keynesianas, institucionalistas, marxistas, etc.). Y diferentes agendas políticas, que las ubican más o menos cerca de posiciones radicales con respecto al capitalismo y a las vías de cambio social: mientras que la sostenibilidad de la vida se entiende como antagónica a la acumulación del capital, lo que «vuelve quimérico el intento de lograr la igualdad sin una transformación radical del sistema»[18], otras miradas «integradoras» articulan demandas de políticas públicas (productivas, macroeconómicas y distributivas), bajo la creencia de que el cambio estructural en pos de la igualdad es posible y que al Estado le cabe un rol decisivo en promoverlo[19].

Existen diferentes marcos analíticos de acuerdo con las escuelas de pensamiento económico en las que las autoras abrevan

La economía feminista desde América Latina

La desigualdad en los ingresos y la riqueza en cada país y la *heterogeneidad* entre países –en términos de estructura social, dinámica sectorial, especialización externa y funcionamiento macroeconómico– han caracterizado el desarrollo económico de la región[20].

América Latina se caracteriza, también, por los contrastes en la situación de las mujeres frente a la de los varones y en la de las mujeres entre sí. Profundos cambios demográficos –el aumento de la esperanza de vida, el descenso del número de hijos por mujer y los cambios en las dinámicas familiares– han acompañado los progresos evidentes de las mujeres de la región en términos de acceso a la educación, de participación en el mercado de trabajo y de participación política[21]. Estos progresos, sin embargo, no son completos, ya que la inserción de las mujeres en el mercado de trabajo sigue siendo más precaria que

18. A. Pérez Orozco: *Subversión feminista de la economía. Aporte para un debate sobre el conflicto capital-vida*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2014, p. 49.
19. Alicia Bárcena y Antonio Prado: *El imperativo de la igualdad. Por un desarrollo sostenible en América Latina y el Caribe*, Siglo xxi, Buenos Aires, 2016.
20. Lourdes Benería y Sara Gammage: «Introducción al semimonográfico sobre América Latina» en *Revista de Economía Crítica* Nº 18, 2014.
21. Cepal: *Informe regional sobre el examen y la evaluación de la Declaración y la Plataforma de Acción de Beijing y el documento final del vigesimotercer periodo extraordinario de sesiones de la Asamblea General (2000) en los países de América Latina y el Caribe*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2015.

la de los varones (con mayor incidencia de la informalidad y menor presencia en los sectores dinámicos), sus jornadas laborales totales son más extensas (debido a que al trabajo remunerado se suma el trabajo no remunerado) y sus ingresos, menores a igual cantidad de años de educación[22]. También, en los últimos años se ha detectado una profundización en los patrones de más largo plazo de feminización de la pobreza en la región (más mujeres pobres entre las mujeres que varones pobres entre los varones) y siguen existiendo formas persistentes de violencia contra las mujeres que coartan su autonomía física y el ejercicio de sus derechos, a pesar de que estos últimos están consagrados por las legislaciones nacionales y los acuerdos supranacionales[23].

Detrás de estas situaciones promedio se esconden, sin embargo, diferencias profundas *entre* las mujeres de la región. Las mujeres que tienen acceso a la educación y al empleo de calidad, a la adquisición de bienes y servicios modernos y al ejercicio pleno de su ciudadanía son aquellas de estratos medios y altos, y en algún caso las provenientes de sectores populares urbanos, en general de raza blanca. Mientras tanto, entre las mujeres de sectores rurales y urbanos de menor educación, afrodescendientes o indígenas sigue siendo elevada la incidencia de la falta de oportunidades de empleo (la inactividad o el desempleo) y de condiciones precarias de ocupación, de pobreza y de menor acceso a la protección social, aun en contextos de mejora generalizada de estos indicadores en la región[24].

En este marco, el *punto de partida* para *hacer economía feminista* en América Latina no puede ser otro que el reconocimiento de que las diferencias de género no existen en el vacío, y que mujeres y varones atraviesan (sufren, aprovechan, reproducen, superan) las desigualdades estructurales (clase, etnia) de manera desigual. En este sentido, no se puede hablar de «la mujer» en la región, no solo para tomar distancia de ciertos esencialismos teóricos, sino porque mujeres y varones se encuentran, a veces, muy igualmente ubicados en posiciones desventajosas, y otras veces ciertas mujeres se empoderan a costa de la situación de otras mujeres. Este punto de partida pone en duda agendas y discursos que atribuyen a las mujeres intereses únicos y compartidos, debido a que en las sociedades de la región existen muchas categorías de mujeres, cuyos intereses

22. Cepal, fao, onu Mujeres, pnud, oit: *Informe regional. Trabajo decente e igualdad de género. Políticas para mejorar el acceso y la calidad del empleo de las mujeres en América Latina y el Caribe*, Cepal / fao / onu Mujeres / pnud / oit, Santiago de Chile, 2013.
23. Cepal: *Informe regional sobre el examen y la evaluación de la Declaración y la Plataforma de Acción de Beijing y el documento final del vigesimotercer periodo extraordinario de sesiones de la Asamblea General (2000) en los países de América Latina y el Caribe*, cit.
24. Cepal, fao, onu Mujeres, pnud y oit: ob. cit.

pueden ser contradictorios. Tal vez el énfasis en este punto de partida sea la particularidad de la mirada de la economía feminista *desde* América Latina[25], en contraste con la producción en economía feminista en países centrales[26].

En las sociedades de la región existen muchas categorías de mujeres, cuyos intereses pueden ser contradictorios

Al problematizar la desigualdad económica desde la perspectiva de género, la economía feminista en América Latina se inscribe en una perspectiva estructuralista del funcionamiento de nuestras economías y de la ubicación diferencial de mujeres y varones en ellas y contribuye a expandir los análisis estructuralistas tradicionales[27]. Un número importante de autoras ha identificado los impactos de los distintos regímenes de acumulación y de sus crisis sobre las mujeres y sobre la desigualdad de género[28]. Sin embargo, los análisis en economía feminista tratan de ir más allá del análisis de las consecuencias del funcionamiento económico para ubicar las inequidades de género (y otras inequidades) no solo como consecuencias, sino también como estructurantes del modo de funcionamiento de nuestras economías[29].

La economía feminista en la agenda pública latinoamericana[30]

La economía del cuidado. Sin dudas, el aporte de la economía feminista que ha tenido mayor impacto en América Latina ha sido la incorporación

25. Alison Vásconez: «Reflexiones sobre economía feminista, enfoques de análisis y metodologías: aplicaciones relevantes para América Latina» en V. Esquivel: *La economía feminista desde América Latina*, cit.
26. No es que en los países centrales no exista producción de este tipo (los aportes en la literatura poscolonial son un ejemplo de ello), sino que no es el enfoque predominante. Ver D. Barker: «Beyond Women and Economics: Rereading 'Women's Work'» en *Signs* vol. 30 Nº 4, 2005.
27. A. Bárcena y A. Prado: ob. cit., p. 30.
28. Rosalba Todaro: «Chile Under a Gender Lens: From Import Substitution to Open Markets» y Alma Espino y Paola Azar: «Changes in Economic Policy Regimes in Uruguay from a Gender Perspective, 1930-2000» en G. Berik, Y. van der Meulen Rodgers y Ann Zammit (eds.): *Social Justice and Gender Equality: Rethinking Development Strategies and Macroeconomic Policies*, Routledge / UNRISD, Londres, 2008; A. Espino, V. Esquivel y Corina Rodríguez Enríquez: «Crisis, regímenes económicos e impactos de género en América Latina» en V. Esquivel (ed.): *La economía feminista desde América Latina*, cit.; Elissa Braunstein, Sarah Gammage y Stephanie Seguino: «Equidad de género en las oportunidades económicas en América Latina, 1990-2010» en *Revista de Economía Crítica* Nº 18, segundo semestre de 2014.
29. A. Vásconez: «Mujeres, hombres y las economías latinoamericanas: un análisis de dimensiones y políticas»; Soledad Salvador (con la colaboración de Gabriela Pedetti): «Género y comercio en América Latina» y A. Espino: «Perspectivas teóricas sobre género, trabajo y situación del mercado laboral latinoamericano» en V. Esquivel: *La economía feminista desde América Latina*, cit.
30. Los temas seleccionados se basan en el estudio de Ana Laura Rodríguez Gustá y Nancy Madera: *La agenda económica de las mujeres en América Latina y el Caribe. Actores, temas y estrategias*, PNUD, Panamá, 2015.

del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, o la economía del cuidado, en el análisis económico, lo que se ha reflejado en el relevamiento de información sobre el uso del tiempo, en los análisis y en el diseño de políticas sociales y de cuidado, y en la construcción de cuentas satélites de los hogares. De ello dan cuenta tanto las agendas supranacionales –los Consensos de Quito[31], Brasilia[32] y Santo Domingo[33], resultado de las x, xi y xii Conferencias Regionales sobre la Mujer de América Latina y el Caribe– como de los movimientos de mujeres[34].

La agenda del cuidado en la región ha buscado ir más allá de la visibilización y el reconocimiento de los aportes no remunerados de las mujeres a la economía –el vocabulario de la Plataforma para la Acción de Beijing– para proponer políticas concretas de redistribución del cuidado, no solo entre hombres y mujeres, sino entre los hogares y la sociedad[35]. Entre estas políticas se destacan el Sistema Nacional de Cuidados uruguayo, cuyo objetivo es implementar y coordinar las políticas de cuidado dirigidas a personas en situación de dependencia y niños y niñas pequeños[36], y la iniciativa de la Red Nacional de Cuido y Desarrollo Infantil costarricense[37]. En ambos casos, el encuadre de las políticas de cuidados en una perspectiva de derechos, incluyendo también a las cuidadoras y los cuidadores como población objetivo; la fortaleza del movimiento de mujeres y de otros movimientos sociales que sostuvieron la centralidad de las demandas por servicios de cuidado, y la incorporación de la agenda del cuidado en las plataformas políticas de los partidos gobernantes se destacan como elementos comunes que sostuvieron la expansión de las políticas de cuidado[38].

31. Cepal: «Consenso de Quito», x Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, Quito, 6 al 9 de agosto de 2007.
32. Cepal: «Consenso de Brasilia», xi Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, Brasilia, 13 a 16 de julio de 2010.
33. Cepal: «Consenso de Santo Domingo», xii Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, Santo Domingo, 15 a 18 de octubre de 2013.
34. A.L. Rodríguez Gustá y N. Madera: ob. cit., p. 38.
35. Es lo que se ha llamado el marco de las 3 «r». Ver V. Esquivel: «El cuidado: de concepto analítico a agenda política» en *Nueva Sociedad* Nº 256, 3-4/2015, disponible en <www.nuso.org>.
36. El Sistema Nacional de Cuidados se aprobó en noviembre de 2015 y comenzó a implementarse este año. Ver A. Espino y S. Salvador: «El Sistema Nacional de Cuidados en Uruguay: ¿una apuesta al bienestar, la igualdad y el desarrollo?» en *Revista de Economía Crítica* Nº 18, 2014; Rosario Aguirre y Fernanda Ferrari: *La construcción del sistema de cuidados en el Uruguay. En busca de consensos para una protección social más igualitaria*, Cepal, Santiago de Chile, 2014.
37. Juany Guzmán León: *Red Nacional de Cuido y Desarrollo Infantil en Costa Rica. El proceso de construcción 2010-2014*, Cepal, Santiago de Chile, 2014.
38. V. Esquivel y Andrea Kaufmann: *Innovations in Care: New Concepts, New Actors, New Policies*, unrisd / Friedrich-Ebert-Stiftung, Ginebra, 2016.

Además, la identificación conceptual de las trabajadoras y los trabajadores del cuidado como un grupo particular de trabajadores[39] y los estudios sobre las cadenas globales de cuidado[40] han contribuido también a que se inscriban en la agenda amplia del cuidado los reclamos históricos de las trabajadoras domésticas, muchas de ellas migrantes, y a que se impulse la ratificación del Convenio 189 de la OIT sobre trabajadoras y trabajadores domésticos (2011) y la adecuación de la normativa vigente[41].

La política fiscal. En el nivel macroeconómico, son las experiencias de «presupuestos con perspectiva de género» las que más han avanzado en influencia en las políticas fiscales en la región, en tanto permiten transparentar las prioridades de los gobiernos en materia de equidad de género y contribuyen al debate sobre la asignación de recursos a las políticas que la hagan posible[42]. Las experiencias de presupuestos de género latinoamericanas son variadas: algunas de ellas se han enfocado en la clasificación de las partidas presupuestarias para identificar aquellas que contribuyen a la equidad de género (Ecuador, Guatemala y Honduras); otras varias tienen como objetivo generar cambios en la política fiscal (Ciudad de México, El Salvador, Costa Rica y Paraguay) y en dos casos (Bolivia y Brasil), el énfasis estuvo puesto no solo en la equidad de género sino también en la participación ciudadana[43]. Por su parte, los análisis del gasto público están mucho más extendidos que los análisis de impacto de género de los impuestos, que existen solo de manera exhaustiva para México (2011)[44] y Argentina (2005)[45] y para Chile (2003),

En el nivel macroeconómico, son las experiencias de «presupuestos con perspectiva de género» las que más han avanzado

39. V. Esquivel: «Cuidado, economía y agendas públicas: una mirada conceptual sobre la 'organización social del cuidado' en América Latina» en V. Esquivel (ed.): *La economía feminista desde América Latina*, cit.
40. Irma Arriagada y R. Todaro: *Cadenas globales de cuidados. El papel de las migrantes peruanas en la provisión de cuidados en Chile*, ONU Mujeres / CEM, Santiago de Chile, 2011.
41. A.L. Rodríguez Gustá y N. Madera: ob. cit.
42. Incluyendo el financiamiento de los servicios de cuidado y el costo fiscal de las políticas de formalización del trabajo doméstico remunerado. Sobre este último punto, v. Larraitz Lexartza, María José Chaves y Ana Carcedo: *Políticas de formalización del trabajo doméstico remunerado en América Latina y el Caribe*, OIT, Oficina Regional para América Latina y el Caribe / Forlac, Lima, 2016.
43. Lucía Pérez Fragoso y C. Rodríguez Enríquez: «Western Hemisphere: A Survey of Gender Budgeting Efforts», Working Paper WP/16/153, FMI, Washington, DC, julio de 2016.
44. L.C. Pérez Fragoso y Francisco Cota González: «Gender Analysis of Taxation in Mexico» en Caren Grown e Imraan Valodia (eds.): *Taxation and Gender Equity: A Comparative Analysis of Direct and Indirect Taxes in Developing and Developed Countries*, Routledge, Nueva York, 2010.
45. C. Rodríguez Enríquez, Natalia Gherardi y Darío Rossignolo: «Gender Equality and Taxation in Argentina» en C. Grown e I. Valodia: ob. cit.

Ecuador (2008), Guatemala (2003) y Bolivia (2012) como complemento del análisis de los presupuestos de género[46].

El conocimiento técnico que requieren hace que en estas iniciativas se involucren economistas feministas basadas en ONG y en la academia, en alianza con legisladoras y funcionarios de la administración nacional o local, a veces con apoyo de ONU Mujeres, y que, por lo mismo, los presupuestos de género estén poco presentes en la agenda de los movimientos de mujeres[47]. Aun así, y a pesar del enorme esfuerzo invertido, la asignación de recursos directos para la igualdad de género no supera el 1% del presupuesto en la mayoría de los casos[48], y los análisis tienden a modificar la asignación de recursos pero no su generación. Este último punto es importante: los recursos fiscales, y en general el "espacio fiscal" con que cuenta un gobierno, no son un dato inamovible sino el resultado del régimen macroeconómico vigente y de las decisiones de política económica que impactan en los niveles de demanda y oferta agregadas, una dimensión que no debería quedar fuera del análisis de los presupuestos de género[49].

Críticas al desarrollo capitalista y formas de producción alternativas. La «sostenibilidad de la vida» como punto de partida de la economía feminista ha permitido tender puentes conceptuales con planteamientos y experiencias alternativos al modelo de desarrollo en la región, en particular con el Buen Vivir, el principio presente en las constituciones de Ecuador y Bolivia que «propone el logro colectivo de una vida en plenitud, en base a la cooperación, la complementariedad, la solidaridad, la reciprocidad y la justicia»[50]. También, con iniciativas de la economía social y solidaria, y con el ecofeminismo.

Alrededor de estos puentes conceptuales se articulan, entre otras, demandas en torno de la soberanía alimentaria y el acceso a recursos naturales (tierra y agua) y la resistencia al extractivismo, sostenidas por movimientos de mujeres indígenas y campesinas, de pequeñas productoras y de feminismo

46. Raquel Coello Cremades: «Presupuestos con perspectiva de género: una mirada desde la economía institucionalista y feminista», tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2015, p. 258.
47. A.L. Rodríguez Gustá y N. Madera: ob. cit.
48. R. Coello Cremades: ob. cit., p. 259.
49. Jenny Birchall y Marzia Fontana: *The Gender Dimensions of Expenditure and Revenue Policy and Systems*, IDS / BRIDGE, Brighton, 2015.
50. Magdalena León T.: «Economía solidaria y Buen Vivir. Nuevos enfoques para una nueva economía» en Yolanda Jubeto Ruiz et al.: *Sostenibilidad de la vida. Aportaciones desde la economía solidaria, feminista y ecológica*, Reas Euskadi, Bilbao, 2014. Para una crítica desde el Buen Vivir al modelo de desarrollo en Ecuador, v. Margarita Aguinaga Barragán: «La economía solidaria en Ecuador: entre la colonialidad del poder y el Buen Vivir» en *Révue D'Économie Solidaire* Nº 7, 10/2014.

popular[51]. Lo común en estas experiencias es una crítica al sistema capitalista, al avance de los mercados bajo el pretexto del crecimiento económico y a una explotación «predadora» de los recursos naturales. Y la movilización, en el marco de movimientos plurales, en respuesta a violaciones concretas a los derechos económicos y sociales de las comunidades.

Desafíos pendientes

Las crisis económicas son profundas disciplinadoras sociales: destruyen el empleo, perforan el piso de lo socialmente (in)aceptable en términos de pobreza y traen consigo redistribuciones regresivas del ingreso y la riqueza difíciles de revertir. Tempranamente, la economía feminista denunció que estos efectos no son neutrales en términos de género, que los impactos de las crisis no se reducen a la economía visible sino que también abarcan la economía del cuidado y que, en ausencia del Estado y cuando «el mercado» falla, son las mujeres quienes, con su trabajo y su tiempo, proveen las redes de contención «de última instancia»[52].

Los diagnósticos liberales de las crisis justifican el ajuste o las medidas de austeridad como único modo de crecer

Los diagnósticos liberales de las crisis que justifican el ajuste o las medidas de austeridad como único modo de crecer, y el crecimiento económico (no importa cuál ni a qué costo) como prerrequisito de las políticas de redistribución progresiva del ingreso, también han sido el eje de las críticas, tanto en la literatura académica como en la arena pública. En la Declaración de Barcelona de junio de 2012[53] se resumen bien los consensos actuales en la economía feminista:

Nosotras, economistas feministas reunidas en Barcelona en ocasión de la 21ª Conferencia Anual de la Asociación Internacional de Economía Feminista (IAFFE) (…) Rechazamos tanto las explicaciones dominantes actuales de la crisis global como las políticas propuestas para superarla.

51. A.L. Rodríguez Gustá y N. Madera: ob. cit.
52. V., entre muchas otras contribuciones, D. Elson: «Micro, meso y macro. Género y análisis económico en el contexto de la reforma política» en Thera van Osch (ed.): *Nuevos enfoques económicos. Contribuciones al debate sobre género y economía*, UNAH / POSCAE, San José de Costa Rica, 1996 y «Gender and the Global Economic Crisis in Developing Countries: A Framework for Analysis» en *Gender & Development* vol. 18 Nº 2, 2010; Antonella Picchio: «Condiciones de vida: perspectivas, análisis económico y políticas públicas» en *Revista de Economía Crítica* Nº 7, primer semestre de 2009; Rania Antonopoulos (ed.): *Gender Perspectives and Gender Impacts of the Global Economic Crisis*, Routledge, Nueva York, 2014.
53. La declaración completa, fechada en Barcelona el 28 de junio de 2012, puede leerse en <http://revistaeconomiacritica.org/manifiesto-economia-feminista>.

Rechazamos las estrategias económicas que siguen sesgando la distribución de los ingresos y la riqueza en favor del sector financiero y de los grandes capitales, a la vez que privan a las personas de los cuidados necesarios y los medios necesarios para llevar adelante una vida sostenible.
Rechazamos un sistema económico que explota el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado de las mujeres para sostener el funcionamiento del sistema económico, confiando en ellas para absorber los dramáticos costos de la crisis.
Creemos que la solución a la crisis actual requiere de acciones inmediatas para controlar los mercados financieros, restaurar y ampliar el gasto social con el fin de asegurar las condiciones de vida, establecer impuestos progresivos e implementar una política monetaria no deflacionista. Urge también que el cuidado del medio ambiente y el cuidado de las personas se convierta en una responsabilidad social y pública.
Creemos que la crisis actual es el resultado de conflictos estructurales en la producción, la distribución y la reproducción social. El desafío es abordar estos conflictos de manera profundamente transformadora, para que la economía no siga estando al servicio de quienes se apropian de los beneficios y de la renta financiera, sino puesta al servicio de una vida buena y sostenible para todas y todos.

La Declaración de Barcelona ejemplifica los esfuerzos realizados no solo para expandir los marcos analíticos en diálogo con diversas corrientes del pensamiento heterodoxo y de la economía ecológica, sino también para proponer alternativas políticas, institucionales y en los modos de producción, tanto a escala nacional como global[54]. Aunque redactada al calor de la crisis europea, la Declaración tiene profundas resonancias políticas en el contexto de América Latina, donde urge continuar sosteniendo y bregando por políticas fiscales y sociales distributivas, así como volver la atención a las políticas macroeconómicas y sectoriales que hagan sostenible –en términos sociales y ambientales o «de la vida»– el funcionamiento económico.

54. L. Benería, G. Berik y Maria S. Floro: *Gender, Development, and Globalization: Economics as if All People Mattered*, 2ª ed., Routledge, Nueva York, 2016, p. 239.

Cincuenta sombras de la cultura masiva

Desafíos para la crítica cultural feminista

La activación sexual de las mujeres a través de la cultura de masas, los vínculos placenteros que establecen con los productos de difusión masiva o su participación artística en los programas de entretenimiento y chimentos son fuertemente cuestionados en diferentes núcleos de activismo feminista y académico. Sin embargo, es posible construir otras miradas sobre estos fenómenos y asumir los desafíos que proyectan sobre los modos de construir conocimiento y teoría crítica, cuestionando el sentido común que a menudo habita los propios análisis académicos.

Carolina Justo von Lurzer / Carolina Spataro

Cuando en 2013 Justin Bieber visitó Buenos Aires, los medios de comunicación se sorprendieron –una vez más– por esas jóvenes y no tanto que se acercaban a la puerta del hotel en donde el cantante canadiense se hospedaba y por las filas que hacían esperando entrar en el estadio River Plate, donde daría su concierto. Las tildaron de «histéricas», «locas», «desenfrenadas» y otros adjetivos de ese tipo, similares a los que se escuchaban más de medio siglo antes sobre las fanáticas de Elvis Presley y de los Beatles, cuando aparecían llorando y gritando ante las cámaras por sus amados artistas, y sobre las seguidoras del popular cantante Sandro, un colectivo que

Carolina Justo von Lurzer: es doctora en Ciencias Sociales y magíster en Comunicación y Cultura por la Universidad de Buenos Aires (UBA) e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) de la UBA. Es docente en la carrera de Ciencias de la Comunicación de la misma universidad.
Carolina Spataro: es doctora en Ciencias Sociales y magíster en Comunicación y Cultura por la UBA. Es investigadora del Conicet con sede en el IIGG y docente en la carrera de Ciencias de la Comunicación de la misma universidad.
Palabras claves: cultura de masas, feminismo, mujeres, sexualidad, Argentina.

se autodenominó «las nenas» aun cuando la extensa trayectoria del ídolo las hizo pasar por diferentes etapas de sus ciclos vitales. Los medios, el sentido común extendido y ciertas posiciones académicas buscaron una y otra vez mostrar lo irracional o inadecuado de las mujeres cuando expresan públicamente sus emociones y formularon preguntas tales como: «Si Justin matara a una persona y vos [la *fan*] fueras la única testigo, ¿dirías la verdad en un juicio?». Mientras las interpretaciones extendidas en aquel momento iban por esos carriles, las *fans* grafiteaban las paredes de Buenos Aires con expresiones como estas: «Justin, con vos nos prostituimos gratis» o «Justin, colame los dedos». Ese gesto, actualización de la costumbre de «las nenas» de arrojar bombachas a los pies de Sandro, muestra una evidente escenificación del deseo femenino vehiculizado por el vínculo que las mujeres establecen con la cultura de masas, y en este caso, específicamente con la música.

En el abanico de estereotipos sobre las mujeres que nos propone la cultura masiva, la mujer objeto ocupa un lugar privilegiado. Este estereotipo es curiosamente abrazado por algunos sectores feministas que, en efecto, ven en las mujeres que están en las pantallas meros objetos de deseo puestos a la orden de los varones, pedazos de carne que se mueven contra un caño frío o una pelvis ajena y que se encuentran allí porque no habrán tenido opción o porque no advierten que «perrear» en vivo por un diez del jurado del certamen televisivo *Bailando por un sueño* es denigrante para ellas, para nosotras, para todas, ¿para quién? *Showmatch*, el programa de televisión abierta conducido por Marcelo Tinelli, que cuenta con alto rating y con presencia constante en la pantalla de la televisión argentina contemporánea, tiene en su elenco un enorme número de bailarinas, todas ellas consideradas por algunos sectores feministas como víctimas del patriarcado. Las bailarinas de *Showmatch* a las que entrevistamos en una investigación en curso resultaron ser bastante lúcidas: subrayaron la formación en danza y el profesionalismo como eje de su labor televisiva, la concepción de su desempeño artístico en televisión como un trabajo y la construcción de una relación laboral con la industria televisiva; la estrategia de «personificación» –«juego un personaje»– y el uso racional-instrumental (táctico) del capital erótico en el contexto del entretenimiento televisivo, la crítica, la negociación y el establecimiento de límites frente a algunas propuestas de la industria. Es decir, esas bailarinas desarrollan en la industria televisiva un erotismo profesional puesto en juego por cuerpos entrenados técnicamente.

La activación sexual de las mujeres a través de la cultura de masas o los vínculos placenteros que establecen con los productos de difusión masiva –que en muchos casos presentan altas dosis de sexismo y discriminación– o, incluso,

la elección de formar parte de esos espacios como trabajadoras o productoras[1] son fuertemente cuestionadas en diferentes núcleos de activismo feminista o académico, que entienden de modo uniforme y despectivo esas experiencias: las *fans* de las que hablamos en un primer momento y las mujeres televisadas son subestimadas e incluso estigmatizadas por sus gustos musicales y sus elecciones. Volveremos a ello más adelante.

En un contexto de creciente demanda de derechos de los movimientos de mujeres y de la diversidad sexual, que se materializó en la sanción de normativas de reconocimiento, protección y ampliación de derechos[2], el vínculo entre mujeres e industrias culturales se ha convertido en un eje central de debate en organismos públicos, programas de formación y espacios mediáticos especializados donde se formulan interrogantes que buscan establecer en qué medida las representaciones de las industrias culturales acompañan o limitan las transformaciones y, a su vez, de qué manera intervenir sobre esa audiencia a la que se considera incapaz de advertir el sexismo. El interés suele estar centrado en la denuncia del carácter sexista de diferentes productos televisivos, musicales o literarios, y esta tendencia se vio reforzada por el artículo 5 de la ley 26.485/2009, que señala la violencia mediática como una de las modalidades de ejercicio de la violencia de género. Esto fortaleció la concepción dominante de las industrias culturales como meras reproductoras de desigualdades de género y de estereotipos discriminatorios.

El interés suele estar centrado en la denuncia del carácter sexista de diferentes productos televisivos, musicales o literarios

Este artículo propone retomar estos debates para comprender la tradición en la que se inscriben y las tensiones que los atraviesan y que se actualizan en las discusiones contemporáneas. Para ello, haremos un breve recorrido por los interrogantes que han orientado los estudios en comunicación y género, especialmente los que indagaron el vínculo entre cultura de masas y mujeres desde sus inicios. Luego, plantearemos algunas de las controversias

1. Pablo Semán y Pablo Vila: «Cumbia villera: una narración de mujeres activadas» en P. Semán y P. Vila (comps.): *Cumbia. Nación, etnia y género en Latinoamérica*, Gorla / EPC (UNLP), Buenos Aires, 2011.
2. Tal es el caso, en Argentina, de las leyes de Salud Sexual y Procreación Responsable (Nº 25.673/2003), de Derechos de Padres e Hijos durante el Proceso de Nacimiento (25.929/2004), de Educación Sexual Integral (26.150/2006), de Prevención y Sanción de la Trata de Personas y Asistencia a sus Víctimas (26.364/2008), de Protección Integral para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres (26.485/2009), de la modificación a la Ley de Matrimonio Civil para permitir el matrimonio igualitario (26.618/2010) y de la Ley de Identidad de Género (26.743/2012).

que suscitan ciertos casos de estudio para, por último, reflexionar sobre los desafíos que enfrentamos quienes estudiamos los procesos de comunicación y las prácticas culturales en clave de géneros y sexualidades y los aportes y las potencialidades de estos estudios en la intervención crítica feminista.

Trayectorias

El vínculo entre las mujeres y la cultura de masas ha sido una preocupación de los estudios de comunicación y cultura desde hace décadas. Los estudios académicos desarrollados desde principios de 1970 se conocieron como «estudios sobre las imágenes de la mujer». Esos primeros abordajes se basaban en el análisis de los efectos que los mensajes mediáticos tenían en la socialización de las mujeres mediante nociones restrictivas de feminidad[3] y estuvieron fuertemente influidos por los estudios dominantes en la época, que se focalizaban en el análisis de contenido para comprender los efectos de los medios de comunicación sobre las audiencias. Esto permitió hacer un conjunto de afirmaciones sobre la cultura popular y masiva, entre ellas, que los medios representaban «mal» la realidad: las imágenes de las mujeres reproducidas en ellos eran estereotipos limitados y discriminatorios que había que reemplazar por imágenes más reales y positivas. Este reclamo por la inversión de los modos de representación y por la erradicación de las imágenes inadecuadas de las mujeres pasaría a formar parte del sentido común del activismo feminista sobre comunicación y género, así como de las declaraciones de principios de los organismos internacionales[4]. Veremos que este mismo tipo de demanda es el que se sostiene en la actualidad en Argentina.

Tres problemas centrales aparecen en estos enfoques[5]: en primer lugar, el modo en que se piensa la relación entre los medios y la sociedad, que implica considerar esos medios como una ventana al mundo cuyas imágenes son o deberían ser un reflejo de la realidad. Esto supone, además, que podríamos ponernos de acuerdo en cuál es el «modelo real de feminidad»; tal como sostiene Charlotte Brunsdon, «pedir imágenes más realistas es siempre un argumento a favor de la representación de 'tu' versión de la realidad»[6]. El segundo problema es el alcance metodológico del análisis de contenidos

3. Joanne Hollows: «Feminism, Cultural Studies, and Popular Culture» en J. Hollows: *Feminism, Femininity and Popular Culture*, Manchester University Press, Manchester, 2000.
4. Conferencias de la Mujer de la Organización de Naciones Unidas (ONU), Informe Unesco, 1979. V. entre otros, el capítulo J de la Plataforma de Acción de Beijing, 1995.
5. J. Hollows: ob. cit.
6. Ibíd., p. 18.

© Nueva Sociedad / Juan Lima 2016

pensado como un mero análisis del texto mediático. Esto suele acarrear la descontextualización de esos discursos; se los desvincula tanto del contexto de aparición como del contexto de consumo y apropiación. El tercer problema es que estos estudios afirman y confirman lo obvio[7]. El análisis de la frecuencia de aparición de mujeres en medios o de un determinado estereotipo de mujer habla de aquello que aparece, pero no dice nada sobre cómo aparece, no solo en un mismo producto sino en la diversidad de productos que conviven en la escena cultural y mediática. Por ejemplo, el rol de secretaria en un drama específico ¿es utilizado para confirmar el lugar de las mujeres en la oficina, para cuestionar la división sexual del trabajo y otras posiciones y normativas de género, o ambas cosas a la vez? La serie de televisión por cable *Mad Men* ofrece mucho para responder a esa pregunta; solo hay que estar dispuestas y dispuestos a interrogarla.

Los estereotipos sociales tienen potencia en la medida en que son verosímiles, es decir que nunca son por completo falsos y están ligados al mundo social de un modo realista. Las imágenes de mujeres que analizaban aquellos trabajos y las que analizamos hoy se ajustan entonces a una cierta verosimilitud social acerca del lugar de las mujeres en, por ejemplo, una sociedad capitalista basada en desigualdades de género, y se conforman así –hasta un cierto punto– con las efectivas posiciones de las mujeres en esas sociedades. Reclamar la erradicación de estos estereotipos implicaría separar los medios de comunicación de la sociedad de la que son parte y ofrecer una imagen distorsionada de las relaciones sociales existentes. En cambio, exigir la multiplicación de las imágenes posibles habilitaría la confrontación de posiciones y la diversidad de identificaciones. Un último reparo es que el énfasis en el cuestionamiento sobre «cómo son representadas las mujeres» posterga la preocupación por «cómo es representada la lucha de las mujeres».

¿Qué sería representar «bien» a las mujeres?, ¿podríamos ponernos de acuerdo? ■

Este tipo de abordajes nos enfrenta en definitiva al problema de la representación: ¿qué sería representar «bien» a las mujeres?, ¿podríamos ponernos de acuerdo?, ¿quién definiría y cuál sería el contorno de esa realidad de las mujeres?, ¿estaríamos seguras de no haber dejado a ninguna afuera?, ¿es eso acaso posible? El problema del sujeto de la representación –político y mediático– es un núcleo histórico de debate en los feminismos que ha dado lugar

7. Liliane Jaddou y Jon Williams: «A Theoretical Contribution to the Struggle against the Dominant Representations of Women» en *Media, Culture and Society* vol. 3 Nº 2, 1981.

a disputas internas y a desarrollos de perspectivas epistemológicas y políticas diversas (el feminismo negro, los feminismos poscoloniales y decoloniales, entre otros), que han cuestionado la posición dominante de algunas experiencias de clase, raza, edad y orientación sexual. También existen divergencias en cuanto a la decisión sobre los propios cuerpos y la relación establecida con la sexualidad como un mero espacio de dominación patriarcal o como un escenario de disputas por la agencia de las mujeres[8]. En definitiva, estos primeros estudios produjeron un cuerpo de conocimiento necesario acerca de las representaciones de las mujeres en los medios y reconocieron en la cultura de masas un espacio de socialización de género, pedagogía sexual y educación sentimental. Sin embargo, resultan insuficientes para comprender la experiencia de las mujeres, los vínculos que establecen con la cultura de masas en calidad de audiencias o el lugar que ocupan y las estrategias que despliegan cuando están en la pantalla o detrás de escena.

Esta vacancia comenzó a ser ocupada por investigaciones –los trabajos pioneros del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham– que pusieron en cuestión esos puntos de partida para sostener que los procesos de negociación en función de las posiciones de clase, género, raza y edad y la condición situada del consumo cultural no pueden soslayarse en la investigación. En las líneas que siguen, nos detendremos brevemente en dos de estos trabajos señeros para precisar sus aportes y rescatarlos del olvido en el que parecen haber sido sumidos por las miradas dominantes de hoy.

Cuando, por ejemplo, Janice Radway se dispuso a estudiar en los años 80 el modo en que las mujeres de una pequeña ciudad de Estados Unidos leían la literatura romántica (el equivalente a las obras de Corín Tellado en la literatura hispana), advirtió lo evidente: que en esos textos se reproducían modelos de feminidad y masculinidad basados en parámetros clásicos: los varones era fuertes, fríos y distantes; las mujeres, sensibles, dulces y comprensivas[9]. Estas últimas también eran heroínas cuando intentaban cambiar el corazón rudo del varón por uno tierno y afectuoso. Si la investigación terminara aquí, tendríamos un perfecto ejemplo de un trabajo académico que denuncia la reproducción de estereotipos sexistas. Pero Radway estaba interesada en el uso de esos textos y, sobre todo, en los sentidos que les otorgaban las mujeres que los leían con avidez. Un hallazgo puso en tensión sus puntos de partida: para

8. Lisa Duggan y Nan D. Hunter: *Sex Wars: Sexual Dissent and Political Culture*, Routledge, Nueva York, 1995.
9. J. Radway: «Conclusion» en *Reading the Romance: Women, Patriarchy, and Popular Literature*, University of North Carolina Press, Chapel Hill-Londres, 1991.

las lectoras de novela romántica con que ella trabajó –amas de casa urbanas de clase media–, la actividad lectora era concebida como una actividad de protesta, una declaración de independencia respecto de las demandas domésticas y de su entorno familiar: «este es mi tiempo, mi espacio, ahora déjenme en paz» era su lema. Al mismo tiempo, Radway advertía que este impulso era visto desde cierto feminismo como un modo de confinar a las mujeres al espacio de lo doméstico, como un placebo frente a sus disconformidades cotidianas. Y allí la investigación señaló algo que es central para las formulaciones de este artículo: que la pregunta sobre si la literatura romántica (podríamos poner allí cualquier otro objeto de las industrias culturales) desvía las posibilidades de transformación social o, por el contrario, motiva la protesta no tiene respuesta, porque no hay estudios que puedan corroborar esas afirmaciones. No los había en los años 80 ni los hay hoy; los estudios de audiencias son un área de vacancia en Argentina. No conocemos, entonces, cuáles son los efectos prácticos que la lectura repetitiva de novelas románticas tiene sobre la forma en que se comportan las mujeres después de haber cerrado sus libros y haber vuelto a sus actividades diarias, dirá Radway, como tampoco sabemos qué sucede en términos de reproducción de estereotipos y desigualdades de género cuando las mujeres argentinas terminan de ver el programa de Tinelli o de escuchar a Ricardo Arjona. Sin embargo, hay algo que el estudio de Radway sí pudo advertir: la lectura de la novela romántica habilitaba caminos de transformación personal para algunas mujeres, que mediante la actividad lectora podían imponerse de forma más efectiva a las demandas de su entorno, que las ubicaban una y otra vez como cuidadoras del hogar y la familia. Ellas podían defender sus elecciones ante otros y justificar su derecho al placer, demandas que el feminismo sostiene para cuestionar la división «generizada» del espacio público y privado y sus consecuencias en la vida de las mujeres. La advertencia que hace este estudio es, entonces, la de no subestimar las autopercepciones de las mujeres, ni sus propias concepciones de transformación y autonomía. Siempre es posible pretender mensurarlas en relación con una vara de autonomía completa, pero también es peligroso no advertir que una vara tal no existe, ya que no existe un afuera de la cultura.

La lectura de la novela romántica habilitaba caminos de transformación personal para algunas mujeres

Pero no es solo en la pregunta por las audiencias donde se hace evidente la necesidad de cuestionar lo aparente. Angela McRobbie señaló tempranamente que es fundamental mirar los objetos de la cultura de masas para detectar los

modos de la feminidad en cada contexto histórico, y es por eso que se pone a estudiar las representaciones que aparecen en las revistas para mujeres en la década de 1980[10]. En los estudios en comunicación en Argentina es muy usual la selección de este tipo de materiales para la realización de tesis, *papers* o artículos de opinión, y la mayoría de las conclusiones arrojan un mismo resultado: la homogeneización de las revistas femeninas como espacios de reproducción de estereotipos sexistas: mujeres en el espacio doméstico o mujeres objeto. Estos estudios tienen una lógica confirmatoria, encuentran lo que van a buscar y rara vez se dejan sorprender por los materiales y sus matices. Sin embargo, en el estudio señero de McRobbie se señala no solo que las tendencias van cambiando a lo largo de los años, sino que en la misma superficie textual pueden encontrarse sentidos que confirman y legitiman las normativas sociosexuales y de género y sentidos que las desafían, se desplazan de ellas, las exceden. Por ejemplo, si en las revistas de los años 60 y 70 encuentra una narrativa del amor romántico sin encuentros sexuales y el matrimonio como horizonte para todas las mujeres, en los 80 y 90 aparecen ciertos desplazamientos: la narrativa convencional del romance no es central, hay una gran cantidad de información sobre música, cine, celebridades de la TV, pero también sobre anticoncepción y VIH, y gradualmente comienza a aparecer la idea de que el sexo es algo que debe aprenderse, ya que se señala que la concepción de la experiencia sexual como un desarrollo natural entre dos que se aman es un mito. Es decir, lo que se hace evidente en estas investigaciones es que la cultura de masas no es estática y que un mismo texto puede reproducir parámetros sexistas y, simultáneamente, aflojar el control de la feminidad normativa para dar lugar a modos de la feminidad más plurales. La cultura de masas construye una y otra vez sus relatos alrededor de esas tensiones. No aplanarlas en el análisis es todo un desafío.

Controversias

Trayendo estas preguntas a objetos de nuestra cultura contemporánea, ¿podríamos decir que la revista *Para Ti* representa de igual manera a las mujeres argentinas durante sus casi 100 años de existencia o que la *Para Ti* de hoy es igual a la *Cosmopolitan*? ¿Podríamos afirmar que el conjunto de libros denominados «porno para mamás», cuyo pico de ventas se encuentra en *Cincuenta sombras de Grey* –pero no se agota allí– es solo la reproducción de la historia

10. A. McRobbie: «More!: nuevas sexualidades en las revistas para chicas y mujeres» en James Curran, David Morley y Valerie Walkerdine (comps.): *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*, Paidós, Buenos Aires, 1998.

de amor clásica entre el varón experimentado y la chica inocente? ¿Podríamos sostener que los programas de chismes solo vulneran el derecho a la intimidad de las personas y ofrecen guiones relativamente estables sobre relaciones de género y sexuales? ¿O que las bailarinas de los programas televisivos de *prime time* exponen sus cuerpos en la pantalla chica como objetos de contemplación y espectáculo? Sí, podemos hacer todas estas afirmaciones y seguramente no estaríamos equivocadas y, sobre todo, nos quedaríamos tranquilas por haber asumido el rol de denuncia que nos cabe como críticas culturales feministas. Pero si nos detenemos en ese punto, si llegamos hasta el umbral de la denuncia como frontera de la crítica, nos perderemos la riqueza y la complejidad que los productos y las prácticas de la cultura masiva nos ofrecen para comprender las relaciones sociales y las transformaciones culturales –por pequeñas y lentas que parezcan– de una época: en *Cincuenta sombras de Grey* es el sexo, y no el amor, lo que marca la diferencia, y la experiencia del orgasmo y los modos de lograrlo son lo que define las lógicas de los encuentros de los protagonistas de la historia. También hay prácticas sexuales no convencionales que han convertido este libro y otros del tipo en un *boom* editorial. Allí aparece un modo de explicitación en lo público –vía cultura de masas– de dimensiones de la sexualidad y el erotismo que pueden observarse también en otra serie de materiales: revistas como *Ohlalá* o *Cosmopolitan* tienen su sección de consejos sexuales e imprimen en sus portadas frases tales como «tips para convertirte en una mujer multiorgásmica»; también es posible leer consejos sobre cómo retomar la vida sexual después del puerperio en revistas maternales. Estos discursos ponen en escena una ampliación cualitativa y una toma de distancia de ciertas normas sociosexuales respecto de décadas pasadas, así como la configuración de feminidades complejas. ¿Que estas pueden ser también nuevas normativas sexuales, nuevos guiones sobre la sexualidad de las mujeres? Sin dudas, no hay «afuera de la cultura» y, va de suyo, no hay «afuera de la norma». Lo que sí es importante analizar es hacia dónde, cómo y empujados por quiénes se corren, flexibilizan y amplían los límites de lo posible, aun cuando vuelvan a estabilizarse temporariamente[11].

Ohlalá o _Cosmopolitan_ tienen su sección de consejos sexuales e imprimen en sus portadas frases tales como «tips para convertirte en una mujer multiorgásmica»

11. Gayle Rubin: «Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad» en Carole Vance (comp.): *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Revolución, Madrid, 1989.

Imaginar que los productos de la cultura masiva únicamente restringen las posibilidades del decir y los modos de ver a través de una reproducción punto a punto de las normativas de una época solo restringe la mirada analítica. También restringe la capacidad de tomar los espacios de la cultura masiva como espacios de incidencia y articulación política. En los años de debate en torno de algunas de las leyes recientes en Argentina –sobre matrimonio igualitario e identidad de género, por ejemplo–, los programas de chimentos y *magazines* televisivos fueron espacios claves para la puesta en agenda pública de esas demandas de derechos. Lo hicieron, además, en la palabra de celebridades locales que discutían y defendían en vivo las razones para la sanción de estas leyes y ponían en primera persona los avatares de la desigualdad de derechos. Es cierto, la experiencia de discriminación vivida por Florencia de la V[12] en virtud de su identidad de género está atravesada por su posición de clase, que la ubica en una situación ventajosa respecto de otras mujeres trans y travestis de sectores populares. Eso no torna menos política la aparición de una demanda de reconocimiento social y legal en un programa de difusión masiva.

Desde hace años podemos rastrear en los programas y las revistas de chimentos relatos sobre violencia de género ejercida contra mujeres del mundo del espectáculo. Formas victimizantes y espectacularizantes de tratamiento de esas situaciones siempre primaron en la televisión local. También la culpabilización de las mujeres y el silencio sobre los perpetradores. En el contexto de la primera manifestación #NiUnaMenos[13] y luego de la sanción de la Ley contra la Violencia de Género, estos relatos comenzaron a producirse en clave de derechos. ¿Esto eliminó las viejas retóricas? No. Simplemente las complejizó y las desplazó.

Cierto, dirán, pero programas como el de Marcelo Tinelli –quien además se sacó una foto con el cartel de #NiUnaMenos– siguen en pantalla y «fomentan la cultura de la violación y los femicidios». «Desde el crimen de Chiara, #NiUnaMenos circula por las redes sociales con ferocidad. Anoche Marcelo Tinelli tuiteó la consigna: tuvo más de 6.000 RT y 7.000 FAVS. Después el show continuó: cuerpos bellos, flacos, rubios, exitosos que representan el modelo de mujer ideal del siglo XXI», decía un artículo de *Cosecha Roja*. La cultura

12. Actriz y comediante trans. En 2010, luego de una acción de amparo presentada por el equipo jurídico de la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans, logró cambiar legalmente su nombre de nacimiento [N. del E.].
13. Movilizaciones contra la violencia machista y los femicidios organizadas por escritoras, artistas y periodistas. Su primera versión, en 2015, concentró a alrededor de 300.000 personas en el centro de la ciudad de Buenos Aires V. <http://niunamenos.com.ar/> [N. del E.].

masiva y la televisión en particular están conformadas por estos pliegues, estos solapamientos y contradicciones; la nota referida se titula «Cuando el femicidio mide 30 puntos de rating»[14], y en esta simple afirmación se expresa esa tensión constante: alude tanto a la cultura sexista reproducida por el programa como a que probablemente nunca antes mencionar el femicidio haya tenido tanta repercusión.

Tal como señaláramos, los estudios de comunicación y cultura en clave de géneros y sexualidades tienen una larga tradición; sin embargo, hoy en Argentina los análisis sobre el vínculo entre mujeres y cultura de masas están fuertemente marcados por los primeros estudios que, en términos generales, señalan que la cultura de masas es nociva para las personas en general y para las mujeres en particular. Hemos desarrollado ya las críticas a estos enfoques; queremos mencionar brevemente el modo en que esto se traduce en formas de intervención más o menos institucionalizadas. Diferentes denuncias en organismos públicos, artículos periodísticos e incluso informes de corte académico parten de ese presupuesto[15]. Las mujeres de las que hablamos en este artículo son consideradas «tontas culturales» porque no advierten la manipulación a la que son sometidas, o «víctimas» de las reglas de las industrias de la cultura de masas, con lo que se transforman en cómplices de su propia dominación. Algunas de las consecuencias de estas consideraciones pueden sintetizarse en subestimación o directo desconocimiento de las dimensiones lúdica, de goce, irónica o paródica en los vínculos establecidos por las audiencias con los medios de comunicación; impugnación de ciertas figuras femeninas que ponen en primer plano su erotismo; construcción de custodias morales de los medios de comunicación y consecuente demanda de estrategias punitivas (regulación/erradicación de contenidos); confusión entre hallazgos e hipótesis: los estudios confirman lo que van a buscar, es decir que algunos textos de las industrias culturales efectivamente reproducen el sexismo, lo que obtura la posibilidad de que sean también espacios de flexibilización de las normativas sociosexuales; exigencia de cuotas de mujeres en los medios de comunicación, lo que esencializa esa identidad

Las mujeres de las que hablamos en este artículo son consideradas «tontas culturales» o «víctimas» de las reglas de las industrias de la cultura de masas

14. «Cuando el femicidio mide 30 puntos de rating» en *Cosecha Roja*, 15/5/2015.
15. Sandra Chaher: «Violencia mediática: cómo erradicar los contenidos discriminatorios de los medios masivos de comunicación», 2010, mimeo.

de género –algo así como decir «todas las mujeres son feministas por el solo hecho de ser mujeres»– y deja de lado otras posiciones que también pugnan cotidianamente por su reconocimiento, como las identidades trans.

En el contexto de un estado deliberativo acerca de lo que conocimos en otra época como las entidades inmutables del sexo y el género[16], el movimiento #NiUnaMenos consolidó demandas que hace décadas llevaba adelante el movimiento de mujeres, las visibilizó de manera contundente y habilitó la participación de sectores más amplios de la sociedad. Una ampliación que siempre es bienvenida, en la medida en que rompe las barreras endogámicas, pone en la agenda pública los problemas de la desigualdad y violencia de género y potencia las demandas al Estado. Pero la transformación profunda de las relaciones sociales requiere también de una puesta en cuestión de los modos automáticos en los que analizamos las experiencias de quienes no encajan con nuestro ideal emancipatorio, siempre clasista y etnocéntrico.

Desafíos

La ponderación de ciertas perspectivas analíticas y políticas en el campo mencionado ha generado una zona de sombras que consideramos necesario iluminar. Nos detendremos en dos de ellas.

En primer lugar, la sombra que oscurece la perspectiva de los actores. Es necesario estudiar los modos en que las mujeres se vinculan con la cultura de masas. No hay forma de tener una comprensión acabada sobre cómo funcionan en la cultura el programa de Marcelo Tinelli, la música de reguetón y los libros de Florencia Bonelli[17] –por mencionar tres de los productos culturales que desvelan a las posiciones denuncialistas– si no es indagando a quienes los consumen y los producen; es necesario que los estudios de comunicación y género produzcan conocimiento sobre las audiencias y las rutinas profesionales. Esto no quiere decir, insistimos, adoptar una mirada ingenua sobre las normas sociosexuales y de género que allí se reproducen. No es ese el objetivo sino, por el contrario, preguntar y estudiar específicamente de qué modo se vinculan las mujeres con la cultura de masas, más allá y más acá de la reproducción o el cuestionamiento del orden vigente. Estas mujeres no están allí en una perpetua espera de ser salvadas por la agudeza crítica de

16. P. Semán: «El posporno no es para que te excites» en *Anfibia*, 7/2015.
17. Escritora argentina de novelas románticas, entre ellas trilogía *Caballo de fuego* (2012-2012) y *Los enamorados del lago Nahuel Huapi y otras leyendas de amor* (2010) [N. del E.].

la academia o la militancia. Pero sí están, tal vez, para mostrarnos los modos en que el género y la sexualidad se tramitan también a través de la cultura de masas.

En segundo lugar, las sombras que oscurecen los espacios de intervención vinculados a la formación. Con esto queremos decir que si bien la denuncia de los contenidos sexistas de las industrias culturales es un modo de intervención, este no es el único ni debe implicar la desestimación de otras intervenciones. El desarrollo de espacios de formación en comunicación, géneros y sexualidades desde una perspectiva de derechos en los distintos niveles educativos –que implica, por ejemplo, el sostenimiento y la ampliación de la educación sexual integral– es clave para transformar de manera gradual las concepciones de género y sexualidad que producen no solo los femicidios y las formas de violencia extrema, sino también un «micromachismo» que se expresa, por ejemplo, en la actitud del grupo de personas que al parecer decidió bajarse de un avión de American Airlines que iba de Miami a Buenos Aires en julio de este año porque estaba piloteado por mujeres[18]. Esa formación también debería contemplar a los sujetos en calidad de productores –esto es especialmente importante en el contexto actual de desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y de las redes sociales– y ofrecer herramientas para la construcción de mensajes propios. Asimismo, debería fomentar la capacitación de profesionales de medios, crear canales de diálogo con las instancias de producción y gestión de medios[19] y promover una equitativa distribución por géneros de los puestos profesionales y de decisión en medios de comunicación de gestión pública, privada o comunitaria.

En definitiva, lo que nos interesa señalar es que un ejercicio de crítica cultural feminista exige recuperar una mirada sobre la cultura que reponga su condición de terreno siempre en disputa. Es posible que esta nostalgia que parece orientar la discusión sobre comunicación, géneros y sexualidades desde paradigmas que no solo se remontan a los inicios de la investigación en la temática, sino que han sido profundamente discutidos en los últimos 40 años, haya permitido olvidar que la cultura popular y de masas es un espacio de lucha y que, en este sentido, no puede ser estudiada sino de modo

18. Stephanie Chernov: «Versiones cruzadas por la 'protesta' en un vuelo Miami-Buenos Aires porque las pilotos eran mujeres» en *La Nación*, 14/7/2016.
19. Algunas de estas acciones están siendo desarrolladas por la Defensoría del Público de Servicios de Comunicación Audiovisual y se encontraban en el espíritu de algunos planes de fomento a la producción desarrollados por el Ministerio de Planificación en articulación con universidades nacionales hasta 2015.

histórico, situado, contextual y en movimiento. Esto implica atender también a su complejidad ya que, tal como venimos señalando, los productos mediáticos pueden rigidizar ciertas normas sexo-genéricas y a la vez ponerlas en cuestión, todo en un mismo texto. Es necesario reponer la contradicción y tensión inherentes al funcionamiento de los medios y la cultura, lo que habilitará un resguardo analítico y político a las afirmaciones mecánicas y homogéneas sobre los contenidos y experiencias y, a su vez, permitirá cuestionar cierto mecanicismo que parecería establecer relaciones de causalidad entre representación mediática y transformación social. Ni los medios ni sus representaciones estereotipadas han impedido que ciertas transformaciones en materia de derechos de géneros y sexualidades sucedieran de hecho, ni podemos sostener que, a la inversa, hayan sido las transformaciones en las representaciones mediáticas de los últimos años las que impulsaron los avances legislativos y sociales. Cuestionar el sentido común que habita también en los análisis académicos y políticos implica necesariamente quitar la carga de la causalidad a esta relación. De este modo, podremos comprender los procesos culturales y su vinculación con las agendas políticas y los movimientos sociales en una complejidad que desafía permanentemente nuestros modos de producir conocimiento, nuestras estrategias militantes y –especialmente– nuestras precarias certezas sobre la cultura.

PÁGINAS

Septiembre de 2016
Lima
Nº 243

ARTÍCULOS: Utopía y proyecto político hoy, **Cecilia Tovar**. Apuntes sobre «el evangelio de la compasión», **Eduardo Arens**. La misericordia ampliada, **Raúl Pariamachi**. Crecimiento, inclusión y cambio climático. Notas sobre *La era del desarrollo sostenible*, **Javier M. Iguíñiz Echeverría**. El experimento democrático. Ética cívica y vida pública, **Gonzalo Gamio Gehri**. Comunidades cristianas de base: fe y política, **Catalina Romero**. Flores negras en el Rímac, **Samuel Ashcallay Samaniego**. Donde vive la esperanza, **Moisés Bazán Novoa**. Honduras. Entre la rabia, la tristeza y la desconfianza. El Papa a los jóvenes en Cracovia. Ante la situación de La Oroya, **Arzobispado de Huancayo**. «El señor ama al que busca la justicia» (Pr. 15, 9), **Conferencia Episcopal Venezolana**. Picaflor-Madreflor. Exposición de Lucy Jochamowitz.

Edita y distribuye Centro de Estudios y Publicaciones, Camilo Carrillo 479, Jesús María – Apdo. 11-0107 – Lima 11, Perú. Tel.: (511) 4336453 – Fax: (511) 4331078. Correo electrónico: <paginas-cep@amauta.rcp.net.pe>. Página web: <www.cep.com.pe>.

La revolución silenciosa de las mujeres iraníes

En Irán, la creciente presencia de las mujeres en todas las esferas de la vida social resulta cada vez más relevante. Mientras el régimen persigue a las jóvenes en virtud de su «vestimenta inadecuada», muchas de ellas establecen una suerte de juego entre el gato y el ratón con las policías de costumbres, al tiempo que lograron derribar algunas de las barreras que aún les impiden avanzar. Su elevado nivel de instrucción (son mayoría en las universidades) facilita su independencia y la reivindicación de sus derechos, todavía postergados por la tradición islámica del país persa.

Florence Beaugé

Un grupo de adolescentes entra riendo al vagón y se sienta alegremente en el suelo, a falta de asientos libres. Con las sacudidas del vagón, sus velos se deslizan por sus hombros, descubriendo sus cabellos. Poco importa: aquí no hay sino pasajeras. En el subterráneo de Teherán, que entró en servicio a fines de la década de 1990, los coches primero y último están reservados para las mujeres. Suben allí «para estar tranquilas», dicen ellas. La atmósfera es distendida. Los demás vagones son mixtos. En ellos, las parejas jóvenes se toman de la mano, sin problemas.

Moderno y limpio, el subterráneo de Teherán es lo único que permite escapar a los embotellamientos y la contaminación. Por el momento, hay cinco líneas en servicio. Las estaciones desfilan, bautizadas con los nombres de «mártires» de

---

Florence Beaugé: es periodista. Trabajó en *Le Monde* (2000-2015) y en la actualidad es reportera *free lance*.
Palabras claves: chiismo, derechos, islam, mujeres, represión, velo, Irán.
Nota: Este artículo fue originalmente publicado en *Le Monde diplomatique* edición Cono Sur Nº 200, 2/2016. Traducción del francés de Bárbara Poey Sowerby.

la guerra contra Irak (1980-1988). Hace 28 años que terminó el conflicto, que en total causó cerca de medio millón de muertos, pero el poder no dejó de cultivar su memoria. El subterráneo ilustra las contradicciones de la República Islámica. Allí se codean atuendos elegantes, de colores vivos, y ropa de todos los días, muy gastada. En promedio, cinco chadores negros y estrictos –la vestimenta de rigor de las empleadas de la administración– cada dos velos coloridos. No se ven figuras herméticamente cubiertas. Y luego, escenas inesperadas: vendedoras ambulantes ofrecen corpiños, pequeños culotes, carteras…

Treinta y siete años después de la Revolución Islámica, a pesar de una legislación que les concede menos derechos que a los hombres, las mujeres desempeñan un rol fundamental en Irán. Se hacen lugar en todos los sectores, aun si la mayoría de los altos cargos de la administración todavía siguen cerrados para ellas. En virtud de una lectura estricta del Corán, las mujeres no pueden ser juezas de pleno derecho ni interpretar los textos sagrados, aun si acceden al rango de ayatolá (el grado más alto en el clero chiita). Pero pueden ser arquitectas, jefas de empresa, ministras… El Parlamento cuenta con nueve diputadas (todas conservadoras) y acaba de ser designada una primera embajadora: Marzieh Afjam asumió su cargo en Kuala Lumpur en noviembre de 2015. Nada es fácil: las mujeres deben luchar para imponerse. Y, sobre todo, para hacer que se reconozcan sus derechos en un país en el que sufren discriminaciones en todos los niveles.

Para casarse, trabajar, viajar, abrir una cuenta bancaria o heredar están sometidas a leyes inicuas y dependen de la voluntad del jefe de familia. Por ejemplo, contrariamente a su marido, para divorciarse una mujer deberá fundamentar su decisión ante el juez y esperar su autorización. Los hijos le serán confiados hasta los dos años en el caso de un varón, hasta los siete en el de una niña. Luego, es el padre quien tendrá la tenencia, a menos que la rechace. En cuanto a la autoridad parental, corresponde al padre, aunque los niños vivan con su madre. «El hombre es rey en la ley», como lo resume Azadeh Kian, profesora de sociología política.

Las cifras oficiales subestiman el trabajo de las mujeres: solo 14% tendría un empleo. En realidad, sumando el trabajo en negro y la agricultura, entre 20% y 30% de ellas ejercen una actividad regular. Y esto no es más que el comienzo. La demanda femenina para integrar el mercado de trabajo aumenta muy rápido. En las universidades, 60% de los estudiantes son mujeres. «Ganaron la batalla de la licencia y de la maestría. Pronto, ganarán la del doctorado», predice el antropólogo Amir Nikpey. Para él, las iraníes se encuentran prácticamente

en la situación de las francesas de los años 1940 o 1950: presentes en todas partes en el espacio público, pero sin poder real, salvo algunas pocas excepciones, y con frecuencia en lo bajo de la escala económica.

Toda la sociedad cambia

De año en año, conquistan nuevos bastiones. «Es el país que forma más ingenieras», resalta Kian, antes de recordar que la primera mujer que obtuvo la Medalla Fields (equivalente al Premio Nobel en el área de matemática), en 2014, Maryam Mirzajani, es iraní. «En las provincias del sur, en particular en Baluchistán, de mayoría sunita [mientras que Irán es chiita en 90%], predomina la cultura árabe, más machista. Además, allí hay numerosos casos de poligamia, mientras que en el resto del país los iraníes son monógamos. Pero allí también el rol de las mujeres va creciendo. Es una evolución global de la sociedad», indica el economista Thierry Coville. «El cambio más notable en Irán es la toma de conciencia de la importancia de la educación como medio para acceder a la independencia», confirma Kian. Se lo suele ignorar, pero la escolarización de las niñas es seguramente la principal conquista de la Revolución Islámica de 1979. «Paradójicamente, las familias tradicionales lo aceptaron porque ¡se trataba de la República Islámica! Cuando voy a pueblos alejados, los hombres me dicen: 'El ayatolá Jomeini envió a las mujeres al frente y a las pequeñas a la escuela. ¡Yo hago igual!'», explica la socióloga de religiones Sara Shariati, profesora en la Universidad de Teherán.

Consecuencia: las mujeres se casan más tarde y, sobre todo, solo tienen dos hijos en promedio

Primera consecuencia: las mujeres se casan más tarde y, sobre todo, solo tienen dos hijos en promedio, frente a los siete que tenían durante los primeros años de la Revolución Islámica, marcados por una política natalista. A intervalos regulares, las autoridades recuerdan que sería preferible que hubiera 100 millones de iraníes antes que los 78 millones actuales, pero las mujeres hacen oídos sordos. «No retrocedimos ni siquiera durante los años de [Mahmud] Ahmadineyad[1]. Seguimos avanzando como un auto que marcha con las luces apagadas en la noche», bromea Shahla Sherkat, directora de la revista femenina *Zanan Emrouz*. Su publicación cumplió una suspensión de seis meses por haber dedicado un número a un tema «candente»: la unión libre. En Teherán,

1. Mahmud Ahmadineyad fue presidente de la República Islámica entre 2005 y 2013, de tendencia conservadora.

serían varias decenas de miles los que viven en concubinato. La unión libre difiere del «matrimonio temporal», permitido por el chiismo, pero mal visto y poco practicado en Irán. «En nuestro *dossier* evitamos hacer cualquier juicio; no incitamos para nada a la unión libre, incluso alertamos sobre sus riesgos», se defiende Sherkat. Sin embargo, los conservadores protestaron y cayó la sanción. Cuando la directora de *Zanan Emrouz* fue convocada por la justicia, en primer lugar se le reprochó ser «feminista» –una injuria en Irán–. Para defenderse, clamó que ella no hacía otra cosa que «reflejar la realidad» de la sociedad iraní. Fue en vano. «En Irán, el problema es que las instituciones y los hombres piensan que si reclamamos nuestros derechos, vamos a descuidar nuestro rol de madres y esposas», suspira.

Art Up Man es un café moderno del centro de la ciudad de Teherán. La capital cuenta con numerosos lugares de moda donde van los jóvenes a «relajarse», como dice una estudiante de derecho mientras muestra su cigarrillo. Chicos y chicas conversan en torno de mesitas, mientras escriben en sus *smartphones*. Como fondo sonoro, canciones de Elvis Presley. Yeganeh K., estudiante de microbiología, labios pintados color frambuesa y uñas negras, declara a los gritos que el régimen no es «digno de confianza» y que hay que «cambiar todo, empezando por el nombre de 'República Islámica'». La doble votación del 26 de febrero[2] no le inspira más que desprecio. «En otras partes, es posible elegir a sus representantes. Acá, no. Siempre hay alguien que tiene un derecho de control sobre todo y que nos 'guía'. Para mí, nos parecemos a Corea del Norte», rezonga. Sus dos amigos se sobresaltan. Rahil H., peinado punk, protesta: «¡Para nada! Acá, la gente es libre, a pesar del aspecto policial del régimen. No tenemos demasiada libertad de expresión ni libertad de indumentaria, pero para el resto, ¡hacemos lo que queremos!». Sorrosh T., anteojos de sol calzados sobre el velo para mantenerlo en su lugar, interviene: «Todas esas prohibiciones no son divertidas. Cada vez que salgo, mis padres me dicen: '¡Ten cuidado!'. No es que lo desaprueben, pero para ellos hay que tener en cuenta la sociedad, el sistema». Lo que más irrita a esta joven: «Acá, la gente siempre tiene derecho a controlar lo que uno hace».

El velo está lejos de ser la principal preocupación de las iraníes. «Nos adaptamos», dicen, convencidas de que no vale la pena generarse problemas graves por tan poco. El desempleo, la inflación o el concurso para entrar a la universidad les preocupan mucho más. Todos los días, Yeganeh K. se divierte con

2. Se refiere a las elecciones para el Parlamento y la Asamblea de Expertos (los religiosos encargados de nombrar y reemplazar al guía supremo) desarrolladas el 26 de febrero de 2016 [N. del E.].

sus amigas eludiendo las reglas impuestas por el poder, como si jugaran al gato y el ratón. En verano, usa sandalias que dejan ver sus pies y tobillos y, sobre todo, sus uñas pintadas de colores fuertes, todas cosas estrictamente prohibidas. En invierno, usa un *sapport,* unas calzas gruesas sobre las que se pone una pollera corta. Si le agrega botas altas, corre el riesgo de serias advertencias por parte de la policía de costumbres que patrulla las esquinas y los centros comerciales del norte de la capital, por donde le gusta deambular a la juventud dorada. «Un día me llevaron a la comisaría. Me sacaron una foto, verificaron mi identidad y me previnieron: '¡Si vuelves a hacerlo dentro de los dos meses, te vamos a fichar!'», cuenta con una carcajada. Ella sueña con escapar de esta atmósfera asfixiante. A la primera oportunidad, partirá hacia Europa o Estados Unidos.

Por su parte, Behnaz Shafie eligió «quedarse y actuar». Pequeña, delgada, muy femenina y muy maquillada bajo su velo es, a los 26 años, la primera mujer que obtuvo la autorización para competir en moto en forma profesional. Mientras que a las mujeres no se las admite en los estadios para asistir a partidos de fútbol disputados por hombres, ella obtuvo el derecho de entrenarse en el estadio Azadi de Teherán, en su moto de 1.000 cc. «¡Behnaz deslumbra al mundo!», titulaba un periódico conservador hace algunos meses, a su regreso de Milán, donde había sido la invitada de honor de un encuentro de motociclistas. Pero la joven lo sabe: nada está conquistado. Mañana, un religioso conservador puede exigir que deje de comportarse «como un hombre» en un ambiente de hombres. Mientras tanto, «abre el camino para las mujeres», sin forzar nada, permaneciendo en la legalidad. «Y estoy orgullosa de ser iraní», agrega. En Karaj, la periferia de Teherán donde reside, suele circular en su moto. Cuando los hombres se dan cuenta de que es una chica, o tocan bocina para felicitarla o le gritan: «¡Vete a lavar los platos!».

En esta víspera de elecciones, el clima está particularmente pesado en Teherán. Casi todas las noches, el Guía Supremo aparece por televisión para dar sus disposiciones. Toques de atención dirigidos a la población para que vele por «no dejarse contaminar» por Occidente. «Eviten el contacto con los extranjeros», aconseja el ayatolá Alí Jamenei. A partir del acuerdo nuclear, las advertencias del Guía y de los radicales se multiplican, señal de su inquietud ante la idea de que, con el levantamiento de las sanciones[3] y la apertura futura, la situación se les vaya de las manos. Hace algunos meses,

3. V. Ángeles Espinosa: «EEUU y la UE anulan las sanciones tras reducir Irán su programa nuclear» en *El País*, 16/1/2016.

el ayatolá Ahmad Jannati, presidente del Consejo de Guardianes, un radical de 88 años, advirtió que el acuerdo nuclear no debía abrir el camino a otras reivindicaciones: «¡Cuidado con plantear mañana la cuestión de las mujeres y la igualdad de sexos!».

Una lucha difícil

Fariba Hachtroudi es de las que no se dejan intimidar. «No hago ninguna provocación, pero digo bien fuerte lo que pienso», resume esta conocida escritora[4], que confiesa riendo «llevar en su ADN la locura de esta tierra». Hachtroudi, que divide su tiempo entre su país de nacimiento y Francia, donde se radicó desde la adolescencia, renunció a hacer política y optó por la resistencia a través de la pluma. Cada vez que vuelve, constata que las mujeres ganaron terreno. «En un pueblo de Baluchistán, el consejo municipal, por completo masculino, acaba de elegir una alcaldesa. ¡Ejemplos como este hay por todas partes!», exclama.

La brutal represión del «movimiento verde», surgido durante la objetada reelección del presidente Ahmadineyad, en 2009, ¿destruyó toda militancia, como muchos piensan? Hachtroudi lo discute. «Las mujeres siguen estando ahí, en primera línea y siguen peleando, a pesar de las resistencias. ¡No ceden!», dice, resaltando que las ONG creadas por ellas florecen en todas partes. Así, en la periferia de Teherán, surgieron centros de acogida para niños de la calle o enfermos de sida, o incluso centros de desintoxicación para alcohólicos, con el acuerdo del gobierno. Un cambio, ya que hasta entonces el poder negaba los problemas del sida y el alcoholismo.

Aunque la lucha de las mujeres continúa, es desorganizada y, con mucha frecuencia, individual

Aunque la lucha de las mujeres continúa, es desorganizada y, con mucha frecuencia, individual. Demasiado ocupadas en sacar adelante su vida de todos los días, la mayoría de las iraníes olvida a figuras que estuvieron a la vanguardia de su combate: la abogada disidente Nasrín Sotudé, la directora de cine Rakhshān Bani-E'temād, ambas bajo vigilancia, o también la militante por los derechos humanos Narges Mohammadi, condenada a ocho años de prisión por «propaganda contra el régimen».

4. Autora, entre otros, de *Iran, les rives du sang* (Seuil, París, 2001) y *A mon retour d'Iran* (Seuil, París, 2008).

«No podemos explicar por qué no somos felices. Es el ambiente el que no va. Amamos a nuestro país, pero lo que nos falta es sencillamente ¡aire!», suspira esta ama de casa de 40 años a la que llamaremos Farah. En la Universidad de Ciencias y Tecnologías Elm-o-Sanat, donde estudia su hijo, los altoparlantes difunden cada día versículos del Corán y consignas moralistas. Los estudiantes tienen derecho a varias semanas de conmemoraciones: está la semana de la guerra, la semana de los *bassidji*, la semana de los «mártires»… «¡Es un lavado de cerebro! ¡Estamos hartos!», maldice Farah.

Por su parte, a Mahboubeh Djavid Pour no se le ocurriría quejarse de esta atmósfera de duelo perpetuo. Ella es *bassidji* –literalmente: «miembro de la fuerza de movilización de la resistencia», antiguamente creada por el ayatolá Ruhollah Jomeini–. De alguna manera, estos voluntarios son complementarios de los Guardianes de la Revolución. Actualmente su cantidad se estima en 10 millones. Su estatus les facilita numerosas ventajas, tales como becas, empleos, ingreso a la universidad. Son temidos e incluso detestados por la población. Las clases acomodadas los desprecian.

Integrante de la administración de la mezquita del imán Reza de Teherán, Djavid Pour se desplaza apretando fuertemente su largo chador negro en torno de su cuerpo, lo que le da un aspecto de madre superiora. Esta mujer de 54 años, madre de tres hijos, está orgullosa de ser *bassidji*. Ella ve en esta función «una forma de aplicación del islam». El acuerdo nuclear no le desagrada, pero sigue siendo desconfiada respecto de EEUU. Según ella, este país seguirá su campaña de denigración de la República Islámica, pero de una manera más solapada. «Felizmente, ahora tenemos mucha educación y estamos más aptos para resistir las maniobras estadounidenses», dice. Y agrega con gratitud: «Además, el Guía está presente, nos esclarece y nos muestra el camino».

Farah, ama de casa que se dice atea, se inquieta por lo que llama una «religiosidad de apariencia». La marca en la frente que los hombres adquieren a fuerza de prosternarse en el suelo, o que se hacen para parecer piadosos, el rosario ostensiblemente apretado entre las manos, todo eso la exaspera. «Somos una sociedad enferma, dominada por la preocupación de las apariencias y la hipocresía. No sé a dónde nos va a llevar esto», dice. Confirmación paradójica de su pesimismo: la sorprendente cantidad de operaciones estéticas que demandan las iraníes. La nariz, la boca, los pómulos, los arcos superciliares… a modo de regalo, a una bachiller de 18 años sus padres le ofrecerán una rinoplastia. En Teherán, emergen de los velos naricitas respingadas, rostros de muñeca Barbie, además exageradamente maquilladas. Un desastre, algunas

veces. ¿De dónde viene este fenómeno, que estalla desde hace cinco o seis años y alcanza a todas las capas sociales? Nadie puede explicarlo realmente. ¿Obsesión de las mujeres por su rostro, dado que se les prohíbe mostrar su cuerpo y su pelo?

Islam e identidad iraní

En Qom, ciudad santa de Irán, se respira mejor que en Teherán. Estamos en pleno desierto. Aquí no hay contaminación, pero sí un clima seco, sofocante en verano. Situada 150 kilómetros al sudoeste de la capital, esta ciudad de un millón de habitantes es el primer centro de enseñanza teológica del país –5.000 mujeres estudian religión– y un importante lugar de peregrinación. Allí es donde está enterrada Fátima al-Masuma, hermana del octavo imán chiita Reza, en un bonito e inmenso mausoleo. En las fachadas de los edificios, algunos frescos gigantes que representan al ayatoláh Jomeini recuerdan que el iniciador de la Revolución Islámica vivió mucho tiempo en Qom. Acá, nada de vestimentas coloridas: todas las mujeres, sin excepción, usan el chador. A menudo se desplazan en ciclomotor, detrás de sus maridos, con los velos hacia fuera.

80.000 mujeres formadas en teología difunden hoy la palabra sagrada en Irán

80.000 mujeres formadas en teología difunden hoy la palabra sagrada en Irán. Fariba Alasvand es «eshtehot», el grado más alto de estudios en teología. Enseña en el Centro de Investigación sobre la Familia y las Mujeres. Sus estudiantes son tanto hombres como mujeres. «Las mujeres de Irán son muy diferentes de las del mundo árabe. Nosotras damos una gran importancia a nuestra libertad. Esto viene de la cultura iraní y del chiismo», se apura a decir de entrada. Sobre el uso obligatorio del *hiyab,* vacila un segundo, seguramente demasiado familiarizada con las preguntas falsamente inocentes. «Un versículo del Corán nos dice: 'Usen el *hiyab*'. Este protege a las mujeres. Si abandonamos esta regla del islam, abandonaremos otras», termina soltando. Esta madre de familia de unos 60 años, conservadora, a veces viaja a Europa y EEUU para participar en conferencias religiosas. Cada vez, siente «la mirada negativa de los occidentales» y la padece, como todos los iraníes. Para ella, los medios de comunicación son responsables de esta incomprensión. Su temor: que el levantamiento de las sanciones, «deseado tanto por toda la población como por el Guía», no provoque a largo plazo un sometimiento de Irán. «Claramente Occidente quiere penetrar en Irán, pero rechaza lo inverso», se lamenta. Su anhelo es que su

país mantenga sus especificidades. «Nuestra religión nos brinda una cultura y un marco. Nuestra libertad debe ejercerse en el marco del Corán».

Más joven, pero igualmente firme en los principios, Zahra Aminmajd también es graduada en derecho islámico y docente en Qom. Sonriente, jovial, piensa que el cristianismo y el islam «tienen muchos puntos en común» y lamenta que en Occidente se tenga «una percepción tan mala del islam, en particular en lo que concierne a las mujeres». ¿Lo que más le preocupa? El consumismo al estilo occidental, con el que, según ella, sueñan los iraníes. «Antes que esperar todo del levantamiento de las sanciones, harían mejor en trabajar más», afirma.

Si bien el regreso de Irán a la escena internacional la entusiasma, Sanaz Minai espera sobre todo una cosa: «Que se limpie la imagen de Irán. Que su valor perdido sea finalmente restaurado». En jeans, tacos aguja y pañuelo ligero, esta mujer es un modelo de éxito. Escribió más de 20 libros sobre la cocina y la cultura iraníes, lanzó una escuela dedicada al arte de recibir, el Culinary Club, y fundó *Sanazsania*, que encabeza las ventas de revistas culinarias. El levantamiento de las sanciones le abre perspectivas infinitas. Quiere hacer de Irán «un polo culinario», a la vez «a la moda y chic».

Nada parece poder detener a otra empresaria exitosa: Faranak Askari. En junio de 2013, la joven estaba en Londres, donde creció, cuando escuchó el llamamiento del nuevo presidente Hassan Rohani: «¡Vengan a Irán!». Dos meses más tarde, desembarcaba en Teherán y lanzaba Toiran («To Iran»), una compañía de servicios para turistas VIP y hombres de negocios. En forma paralela, montaba un sitio de internet que recopila toda la información posible sobre unas 50 ciudades iraníes –una especie de *Guide du routard* en línea–. Éxito inmediato.

A partir del acuerdo del 14 de julio de 2015[5], las reservas de Toiran se duplican todos los meses. La clientela es mayoritariamente europea. Una urgencia para Askari: que se restablezcan las transacciones bancarias entre Irán y los países extranjeros, prohibidas estos últimos años en razón de las sanciones occidentales. Toiran, como numerosas empresas iraníes, tiene sus ingresos bloqueados en Dubai. «Nos falta liquidez. Para sobreponernos, ¡nos vemos obligados al trueque! Pero esto no puede durar: tenemos que obtener recursos, invertir…», dice Askari.

5. V. «Los puntos clave del histórico acuerdo nuclear entre Irán y las seis grandes potencias» en BBC *Mundo*, 14/7/2015.

Conocida por su franqueza, Shahindokht Molaverdi no vacila en encontrarse con periodistas occidentales, pero en esta oportunidad mantiene un lenguaje correcto. Hay que decir que el contexto es difícil para ella. Nombrada vicepresidenta de la República a cargo de las mujeres y la familia, hace dos años, por el presidente Rohani, esta jurista de unos 40 años se mantiene alerta. «Hace falta que haya más mujeres en las asambleas», dice. O también: «Tenemos que hacer entrar a las mujeres en todas las esferas del poder». Ninguna palabra desentona. Se la comprende: entre las elecciones del 26 de febrero, el levantamiento de las sanciones y la crisis abierta con Arabia Saudita, no puede permitirse ni un mínimo error. Por ser considerada cercana a los reformadores y feminista, los ultraconservadores la odian.

Las mujeres, ¿un desafío fundamental en Irán? Sin ninguna duda. Un profesor universitario, protegido por el anonimato, asegura: «El régimen les tiene miedo. Ellas representan la mayor amenaza. No sabe cómo manejarse con ellas, cómo combatirlas, impedirles que abran sin cesar nuevas fisuras…». Y la cuestión del velo, sin gran importancia en el fondo, es un símbolo. Como dicen las teólogas de Qom, «si cedemos en eso, cedemos en el resto»…

ANUARIO INTERNACIONAL
CIDOB 2015

2016 Barcelona Nueva época Nº 26

CLAVES PARA INTERPRETAR LA AGENDA GLOBAL
PERFIL DEL PAÍS IRÁN

Artículos de **Anne-Marie Slaughter, Bertrand Badie, Saskia Sassen, Shashi Tharoor, Jean-Marie Guéhenno, Pere Vilanova, Joan Subirats, Hossein Mousavian, Mahmood Sariolghalam, Cemil Aydin, Trita Parsi, Cristina Manzano** y **Guillem López-Casasnovas,** entre otros.

Anuario Internacional CIDOB *es una publicación de la Fundación CIDOB, c/ Elisabets, 12 - 08001 Barcelona, España, Tel. (+34) 93 302 6495. Página web: <www.anuariocidob.org>. Distribuye: Edicions Bellaterra, S.L., Navas de Tolosa, 289 bis - 08026 Barcelona, <www.ed-bellaterra.com>.*

Feminismos populares

Las brujas necesarias en los tiempos de cólera

Los feminismos populares se han extendido por América Latina y abarcan un abanico diverso de movimientos de base territorial que interactúan con movimientos de mujeres que no necesariamente se definen como feministas y participan de organizaciones populares mixtas. En el feminismo indígena, negro o de los barrios latinoamericanos emergen crecientes demandas de despatriarcalización, se desarrolla una renovada pedagogía feminista y se ponen en cuestión las propias jerarquías de las organizaciones de izquierda.

Claudia Korol

A pesar de la ofensiva conservadora que conmueve este tiempo, arrasando conquistas de los pueblos, contagiando cólera y rabia en los corazones, hay un aquelarre subterráneo, un movimiento de conciencia histórica que crece, se «encuerpa» desde la memoria, y cambia –nos cambia– la vida cotidiana. Me refiero a la irrupción en la política de colectivas de acción, pensamiento, sentimientos, sueños, que asumimos el feminismo como una propuesta que desafía a las múltiples opresiones producidas por el capitalismo colonial y patriarcal. Feminismos indígenas, campesinos, barriales, de trabajadoras de doble y triple jornada. Feminismos de sujetas no sujetadas, que respondemos colectivamente a los desafíos de la sobrevivencia y vamos haciendo realidad la propuesta: «si tocan a una, tocan a todas».

Claudia Korol: es comunicadora feminista, integrante del equipo de educación popular Pañuelos en Rebeldía e investigadora del Centro de Investigación y Formación de Movimientos Sociales Latinoamericanos (CIFMSL). Conduce los programas de radio Espejos Todavía (FM La Tribu, Buenos Aires) y Aprendiendo a Volar (FM La Tecno, Avellaneda).
Palabras claves: despatriarcalización, feminismos populares, socialismo, América Latina.

El mapa político de nuestros feminismos

Históricamente han existido corrientes del feminismo que han sostenido fuertes vínculos con los movimientos de trabajadoras, entre ellas las anarquistas, socialistas y comunistas de comienzos del siglo xx, y también feministas que a lo largo de los siglos xx y xxi desarrollaron su activismo en organizaciones populares, fueron parte del movimiento de derechos humanos que enfrentó a las dictaduras, refundaron las luchas democráticas integrando los derechos de las mujeres, aportaron a la organización de las víctimas de prostitución y trata, comparten la búsqueda de niñas, adolescentes y mujeres desaparecidas en democracia, acompañan a mujeres que sufren violencia en sus familias, a niñas y niños que sufrieron abuso sexual, a mujeres que denuncian la violencia sexual como crímenes de los Estados terroristas, etc. Pero fue en estas últimas décadas cuando se visibilizaron experiencias que denominamos genéricamente como «feminismos populares». Se trata de colectivas feministas, espacios de mujeres y/o lgttbi, que en algunos casos son parte de organizaciones mixtas, en otros no, pero que coinciden en la necesidad de no establecer jerarquías entre las distintas opresiones y eluden caracterizar las luchas como «principales» y «secundarias» –como las clasificaba la izquierda tradicional– para organizar sus acciones.

Las feministas populares asumimos que en el sistema capitalista patriarcal y colonial las distintas formas de dominación y disciplinamiento de los cuerpos, los territorios, las comunidades, la naturaleza de la que somos parte se refuerzan mutuamente, y que cada logro en una perspectiva emancipatoria erosiona los pilares del sistema, en la medida en que contribuye a la creación de subjetividades –individuales y sociales– autónomas, capaces de imaginar un mundo diferente, y de crearlo. En Argentina existe un antecedente ineludible de estos feminismos populares: el de las asambleas de mujeres piqueteras que se realizaban los días 26 de cada mes sobre el puente Pueyrredón después del 26 de junio de 2002, cuando la policía asesinó a Darío Santillán y Maximiliano Kosteki en la estación Avellaneda (hoy renombrada como «Darío y Maxi»)[1].

En el corte del puente Pueyrredón, donde se exigía justicia por Darío y Maxi, las mujeres hablaban en asamblea de las temáticas que las preocupaban, reconociendo sus necesidades, sus problemas, las dificultades en sus organizaciones.

1. Santillán y Kosteki eran militantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados (mtd) y participaron de las movilizaciones sociales durante la crisis de 2001 [n. del e.].

Este proceso –impulsado por algunas compañeras feministas que venían de experiencias anteriores e «hicieron escuela» en los movimientos– revolucionó el lugar de las mujeres piqueteras en las casas, en las calles y en la historia. El Frente Popular Darío Santillán abrió caminos en esta dirección al constituir el Espacio de Mujeres, que promovió que más tarde toda la organización se asumiera como «antipatriarcal», además de considerarse «anticapitalista» y «antiimperialista». Ese camino fue recorrido también por otras organizaciones sociales y políticas y, sobre la marcha, esos colectivos de mujeres y diversidades sexuales nos fuimos encontrando en un proceso de formación feminista realizado en común, con encuentros plenos de debates, pasiones, risas e intercambios que aún estamos compartiendo.

Otro afluente del feminismo popular fue el quiebre de los modos de hacer política generado a partir del 19 y el 20 de diciembre de 2001. En ese contexto de rebeldías nacieron varias colectivas feministas articuladas como «Feministas Inconvenientes», en un espacio donde participamos mujeres, lesbianas, travestis y trans, que pensamos un feminismo con raíces en el continente, mestizo, descolonizador, anticapitalista, autónomo, de acción directa, integrado en las luchas populares. Los sucesivos Encuentros Nacionales de Mujeres realizados en Argentina nos permitieron «enredarnos» con otras feministas y organizaciones de mujeres, lesbianas, travestis y trans, y plantear temáticas comunes para nuestras acciones. En el marco de esos encuentros nos autoconvocamos en las mesas de «Feministas Latinoamericanas en Resistencia», que tuvieron un primer impulso con la presencia de la ex-senadora colombiana Piedad Córdoba en el 23º Encuentro Nacional de Mujeres reunido en la provincia de Neuquén en agosto de 2008, y tomaron fuerza a partir del golpe de Estado de Honduras en junio de 2009, con el ejemplo de las Feministas en Resistencia de ese país, que crearon la incisiva consigna-síntesis: «Ni golpes de Estado ni golpes a las mujeres».

Las Feministas en Resistencia hondureñas crearon la incisiva consigna-síntesis: «Ni golpes de Estado ni golpes a las mujeres»

Las feministas indígenas de los pueblos del Abya Yala, las feministas comunitarias de Guatemala y Bolivia y las feministas campesinas aportaron lecciones de radicalidad teórica y práctica, con un feminismo de enfrentamiento directo a las transnacionales, a las políticas extractivistas y a la violencia de los narcoestados. Activistas como Berta Cáceres del Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras (COPINH), Miriam Miranda

de la Organización Fraternal Negra de Honduras (OFRANEH), Bety Cariño del Centro de Apoyo Comunitario Trabajando Unidos (CACTUS) de Oaxaca, México, Blanca Chancosa, de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), las mujeres zapatistas en Chiapas, entre otras experiencias significativas, enseñaron a los feminismos populares que no se trata solo de «despatriarcalizar» en el marco de las luchas anticapitalistas, sino también de descolonizar nuestras vidas.

Las mujeres de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y de La Vía Campesina Internacional han venido creando un feminismo campesino, que tiene entre los ejes centrales el cuidado de las semillas nativas, la lucha por la soberanía alimentaria y por la reforma agraria integral y contra la violencia patriarcal. Superando la distancia existente unas décadas atrás entre las organizaciones campesinas y las feministas, hoy las mujeres de La Vía Campesina dicen que «sin feminismo no hay socialismo». Desafían así las ideas patriarcales en sus organizaciones, que piensan que las luchas de las mujeres «dividen» al movimiento, o que hay que hacer primero las revoluciones socialistas para luego transformar las relaciones de género. Desafían también a las corrientes feministas que consideran que las demandas de las mujeres se limitan a una agenda consensuada y financiada de integración en el sistema, lo que legitima explotaciones estructurales del capitalismo patriarcal colonial occidental.

Por su parte, las feministas negras aportan a las miradas descolonizadoras y denuncian cómo se conjugan las opresiones de raza, clase y género. Ponen de relieve que las propuestas políticas del feminismo colonizado y colonizador no las representan, porque no son las mismas sus necesidades y demandas básicas para la sobrevivencia como parte de sus pueblos. Las feministas negras e indígenas se encuentran en la tensión permanente de ser parte de comunidades criminalizadas por el poder capitalista, por lo cual sostienen una difícil batalla para que las luchas antipatriarcales no sean funcionales a las lógicas de judicialización y estigmatización de los Estados que segregan y persiguen a sus pueblos. Sin embargo, tienen conciencia de que en el interior de sus comunidades también hay relaciones de poder opresivas, que hacen de las mujeres las oprimidas entre los oprimidos. Es muy importante y esclarecedor, para develar estos conflictos, el aporte de las feministas comunitarias, que han conceptualizado las dimensiones del territorio cuerpo y el territorio tierra, y lo que nombran como «entronque patriarcal», que explica cómo el patriarcado original de las comunidades se ha visto reforzado por el pacto impuesto en los procesos de colonización por el patriarcado occidental.

Existen debates entre las mujeres indígenas por la presión que se ejerce desde ese entronque patriarcal, que postula que la emancipación de las mujeres constituye una amenaza para la unidad en la lucha de las comunidades. Las cosmovisiones de algunos pueblos ponen énfasis en la «complementariedad» entre varones y mujeres y señalan que estas eran relaciones de equilibrio rotas por el colonialismo y que la denuncia de las inequidades que se producen en estas relaciones vuelve a reforzar las políticas colonizadoras y debilita a sus pueblos. Aparece una crítica al feminismo, tratado como un pensamiento político ajeno al continente, sin valorar que son las propias mujeres indígenas quienes han asumido las luchas por sus derechos en tanto mujeres, sin dejar de estar en la primera línea de las batallas de sus comunidades por la vida, por los territorios y por el conjunto de los derechos culturales, económicos, sociales y políticos de sus pueblos.

Otra corriente que confluye en las experiencias del feminismo popular es la de las colectivas feministas que en el marco de procesos que dibujan horizontes socialistas en Venezuela y Bolivia volvieron a poner en debate temas como las relaciones de los movimientos con el Estado, los alcances y límites de la autonomía en los procesos de transformación y el aporte de las mujeres a las revoluciones. Las feministas bolivarianas tienen el inmenso desafío de ser parte de la defensa de la revolución y, al mismo tiempo, de dar batalla contra las lógicas profundamente patriarcales, burocráticas, verticalistas y autoritarias que atraviesan muchas de las organizaciones y los movimientos que la sostienen. Se trata de feminismos que hacen y defienden, cuidan y critican, que son parte y cuestionan los procesos de cambio desde perspectivas antipatriarcales. Feminismos que se levantan desde nuestros territorios cuerpos y territorios tierras, y revolucionan las revoluciones ganadas y perdidas. Feminismos en revolución.

Los cuerpos de los feminismos populares

En los feminismos populares hay poca distancia entre las palabras y los actos, y las prácticas van caminando más rápido que las teorías. Tenemos la fortaleza de nuestro activismo y la debilidad de los procesos de sistematización de las prácticas y de sus aprendizajes, que quedan siempre relegados por atender «urgencias» que nos «matan». Porque en tiempos conservadores crece la violencia contra las mujeres, crecen los femicidios y crecen las emergencias que vuelven más vulnerables nuestras vidas. Porque además los Estados no cumplen con las tareas de cuidados que deberían asumir.

Los feminismos populares van amasándose así a fuego lento, por manos de mujeres trabajadoras. Manos que hacen cunas y acunan, siembran, cocinan, martillan,

cultivan, escriben, acarician, pintan, bordan, limpian, curan, sostienen, empujan, juegan. Nuestros pies pisan sobre las huellas dibujadas en la tierra por nuestras ancestras, y otras veces inventan atajos. Por momentos nuestros pies no caminan... bailan las muchas revoluciones imaginadas que se recrean desde el deseo, el placer, la alegría de la lucha codo a codo con otras, otres, otros. Revoluciones que en sus rotaciones descolonizan, despatriarcalizan, desmercantilizan nuestras danzas y andanzas. Mientras nuestros pies corren, nuestros cuerpos socorren. Ahí estamos, al lado de la chica que sufre la violencia en el noviazgo, de la muchacha que necesita interrumpir su embarazo, de la mujer que sufre la violencia de su pareja, o de sus hijos que son atrapados por las redes del narcotráfico.

Nuestros cuerpos de mujeres, lesbianas, trans, disidentes del patriarcado y de la heteronorma guardan la memoria de nuestras ancestras indígenas, negras, mestizas, migrantes. En los muchos nacimientos que tenemos y acompañamos, parteras y parturientas como somos, nos sabemos con diferentes edades, variadas historias, que se entraman en un tejido comunitario, con hebras que desbordan este tiempo, con las tonalidades de la tierra, los ríos, los bosques y de nuestros paisajes subversivos.

Los cuerpos disidentes han cambiado nuestros modos de estar en el mundo

Los cuerpos disidentes han cambiado nuestros modos de estar en el mundo. Las feministas lesbianas han problematizado a los feminismos, proponiendo debates sobre temas tan centrales para la vida cotidiana como son el amor, la libertad, el deseo, la maternidad. Algunas colectivas lesbianas se desidentifican de la identidad de mujeres, por caracterizarlas como parte del binomio heteronormativo hegemónico. También forman parte de estos procesos de crítica, que enriquecen las perspectivas del feminismo popular, activistas travestis, bisexuales, trans, intersex, que nos ayudan a repensar las conceptualizaciones de los feminismos que reproducen las lógicas binarias de la heteronormatividad.

Feminismos populares y movimientos de mujeres

Los feminismos populares han nacido del movimiento de mujeres, lo interpelan, lo seducen, lo cuestionan. Hacen política basados fundamentalmente en el acompañamiento y en la pedagogía, contribuyendo a pensar las opresiones no desde la victimización, sino buscando el poder y la energía para enfrentarlas.

El acompañar, poner el cuerpo, crea vínculos vitales entre compañeras y colectivas feministas y con mujeres que son parte de los movimientos, muchas de las cuales no se reconocen en el feminismo. El patriarcado siembra prejuicios para distanciar a las mujeres de las experiencias feministas y, para superarlos, es necesaria una intensa práctica codo a codo que vaya derrumbando los mitos superpuestos, como los que sostienen que «el feminismo es una política de odio a los hombres», que «las feministas son todas lesbianas», que «el feminismo divide a las familias y a las organizaciones». También existen prejuicios en corrientes de izquierda, que en nombre de la ortodoxia marxista consideran el feminismo como una «desviación pequeñoburguesa» de la centralidad de la lucha de clases. Las feministas populares consideramos que, por el contrario, la lucha de clases se fortalece cuando la clase trabajadora asume su participación en las batallas contra el patriarcado y el colonialismo.

La pedagogía del feminismo popular propone una epistemología del diálogo de saberes, del pensar nuestras prácticas, del caminar la palabra, de los cuerpos puestos en el juego de la acción emancipatoria.

Un feminismo sembrado en los movimientos populares

Las semillas con que multiplicamos nuestros brotes fueron sembradas en las comunidades de las que somos parte. Ser parte de movimientos populares mixtos nos ha creado tensiones que nos obligan a discutir una y otra vez los caminos para cambiar al mundo. Fuimos descubriendo cuánto de viejos tienen los «hombres nuevos», cuánto de patriarcales tienen nuestros feminismos, cuánta reproducción de opresiones hay en nuestras organizaciones revolucionarias. Des-encubrir el machismo en nuestras casas, en nuestros movimientos, ha llevado a que compañeros varones comiencen a cuestionarse sus privilegios.

El hecho de que algunas organizaciones mixtas se definan como antipatriarcales exige una activa pedagogía que ayude a poner en consonancia las definiciones ideológicas con las prácticas cotidianas. El pacto patriarcal entorpece la transformación de los movimientos en espacios habitables para las mujeres y las disidencias sexuales. La homofobia es parte de la cultura de las izquierdas, aunque esto también está tambaleando, por los avances del movimiento LGTTBI y su participación en esos movimientos populares. Como parte de los proyectos políticos rebeldes, revolucionarios, de los y las de abajo, ubicamos la vida cotidiana como un territorio en el que se despliega la «estrategia revolucionaria», que busca, precisamente, cambiar la vida cotidiana.

© Nueva Sociedad / Juan Lima 2016

Juan Lima es ilustrador, poeta, diseñador y editor. Ha publicado decenas de libros de literatura infantil y realizado objetos, murales, afiches y diseño editorial. Publica y expone habitualmente en Argentina y en el exterior. Recibió el Prix Graphique International «Octogones», y la Asociación de Literatura Infantil de la Argentina (ALIJA) lo premió en reiteradas oportunidades en los rubros Ilustración, Poesía y Diseño. Su libro *Botánica poética* (Calibroscopio, Buenos Aires, 2015) obtuvo el Gran Premio ALIJA 2015.

Cuando lo personal es político

«Lo personal es político», decimos las feministas. Esto apela a las dimensiones pedagógicas y culturales de las revoluciones. Transformar los vínculos, saliendo del «sálvese quien pueda» para llegar al «vamos juntxs», dejar el «ordeno-mando-obedezco» para llegar al «decidimos juntxs y juntxs hacemos», es una tarea gigantesca que va a contramano de lo aprendido como jerarquías, criterios de autoridad, en los límites establecidos sobre la base del aturdimiento que producen los medios de comunicación masiva, el sistema educativo tradicional, la coerción social y la represión.

Si bien la lucha socialista se ha propuesto crear nuevos valores, coherentes con una ideología basada en la solidaridad, perdura en muchas experiencias una cultura verticalista, autoritaria, caudillista, hegemonista, individualista, que reproduce modos de vinculación propios del capitalismo colonizado y patriarcal. Y esto ha sido favorecido por una crítica al capitalismo centrada en la economía y en los modos de producción de mercancías, de plusvalía, de riqueza, sin analizar la manera en que se crea la totalidad de la vida. El feminismo ha planteado superar la dicotomía entre la producción de mercancías y la reproducción de la vida, lo que permite valorar la importancia del aporte de las mujeres en las tareas de cuidado y también abre la oportunidad de distribuir de modo equitativo esas tareas. El trabajo no remunerado de las mujeres en la crianza y el cuidado de niños y niñas, jóvenes, adultos y adultas mayores es constitutivo del modelo de familia patriarcal, que además de no valorizarlo y naturalizarlo, subestima el aporte de las mujeres en la vida social. Esto se repite a la hora del reparto de roles en las organizaciones. Las mujeres están encargadas de la cocina, las actas, el comedor popular o la huerta, los círculos de cuidado de niños y niñas, las tareas educativas. Más difícil resulta encontrar a las mujeres en los lugares de decisión y representación política, aunque de a poco se va tomando conciencia y se van abriendo espacios, en algunos casos de modo enérgico y en otros aceptando lo «políticamente correcto», pero sin crear condiciones reales suficientes para que esto no signifique un gran sacrificio para las compañeras. Modificar estas situaciones no se relaciona solamente con la posibilidad de generar vínculos más placenteros entre quienes luchamos por forjar un mundo nuevo, sino también con la oportunidad de crear movimientos en los que se anticipe la experiencia de otros modos de relacionarnos, y con la constatación de que para crear ese mundo nuevo se requiere una profunda transformación de la cultura violenta del poder.

Lo difícil es asumir el cambio que implica en las conductas de cada uno y cada una. Porque el orden verticalista y autoritario es tranquilizador para los de arriba, pero también para los de abajo. Es más sencillo cumplir directivas, ser disciplinados, que rebelarnos frente a las arbitrariedades y problematizar las injusticias que reproducimos. Por eso, la pedagogía feminista asume la dimensión grupal como una necesidad básica, para que los dolores que produce el desaprendizaje de las opresiones puedan ser compartidos y sostenidos en los colectivos.

En la interpelación mutua de teoría y práctica, es fundamental que se pongan en juego distintos modos de aproximación al conocimiento, y que junto con la racionalidad, tan colonizada por los procesos educativos y comunicativos hegemónicos, estén también presentes la afectividad, los sentimientos, las intuiciones, los sentidos. La pedagogía feminista recupera de la educación popular datos centrales como el lugar del cuerpo en el proceso educativo, la dimensión lúdica, y recurre a los aportes de la educación por el arte, el psicodrama, el teatro de los oprimidos y las oprimidas, la danza, el canto y el diálogo desde diversas perspectivas ideológicas emancipatorias (marxismos, ecofeminismo, teología feminista, feminismos negros, indígenas, feminismos lésbicos, etc.).

La pedagogía feminista recupera de la educación popular datos centrales como el lugar del cuerpo en el proceso educativo

Con esas aproximaciones indagamos la realidad. Hay también un diálogo intergeneracional que nos ayuda a pensar que las huellas que dejamos van creando nuevas posibilidades a las colectivas más jóvenes, para identificar las maneras propias de estar en el mundo. Al mismo tiempo, problematizamos las prácticas históricas de las feministas, atravesadas por lógicas de fragmentación que recorren al conjunto de colectivos y movimientos populares. Esto nos obliga a preguntarnos una y otra vez cuál es el sujeto que es necesario constituir para que las transformaciones revolucionarias sean posibles, y hasta dónde exacerbamos las diferencias y las volvemos barreras inexpugnables, debilitando nuestras posibilidades concretas de transformaciones necesarias.

Reflexiones de este tiempo

Los retrocesos vividos en nuestros países nos obligan a mirarnos críticamente y a asumir responsabilidades en errores que pueden llevarnos a perder conquistas y logros, no de un gobierno o de un partido, sino del movimiento

popular. Es necesario que este retroceso no se agrande por la reproducción de esas mismas fragmentaciones en un contexto de pérdida de derechos y de trastocamiento reaccionario del imaginario cultural de nuestros pueblos. Es importante analizar cuánto hay en algunas de las fragmentaciones producidas en los movimientos populares de prácticas patriarcales, hegemonismos, peleas por el liderazgo puestas por encima del interés colectivo, autoritarismos e incluso violencias. Los momentos de contrarrevolución, de conservadorismo, si bien pueden favorecer acciones comunes de un plan de lucha, suelen también ser momentos de cierres sectarios, porque se antepone la existencia de un enemigo visible, grande, poderoso, que nos obligaría a dejar pendientes los procesos de autotransformación para tiempos más amables.

Sin embargo, el desafío es precisamente el contrario. Abrir nuestros espacios al encuentro, al sostén, al diálogo, a una mejor comprensión de los caminos que hemos intentado, recreando una pedagogía del abrazo, de la alegría, de la ternura. El desastre regresivo neoliberal nos obliga a recuperar las experiencias solidarias de sobrevivencia. Volver a la olla popular, pero no solo para atender la necesidad de la alimentación, sino pensando en experiencias de soberanía alimentaria. Cuidando que lo que echamos en la olla sean productos de nuestras huertas colectivas, donde no haya venenos ni transgénicos. Volver al trabajo colectivo y creativo, sin patrones, sin reproducción de los modelos de orden jerárquicos y autoritarios. Volver a las calles, haciendo de la autonomía de los cuerpos y de las organizaciones parte esencial de nuestra experiencia... aprendiendo a caminar juntas, en la dirección de nuestros sueños.

Se trata de feminismos populares en movimiento, en movimientos, que caminan la palabra verdadera, que miran la huella, que plantan en ella una semilla, que dibujan el horizonte cuando no lo ven, que cuentan historias de brujas que no asustan a las mujeres sino que nos dan fuerzas y nos enseñan sus secretos. Feminismos compañeros para estos tiempos de desencanto y de garrote, que hacen de la esperanza no una ilusión mágica, sino una acción colectiva tendiente a revolucionar las subjetividades aplastadas por las derrotas. Feminismos con memoria, que aprendimos con las Madres de Plaza de Mayo que «la única lucha que se pierde es la que se abandona». Feminismos que se atreven a hacer de las muchas maneras de amar y ser amadas lugares políticos, corporalidades disidentes, rebeldes, celebrantes, que no disocian el deseo y la felicidad de la lucha cotidiana por cambiar al mundo.

Feminismo y «extractivismo urbano»: notas exploratorias

Si bien el concepto de «extractivismo urbano» aparece en Argentina como un intento de aportar una nueva matriz para el análisis de las problemáticas que persisten en la ciudad de Buenos Aires, podría aplicarse al estudio de otras ciudades latinoamericanas. Pensar lo urbano en clave de extractivismo permite indagar fenómenos concretos y nos abre la posibilidad de ver esos fenómenos a través de la lupa del modelo económico que los produce. En diálogo con ese concepto, este artículo propone un abordaje feminista que introduzca en el debate el impacto de este modelo sobre las mujeres y su protagonismo en las resistencias urbanas.

Ana María Vásquez Duplat

El extractivismo urbano como concepto

La comprensión de las dinámicas del extractivismo tradicional y de los fenómenos propios de las ciudades neoliberales nos ha llevado a señalar que lógicas, prácticas y consecuencias propias de la megaminería, la extensión de monocultivos y el *fracking* son asimilables a las que se originan como producto de la especulación inmobiliaria y otras dinámicas persistentes en las grandes ciudades. A partir de ese enfoque, hemos incorporado el concepto

Ana María Vásquez Duplat: politóloga colombiana. Es investigadora del Centro de Estudios y Acción por la Igualdad e integrante de la corriente feminista La Ría. Además de sus tareas de militancia en temas de hábitat en la ciudad de Buenos Aires, es coordinadora de un proyecto de mejoramiento habitacional en el municipio de Moreno, provincia de Buenos Aires, Argentina.
Palabras claves: ciudades, extractivismo urbano, hábitat, neoliberalismo, América Latina.

de «extractivismo urbano» como un aporte o nueva matriz de análisis para construir marcos explicativos más amplios respecto del modelo de ciudad que se está consolidando en gran parte de los países de América Latina.

Es importante destacar que si bien el concepto de extractivismo urbano aparece en Argentina como un intento de aportar una nueva noción para abordar la comprensión de las problemáticas ambientales, sociales y habitacionales que persisten en la ciudad de Buenos Aires, bien podría aplicarse al análisis de variados fenómenos compartidos por las grandes ciudades latinoamericanas. Pensar los contextos urbanos a partir de la clave del extractivismo no solo nos permite indagar respecto de fenómenos como la especulación inmobiliaria, la entrega desproporcionada de tierra pública para emprendimientos privados, la «gentrificación», los desalojos violentos, la crisis habitacional, el aumento de las inundaciones y el agravamiento de sus efectos sobre la población, sino que nos abre también la posibilidad de ver esos fenómenos a través de la lupa del modelo económico que los sostiene y produce.

Como propone el académico colombiano Renán Vega Cantor, el extractivismo en su versión tradicional es un conjunto de actividades económicas –con sus correspondientes derivaciones militares, sociales, políticas, ideológicas y culturales– que posibilita el flujo de materia, energía, biodiversidad y/o fuerza de trabajo desde un territorio determinado hacia los centros dominantes del capitalismo[1]. Complementando esta definición y tal como lo han desarrollado varios estudiosos, entre ellos Maristella Svampa, el extractivismo es un modelo de ocupación territorial que busca desplazar otras economías al competir por la utilización de agua, energía y otros recursos, lo que genera dinámicas territoriales excluyentes y la emergencia de nuevos lenguajes de valoración del territorio[2].

Para facilitar la comprensión y siguiendo a Alberto Acosta, usamos el término «extractivismo» en referencia a «aquellas actividades que remueven grandes volúmenes de recursos naturales que no son procesados (o que lo son limitadamente), sobre todo para la exportación. El extractivismo no se limita a los minerales o al petróleo. Hay también extractivismo agrario, forestal e inclusive

1. R. Vega Cantor: «Extractivismo, violencia y despojo territorial en Colombia», ponencia presentada en el Seminario Internacional Geopolítica y Extractivismo en Colombia, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 13 y 14 de mayo de 2014, disponible en <www.youtube.com/watch?v=6JYq5qE3at0>.
2. M. Svampa: «Feminismos del Sur y ecofeminismo» en *Nueva Sociedad* Nº 256, 3-4/2015, disponible en <www.nuso.org>.

pesquero» [3]. A su turno, asumimos como propia la definición de «urbanismo neoliberal» utilizada por Patricia Pintos en referencia a «aquellas formas de articulación pública-privada no formalizadas pero con efectos reales, en las que convergen la liberalización de los mercados del suelo, la concentración del capital inmobiliario con gran capacidad de gestión financiera –y el beneplácito de los gobiernos locales– y la irrupción de inversiones para el desarrollo de megaproyectos con alto impacto territorial»[4]. Si la megaminería, la explotación de hidrocarburos, la expansión de la frontera agrícola y el monocultivo son expresión material de un tipo de modelo de desarrollo capitalista, la especulación inmobiliaria es el fenómeno concreto del urbanismo neoliberal.

La tierra ha sido mercantilizada y es por ello que existe un mercado de bienes (raíces) que posibilita que, siguiendo la línea de Acosta, también haya extractivismo en las ciudades, siendo el suelo urbano el bien «removido» en grandes volúmenes por el capital. Estamos entonces frente a un modelo de ocupación territorial que se caracteriza por el desplazamiento de poblaciones, la apropiación de lo público y la concentración de la riqueza. El suelo, un bien común en las ciudades, es reconvertido a favor de intereses privados a través de vías institucionales e incluso de mecanismos ilegales consentidos por el Estado, en el marco de proyectos de planificación urbana definidos de manera vertical y sin consulta a las poblaciones. El extractivismo urbano, entonces, está en las antípodas de la consagración de ese «derecho a la ciudad» sobre el que teorizó Henri Lefebvre y que implica la posibilidad de que toda la ciudadanía pueda usar, pensar e imaginar la ciudad[5].

El suelo, un bien común en las ciudades, es reconvertido a favor de intereses privados a través de vías institucionales e incluso de mecanismos ilegales

Extractivismo urbano en América Latina

En el intento de descubrir las causas estructurales del paulatino recrudecimiento de la crisis habitacional en la ciudad de Buenos Aires, empezamos a

3. A. Acosta: «Extractivismo y neoextractivismo: dos caras de la misma maldición» en Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo: *Más allá del desarrollo,* Fundación Rosa Luxemburgo / América Libre, Buenos Aires, 2012, p. 85.
4. P. Pintos: «Tensiones del urbanismo neoliberal en la gestión de humedales urbanos. Elementos para su análisis en la Región Metropolitana de Buenos Aires», inédito, 2011, disponible en <http://works.bepress.com/patricia_pintos/3/>.
5. H. Lefebvre: *El derecho a la ciudad* [1968], Península, Barcelona, 1978.

indagar respecto del modelo de planificación urbana y la relación de este con la consolidación de una ciudad cada vez más excluyente, privatista y expulsiva. Como resultado de ello –como ya mencionamos–, se acuñó el concepto de extractivismo urbano para dar cuenta del marco general en que se inscriben las problemáticas habitacionales, sociales y ambientales de la ciudad.

El concepto de extractivismo urbano da cuenta del marco en que se inscriben las problemáticas habitacionales, sociales y ambientales de la ciudad ■

Cuatro datos respecto del panorama actual de la ciudad son claro ejemplo del modelo urbano al que nos referimos: a) entre 2001 y 2010, en la ciudad de Buenos Aires se construyeron 20 millones de metros cuadrados, de los cuales 43% correspondió a viviendas lujosas y suntuarias[6]; b) a pesar de que la población de Buenos Aires no crece hace 20 años, entre 2001 y 2014 el aumento de la población de villas de emergencia, asentamientos y núcleos habitacionales transitorios creció 156%[7]; c) entre 2004 y 2011, el incremento del precio de la tierra fue de 281%[8], y d) 20% del parque habitacional se encuentra deshabitado, es decir que hay en la ciudad de Buenos Aires 150.000 viviendas vacías[9].

Estas cifras, que nos permiten tener un primer acercamiento a la desigualdad territorial, son el resultado específico de varios fenómenos que tienen una matriz común: la administración no democrática del suelo urbano, justificada en un supuesto «crecimiento» de la ciudad. Los fenómenos a los que nos referimos, y que encontramos en otras grandes ciudades de América Latina, son:

- especulación inmobiliaria,
- desalojos violentos,
- «gentrificación» (expulsión de poblaciones por el incremento del precio de la tierra),
- disminución de las zonas verdes a favor de nuevas construcciones,

6. Proto Comuna Caballito: «Análisis de la construcción en la Ciudad de Buenos Aires en la primera década de este siglo», disponible en <www.cafedelasciudades.com.ar>; Secretaría de Planeamiento, Ministerio de Desarrollo Urbano: «2001-2011. Construcción en la ciudad de Buenos Aires», s./f., disponible en <www.ssplan.buenosaires.gov.ar>.
7. Secretaría de Hábitat e Inclusión, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires: «De villa a barrio», disponible en <https://es.scribd.com/doc/261726449/SECHI-De-Villa-a-Barrio>.
8. Plataforma 2012: «Vivienda, especulación inmobiliaria y desigualdad en la ciudad de Buenos Aires», <http://plataforma2012.org.ar/index.php/documentos/documentos/50-vivienda-especulacion-inmobiliaria-y-desigualdad-en-la-ciudad-de-buenos-aires>, agosto de 2012.
9. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (Indec): *Censo nacional de población, hogares y viviendas 2010*.

- megaproyectos urbanos,
- flexibilización de reglamentos de zonificación y venta de tierra pública,
- beneficios para desarrolladores urbanos y grandes corporaciones,
- deficiencia de políticas públicas y presupuestos destinados a la urbanización de villas y asentamientos,
- enrejamiento de zonas, plazas y parques públicos,
- construcción de muros u otros mecanismos para separar los barrios más pobres.

Un caso paradigmático a escala regional de este último punto es el muro de 10 kilómetros construido entre la década de 1980 y 2012 en el cerro San Francisco, en Lima, para separar los barrios lujosos de una de las zonas más pobres de la ciudad. Esta y otras cuestiones que señalaremos brevemente demuestran que en Lima, al igual que en Buenos Aires, no existe una planificación urbana integradora, y el rol protagónico sigue teniéndolo el mercado que desata la especulación. Pablo Vega Centeno, estudioso de las dinámicas urbanas en Perú, afirma que Lima es una ciudad cada vez más excluyente, con cada vez más zonas socialmente homogéneas y que padece la consecuencia de la reducción o eliminación de sus espacios públicos[10].

Las familias de los centros urbanos de Perú sufrieron dramáticamente el cambio de paradigma que acompañó la llegada del neoliberalismo de los años 90, que modificó la política de «pueblos jóvenes»[11] por el imperio del título de propiedad como condición para el hábitat digno. Como lo expone Elizabeth Rush,

> estas comunidades «jóvenes» se presentan a menudo en conferencias internacionales como un modelo de desarrollo urbano informal. De hecho, los pueblos que se beneficiaron de este programa entre 1960 y 1980 impresionaban por su vitalidad, la (relativa) paz social y una fuerte participación de los habitantes de la comunidad. A principios de 1990, sin embargo, bajo el liderazgo del presidente neoliberal Alberto Fujimori (1990-2000), el título de propiedad se impuso y, especialmente, la «rehabilitación» de la vivienda informal. La antigua alianza entre lo público y los residentes de estas tierras fue sustituida por una privatización de la cadena de espacio de vida, con el objetivo de transformar a los habitantes a merced de una economía de mercado exitosa.[12]

10. P. Vega Centeno: «El espacio público y la visión de ciudad: recuperando el valor de la calle para la ciudadanía» en Centro de Estudios Constitucionales, Tribunal Constitucional del Perú: *Justicia, derecho y sociedad. Debates interdisciplinarios para el análisis de la justicia en el Perú*, JMD, Lima, 2015.
11. Equivalentes a favelas o villas miseria.
12. E. Rush: «Especulación inmobiliaria para los pobres de Lima» en *Le Monde diplomatique en español* Nº 214, 8/2013, p. 20.

Siguiendo nuevamente la descripción que hace Vega Centeno de la Lima actual, el supuesto desarrollo generado gracias a la inversión inmobiliaria es inexistente. Por el contrario, se observa un «crecimiento urbano terriblemente inequitativo, con algunos islotes de auge inmobiliario cercados con rejas para diferenciarse y 'protegerse' de la ciudad informal que se ha producido, con tejidos urbanos poco adaptados al necesario abastecimiento de las diferentes redes de infraestructura y populosos asentamientos humanos con pocas probabilidades de alcanzar en un futuro niveles de consolidación urbana satisfactorios»[13].

Río de Janeiro es otro caso regional que cabe destacar, ya que los efectos del extractivismo urbano se han desarrollado allí con una violencia única en relación con otros casos de nuestro hemisferio. Se calcula que entre 2001 y 2011 la policía de Río de Janeiro mató a unas 1.000 personas por año en promedio, de las cuales 82% eran afrodescendientes, jóvenes y habitantes de las favelas[14]. Río de Janeiro y otras ciudades brasileñas fueron durante muchos años un faro regional en lo que respecta a programas de reurbanización e integración de favelas; sin embargo, los embates de una planificación definida por la lógica del mercado están generando cambios urbanos sustanciales.

La Copa Mundial de Fútbol de 2014 y los Juegos Olímpicos de 2016 se convirtieron en eje de la definición de un modelo de gestión urbana que busca perfilar a Río como una ciudad global. Si bien los programas atados a este modelo de gestión fueron publicitados como motor de la calidad de vida de los habitantes, lo cierto es que, como apuntan Edgardo Contreras Nossa y Guadalupe Granero Realini, la «mejoría de la calidad de vida solo ocurre para los nuevos habitantes de la región, que no son cualquier ciudadano sino únicamente aquellos que tienen el poder adquisitivo para acceder a los nuevos emprendimientos y habitar la nueva ciudad, mientras que el antiguo habitante de la zona se ve forzado a abandonarla –por diversos motivos que consolidan procesos de 'gentrificación'– mediante remociones blancas [por vía judicial o presiones económicas] tanto como violentas». Y –continúan

Dentro de la lógica de especulación inmobiliaria, la pobreza significa una desvalorización de los proyectos ■

13. P. Vega Centeno: «El modelo urbano que sigue Lima en la actualidad: el responsable olvidado de la inseguridad» en *Argumentos* Nª 1, 3/2013.
14. Maximiliano Duarte Acquistapace: «La fragmentación urbana en Río de Janeiro: impactos sociales y políticos de la implementación de las UPPs en las favelas», trabajo presentado en el Congreso Internacional Contested Cities, Madrid, 2016, disponible en <http://contested-cities.net/working-papers/wp-content/uploads/sites/8/2016/07/WPCC-163518-DuarteMaximiliano-Fragmentaci%C3%B3nUrbanaRioDeJaneiro.pdf>.

los autores citados– «dentro de la lógica de especulación inmobiliaria, la pobreza significa una desvalorización de los proyectos, lo cual redunda en la depreciación de la ciudad, de manera tal que la solución más simplista y efectiva es la limpieza social de las zonas requeridas para la libre especulación inmobiliaria, trasladando la población removida a la periferia de la ciudad»[15].

El caso de Río de Janeiro es otra de las tantas versiones de la ciudad orientada al consumo, que deja a su paso dramáticas desigualdades territoriales y sociales. El desplazamiento de las familias más pobres generado por la violencia económica del mercado y de la policía encargada de los desalojos deja su huella a lo largo de América Latina. En 2014, la ciudad de Buenos Aires fue testigo –como no lo era desde los años de la última dictadura cívico-militar argentina– del brutal desalojo de 700 familias en la zona sur de la ciudad. La imagen de las retroexcavadoras destruyendo todo a su paso es postal de la evidencia del modelo extractivo urbano que, como arma del sistema capitalista, también recurre a la apropiación por desposesión.

Feminización y feminismo en las luchas

Para abordar este último título, y como mecanismo pedagógico, retomamos una intervención de Svampa de hace unos años, en el marco de las actividades preparatorias del Encuentro Nacional de Mujeres. En esa conferencia, titulada «Megaminería, extractivismo y patriarcado»[16], la socióloga argentina caracteriza la megaminería, el extractivismo y el rol de las mujeres y del sistema patriarcal en esa dinámica del extractivismo tradicional. Y esas reflexiones pueden aplicarse a la cuestión del extractivismo urbano y al papel de las mujeres en las resistencias a este modelo.

Svampa, siguiendo los enunciados del ambientalista mexicano Enrique Leff, asegura que, producto de la expansión del extractivismo, asistimos a un proceso de *ambientalización* de las luchas sociales. En el tema que nos ocupa, podemos afirmar que en contextos urbanos observamos que, también como producto de la profundización del modelo extractivo, se presenta un proceso que podríamos denominar *urbanización* de las luchas. Con ello nos referimos a que distintas asambleas, movimientos sociales, organizaciones de base y otros actores históricamente más enfocados en la lucha por el trabajo y el salario

15. E. Contreras Nossa y G. Granero Realini: «La Cidade Maravilhosa y sus modelos urbanos divergentes. El caso de Porto Maravilha y el plan popular de Vila Autódromo en Río de Janeiro» en *Hábitat Inclusivo* Nº 3, 28/7/2014, <www.habitatinclusivo.com.ar/hi/03/articulos/la-cidade-maravilhosa-y-sus-modelos-urbanos-divergentes.pdf>.
16. Conferencia completa disponible en <www.youtube.com/watch?v=R3lk8jEk6yw>.

han tomado la reivindicación de la vivienda, el derecho a la ciudad y el hábitat digno como ejes de reivindicación en sus resistencias.

Continuando en la línea de exposición de Svampa en esa conferencia, después de un extenso recorrido explicativo sobre la megaminería y el extractivismo, se detiene en la pregunta respecto de cuál ha sido el rol de las mujeres en las luchas socioambientales. En relación con el momento actual, Svampa sostiene que, sin lugar a dudas, las mujeres de las organizaciones indígenas, los movimientos socioambientales y las ONG ambientalistas ocupan un lugar central y resalta su protagonismo tanto en el sostenimiento de la luchas como en la autoorganización colectiva, lo que marca que estamos frente a un «proceso de feminización de las luchas». A este abanico de territorios y resistencias en el caso de Buenos Aires es posible, entonces, sumar a las organizaciones villeras y, en general, las luchas por la vivienda y el hábitat, ya que allí las mujeres también ocupan un lugar preponderante.

Para dar un dato concreto: en 2014 elaboramos un informe respecto del estado de los procesos eleccionarios de representantes de villas y asentamientos de la ciudad de Buenos Aires y la conformación de los cuerpos de representación. Para ese año, 11 villas y asentamientos porteños habían desarrollado elecciones, y en seis de ellos la representación se organizó a través de comisiones directivas. En cinco de esos seis casos, las comisiones estaban presididas por mujeres. Otro dato importante es que del total de representantes electos en los 11 barrios, 52% eran mujeres. Estos datos que rescatamos nos ayudan a mostrar no solo el importante nivel de participación de las mujeres en los procesos de organización y lucha villera, sino su liderazgo en ellos.

En el marco del análisis sobre el ecofeminismo, Leff se pregunta si hay una afinidad natural de las mujeres con la naturaleza que legitima sus reivindicaciones sociales y las vuelve voceras privilegiadas de los derechos de la naturaleza[17]. Podríamos abrir el mismo interrogante respecto de si existe una afinidad, natural o no, de las mujeres con el hábitat, que las lleva a ser portavoces del derecho a la vivienda. Una respuesta anticipada nos llevaría a pensar que los roles de cuidado impuestos a las mujeres, la asimilación histórica de lo privado con lo femenino y la tarea de reproducción de la vida familiar establecen especificidades que atribuyen a las mujeres una relación particular con la vivienda y el barrio; si bien esta relación no puede ser concebida como

17. E. Leff: «Ecofeminismo: el género del ambiente» en *Polis Revista Latinoamericana* Nº 9, 9/2004.

natural, sí puede privilegiar o fortalecer la participación protagónica de las mujeres en las resistencias por el hábitat y la vivienda digna.

Asimismo, y tal como pasa en contextos de resistencia contra el extractivismo tradicional, observamos que, en general, estas mujeres que comandan la lucha por la vivienda y por lo público no se reivindican abiertamente feministas. Retomar las ideas de Svampa implica, entre otras cosas, incorporar su pregunta sobre si es legítimo asimilar feminización de las luchas con feminismo. Intentar responderla nos abre una amplia posibilidad de análisis respecto de las características puntuales de las formas en que se expresa el feminismo y los desafíos que tiene por delante en contextos urbanos y frente al modelo extractivo que llegó a las ciudades.

En general, estas mujeres que comandan la lucha por la vivienda y por lo público no se reivindican abiertamente feministas

Svampa llega a la conclusión de que si bien las mujeres que luchan contra el extractivismo no se reivindican directamente como feministas, sí hay una incorporación del feminismo en esas luchas. Además, realiza un amplio desarrollo respecto de cómo se utiliza el cuerpo femenino para la lucha por el territorio y menciona los trabajos de cuidado y cómo los roles impuestos a las mujeres finalmente terminan aportando a la definición de la lucha contra el extractivismo tradicional[18].

Entendiendo que el uso del extractivismo urbano como concepto es una noción nueva y en construcción, y que en el mundo académico la relación entre resistencia y género en contextos de luchas urbanas no ha sido tampoco ampliamente abordada, aún no se conocen estudios que avancen en las especificidades que las mujeres han aportado a la lucha contra las consecuencias del modelo extractivo urbano. Con el propósito de avanzar algunos pasos en esta temática, podríamos ensayar por lo menos una primera aproximación sobre cómo la mujer ha aportado a ciertas definiciones o transformaciones.

Una hipótesis inicial que nos arriesgamos a plantear es que en las luchas por la vivienda, la reurbanización y la radicación definitiva en los territorios habitados se ha venido configurando un cambio paulatino respecto de la jerarquización de las demandas. Hace unas décadas, el reclamo por el título de

18. M. Svampa: «Feminismos del Sur y ecofeminismo», cit.

propiedad se instalaba en un lugar prioritario de las reivindicaciones, mientras que en la actualidad este ha pasado a un segundo plano y ha sido reemplazado por otras cuestiones vinculadas a la integración a la ciudad, el acceso igualitario a los servicios públicos y la mejora de los espacios comunes.

Consideramos que las mujeres han sido sustanciales en este cambio de prioridades por dos razones principales: por un lado, y tal como lo demuestran variados informes de derechos humanos, concentran un porcentaje mínimo de la propiedad de la tierra, con lo cual no son históricamente propietarias de ella; por el otro, las mujeres son las principales usuarias de la vivienda y los espacios comunes intrabarriales, razón por la cual los efectos de la deficiencia de los servicios públicos, así como la insuficiencia de equipamiento comunitario, las afectan más.

Svampa plantea también que el ecofeminismo ha aportado «una mirada sobre las necesidades sociales, no desde la carencia o desde una visión miserabilista, sino desde el rescate de la cultura del cuidado como inspiración central para pensar una sociedad ecológica y socialmente sostenible, a través de valores como la reciprocidad, la cooperación y la complementariedad»[19]. Este desarrollo nos lleva a proponer una hipótesis adicional: haciendo cierta esta misma afirmación en contextos de resistencias urbanas por la vivienda y el hábitat digno, esto puede haber contribuido al cambio de la bandera centrada en la *urbanización* por la de la *reurbanización* con radicación definitiva, con el conjunto de implicaciones reales y simbólicas que supone ese tránsito[20].

Esta leve modificación, que parece meramente lingüística, implica un verdadero cambio de paradigma, en tanto presupone otra valoración respecto de lo autoconstruido individual y colectivamente, por lo edificado material y socialmente, un resguardo de los lazos barriales existentes y una defensa y apropiación del territorio de mayor arraigo. Nos aventuramos a proponer que el lenguaje de valoración de las mujeres, enmarcado en la cultura del cuidado, puede haber tenido una influencia particular también en este sentido.

19. Ibíd., p. 131.
20. El concepto de urbanización supone el proceso de construcción progresiva de viviendas, servicios y usos urbanos concentrados en un territorio definido, que antes del inicio de tal proceso estaba baldío y deshabitado. Reurbanización, en cambio, hace referencia a la mejora, completamiento, recuperación o rehabilitación de una sección de la ciudad donde ya hubo un primer proceso de construcción urbana; en este caso particular, realizada a través de la autoconstrucción y autogestión de las propias familias.

Para finalizar, parece importante señalar que lo que se pretende plantear en este trabajo es una suerte de «abrebocas» o invitación a abrir líneas de investigación encaminadas a indagar en la relación entre extractivismo urbano (o modelo de urbanización neoliberal), género, feminismo y resistencias urbanas. Es un primer intento por abrir este debate, porque reconocemos que hay un arduo trabajo investigativo por transitar. Con todo, podemos arriesgarnos a afirmar que efectivamente las mujeres están marcando transformaciones en la lucha por la vivienda y el hábitat y son protagonistas en la resistencia contra el modelo extractivista urbano. Generar estudios al respecto sería una importante contribución para la comprensión de los fenómenos propios del modelo capitalista imperante en nuestras grandes ciudades, y por qué no para el desarrollo progresivo de una teoría urbanofeminista.

Estudios Internacionales

Enero-Abril de 2016 Santiago de Chile Nº 183

ARTÍCULOS: **Miryam Colacrai**, La relación bilateral Argentina-Chile en clave política 2010-2015. Continuidades y matices con cambios de gobierno. **Sergio González Miranda y Cristián Ovando Santana**, "Emotivistas" bolivianos en la relación diplomática entre Bolivia y Chile en torno a la mediterraneidad. **Ricardo Ffrench-Davis**, Chile y la financiación innovadora para el desarrollo: una experiencia para *hacer* globalización inclusiva. **Pablo A. Rivas Pardo**, Defensa interna de los países de América Central: "el empleo coercitivo de las Fuerzas Armadas contra la delincuencia". **Donato Fernández Navarrete**, La crisis económica española: una gran operación especulativa con graves consecuencias. OPINIÓN: **Alberto E. Dojas**, Legality of a use of force and the practice of state: What can be expected in the next two decades? RESEÑAS.

Estudios Internacionales es una publicación del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Condell 249, Casilla 14187 Suc. 21, Santiago 9, Chile. Tel.: (56-2) 4961200. Fax: (56-2) 2740155. Correo electrónico: <inesint@uchile.cl>. Página web: <www.iei.uchile.cl>.

La política de la «historia desde abajo»

Edward P. Thompson historiador, activista y polemista

Paul Pasquali

El libro *Edward P. Thompson and the Making of the New Left*, editado y presentado por Cal Winslow, revaloriza la faceta del historiador británico como intelectual comprometido e incluso militante. La selección de textos es más que una antología y permite aprehender los resortes políticos de una obra cuya génesis comienza mucho antes de la publicación, en 1963, de su libro más conocido: *La formación de la clase obrera en Inglaterra.*

Editado y presentado por Cal Winslow[1], *Edward P. Thompson and the Making of the New Left* [Edward P. Thompson y la formación de la Nueva Izquierda] reúne 13 textos políticos, uno de ellos inédito, escritos entre 1956 y 1962 por Edward P. Thompson (1924-1993). Su interés radica en ofrecer otra mirada sobre este pionero de la «historia desde abajo»[2], nacida en los años 1960-1970 en Gran Bretaña antes de inspirar los análisis de intelectuales de la India y otros países del Sur, bajo el estandarte de los estudios subalternos (*subaltern studies)*[3]. Desde hace unos 15 años, Thompson es cada vez

Paul Pasquali: es sociólogo e investigador del Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS) de Francia y autor de *Passer les frontières sociales. Comment les «filières d'élite» entrouvrent leurs portes* (Fayard, París, 2014). Sus principales temas de investigación son la historia de las ciencias sociales, la movilidad social y las desigualdades en los sistemas educativos de Europa.
Palabras claves: estudios culturales, «historia desde abajo», marxismo, movimiento obrero, Edward P. Thompson, Gran Bretaña.
Nota: este artículo es una versión traducida y adaptada del artículo «La politique de l'histoire par en bas'», publicado en *Genèses. Sciences Sociales et Histoire* Nº 99, 2015. Traducción del francés de Gustavo Recalde.
1. C. Winslow: *Edward P. Thompson and the Making of the New Left*, Monthly Review Press, Nueva York, 2014. Winslow es un ex-alumno de Thompson y uno de los coautores, junto con Douglas Hay, Peter Linebaugh, John G. Rule y E.P. Thompson, de *Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England,* Allen Lane, Londres, 1975.
2. Recordemos que si bien esta expresión es de Thompson, remite a un enfoque que ya existía en autores como Jean Jaurès o Albert Mathiez. Fue respecto de este último que Lucien Febvre, tres décadas antes, habló de «historia vista desde abajo» (*Annales d'Histoire Économique et Sociale* Nº 18, 1932, p. 576). Más allá de las diferencias de objetos y estilos, el proyecto es similar: poner en un primer plano al pueblo, a los anónimos y los marginales, contra los relatos centrados en los grandes hombres, el Estado y las instituciones, e insistir sobre la racionalidad de las creencias y revueltas populares, contra la mirada predominante de las elites y la historiografía tradicional de los movimientos sociales.
3. Dipesh Chakrabarty: «Una pequeña historia de los estudios subalternos» en Pablo Sandoval (dir.): *Repensando la subalternidad. Miradas críticas desde/sobre América Latina*, Envión / IEP, Lima, 2010.

más citado y discutido en las ciencias sociales latinoamericanas, especialmente entre los historiadores, pero con frecuencia al precio de malentendidos conceptuales y cierto nivel de despolitización[4]. Gracias a este libro, podemos descubrir a un autor mucho más comprometido, tanto en su vida de historiador como fuera de ella, que lo que permiten ver numerosos usos académicos de sus trabajos, particularmente en Argentina[5] y Brasil[6]. Así, se llega a reconsiderar la oposición, demasiado esquemática, que muchos académicos suelen hacer entre ciencia y política: en el caso de Thompson, esta oposición impide comprender la génesis de una obra, un enfoque y un estilo tan característico. Más allá de eso, cuestionar esta separación *a priori* evidente permite medir el aporte, en el surgimiento de investigaciones rigurosas e innovadoras, de experiencias y convicciones muy alejadas de este lugar común que es la «neutralidad axiológica», concepto abusivamente asimilado a un imperativo de no intervención de los académicos en el campo político, al precio de un contrasentido sobre aquello que Max Weber entendía por *Wertfreiheit*, a saber, la «no imposición de valores» *en situación pedagógica* por parte de un docente que abusa de su autoridad[7].

Historiador, activista y polemista

A pesar de las apariencias, esta selección de textos es más que una antología. La elección del corpus, la introducción general y los recuadros explicativos que preceden cada texto enriquecen considerablemente el conocimiento de los resortes políticos de una obra cuya génesis comienza mucho antes de la publicación, en 1963, de la obra maestra del historiador, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*[8]. A menudo, los lectores conocen más a Thompson por sus famosos estudios sobre el mundo obrero, la «economía moral» de las revueltas por la escasez de alimentos o las formas de dominación[9], que por sus escritos de polemista antiestalinista y antinuclear o de marxista heterodoxo, crítico feroz del estructuralismo althusseriano[10], sin hablar de sus actividades militantes en varios campos de intervención. Pero la publicación de esta selección de ensayos no es solo un complemento bibliográfico. Abarcando un periodo de intenso compromiso, en plena Guerra Fría y

4. Lucas Poy: «Remaking The Making: E.P. Thompson's Reception in Argentina and the Shaping of Labor Historiography» en *International Review of Social History* vol. 61, 2016.
5. Agustín Nieto: «Los usos de E. P. Thompson en la historiografía 'argentina': un itinerario posible» en *Rey Desnudo* Nº 3, 2013.
6. Marcelo Badaró Mattos : «*La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Materialismo histórico e intervención política» en *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* Nº 4, 2014.
7. Isabelle Kalinowski: «Leçons wébériennes sur la science et la propagande» en M. Weber: *La science, profession et vocation*, Agone, Marsella, 2005.
8. Crítica, Barcelona, 1989.
9. E.P. Thompson: *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979.
10. E.P. Thompson: *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981 y *Writing by Candlelight*, Merlin Press, Londres, 1980.

en medio de los debates político-académicos de la «nueva izquierda» británica, estos textos ofrecen también un panorama de una *obra paralela*, más teórica y más literaria a la vez que la que goza del sello universitario, pero no menos fecunda. En ella se descubren los lazos –ecos o repercusiones– entre el presente inmediato en el cual el historiador estaba inmerso y el pasado lejano en el que se sitúan sus objetos de investigación.

El título de la selección, a manera de guiño a *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, sugiere deliberadamente que la forma en que Thompson ejercía la profesión de historiador es inseparable de sus múltiples combates y, particularmente, de su militancia en las filas de la New Left. Contra las lógicas maniqueas que enfrentaban a los partidarios de los dos bloques geopolíticos de la Guerra Fría, esta vasta nebulosa que agrupaba a docentes, estudiantes y trabajadores se había formado a fines de los años 1950 en torno de un objetivo unificador: inventar un socialismo con rostro humano, heredero crítico de las tradiciones del mundo obrero, reacio a las ortodoxias de todo tipo y decidido a resistir a las claudicaciones de la izquierda laborista. Sin reducirse a ello, la «historia desde abajo» de Thompson lleva la huella de esta coyuntura política específica. Tal como lo recuerda Winslow, debe también mucho a sus compromisos anteriores, que mencionaremos brevemente antes de abordar el contenido de estos textos y su actualidad científica.

Costos y recursos de un compromiso a largo plazo

Winslow enfatiza hasta qué punto la política marcó de manera precoz y duradera el itinerario de Thompson. Poeta y profesor de historia de la India en Oxford, su padre fue, antes de que naciera, misionero y educador en Bengala, defensor de la causa anticolonial, amigo personal de Nehru y Gandhi. Su madre también era una misionera con convicciones de izquierda. No bien ingresó en Cambridge a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, Edward, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor Frank, adhirió al Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB) en virtud de su antifascismo. Este combate continuó de otra forma cuando, interrumpiendo sus estudios, fue enviado al frente en África del Norte y luego a Italia. Thompson quedó muy impactado por un episodio trágico de esta epopeya antifascista en el que su hermano, entonces miembro de los servicios secretos británicos en Bulgaria, fue capturado y luego fusilado en 1944 por una brigada pronazi.

Al retomar sus estudios de literatura e historia social en Cambridge, en 1946, Thompson reanudó también su militancia comunista, en un contexto marcado por la hegemonía del Partido Conservador, la inercia de los

laboristas y el clima de sospecha generalizada respecto de los «malos patriotas». Su encuentro con su futura esposa, Dorothy Towers, también miembro del PC y que se convertiría en una figura destacada en los estudios del movimiento cartista[11], fue una etapa crucial en su compromiso. En 1948, la pareja decidió instalarse en el corazón del norte obrero de Inglaterra, en Halifax, para ponerse completamente al servicio de la causa. Edward era entonces secretario de la Federación de Yorkshire del Movimiento por la Paz, director de un diario pacifista y miembro activo del comité local del PC. En esos ámbitos, frecuentaba a militantes de base que eran un poco los herederos de los mundos plebeyos de los siglos anteriores a los cuales ambos dedicarían más tarde sus respectivas investigaciones.

Si bien integró rápidamente el Grupo de Historiadores del PCGB (GHPCGB), junto con Eric J. Hobsbawm, Christopher Hill y John Saville, Thompson ocupaba entonces un lugar marginal en el mundo académico. Sin tener un doctorado, estaba además aislado geográficamente de la mayoría de sus colegas establecidos en Londres. Hasta 1965 fue profesor de educación para adultos, y fue precisamente mientras dictaba sus cursos nocturnos cuando tomó conciencia de la riqueza de las tradiciones de las que le hablaban sus estudiantes, trabajadores politizados o sindicalistas en su mayoría, antes de ir en busca de sus huellas en los archivos. Sobre este punto, puede decepcionar que el editor, demasiado focalizado en el caso de Thompson, no insistiera demasiado en esta particularidad y, por lo tanto, olvidara preguntarse por los costos, variables según la época, que supone para un intelectual el hecho de militar más allá de los círculos intelectuales.

Solo a los 40 años Thompson accedió a un verdadero estatuto universitario, al convertirse en profesor de la Universidad de Warwick, donde fue designado director del Centro para el Estudio de la Historia Social (1965-1970). Y debió esperar hasta 1968 para ingresar al comité de redacción de *Past and Present*, la revista más emblemática de la «historia desde abajo», creada en 1952 por sus camaradas del GHPCGB. Pero este reconocimiento y el éxito de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* no bastarían para hacerlo abandonar su vida de activista. Así, en 1971, renunció a su puesto para denunciar las lógicas empresariales que se estaban introduciendo en las universidades británicas. Inició entonces una carrera de investigador *freelance*, invitado en el mundo entero a seminarios o viajes de estudio, antes de poner sus investigaciones entre paréntesis,

11. Movimiento vinculado a la clase trabajadora que se manifestó en varias oleadas entre 1838 y 1848. Su nombre deriva de la «Carta del Pueblo», un documento enviado al Parlamento Británico en 1838, en el que se reivindicaba el sufragio universal masculino y reformas que permitieran la participación de los obreros en el Parlamento [N. del E.].

durante la década siguiente, para dedicarse plenamente a su papel de vocero del movimiento pacifista European Nuclear Disarmament. Probablemente por su afán de coherencia, el editor centró su objetivo en las razones de la ruptura de Thompson con el PCGB en 1956 y en su influencia, los años siguientes, en el surgimiento de la New Left.

Génesis política de un trabajo de historiador

Thompson contó en una entrevista[12] cómo, a lo largo de sus intercambios cotidianos con sus amigos sindicalistas y con los estudiantes que asistían a sus cursos nocturnos, concibió poco a poco la idea de romper con la historiografía tradicional, de tipo «acontecimental» (centrada en los supuestos grandes acontecimientos) o economicista, del mundo obrero británico. Encargado por un editor de izquierda, redactado en un estilo vivaz, contundente e irreverente porque estaba destinado ante todo a un público no académico, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* era entonces el fruto de un recorrido fuera de los cenáculos universitarios, pero también un modo de devolver a sus estudiantes, en su mayoría autodidactas o «tránsfugas de clase», aquello que le habían dado sin saberlo. No resulta pues casual que la selección termine con un texto, publicado en 1962 en *New Left Review*, que es la versión inicial de un capítulo –«The Free Born Englishman» [El inglés libre por nacimiento]– de su libro de 1963. Una lectura demasiado apresurada podría llevar a ver este artículo como el embrión de un «clásico» historiográfico; la selección de Winslow muestra en cambio que se trata más bien de un intento de reinventar un marxismo abierto, tras el ingreso en disidencia y luego la ruptura con el PC.

Esta secuencia biográfica es crucial en el itinerario del historiador. Traumatizados por la crisis de Suez, el informe Jruschov y la intervención soviética en Hungría, Thompson y otros disidentes del PC, entre ellos Saville, fundaron primero una publicación interna, *The Reasoner*, en la cual se publicó el primer texto de esta recopilación, escrito al calor del acontecimiento, contra la invasión de Budapest por el Ejército Rojo. Thompson tenía apenas 35 años, aún era miembro del PC, pero reprochaba a sus dirigentes su ceguera frente a los crímenes del estalinismo, que desmenuzó metódicamente a partir de recortes de diarios, declaraciones y citas oficiales. Afirmando la verdad, la libertad de opinión y la fraternidad internacional como valores fundamentales del comunismo, defendía un «humanismo socialista» cuyas grandes líneas se esbozan en el segundo texto, a medio camino entre el manifiesto y el programa, publicado en 1957 en una nueva revista,

12. V. entrevista en Henry Abelove: *Visions of History*, Manchester University Press, Manchester, 1976.

The New Reasoner, que creó con sus camaradas tras su ruptura con el PC. A través de su crítica al estalinismo –pero también al leninismo y al trotskismo–, arremete contra los fundamentos del régimen soviético y, en un plano más teórico, contra el determinismo mecanicista presente en Friedrich Engels y en ciertos análisis del «viejo Marx».

Esta crítica lo condujo a desechar las variantes estatistas y vanguardistas del socialismo, para poder pasar «de las abstracciones y fórmulas escolásticas al hombre real, de los fraudes y los mitos a la historia honesta»[13]. No dudó en movilizar su trabajo de historiador para alimentar sus reflexiones políticas, como si militar significara para él a la vez escribir y *hacer* historia, aquí y ahora. Fue en este texto donde apareció por primera vez un concepto que se volvió central luego en Thompson y sus herederos: la *agency*, ese margen de acción autónoma, socialmente situada. Desde este punto de vista, la antología de Winslow permite disipar los frecuentes malentendidos en torno de esta noción hoy de moda entre algunos pensadores críticos y en las diversas corrientes posmodernas[14], tanto en América Latina como en otros lugares[15]. En Thompson, la *agency* no sirve para rehabilitar una capacidad subversiva «natural» de los dominados, o su irreductible subjetividad impermeable a todo determinismo socioeconómico, sino ante todo para refutar las vulgatas marxistas que, reduciendo todo a una «base infraestructural», niegan la autonomía relativa de los valores y las producciones culturales. En realidad, Thompson no pensaba en absoluto en «sujetos» sino en «agentes»[16], que «no reflejan pasivamente su experiencia, sino que piensan también que esta experiencia y su pensamiento afectan la manera en que actúan»[17]. Se observa allí un tema clave de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, pero que en ese momento apuntaba en primer lugar a salvar el potencial emancipador del marxismo. Convirtiéndose en animador esencial de la *Universities and Left Review*, que se fusionaría en 1960 con *The New Reasoner* para dar nacimiento a *New Left Review*, Thompson pretendía participar en la estructuración intelectual de un movimiento del cual esperaba que tuviera impacto más allá de los pequeños círculos cultos. En dos textos, publicados en 1957 y 1959, fijó así las prioridades estratégicas de la «nueva izquierda»: los debates abiertos, las relaciones no jerárquicas y las acciones unitarias debían dar cuerpo a ese «humanismo socialista» que anhelaba, a través de los clubes de pensamiento, las campañas de autoeducación, las revistas

13. C. Winslow: ob. cit., p. 53.
14. Jacques Pouchepadass: «Les *subaltern studies* ou la critique postcoloniale de la modernité» en *L'Homme* Nº 156, 2000.
15. Julia Soul: «E.P. Thompson en la antropología social latinoamericana. Convergencias, divergencias y desplazamientos conceptuales» en *Rey Desnudo* Nº 3, 2013.
16. C. Winslow: ob. cit., p. 73.
17. Ibíd, p. 57.

colaborativas, los teatros populares, los comités de inquilinos y las cooperativas. En síntesis, una suerte de «política desde abajo», si cabe la expresión, que tiene mucha afinidad con su manera de escribir la historia.

El empirismo del historiador: arma polémica y recurso político

Esta «política desde abajo» rechazaba tanto a los universitarios timoratos como a los aparatos políticos oligárquicos o a los «profetas arrogantes»[18] que confiscan la palabra del pueblo. Thompson veía en la diversidad de la New Left una riqueza que permitía el advenimiento –sin pasar por una gran ruptura mesiánica– de una versión de la revolución diferente de la que existía en los países de Europa oriental. Se trataba de «ayudar a la gente a pensar el socialismo como algo hecho *por* el pueblo y no *para* él o impuesto *a* él, abriendo nuevos caminos a través de las luchas *en el terreno*»[19]. Este empirismo político debía mucho a sus investigaciones de entonces: mencionando a los niveladores del siglo xvii y a los cartistas del siglo xix, atribuía a los activistas que ocupaban posiciones de intermediarios culturales, más que al Partido o al Estado, un papel motor en la formación de una identidad de clase progresista. Lo que no le impedía ir más allá de los hechos haciendo observaciones teóricas de gran actualidad para pensar la abstención[20], los movimientos sociales[21] y la recomposición de las relaciones de clase[22].

Aunque a menudo lleven la marca de una era que pasó, en el plano político, estos textos siguen siendo en cambio muy actuales para evitar ciertos peligros que acechan a menudo a las ciencias sociales contemporáneas. Mencionemos en particular dos de ellos, publicados en 1959[23] y en 1961[24], donde Thompson critica duramente los primeros trabajos de los estudios culturales (*cultural studies)*, en nombre de un empirismo que, esta vez, no es político sino específicamente científico. Apunta sobre todo contra Richard Hoggart y Stuart Hall. Al primero y a sus epígonos les reprocha cierta idealización de la clase obrera tradicional y un enfoque demasiado sentimental y centrado en las relaciones familiares, que carece cruelmente de «perspectiva histórica seria»[25]. Más allá de eso, señala la dificultad que tienen estos estudios para dar cuenta de las contradicciones internas de los sectores populares, tomar en serio la vida cultural de los dominados más allá del entretenimiento de masas y comprender en su complejidad las imbricaciones entre familia, escuela, trabajo y política. Al no inscribir el análisis en la historia de larga duración de las clases populares ni prestar atención al papel de

18. Ibíd., p. 168.
19. Ibíd, p. 184, énfasis en el original.
20. Ibíd., pp. 137-144.
21. Ibíd., pp. 147-159.
22. Ibíd., pp. 168-185.
23. Ibíd., pp. 103-116.
24. Ibíd., pp. 187-213.
25. Ibíd., p. 107.

las minorías activas en su seno, estos estudios tienden, según él, a caer en el evolucionismo o el psicologismo y, con su afán de reducir todo a lo cultural, a perder de vista la importancia de lo político y lo económico.

Desde este punto de vista, su texto más estimulante –y virulento– es su reseña de *La larga revolución* (1961)[26], de Raymond Williams, otra figura importante de la New Left y pionero de los estudios culturales. Tras haberlo reconocido como «el mejor de nosotros»[27], le dirige numerosas críticas. Por un lado, le reprocha a Williams un estilo impersonal y desencarnado que, sin decirlo, reproduce el punto de vista dominante y su culto a la «Gran Tradición»: «Les dediqué mucho tiempo a los años 1840 –escribía– y sus años 1840 no son los míos»[28]. Por otra parte, señala su tendencia a ocultar las relaciones de clase y la violencia de los poderosos, por considerar a menudo que «así se hizo la historia» en lugar de mostrar cómo «los hombres hicieron la historia así»[29]. Se introducen aquí dos de los principios fundamentales de la «historia desde abajo» que serían ilustrados en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*.

No se trata de una crítica política de Williams: más bien «celebra el valor»[30] de su colega, que nunca cedió a la ortodoxia estalinista ni renegó de sus convicciones socialistas. Si bien consideraba que este era víctima de las concepciones burguesas de la política, lo era ante todo, en su opinión, por ignorancia de las exigencias de la administración de la prueba y los últimos logros de las ciencias sociales empíricas (que no se privaba de enumerar). De ahí, según él, una teoría demasiado vaga de la «cultura», que no consiste en un «*whole way of life*» [un modo de vida integral], tal como lo piensa Williams, sino que es un «*whole way of conflict*» [integralmente conflictivo][31].

A pesar de los desacuerdos, Thompson mantuvo siempre relaciones amistosas y cálidas con Williams y Hoggart. En sus memorias, Hoggart señala cómo su experiencia común en la educación para adultos forjó entre ellos una estima duradera y mutua[32]. Sucedió algo diferente con las relaciones entre Thompson y *New Left Review* después de 1963, fecha que marcó al mismo tiempo su alejamiento de la revista y el comienzo de una década de polémicas con sus nuevos directores. Así sucedió, en particular, con su editor Perry Anderson, en quien Thompson veía la encarnación de un marxismo dogmático *newlook* y de un repliegue teoricista sectario sin base ni práctica militantes. El único texto inédito de la selección es, precisamente, una comunicación

26. Nueva Visión, Buenos Aires, 2003.
27. C. Winslow: ob. cit., p. 187.
28. Ibíd., p. 195.
29. Ibíd., p. 191.
30. Ibíd., p. 193.
31. Ibíd., pp. 204-205.
32. R. Hoggart: *A Sort of Clowning*, Chatto & Windus, Londres, 1990, p. 96.

interna enviada al comité de redacción, en la cual reprochaba a la revista su giro tercermundista. Cuestionaba así el «intelectualismo romántico» y el «exotismo» revolucionario de sus ex-camaradas, que habrían cedido a la «mística de la violencia» de Jean-Paul Sartre y Frantz Fanon. Contra lo que consideraba un efecto de moda propio de los pequeños círculos intelectuales de Oxford, defendía otro tipo de internacionalismo, en contacto con las realidades locales y nacionales, arraigado en el movimiento obrero y preocupado por intervenir en la actualidad política británica.

Otras dos críticas formuladas por Thompson en este texto inédito invitan a matizar los lazos a menudo mencionados entre su obra y los últimos avatares de los estudios culturales y los estudios subalternos Si bien su obra pudo alimentar las reflexiones de especialistas de las culturas populares o del poscolonialismo, se trata de una herencia parcial y a veces ambigua. Por un lado, señala los límites de los enfoques centrados en las cuestiones culturales, a partir del momento en que la cultura se vuelve un pretexto para eludir los problemas políticos y económicos. Por otro lado, se niega a reducir todos los debates a la historia del colonialismo, una lectura «ingenua»[33] de lo real que desvirtúa las luchas y las tradiciones populares en el seno mismo de las potencias occidentales y lleva a dar la espalda tanto al presente como al pasado.

En muchos aspectos, estos textos permitirán alimentar las reflexiones sobre la historia de los movimientos sociales, el compromiso de los intelectuales y la circulación transnacional de los conceptos de Thompson en las ciencias sociales[34]. Ofrecen también un modelo para comprender cómo el activismo político puede ser, en ciertas condiciones, un recurso para el trabajo de los investigadores, en vez de ser un «sesgo» que amenaza su cientificidad o un rasgo idiosincrásico, propio de las llamadas corrientes «críticas». En síntesis, sugieren que nuestra inventiva depende estrechamente de nuestra combatividad, lo que, en los tiempos que corren, es bastante saludable.

33. C. Winslow: ob. cit., p. 233.
34. Gabriel Winant, Andrew Gordon, Sven Beckert y Rudi Batzell: «Introduction: The Global E.P. Thompson» en *International Review of Social History* vol. 61, 2016.

Summaries ■ Resúmenes en inglés

Hans-Jürgen Burchardt: Fidel Castro: A Legend at 90? [4240]

The life of Fidel Castro is confused in a great way with Cuba's own history. In fact, he was one of those who wrote it, upon transforming the small Caribbean island into a country of global impact. Today, his 90th birthday finds him out of power and with a nation in full change, in which the model built in his shadow is starting to be replaced by another, in a still uncertain transformation. Meanwhile, the historic leader awaits his own immortality, which will seal the history. *Key Words: Democracy, Imperialism, Socialism, Fidel Castro, Cuba.*

Martín Abeles / Sebastián Valdecantos: South America, Recession and After… [4241]

After the 2008 international crisis, Latin America faced an increase in external vulnerability, both real and financial. Without a deeper discussion about the different sources of this external vulnerability –which includes rethinking the degree of financial openness–, the countries of the region will remain excessively exposed to global liquidity cycles, making it difficult to achieve and, above all, maintain a rhythm of consistent growth with an agenda of progressive structural change. *Key Words: Diversification, Raw Materials, Vulnerability, Latin America.*

Mark Fisher: «Capitalist Realism» and New Subjectivities [4242]

In his book *Capitalist Realism: Is There No Alternative?*, Mark Fisher focuses on Margaret Thatcher's famous phrase («There is no alternative») and investigates the new subjectivities of late capitalism. From that book, we reproduce the chapter «Reflexive Impotence, Immobilization and Liberal Communism», written from his experience as an educator in the United Kingdom. *Key Words: Alternatives, Capitalism, Postmodernism, Radicality, Realism.*

Verónica Schild: Feminism and Neoliberalism in Latin America [4243]

Is the hypothesis posed by Nancy Fraser about an elective affinity between contemporary feminism and neoliberalism applicable to the material and cultural realities of Latin America? In critical dialogue with this hypothesis, the article analyzes the changing meanings of emancipation strategies and the struggle for the autonomy of women in an era of free market economy and «NGO-ization», and, at the same time, seeks to capture the cultural specifities of Latin American feminisms, and ponders their affinity with neoliberal projects. *Key Words: Critical Pedagogy, Emancipation, Feminism, Neoliberalism, Nancy Fraser, Latin America.*

Nicole Bidegain Ponte: Gender Inequality and Structural Gaps in Latin America [4244]

In Latin America, the female poverty index, the gender biases of fiscal policies, the gender and race/ethnicity gaps, and the sexual and international division of labor show that the public policies implemented in the region remain limited. Thus, action is needed on the structural determinants of the gender inequality gap and, in the current context of economic slowdown and application of adjustment policies, the deepening of inequality levels and the reversal of the hard-won advances must be avoided. *Key Words: Care, Feminism, Inequality, Poverty, Latin America.*

Silvia Chejter: Prostitution: Political and Ethical Debates [4245]

Prostitution is today the object of harsh confrontations centered on legal political regimes (abolitionism versus regulation/legalization). This article contains some of the main theoretical arguments of authors and activists of both streams, involving ethical and political positions, on a topic in which the status of the body and the boundaries between the worthy and the unworthy are at play. *Key Words: Abolitionism, Feminism, Gender, Prostitution, Sex Work.*

Philipp Kauppert / Ina Kerner: A Political Feminism for a Better Future [4246]

It is necessary to identify ways and ideas to politicize feminism and social movements around a vision of justice that is inserted into a practical utopia. Contemporary feminist theory can make important contributions to the reformulation of the necessary debates about the failures of capitalism and the promises and misunderstandings of democracy and development. The analytical tools of intersectionality serve to understand the processes of transformation in each political and cultural context. *Key Words: Capitalism, Feminism, Intersectionality, Practical Utopia.*

Mabel Alicia Campagnoli: Decentered Feminisms: Paul B. Preciado Read from Latin America [4247]

The philosopher Paul B. Preciado (previously Beatriz Preciado) contributed to the field of new feminisms with a mixture of theoretical reflection, experimentation on his own body – including «voluntary intoxication»– and activism. His objective is to deconstruct gender identities and rethink the goals of feminism. He has exercised a not inconsiderable influence in Latin America, as much among those who call themselves followers as among those who accuse him of reproducing the asymmetrical relations between the North and South. *Key Words:* Cuir, *Feminism, Gender, Pharmacopornographic Regime, Queer, Paul B. Preciado.*

Valeria Esquivel: Feminist Economy in Latin America [4248]

Feminist economy in Latin America is part of a structuralist perspective of the operation of the region's economies and the differential place of women and men in them, and contributes to expanding the traditional structuralist analysis. The conceptualizations of feminist economy have contributed to the advance of the agenda of care and social policies in the region, although they have been less influential in macroeconomic policies. In recent times, there have been crossings with other critical currents in the construction of a feminist reading of the social and solidarity economy, and with «alter-capitalism» and ecofeminism. *Key Words: Care, Feminism, Feminist Economy, Gender, Neoclassical Economy, Latin America.*

Carolina Justo von Lurzer / Carolina Spataro: Fifty Shades of Mass Culture: Challenges for Feminist Cultural Criticism [4249]

The sexual activation of women through mass culture, the pleasant links established with mass media products, or their artistic participation in entertainment and gossip programs are strongly challenged in different nuclei of feminist and academic activism. However, it is possible to build on these phenomenon other views, and take on the challenges that project on ways to build knowledge and critical theory, questioning the common sense that often inhabits academic analysis itself. *Key Words: Feminism, Mass Culture, Sexuality, Women, Argentina.*

Florence Beaugé: The Silent Revolution of Iranian Women [4250]

In Iran, the growing presence of women in all spheres of social life is increasingly relevant. Whilst the regime pursues young women for their «inadequate clothing», many of them establish a sort of cat and mouse game with customs police, while managing to bring down some of the barriers that still prevent us from moving forward. Their high level of education (the majority are at university) facilitates their independence and the revindication of their rights, which are still neglected by the Islamic tradition of the Persian country. *Key Words: Islam, Rights, Repression, Shi'ism, Veil, Women, Iran.*

Claudia Korol: Popular Feminisms: The Necessary Witches in the Time of Cholera [4251]

Popular feminisms have extended around Latin America and encompass a diverse fan of territorial grassroots movements that interact with women's movements that are not necessarily defined as feminist and participate in mixed popular organizations. In indigenous or black feminism, or that of the Latin American neighborhoods, growing demands for depatriarchalizing emerge, a renewed feminist pedagogy is developed, and the very hierarchies of left-wing organizations questioned. *Key Words: Depatriarchalizing, Popular Feminisms, Socialism, Latin America.*

Ana María Vásquez Duplat: Feminism and «Urban Extractivism»: Exploratory Notes [4252]

While the concept of «urban extractivism» appears in Argentina as an attempt to provide a new matrix for the analysis of the problems that persist in Buenos Aires, it could be applied to the study of other Latin American cities. Considering urban issues within the framework of extractivism allows for the inquiry of concrete phenomenon and opens up the possibility of viewing these phenomenon through the magnifying glass of the economic model that produces them. In dialogue with this concept, this article proposes a feminist approach that introduces into the debate the impact of this model women and their leadership in urban resistances. *Key Words: Cities, Habitat, Neoliberalism, Urban Extractivism, Latin America.*

Paul Pasquali: The Politics of «History from Below»: Edward P. Thompson Historian, Activist and Polemicist [4253]

The book *Edward P. Thompson and the Making of the New Left*, edited and presented by Cal Winslow, allows for assessing the facet of the British intellectual historian as committed and even militant. The selection of texts is more than an anthology and can grasp the political springs of a work whose genesis began long before the publication, in 1963, of *The Making of the English Working Class*, Thompson's most famous book. *Key Words: Cultural Studies, «History from Below», Marxism, Workers Movement, Edward P. Thompson, Great Britain.*

Alemania: F. Delbanco, Tel.: (49 4131) 2428-8, e-mail: <post@delbanco.de>.
Argentina: Distribuidor: Jorge Waldhuter, Pavón 2636, Buenos Aires, Tel./Fax: 6091.4786, e-mail: <jwalibros@ciudad.com.ar>. Librerías, Buenos Aires: Librería De la Mancha, Av. Corrientes 1888, Tel.: 4372.0189.
Bolivia: en La Paz: Yachaywasi, Tel.: 2441.042, e-mail: <yachaywa@acelerate.com>, Fax: 244.2437. Plural Editores, Tel./Fax: 2411.018, e-mail: <plural@plural.bo>.
Colombia: Librería Fondo de Cultura Económica, Calle 11 No. 5-60, Barrio La Candelaria, Bogotá, Colombia. Tel.: (571) 2832200, e-mail: <libreria@fce.com.co>.
Costa Rica: Librería Nueva Década, Tel.: (506) 2225.8540, e-mail: <ndecada@ice.co.cr>.
Ecuador: LibriMundi, Tel.: (5932) 252.1606, 223.4791, e-mail: <librimu1@librimundi.com.ec>.
España: Marcial Pons-Librero, Tel.: (34 914) 304.3303, e-mail: <revistas@marcialpons.es>; Mundi-Prensa Libros, (34 914) 363.702.
Guatemala: F&G Libros de Guatemala, 31 avenida "C" 5-54, zona 7, Colonia Centro América, 01007 Guatemala, Tel.: (502) 2433 2361 (502) 5406 0909, e-mail: <informacion@fygeditores.com>.
Japón: Italia Shobo, Fax: 3234.6469; Spain Shobo Co., Ltd., Tel.: 84.1280, Fax: 84.1283, e-mail: <info@spainshobo.co.jp>.
Nicaragua: Instituto para el Desarrollo y la Democracia (Ipade), Km 9 1/2 carretera a Masaya, Tel.: 276.1774 (Ext. 8), Apartado Postal 2438, e-mail: <comunicacion@ipade.org.ni>.
Perú: El Virrey, Bolognesi 510, Miraflores, Lima, Tel.: 444.4141, e-mail: <info@elvirrey.com>.
Puerto Rico: en Río Piedras: Compañía Caribeña de Libros, Tel.: (1-787) 297.8670, e-mail: <cclibros@yahoo.com>.

Ventas y consultas por Internet:
<www.nuso.org>

Distribución internacional a librerías:
<distribucion@nuso.org>

PARA SUSCRIBIRSE A NUEVA SOCIEDAD

SUSCRIPCIÓN	ANUAL	BIENAL
Incluye flete aéreo	**6 números**	**12 números**
América Latina	US$ 70	US$ 121
Resto del mundo	US$ 107	US$ 196
Argentina	$ 515	$ 1.030

> **Formas de pago**

1. Pago online: Ingrese en <http://www.nuso.org/suscribe.php>, donde encontrará un formulario para registrar su pedido y efectuar el pago.

2. Pago con tarjeta de crédito vía postal: Complete el cupón incluido en la revista y envíelo por correo a: Nueva Sociedad, Defensa 1111, 1º A, C1065AAU Buenos Aires, R. Argentina.

3. Pago con cheque: Envíe un cheque por el importe correspondiente a la orden de Fundación Foro Nueva Sociedad a la siguiente dirección: Nueva Sociedad, Defensa 1111, 1º A, C1065AAU Buenos Aires, R. Argentina, acompañado de los datos del suscriptor (nombre, domicilio postal completo, teléfono, correo electrónico).

> Para otros medios de pago y cualquier otra consulta, escriba a <distribucion@nuso.org>.

MAYO-JUNIO 2016 **263**

CRIMEN ORGANIZADO SA
Negocios (i)legales y Estados

COYUNTURA
Tadeu Breda. Brasil: crónica de un impeachment anunciado. Los colores de un país escindido
Ivan Lanegra. ¿El neoliberalismo sin fin? La volátil continuidad electoral en Perú
Santiago O'Donnell. «Panamá Papers»: medios, geopolítica y negocios

TRIBUNA GLOBAL
Ahmet Insel. ¿Por qué triunfa el sultán populista? Los riesgos de la actual coyuntura turca

TEMA CENTRAL
Rafael Grasa. Nuevas miradas sobre la seguridad y la delincuencia transnacional
Lilian Bobea. El Estado como demiurgo de la criminalidad
Édgar Gutiérrez. Guatemala fuera de control. La CICIG y la lucha contra la impunidad
Marlon Hernández-Anzora. Las maras y la nueva guerra salvadoreña
David Santa Cruz. Franquicias para el delito. De la economía criminal a la economía legal en manos criminales
José Carlos Campero Núñez del Prado. Crimen organizado: una aproximación a la frontera boliviano-argentina
José De Echave. La minería ilegal en Perú. Entre la informalidad y el delito
Boris Miranda. Las economías perversas del crimen organizado. Minería ilegal, trata y explotación sexual
Omar Rincón. Por fin triunfan los malos. La ilegalidad *cool* de las series de televisión.

ENSAYO
José Fernández Vega. Variaciones sobre la democracia posmoderna.

SUMMARIES

JULIO-AGOSTO 2016 **264**

PROLETARIOS DEL MUNDO... ¿Y AHORA?
Empleo, sindicalismo y globalización

COYUNTURA
Joaquín Harguindey. La larga marcha de Hillary Clinton
Federico Vázquez. Brasil: la crisis de un proyecto nacional y regional

TRIBUNA GLOBAL
Peter Siller. Partidos políticos: ¡vuelvan a tomar la iniciativa!

TEMA CENTRAL
Josef Joffe. El crespúsculo de la jornada laboral. Cambios y amenazas en la era digital
Rubén Lo Vuolo. El ingreso ciudadano en debate. Repensar el bienestar en el siglo XXI
Daniel Olesker. El mercado laboral en América Latina: pasado, presente y futuro
Paula Abal Medina. Los trabajadores y sus organizaciones durante los gobiernos kirchneristas
Lorenza B. Fontana / Jean Grugel. ¿Un nuevo rumbo para el trabajo infantil en Bolivia? Debates y polémicas sobre el Código de la Niñez
Jocelio H. Drummond / Gabriel Casnati. Que las empresas transnacionales paguen lo justo. Para un nuevo orden tributario regional
Hélio da Costa. Redes sindicales de trabajadores: desafíos globales y locales
Viviana Barreto. Tratados comerciales: un reto para el sindicalismo
Cecilia Anigstein. Por un sindicalismo sociopolítico. La plataforma de la Confederación Sindical de las Américas
Gonzalo Berrón. Derechos humanos y empresas transnacionales. Una discusión urgente

ENSAYO
Tarso Genro. Izquierdas y democracia. Noticias de una crisis

SUMMARIES

EN NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2016 **266** **¿Adónde va América Latina?**

www.nuso.org

Septiembre-Octubre 2016

COYUNTURA

Hans-Jürgen Burchardt Fidel Castro: ¿una leyenda a los 90 años?

Martín Abeles / Sebastián Valdecantos América del Sur, recesión y después…

TRIBUNA GLOBAL

Mark Fisher «Realismo capitalista» y nuevas subjetividades

TEMA CENTRAL

Verónica Schild Feminismo y neoliberalismo en América Latina

Nicole Bidegain Ponte Desigualdades de género y brechas estructurales en América Latina

Silvia Chejter La prostitución: debates políticos y éticos

Philipp Kauppert / Ina Kerner Un feminismo político para un futuro mejor

Mabel Alicia Campagnoli Feminismos descentrados: Paul B. Preciado leído desde América Latina

Valeria Esquivel La economía feminista en América Latina

Carolina Justo von Lurzer / Carolina Spataro Desafíos para la crítica cultural feminista

Florence Beaugé La revolución silenciosa de las mujeres iraníes

Claudia Korol Feminismos populares. Las brujas necesarias en los tiempos de cólera

Ana María Vásquez Duplat Feminismo y «extractivismo urbano»: notas exploratorias

ENSAYO

Paul Pasquali Edward P. Thompson historiador, activista y polemista

9 770251 355013 00265